

ELENA GARRO

MI HERMANITA MAGDALENA

La única novela inédita de la gran narradora mexicana



EDICIONES CASTILLO



Fotografía: Archivo de Jesús Garro

Elena Garro (Puebla de los Ángeles, 1916 - Cuernavaca, 1998) fue dramaturga, novelista, cuentista, guionista y coreógrafa. Por su obra, compleja y extensa, en la que rompe con la continuidad del realismo, se le considera una de las escritoras mexicanas más relevantes del siglo XX. A lo largo de su vida recibió varios galardones, entre los que destacan el Xavier Villaurrutia, en 1963; el Nacional de Literatura Juan Ruiz de Alarcón, en 1994; el Nacional de Narrativa Colima y el Sor Juana Inés de la Cruz, ambos en 1996. Algunas de sus novelas más emblemáticas son *Los recuerdos del porvenir* (1963), *Testimonios sobre Mariana* (1981), *Y Matarazo no llamó...* (1991), *Inés* (1991), *Busca mi esquila* (1998) y *Mi hermanita Magdalena* (1998). El FCE publicó entre 2006 y 2010 sus *Obras reunidas* en tres volúmenes que abarcan cuento, teatro y novela.

Prólogo

UNA HEROÍNA DE PELÍCULA

Mi hermanita Magdalena apareció en noviembre de 1998, no muchos meses después de la muerte de su autora. Poco menos que sintomático resulta que la última novela de Elena Garro —la pesimista autora de *Andamos huyendo Lola y Reencuentro de personajes*, la vehementemente crítica fabuladora de *Los recuerdos del porvenir* y de *Y Matarazo no llamó...*— sea un mosaico de jovialidad, humor, luz vitalista y juego. Aunque en un punto inicial de la trama la narradora define la vida como “un laberinto oscuro poblado de asechanzas que no podíamos prevenir”, *Mi hermanita Magdalena* es de hecho el testamento gozoso de una autora de perfiles, por si alguna duda cabía, diversos.

La obra tiene una voz narrativa, la de una jovencita de nombre Estefanía, hija de una prolífica familia de Chihuahua residente en la Ciudad de México. El entorno en que Estefanía y sus hermanas crecen, y la educación que reciben, son convencionales, los propios de un clan de clase media regido con cierta laxitud por la moral católica, hacia la mitad del siglo xx.

Una primera sección de la novela se pone en marcha a partir de que la

Magdalena del título desaparece del hogar; es llevada a la fuerza por un hombre joven, Enrique, quien alega haberse casado con ella en secreto. La trama sigue las repercusiones, que van de lo pesadoso a lo espeluznante, que este hecho tiene en la familia; resalta en este recuento la figura, pintada con rasgos esperpénticos, de doña Justa, la supuesta madre de Enrique. Como en *Reencuentro de personajes*, donde se establece un nexo intertextual con una obra de F. Scott Fitzgerald y con otra de Evelyn Waugh, en los primeros capítulos de *Mi hermanita Magdalena* Estefanía y su hermana Rosa, metidas a detectives en busca de las huellas de su hermana, leen *Crimen y castigo*, de Dostoievski, y se sienten impelidas a emular el asesinato cometido por Raskolnikov para hacer justicia: “*Crimen y castigo* era alucinante. Nunca imaginamos un libro parecido. Era tan verdadero que no era novela”. Hay que decir, sin embargo, que este vínculo con Dostoievski se matiza con un dejo decididamente humorístico. A como elucubran asesinar a la insoportable doña Justa, Estefanía se enfrenta a una dificultad impensada: “Y ahora, ¿qué hago con el cuerpo?... ésa es la lata de matar, queda el cuerpo y ya no se levanta nunca”.

La segunda sección se abre cuando la narradora es enviada a París en busca de Magdalena; las dos hermanas se encuentran y conocen a una diversidad de personajes secundarios, algunos involucrados en los conflictos políticos derivados de la guerra de Argelia. El apartado más luminoso del libro ocurre en Ascona, en Suiza, donde Magdalena y Estefanía pasan el verano, en medio de romances, trajes de baño, fiestas y coqueteos. La novela cierra con el regreso, en el otoño, a París, y el reencuentro con el ominoso marido de Magdalena, así como con la aparición de una misteriosa caja inculminatoria en el departamento al que las chicas acaban de mudarse. El cuadro general conforma una novela escrita con carisma, fluidez y velocidad, numerosa en pormenores, historias y personajes, que hace un retrato variopinto de los primeros años de la década de 1960 en México y Francia.

Si bien las dos muchachas enfrentan situaciones de pánico, paranoia y peligro, destaca en el libro la figuración de un modo femenino de ser y comportarse con atrevimiento y picardía: el de la protagonista del título.

Dos declaraciones trazan con nitidez el temperamento de Magdalena. Uno sale de su boca: “¡Estoy harta de que me den consejos! Y basta que alguien me diga que no haga tal cosa, para que me empeñe en hacerla. ¿A qué se deberá?” El otro lo resume Estefanía: “Mi hermanita tenía razón: había que ser vertiginosa, rápida, ir a todas partes, tomar riesgos, conquistar, conocer gente, países, en fin, ser algo así como una heroína de película”.

Si bien Garro privilegió la construcción de personajes femeninos en un estado de rebeldía contra las imposiciones patriarcales, no hay en su obra —fuera de Julia, en *Los recuerdos del porvenir*— un ejemplo cabal de una protagonista que a la disidencia permanente aúne la coquetería y la buena fortuna, como Magdalena. En Ascona, la joven se las arregla para tener amoríos con tres chicos diferentes. “Los tres novios lo ignoran. ¡Qué talento! ¡La verdadera mujer moderna, joven, bella y libre!”, resume un amigo.

Mientras la narradora acata en más de una ocasión los prejuicios y las reconvenciones de su familia, Magdalena da el ejemplo opuesto. Contraria a la tendencia a la inmovilidad que tienen muchos personajes de Garro, Magdalena, admiradora de Napoleón, muestra osadía y astucia maquiavélica:

“—¡Carajo! Te juro que a ese notario me lo echo al plato —le dije a mi hermanita.

”Mi hermanita me detuvo en seco.

”—Espera. Tú arreglas siempre las cosas queriéndote echar al plato a medio mundo. Yo creo en la táctica. Mira, voy a hablar con Armaignac, él se puso a mi disposición. A ver si como ronca duerme.”

Como en *Testimonios sobre Mariana y Reencuentro de personajes*, el punto de partida de *Mi hermanita Magdalena* es un desastrado vínculo mujer-hombre. Sin embargo, en esta instancia Elena Garro escamotea la narración de los episodios que señalen los altibajos del nexo entre Magdalena y Enrique; algunos detalles nos son reportados por la primera, pero son más bien poquísimos. La clave en este caso se halla en el temperamento desafiante de Magdalena, quien, al huir de su marido, le arrebató —y este detalle no es menor— una buena cantidad de dinero, con

la que adquiere una libertad impensada en Mariana o Verónica. Este viraje otorga a la relación de pareja otro tenor, uno marcado por la igualdad de fuerzas, y que, aunado a un episodio cruelmente afortunado, libera finalmente a Magdalena de esa unión conyugal para elegir, sin presiones, a su futuro marido.

En las últimas páginas, en uno de los pocos sucesos de rispidez entre los dos esposos que se nos narra, mientras él quiere forzar a Magdalena a acompañarlo, Estefanía se interpone (“—Enrique, deja a Magdalena o doy de gritos. Aquí no estamos en México...”), y él hace una declaración que se demuestra falsa: “—¡Cállate, imbécil! ¿Qué quieres decir con eso de que aquí no estamos en México? ¡Pendeja! El mundo entero es México, Magdalena es imi mujer! ¿No te has enterado?”

En casi cualquier otra obra de Garro, la afirmación “El mundo entero es México” habría sido verdadera con el sentido de “en cualquier parte del mundo se permiten conductas abusivas del varón hacia su mujer”. Digamos que Enrique llegó tarde a las páginas de Elena Garro. Es un vestigio del patriarcado hispánico que a otras mujeres en la obra de Garro arruinó cualquier asomo de dicha o siquiera tranquilidad, pero que en *Mi hermanita Magdalena*, una de las novelas más luminosamente placenteras y audazmente desfachatadas de la literatura mexicana, ya no tiene sitio.

GENEY BELTRÁN FÉLIX

MI HERMANITA
MAGDALENA
(1998)

La desdicha empezó en mi casa con la desaparición de mi hermanita Magdalena. No sé por qué digo desdicha. Es difícil escoger las palabras que definen las vidas y las situaciones, sobre todo cuando la complejidad de los hechos y de los personajes escapan a la imaginación de una mente provinciana y medianamente dotada como es la mía. Quiero decir que no estábamos preparados para la catástrofe que se abatió sobre nosotros. Mi hermanita era lo que se llama “la alegría de la casa” y también “las niñas de los ojos de mi padre”. Fue en la noche de un domingo lluvioso. Se habían ido a Cuernavaca y nosotros nos habíamos quedado en la casa con Marta y con Loreto, las dos muchachas que se criaron en la casa de mi madre, allá en Chihuahua, pues nosotros no éramos de la capital. Éramos nortños.

Desde ese domingo lluvioso los árboles se hicieron menos verdes, el agua menos fresca y el cielo menos azul y más bajo, casi sin nubes. ¡Así sucede cuando nos toca la desdicha!

—¿Por qué nos vinimos a México? Si nos hubiéramos quedado en Chihuahua no habría sucedido esto —decían mis padres.

Hacía casi tres años que vivíamos en la capital y el resultado fue la desaparición de mi hermanita Magdalena. Era la menor de nosotras tres, aunque el menor de la familia, “el benjamín”, como decimos en el Norte, era mi hermano Alvarito.

Conocíamos mal la ciudad. No nos permitían alejarnos del radio de la casa, de las escuelas y de las casas de mis tías.

Mis tías Leticia, Remedios, Hortensia y Antonia eran las hermanas de mi madre. Todas ellas ordenadas, escrupulosas, limpias y morales. Sólo mi tía Leticia rompía las reglas. “¡Esta Leticia siempre tan

independiente!”, se quejaban sus hermanas cuando mi tía hablaba del divorcio y del desnudo en la pintura. ¡La pintura clásica, por supuesto!

Mis tías nos visitaban para comentar las películas que habíamos visto juntas, ya que a todas partes íbamos en grupo. “¿Qué estarán haciendo ahora?”, preguntaba mi tía Remedios con voz soñadora, pensando en lo que les sucedería a los héroes de las películas después de la palabra “Fin”. Sonámbulas, abandonábamos la sala oscura buscando parecidos entre las estrellas de cine y nosotras.

—¿Vendremos al próximo estreno de Doris Day? —le preguntábamos a mi tía Antonia, ya que era ella la que ordenaba las vidas de toda la familia, las idas al cine, las salidas al campo, las fiestas y los estudios de todos los primos.

—Recuerden que la novia del estudiante nunca es la esposa del profesor —nos dijo mi tía cuando Rosa, Magdalena y yo entramos al Bachillerato de Humanidades.

—Nosotras nunca nos vamos a casar —le contestó Magdalena que ya había decidido nuestras vidas.

Magdalena iba a ser artista de cine en Hollywood. Mi hermana Rosa modelo de sombreros y yo modista de alta costura y experta en belleza.

Vivíamos en la avenida Durango. Las mañanas eran claras y los árboles de la avenida muy verdes. Todavía no se inventaba la polución. De manera que teníamos buen aire, mañanas despejadas y tardes altas y gloriosas. La palabra “Durango” nos producía la nostalgia del Norte. Nos gustaba pasear por la avenida, llegar a la calle de Sonora, dar vuelta en la calle de Guadalajara y desembocar en el Parque España. Allí estaba la iglesia de la Coronación. Cuando había boda, de su puerta colgaban guirnaldas de flores blancas y el altar se cubría de ramos de flores perfumadas, salpicados de “nube”, una florecilla menuda como un encaje fino. En esas ocasiones mi tía miraba a sus hijas y luego nos contemplaba preocupada. Mis hermanas y yo teníamos un grave impedimento para lograr una boda: mi padre carecía de una buena fortuna.

—¡Qué lástima! No se casarán nunca —pronosticó mi tía en la iglesia de la Coronación.

—¿Qué dices? Mis hijas no están todavía en edad de casarse, son muy

jovencitas —le contestó mi madre enfadada.

Mi tía Antonia no la escuchó. Se volvió a la hija mayor de mi tía Hortensia para decirle:

—Y tú, Hortensita, a lo más que puedes aspirar es a un empleado modesto —Hortensita se puso a llorar con desconsuelo.

—¡No quiero casarme con un empleaducho...!

—¿Por qué no? Debes ser práctica, hay empleaditos muy decentes —le explicó mi tía para tranquilizarla.

Hortensita no se tranquilizó: “Yo tengo aspiraciones”, dijo en medio de su llanto que todas las primas contemplamos en silencio. Mi tía Hortensia sentenció en voz baja: “¡Qué impertinente es Antonia!”

En la familia estaba prohibido levantar la voz, gesticular y adoptar actitudes descocadas. Las “actitudes” eran muchas: reírse en público, cruzar las piernas, detenerse en la calle para hablar con los conocidos, gesticular, exagerar y usar zapatos de tacones altos.

Puedo afirmar que mi familia era una familia feliz, moderada, discreta, cortés y espartana. “Las buenas costumbres son espartanas”, afirmaban mis tías. ¿Cómo explicar la gran catástrofe de la desaparición de Magdalena? No había explicación y decidimos callar mientras encontrábamos a mi hermanita.

—Hay que ser prácticos, si les decimos a mis hermanas lo que ha sucedido pondrán el grito en el cielo y como de costumbre acusarán a su padre de indulgente, de manera que es mejor callar —ordenó mi madre.

En el idioma familiar la palabra “práctico”, cubría todos los terrenos: amoroso, escolar, literario, moral, afectivo, político, artístico, familiar y público. Mis tías aplicaban el término sin discriminación. Dar limosna no era práctico y cerraban el vidrio de sus automóviles si algún mendigo les tendía la mano diciendo: “¡Por el amor de Dios!” La limosna fomentaba el vicio y la avaricia, los mendigos tenían los colchones repletos de oro. Debíamos estudiar la historia como si nunca hubiera sucedido, era una manera de saber lo que se debía hacer y lo que había que evitar hacer. Por ejemplo, no podíamos ser como Nerón, que incendió Roma para satisfacer su vanidad. “La modestia es la flor más preciada.” A mis tías les preocupaban las lecturas: “La literatura es una distracción. Si se

imaginan que la vida es una novela, acabarán mal”.

En la casa de mi tía Antonia había una hermosa biblioteca italiana con los anaqueles de madera labrada repletos de libros que sólo eran fachadas de cartón forrado en cuero rojo y letras de oro anunciando los títulos de los clásicos. Era una biblioteca práctica cuya misión era la de adornar la casa. Mis tías nos seleccionaban las lecturas. Nos regalaron *Las cuatro hermanitas* de Luisa May Alcott. El libro era un ejemplo para las chicas casaderas, el destino ideal de la mujer era el matrimonio, pero si no lo lograban porque los medios económicos no lo permitían, debían tener una educación práctica, capaz de asegurarles una vida modesta, como la de Jo.

—Tú, Magdalena, no debes ir a la universidad. Debes de ser profesora de gimnasia. Tienes el tipo perfecto: alta, fuerte y limpia. Te inscribiré en una escuela de cultura física —anunció pensativa mi tía Antonia. Luego se volvió a mi hermana Rosa:

—Y tú, Rosa, tampoco debes ir a la universidad. Tienes gustos artísticos, que van bien con la repostería. Podrías organizar banquetes, meriendas, bautizos, desayunos de primera comunión. Esto te dará mucho dinero. Tu físico te ayudará a conseguir encargos.

Yo esperé mi turno.

—Y tú, Estefanía, ¿puedes decirme para qué te inscribiste en la universidad? Debes estudiar taquimecanografía. Tienes dedos de pianista, se te facilitará mucho.

Así, mi tía Antonia arregló nuestras vidas de chicas de clase media.

Nos proponía oficios prácticos. Mi padre no compartió su opinión y continuamos en la universidad. Ahora me pregunto: ¿qué hubiera ocurrido si estuviéramos haciendo gimnasia, desayunos y taquimecanografía? No lo sé. Magdalena no hubiese desaparecido y nosotras no hubiéramos leído a Dostoievski. Y, de haberlo leído, hubiéramos dicho: “Eso sólo pasa en las novelas”.

En el idioma familiar estaban excluidas las interjecciones. Decir: ¡hombre!, ¡caray!, ¡caramba! era blasfemar. Sólo mi tía Leticia se atrevía a decir: ¡carambola! Los dichos populares debían ser escogidos con esmero y repetir sólo los morales o ejemplares: “Cría cuervos y te sacarán

los ojos”, “Quien da pan a perro ajeno pierde pan y pierde perro”, “El pan ajeno hace al hijo bueno”, “El que siembra vientos recoge tempestades”, “El que al cielo escupe a la cara le cae”, aunque el verbo *escupir* era preferible olvidarlo. En general los dichos eran vulgares.

En cierta ocasión mi hermanita se golpeó un codo y exclamó:

—¡Dolor de viuda mucho duele y poco dura!

Mis tías se volvieron a verla:

—¿Qué dices? ¿Dónde aprendes tantas vulgaridades?

Magdalena no pudo recordarlo. Esto no indica que mis tías tuvieran algo contra la viudez. Al contrario, eran partidarias encarnizadas de ella.

—La viudez es el estado perfecto para una malcasada. Si se divorcia la acusarán de casquivana. En cambio, si Dios se acuerda de ella y la deja viuda, todos la compadecerán y tratarán de ayudarla.

—Ustedes deben contar con la infinita bondad de Dios para que las deje viudas en caso de necesidad —aseguró mi tía Remedios.

—En caso de duda, recuerden que más vale vestir santos que desvestir borrachos —terminó mi tía Leticia, provocando el escándalo de sus hermanas.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¿Por qué dices eso delante de las muchachas? —protestaron a coro las hermanas.

Debíamos excluir del lenguaje las palabras: *pasión, éxtasis, martirio, misticismo, furia, arrebató*, todo lo que significara exaltación o exageración. Las palabras *higiene, progreso y evolución* eran favoritas y ejemplares. No debíamos admirar a héroes que despertaran en nosotros la manía de grandeza, tales como Luis XIV; en general ningún Luis o Napoleón. El héroe favorito de mis tías era Thomas Alva Edison y su fotografía figuraba al lado de las fotos enmarcadas de Ruiz Cortines y de Miguel Alemán, colocadas sobre sus chimeneas de piedra, sin tiro y labradas estilo colonial.

En fin, nuestras vidas debían ser ascéticas, de costumbres sanas, modales comedidos, utilizar un idioma claro, recto y sin exclamaciones ni ditirambos. Un idioma decente, del que procuro no separarme jamás, excepto cuando me parece que no me escuchan y digo: ¡carajo!

Nosotros teníamos una tara congénita e irrevocable: mi familia paterna

era francesa. Francia era “el corazón del vicio” y era obligatorio vigilarnos de muy cerca. Mi abuela paterna, que en paz descansa y en Santa Gloria esté, ya había fallecido en el momento de la desaparición de Magdalena. El detalle francés nos obligaba a ocultar lo sucedido a mi hermanita.

Mi abuelo francés consideraba a la familia de mi madre más protestante que católica. Mi madre guardaba silencio, no quería decirle que ella y sus hermanas consideraban a Francia “la cuna de todos los vicios”.

—Robespierre hacía estatuas de carne humana —nos repetía mi tía Antonia con voz acusadora, como si en nosotros existiera el germen de tan desagradable costumbre.

Era una desdicha que Robespierre hubiera construido esas estatuas y también era una desdicha que le hubieran roto la mandíbula antes de matarlo. Magdalena lloraba al leer ese episodio de Robespierre sosteniéndose la mandíbula rumbo al patíbulo. Pero su pena era secreta. Nunca se la dijimos a mis tías.

El domingo lluvioso en que desapareció Magdalena, hacía pocos días que mi abuelo se había vuelto al Norte con sus otros hijos. Ya dije que mis padres estaban en Cuernavaca. Nos gustaba esa ciudad verde, llena de pájaros y de frondosos laureles de la India. Los amigos y la familia tenían allí casas con piscina y los fines de semana los pasábamos nadando. En ese fin de semana hubo una conjunción desdichada que propició la desaparición de mi hermanita Magdalena.

Recuerdo que ese domingo Magdalena estaba muy preocupada. Se mordía los labios y atisbaba los ruidos como si tuviera miedo. Llovía y los rayos y los relámpagos la hacían saltar en la cama. Rosa y yo nos reíamos. Mi hermanita ya había cumplido diecisiete años y algunas de las primas grandes habíamos cumplido los dieciocho. Pero ninguna tenía novio. Mi tía Antonia organizaba fiestas rumbosas en su casa para invitar a jóvenes formales con la esperanza de que se fijaran en nosotras. En dos años había organizado fiestas de gala, de disfraces, de tarde, campestres, sin lograr ningún resultado.

—No me gusta ir. Me parece que me ponen en un escaparate —protestaba Magdalena.

Las fiestas de mi tía eran brillantes, iluminaba los jardines de su casa, alquilaba una orquesta, abría los salones y se vestía de gala como todas sus hermanas. Sentadas en un estrado entre la biblioteca italiana y el salón Imperio, mi madre y sus hermanas acompañadas de otras señoras nos veían bailar. Magdalena era la más solicitada, bailaba muy bien y una vez en la fiesta olvidaba estar “en un escaparate” y reía con sus múltiples parejas.

—¡Es una coqueta! Debes llamarle la atención —le reprochaban a mi madre.

—Déjala tranquila. Le gusta reír y bailar —intervenía mi tía Leticia.

—Cambia tanto de pareja que no se casará nunca —opinó mi tía Antonia.

—Antonia, acuérdate que matrimonio y mortaja del cielo baja —dijo mi tía Remedios.

“Matrimonio y mortaja del cielo baja”, repetimos en la casa. Era siniestro que compararan el traje de las novias con el sudario de los muertos. Magdalena al escuchar el parentesco entre el matrimonio y la muerte preguntó:

—Entonces, ¿por qué se empeñan en que nos casemos?

Mi hermanita, ayudada por mi tía Leticia, continuaba haciendo planes para su futuro en Hollywood. Mi tía había vivido en Chicago, en Nueva York, en Los Ángeles y en El Paso, Texas. Cuando hablaba de su pasado envolvía de neblina sus palabras, que llegaban hasta nosotras nostálgicas y delicadas.

—Sí, fui muy feliz y quiero que tú lo seas, Magdalena. Este México no es para una chica como tú...

Mis tías se enteraron de los planes de Leticia y Magdalena, y llegaron airadas a la casa.

—¿Cómo permites que Leticia les llene de humo la cabeza a tus hijas? Esta Leticia siempre fue tremenda...

¿Quién iba a decirle a Magdalena que unos domingos después del dicho: “matrimonio y mortaja del cielo baja” se iba a producir su inexistente boda y su total desaparición? El asunto fue completamente inesperado. A Enrique, su marido, apenas si lo conocíamos. Era muy

viejo. Tendría más de treinta años. Mi padre lo vio una sola vez y nos prohibió su amistad. Magdalena protestó: “¿Qué puedo hacer si me sale de todas las esquinas?”

—Pasaré las vacaciones en Chihuahua. Así no me encontrará —decidió.

Mi hermanita tenía la costumbre de irse a Chihuahua en vacaciones, a la casa de mi tía Olimpia. Se divertía mucho con los primos Roberto y Paco. No previó lo que le iba a suceder. No lo previó nadie. Y nos quedamos quietos. El terror avanza a pequeñas dosis y con un ritmo cada vez más acelerado hasta inmovilizarnos.

En unos instantes de ese domingo lluvioso el tiempo se imantó de terror y ya nunca volvimos a ser los mismos. El terror vibra, produce ecos sonoros que surgen del fondo de la catástrofe que nos aguarda, abrir una puerta puede significar encontrarse con la cara del verdugo.

Debo volver a aquel domingo lluvioso. Domingo extraño cuya presencia es permanente en nuestra familia. Un domingo que en apariencia era igual a todos los domingos y que nos fulminó. En él está el secreto de mi hermanita Magdalena, secreto que se apoderó de nosotros para mantenernos en el umbral de lo terrible que va a suceder y que continuamos esperando, mientras el polvo se ha acumulado en nuestra memoria y sobre nuestros muy amados libros.

Cuando desapareció mi hermanita, la veíamos en todos los rincones, recordábamos cada una de sus risas, de sus pleitos. Sí, a Magdalena le gustaba imponer su voluntad y si no lo lograba la emprendía a puñetazos con su adversario. Si en vez de desaparecer se hubiera ido a Chihuahua con Paco y con Roberto, ahora nadie se enfadaría al verlos volver en una fecha muy anticipada a la del regreso previsto. Vendrían como el año pasado, con los rostros alterados por la ira y por los golpes que se habían propinado durante el viaje.

—¡Tía!, Magdalena nos puso en ridículo. Se cree igual a nosotros y nos pegó a los dos. No quería salirse del boliche y quería ir al billar —había dicho Roberto el año pasado.

—¡Por Dios, Magdalena, eres terrible! —exclamó mi madre en la estación.

—Y ¿ellos? ¡Ellos también me pegaron! ¡Qué no se quejen! ¡Mira! —y

mostró moretones en los brazos.

—¡Tía! Mira lo que me hizo —gritó Paco quitándose las gafas oscuras para mostrar las huellas violáceas de un golpe en un ojo.

—¡Calma!, la gente nos está mirando. Me tienen aburrida, éstas serán las últimas vacaciones que pasen juntos —sentenció mi madre, sin saber que decía una triste verdad.

—¡Eso no es justo! ¡No es justo! —protestaron los tres a un tiempo.

No, pobre Magdalena, ahora nadie se hubiera enfadado con ella, pero era imposible que llegara de Chihuahua porque había desaparecido. Era inútil esperar la vuelta del “general Magdalena” como la llamaba mi padre. Tenía razón, mi hermanita tenía voz de mando, le gustaban los libros de táctica militar, atacaba de frente. Su héroe era Napoleón. ¿Cuántas lágrimas derramó por él? Magdalena estudiaba sus batallas y ayudada por mi hermano Alvarito formaba los ejércitos sobre la alfombra de la sala.

—¡Grouchy era un imbécil, igual a Paco y a Roberto! Por su culpa los ingleses derrotaron a Napoleón. ¡Ah!, pero a Wellington lo llegaron a odiar sus compatriotas —afirmaba vengativa.

—Yo prefiero a María Antonieta —la contradecía Rosa.

—¿María Antonieta?... era una débil. Cuando ella y Luis XVI se hallaban presos en las Tullerías, rodeados de una turba de descalzonados, tenían a la Guardia Suiza y cuatro cañones. Napoleón, que entonces era sólo un oficial, estaba oculto en los jardines y dijo: “A esta canalla la barrería con cuatro cañones y un grupo de hombres a mi mando. ¡Sería tan fácil!” ¿Por qué no lo hizo Luis XVI? Porque no quería derramar la sangre de su pueblo y ya ven, los descalzonados degollaron a los guardias suizos y luego al rey le cortaron la cabeza. ¡Qué pueblo tan agradecido! ¡Bah! Hay que matar cuando es necesario o te degüellan.

Magdalena tenía razón. La historia se decide en un instante, con un gesto, una presencia. Si Napoleón hubiera dispuesto de los cañones y de los guardias suizos, la historia hubiera sido diferente y si mi hermanita no se hubiera casado con Enrique, nuestra historia familiar hubiera sido muy distinta. ¿Por qué mi hermanita no fue capaz de impedir lo sucedido con el descalzonado Enrique? Ese domingo lluvioso estábamos

platicando, llamaron a la puerta y abrí. Apareció el rostro lívido de Enrique casi desconocido para nosotros.

—¡Magdalena! —gritó con tal violencia que tembló la casa.

Nos quedamos boquiabiertas y Magdalena se quedó petrificada.

—¡De mí no te burlas! —rugió Enrique.

Y mi hermanita salió de la casa para siempre. Las muchachas Marta y Loreto trataron de detenerlo:

—¡Sus padres no están en México! ¡No se la lleve! —gritaron.

Les dio un empujón, las miró y dijo con voz temible:

—¡Me casé con ella hace tres días! —al decir esto, se le amorató la cara como una berenjena.

—¡Era una broma! ¡Era una broma! —gritó Magdalena.

Llevaba un traje azul de dos piezas, una blusa blanca y zapatos blancos sin tacón. Iba vestida como si fuera a jugar golf, sólo que era de noche y llovía, Magdalena se fue llorando. Su marido la sacó a empujones y nadie pudo impedirselo. No volvimos a verla. El lunes temprano llegaron mis padres. Marta y Loreto con los ojos hinchados por el llanto explicaron lo sucedido. Ellos callaron y Rosa dejó de cantar.

Esperamos en vano una llamada de Magdalena. No llamó nadie. Ignorábamos la dirección de Enrique. El martes, mi madre recordó que un amigo de Chihuahua ocupaba un alto puesto en Hacienda. Mi padre fue a pedirle audiencia, le explicó el caso y solicitó su ayuda. “Magdalena es menor de edad”, le dijo.

—¿Y qué quiere usted hacer? Se casó, se fue con su marido y no lo ha llamado. Estarán en su luna de miel. Nadie tiene culpa. ¡No se puede hacer absolutamente nada! —y el alto empleado miró a mi padre con sorpresa.

—¿Acaso se imagina usted que puede acusar al marido de su hija? ¿Acusarlo de qué? —le preguntó disgustado.

Mi padre volvió a la casa cabizbajo. No tenía otro amarre político.

—¡Me lo temía! Para llegar tan alto tenía que ser otro sinvergüenza —comentó mi madre.

¿Cómo decirles a mis tías lo que había ocurrido? Esas cosas no ocurren en las familias decentes. Era necesario actuar como si el matrimonio de

mi hermanita fuera normal. De otra manera se armaría un escándalo, criticarían a mis padres y ellos ¿qué culpa tenían del salvajismo de aquel desconocido y de la locura de mi hermanita? ¡Parecía tan cristiana, tan cuerda! En las casas de mis tías no ocurrían escándalos semejantes. Todas tenían sus secretos. Nosotros éramos los únicos que nunca habíamos tenido secretos y ahora había que guardar éste celosamente.

—¡Figúrense que Magdalena se casó el viernes pasado! En una ceremonia íntima. Enrique no quiso fiesta... —dijo mi madre enrojando, pues ni siquiera conocía a Enrique.

—¡Qué lástima! Nos lo deberías haber dicho para traerle su regalo —dijeron mis tías, mirándose entre ellas con sorpresa.

Un velo espeso de vergüenza cayó sobre nuestra casa. Mis tías preguntaban: “¿Cómo está Magdalena? ¿Por qué no se deja ver?” “¡Qué chica tan malcriada, no nos ha llamado ni una sola vez!” Y nos miraban con reproche. No podíamos decirles que tampoco nos había llamado a nosotros.

—La creíamos tan alegre, tan risueña, tan bien dispuesta, tan aguerrida... —suspiró mi tía Remedios.

Guardamos silencio. En esos días la buscamos por toda la ciudad y algunas veces pensamos que Enrique la había matado. Las palabras de mi tía nos llenaron de tristeza. Sí, mi hermanita había sido alegre, resuelta y alocada. También era inconsciente y su inconsciencia produjo la ruina de mi casa. Hay muchas maneras de arruinarse y Magdalena nos arruinó casi sin darse cuenta, con su extraño silencio y su aún más extraño desapego.

Desde ese domingo lluvioso la decadencia se amparó de nosotros. La falta de interés invadió nuestra casa, el terror se produjo al abrir la puerta y cerrarla detrás de Magdalena. Un terror que nunca nos ha abandonado. Vivíamos en la espera. ¿Qué importaba Hollywood o la quijada rota de Robespierre? ¿Qué importaban los árboles de la avenida Durango o las fiestas en las casas de mis tías? Pasaba el tiempo y el hueco dejado por mi hermanita crecía para tragarnos a todos. Espiábamos el teléfono y el paso del cartero. Habíamos caído en un terreno pantanoso, en cuyo centro vivía una fuerza maligna que nos arrastraba a sus profundidades. El

matrimonio era tenebroso: detrás del velo y del traje blanco se escondía un demonio, a pesar de que mi hermanita no llevó azahares, ni traje blanco, ni pisó la iglesia, ni tuvo fiesta, su matrimonio fue secreto y quedó en el misterio, atrapada por la malignidad del matrimonio.

—El matrimonio es una puerta negra que se abre y se traga a las novias —dijo Rosa.

—¿Qué hace esa chica? Tengo la impresión de que se ha vuelto loca. Algo muy raro le sucede —dijo mi madre durante la cena.

¿Loca?... nos miramos en silencio. Recordamos a Marta, una de nuestras dos sirvientas que se volvió loca y quiso estrangular a su hermana Loreto en la cocina. Escuchamos los alaridos y el horrible espectáculo no lo olvidamos en mucho tiempo. Mi padre fue incapaz de dominar a Marta y tuvimos que pedir auxilio. Llegaron los vecinos: don Alberto y don Luis y apenas entre los tres hombres pudieron liberar a Loreto. Después vinieron los loqueros para llevarse a Marta al manicomio. Esa noche todos lloramos. Mis padres iban a visitarla al hospital. Cuando la dieron de alta regresó a la casa. Ella temía volver a caer en “las garras del demonio”, como nos decía.

Loreto trajo de la iglesia varios frasquitos de agua bendita que colocó en las habitaciones para tener a mano el agua y rociar con ella a su hermana en el caso de que “el Maligno se asomara a sus ojos”. Marta llevaba un frasquito colgado al cuello con un cordón de seda morada. Las dos se vinieron con nosotras de Chihuahua y lo primero que hicimos al llegar a la capital fue ir a rogar por Marta a la Santísima Virgen de Guadalupe. Entramos de rodillas a la Basílica. La Virgen nos escuchó, ya que Marta al día siguiente se puso a cantar como lo hacía antes de la visita del demonio.

Fue Loreto la que propuso que fuéramos todos a pedirle a la Virgen la reaparición de mi hermanita Magdalena.

—¿Cómo no se nos había ocurrido antes? —gritó Rosa. En la Basílica le pedimos a la Virgen con toda humildad que reapareciera Magdalena. Salimos contritos y apaciguados. En el camino Marta dijo:

—La Santísima Virgen me dijo que busquemos el nombre de ese mal hombre en el directorio de teléfonos...

¡Era increíble que no hubiéramos pensado en algo tan simple! En el directorio había centenares de personas con ese apellido.

—¿Dónde vive? —gritó mi madre exasperada.

—Creo que en Coyoacán o en la colonia San Rafael... —contestó Alvarito. Mi madre tomó las direcciones que le parecieron probables y decidió:

—¡Mañana iré a buscar esas casas que aparecen bajo el apellido! La encontraré. ¡Magdalena me va a oír! No podemos seguir en esta zozobra. ¡Mocosa majadera! ¡Tú vendrás conmigo! —le ordenó a mi hermano Alvarito que en esos días contaba once años de edad.

Por la mañana, mi hermano no fue a la escuela para acompañar a mi madre en la excursión. Loreto y Marta salieron a la calle a bendecirlos. Iban decididos a encontrar la casa de Enrique. Mi padre les deseó suerte y desayunó con Rosa y conmigo. Tampoco nosotras fuimos al colegio. Pusimos en orden los libros y los cuadernos de Magdalena, abandonados en desorden por ella desde aquel domingo lluvioso. Loreto se puso a cantar:

*Tiene los ojos tan zarcos la
norteña de mis amores que
me miro dentro de ellos
como si fueran destellos
de las aguas de colores...*

Hicimos el cuarto de Magdalena. Esponjamos las cortinas de muselina blanca y revisamos su ropa olvidada en el clóset. Tenía pocos vestidos y sólo dos pares de zapatos: unos tenis y otros de fiesta. Todos teníamos zapatos tenis para ir a jugar a la pelota a la casa de mi tía Antonia, que poseía un frontón y dos canchas de tenis. Magdalena olvidó también su abrigo de corte militar color azul de Prusia que le compró mi padre en uno de sus últimos viajes al Paso, Texas. Contemplar su ropa inútil nos hundió en una tristeza desconocida hasta entonces: la certeza de una ausencia irreparable, el final de una vida dichosa y el temor al porvenir nos hizo sentarnos en el borde de la cama, para saber por vez primera que la vida no era ese espejo límpido en el cual nos deslizábamos iguales a

reflejos apacibles, sino un laberinto oscuro poblado de asechanza que no podíamos prevenir. Recuerdo con temor esa tristeza súbita y desconocida. La ausencia de mi madre producía una inquietud amenazadora, sentimos la presencia grisácea del miedo mirándonos desde las cuatro esquinas de la habitación de mi hermanita y corrimos despavoridas a refugiarnos en la cocina cerca de Loreto.

—¿Tienen miedo? Yo también. Marta soñó anoche a la niña Magdalena en tierras muy lejanas, la veía caminar detrás del agua y me dijo: “Magdalena ya se perdió en el mundo”...

La escuchamos religiosamente, pues Marta soñaba siempre la verdad.

—Loreto, no se lo digas a mi mamá.

La mañana nos pareció peligrosa. En los rayos de sol que entraban a la cocina no giraban los puntitos azules, verdes y naranjas. Estaban vacíos y fijos. Quisimos pensar en la escuela. ¿Qué les diríamos a los profesores? Las clases y los compañeros nos parecieron muy remotos. Un muro invisible nos separaba de ellos. Recordamos las palabras de Magdalena: “Al enemigo en derrota hay que perseguirlo hasta exterminarlo. De lo contrario reagrupa fuerzas, vuelve al ataque con más brío y te aniquila”. Esas frases se las repetía a Alvarito durante los combates de soldados sobre la alfombra. Las había sacado de un libro de táctica militar. ¿Quién era el enemigo de Magdalena? Rosa opinó que era Enrique y se había ido con él para aniquilarlo. A ella no podía derrotarla aquel hombre viejo y con tan pocas dotes militares.

Mi padre llegó a la hora de la comida y mi madre todavía andaba fuera. Decidimos esperarla. Los tres mirábamos un pequeño elefante de marfil con la trompa levantada, talismán de buena suerte, colocado sobre un librero. Tuve la impresión de que había bajado la trompa y que sus orejas estaban gachas. Unas sombras ajenas a la tarde invadieron las habitaciones y nos inmovilizaron.

A las siete de la noche llegaron mi madre y Alvarito. Venían rendidos, abatidos y vencidos.

—Ya muy tarde encontramos la casa. Una criada nos gritó desde una terraza que Magdalena se fue de México con Enrique desde hace ya mucho tiempo —explicó mi madre.

—¿Por qué no pidieron hablar con algún familiar de Enrique? Con la madre por ejemplo —preguntó mi padre visiblemente turbado.

—Parece que no tiene hermanos. La señora no estaba... y si hubieras visto a esa criada insolente...

—¡No hay que hablar más del asunto! —decidió mi padre con violencia.

A la madre de Enrique la habíamos visto una vez en una pastelería. Iba acompañada de su hijo, pero la olvidamos. Ni siquiera recordábamos el color de sus cabellos. Después de la desaparición de Magdalena ella no hizo ningún gesto para acercarse a nosotros. Nunca llamó por teléfono ni dio señales de vida. Esa tarde su criada le gritó a mi madre con grosería, la situación no era agradable, mi padre tenía razón: no había que ocuparse más del asunto. Nos fuimos a la cama llenos de pesar. Al día siguiente volvimos a la rutina de la escuela. No nos interesaban los estudios. Evitábamos hablar de la Guerra de los Treinta Años, de Carlos V, de la Reforma, de la Contrarreforma, de Lutero, al que antes odiábamos tanto: “¡Mira qué jeta de cerdo tiene!” decía Magdalena. La familia ignoraba que usábamos la palabra “jeta”. ¿Pero acaso había alguna más adecuada para Lutero? Eran más verdaderos los cuentos de hadas en los que aparecen dragones y desaparecen princesas. Fueron días tristes. Nos consoló saber que Andersen aprendió a leer a los dieciocho años, si perdíamos el año escolar todavía teníamos tiempo de recuperar los estudios.

En la universidad se hablaba mucho de Elvis Presley, pero nosotros ya no escuchábamos sus discos ni mi madre nos llevaba al cine los miércoles. A mis tías las veíamos como si estuvieran colocadas detrás de una cortina de vidrio. ¿Qué podíamos decirles?



Fue en uno de esos días cuando se presentó en la casa la madre de Enrique. Dijo llamarse doña Justa. Estábamos comiendo y Loreto la pasó al comedor. La vimos entrar enorme y enlutada, como una maquinaria implacable que se acerca lenta pero segura para dejar a su paso sólo calcomanías. Ocupó un lugar en la mesa y anunció que ya había comido.

—Perdone, señora, que me presente a esta hora tan inoportuna. Sólo

quiero saber si ha tenido usted noticias de ellos —dijo dando un gran suspiro.

—¿Yo?... yo no sé nada desde aquel domingo en que mi hija se fue con Enrique.

—¡Qué ingratos son los hijos! ¡Qué ingratos! A mí, señora, me tienen con el Jesús en la boca. No sé nada de ellos —afirmó secándose una lágrima con un pañuelo de encaje.

La escuchamos con incredulidad. Tal vez porque no decía la verdad. Su voz era melosa, pero había en ella algo que mentía, una especie de burla grosera. Parecía recitar una lección. La observamos con temor, vestía un traje negro muy ajustado.

—Soy viuda... —explicó con voz temblorosa.

¡Viuda! ¡Qué mala suerte! Debíamos darle trato de favor. ¡Qué lástima que no fuera una simple divorciada! Llevaba pendientes de diamantes, zapatos de tacón muy alto, que parecían incapaces de sostener su enorme corpachón. Un perfume espeso se desprendía de su persona, sus labios estaban cargados de carmín y sus párpados untados de carbón azul. Doña Justa era muy voluminosa. He pensado que quizás no era ni tan alta ni tan gorda, pero daba la impresión de llenar la casa. Se diría una planta carnívora devoradora de sus interlocutores y del aire que respiraban. Cerca de ella nos sentimos minúsculos y estúpidos. Nada de lo que nos ocurría valía la pena de ser mencionado. Con ella todo se reducía a su terrible viudez, que la había dejado en el más total desamparo. Era una mujer especial y nosotros le debíamos reverencia a causa de su desdicha.

—Está hecha con “sobras” —me dijo Rosa al oído.

Era verdad, Dios había cogido las sobras de su almacén donde fabricaba a los seres humanos para hacerla a ella. La extrañeza de doña Justa provenía de ese hecho. Doña Justa no era fea ni guapa, tenía ojos negros de hipnotizadora, dientes preciosos y manos pequeñísimas para su enorme estatura. Su cabellera negra y ensortijada la llevaba suelta y la movía como María Félix.

—¿Por qué no me avisó usted que pensaba ir a visitarme? —le preguntó a mi madre mirándola con fijeza.

—No conocía su dirección. Me costó mucho trabajo encontrar su casa.

Tuve el impulso de ver a mi hija y fui a buscarla...

—Señora, no me diga eso. Magdalena me dijo mil veces que había venido a visitarlos y que ustedes se negaban a conocerme. Además le avisó cuando se fue de México. ¡A mí me consta! —afirmó doña Justa con una tranquilidad pasmosa.

—¿Cómo que a usted le consta? ¡Nunca volví a ver a mi hija! Jamás supe su dirección —protestó mi madre enrojeciendo de ira.

—Bueno, vamos a dejar así las cosas —murmuró molesta doña Justa.

—Perdone que intervenga, señora, pero ignorábamos su dirección y la de Magdalena —intervino mi padre.

La violencia se instaló en la mesa. Doña Justa mentía con descaro. ¿Qué se proponía? Su mentira nos dejó mudos, mis padres guardaron un silencio grave. Ella se sintió victoriosa, encendió un cigarrillo egipcio y lo fumó con deleite. Tal vez fue un error ir a su casa provocando así que ella viniera a la nuestra. No podíamos decirle que no volviera nunca. ¿Qué pasaría con mi hermanita Magdalena? Doña Justa era la única pista que teníamos para seguir sus huellas.

La suegra de mi hermanita se dio cuenta de su poder y decidió ejercerlo. A partir de esa fecha se presentó todos los días a la misma hora. Ella no probaba bocado, se limitaba a observarnos comer y a fumar cigarrillos egipcios. Arrojava el humo entrecerrando los ojos y haciendo volutas azules con la lengua enrollada como una flauta. Nos quitaba el apetito. Hablaba en tono confidencial.

—Yo digo que Magdalena tuvo mucha suerte casándose con Quique. No es porque sea mi hijo, pero es muy trabajador y muy honrado. Algo muy difícil de encontrar en estos días. Además una mujer siempre necesita unos pantaloncitos a su lado. ¿No lo cree usted, señora?

—Yo hubiera preferido que Magdalena no se casara tan joven.

—¡No es tan joven! A su edad yo ya era madre —afirmó con dramatismo. Por la noche mi padre comentó:

—Si esta mujer tuvo a su hijo a los dieciséis años, el Enrique ese debe de tener no menos de cuarenta y seis años. Ella ya pasó de los sesenta.

Si doña Justa llegaba unos minutos antes de que nos sentáramos a la

mesa corría a la cocina, inspeccionaba los guisos, los probaba, si la sorprendíamos levantando las tapaderas de las ollas ponía los ojos en blanco.

—¡Hum!, qué ricos chiles en nogada —y volvía al comedor con todo su atuendo ruidoso de viuda a ocupar su lugar en la mesa.

Su diaria presencia resultaba insoportable. Ella lo sabía y prolongaba la sobremesa hasta las seis de la tarde. Desesperados mirábamos el mantel lleno de bolas renegridas de migajón, manipuladas por los dedos enjorados de doña Justa. Nunca dijo una palabra acerca del paradero de mi hermanita Magdalena.

—Señora, no me gusta esta intrusa. Marta se agita mucho cuando entra en la cocina. La mira fijo, con ojos malos y ella lo siente —se quejó Loreto.

—¿Y qué quieres que haga? No le puedo decir que ya no venga. Dile a Marta que voy a impedir que entre en la cocina —prometió mi madre.

Recibimos la consigna de no dejar sola a doña Justa para evitar sus carreras a la cocina. Su presencia diaria se convirtió en una tortura, no podíamos hablar de nada, tampoco podíamos comer, nos sentábamos a la mesa sólo para escucharla y ser observados por ella con malevolencia.

—En su última carta, Enrique me habla de sus asuntos, pero no la nombra a ella ni pregunta por mi salud.

Nunca le dijimos que Magdalena no nos había escrito jamás. Teníamos la certeza de que a doña Justa era lo único que le interesaba saber.

Es difícil explicar la violencia que despedía doña Justa. “Mañana le diré que nos deje comer tranquilos”, prometía mi madre. Pero al día siguiente volvía a callar en su presencia. Doña Justa era un personaje inesperado en nuestras vidas, un elemento paralizante, un cuerpo extraño, una presencia hostil, que provocaba pleitos en la mesa entre nosotros, los hermanos, y ella simulaba querer poner la paz, mientras mis padres permanecían mudos de ira. Muchas veces la sorprendimos lanzándonos miradas de odio, entonces la ira se apagaba en sus ojos y en sus labios aparecía una sonrisa forzada. Con ella descubrimos que el odio paraliza al ser odiado.

—Doña Justa, la invito al cine —le dijo alguna vez Rosa.

—¡Bah! No me gusta el cine. ¿Para qué voy a ir a perder mi tiempo?

No le gustaba el cine, el teatro, la música, el campo. No le gustaba nada, salvo venir a mi casa a impedirnos comer. Si pensaba que nos había ofendido con la grosería de sus respuestas, recurría a las lágrimas.

—He sufrido tanto, que ya no me queda gusto por nada —explicaba llorando. Mi padre aborrecía las escenas y trataba de tranquilizarla. Ella juntaba las manos en señal de súplica:

—¡Le juro, señor, que yo nunca le he hecho un daño a nadie!... ¡Y cómo me han pagado todos!....

—¡Cálmese, señora, se ha ganado usted el cielo!

—¿El cielo? ¡Bah!, el cielo y el infierno están aquí abajo. No creo en el otro mundo. Todo está aquí y depende del dinerito que se tenga.

“¡El dinerito!” La palabra en diminutivo resultó repugnante. Cuando la acompañamos a la puerta murmuró entre dientes:

—¡Hipócritas!

La histeria se posesionó de la casa. “Vieja maldita”, repetíamos Rosa y yo. No hacíamos las tareas y las calificaciones bajaban en la escuela. Mi madre encontró a Marta llorando en la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada.

—Ya no quiero estar aquí. Cada vez que salgo a la calle a hacer un mandado un hombre me amenaza con llevarme a la cárcel —explicó Marta.

—¿Un hombre? No es posible...

—Sí, señora. Hoy nos correteó cuando fuimos por la leche y casi nos alcanza —declaró Loreto avergonzada.

Las muchachas no mentían. Se habían criado en la casa de mis abuelos y conocían a mi madre desde niña. El miedo de Marta nos intranquilizó. Era nerviosa y cualquier susto la podía hacer volver al manicomio. La queríamos más que a Loreto, era ella la que nos contaba las apariciones de los muertos en la Sierra, cuando caía la nieve y ellos envueltos en sudarios bajaban a las calles de Chihuahua a pedir “una candelita para alumbrarse el camino”. Muchos de ellos le habían contado su triste historia, siempre distinta y siempre escalofriante. También nos contaba los secretos de la familia, si queríamos preguntarles algo a mis tías o a mi madre, sus ojos adquirían una expresión seria para advertirnos: “¡No

pregunten, pues nada les será contestado!”

Al enterarnos de que Marta lloraba en la cocina, dejamos de maldecir a doña Justa y corrimos a verla. Estaba hecha un ovillo, sollozando y ninguna palabra alivió su llanto. Marta presentía la desdicha. A mi padre le preocupó lo que les sucedía a las muchachas.

—¡Eso nos faltaba! ¿Quién puede ser ese hombre? En verdad no sé para qué vinimos a México. Todo ha sido un fracaso. Habrá que dar parte a la policía aunque pienso que será inútil.

Mi madre acompañó a Loreto y a Marta a la comisaría mugrosa para presentar una queja. La escucharon con aire aburrido. El comisario era un viejo malhumorado. Miró a las tres con ironía y se dirigió a mi madre:

—¿Qué pretende usted, señora? ¿Que les ponga una guardia a sus criadas como la que lleva el señor presidente? Me parece que ya están mayorcitas para cuidarse solas. Debe ser algún borracho y yo no puedo arrestar a todos los borrachos que pasen por delante de su casa.

No había nada que hacer y mi madre y las muchachas volvieron a la casa muy enfadadas.

—Aquí hay que dejarse insultar, matar y encima dar las gracias. No sé para qué les pagan a esos sinvergüenzas —dijo mi madre a la hora de la comida. Doña Justa llegó a tiempo para sorprender la conversación desde la puerta del comedor.

—¡Ay!, señora, ¿para qué fueron? Van a decir que usted es una enredadora. Ya se señaló usted, doña Caridad. Debe de haber sido un albañil borracho —opinó la suegra de Magdalena.

¿Un albañil que amenazaba a Marta con meterla a la cárcel? ¡No, un albañil no tenía poder para eso!

Unos días después, doña Justa anunció al oscurecer que se le habían terminado los cigarrillos y le pidió a Loreto que le fuera a comprar una cajetilla. La muchacha tardó mucho en volver a la casa. Empezábamos a inquietarnos cuando alguien llamó a la puerta para avisar que nuestra sirvienta estaba tirada en la calle. Salimos en tropel a buscarla. En efecto, Loreto con la cara bañada en sangre estaba recostada sobre el tronco de un árbol de la avenida Durango. Dimos de gritos y levantamos a Loreto para llevarla a la casa.

—Fue ese hombre... me agarró a golpes —explicó Loreto.

—¿Usted lo conoce? —le preguntó doña Justa muy afligida.

—De vista, es el mismo que nos amenaza... dijo que me golpeaba para quitarme lo chivata.

A partir de ese día, en el camino a la escuela nos volvíamos para ver si “el hombre” no iba siguiéndonos. Sin proponérselo, lo asociábamos a la desaparición de mi hermanita Magdalena.

—¿Te has fijado que doña Justa nunca nos ha invitado a su casa? —me preguntó Rosa en la clase de matemáticas.

—¡Claro que me he fijado! ¿Cómo vivirá? Además no sabemos quién es. A veces me digo que ni siquiera es la mamá de Enrique.

—Te propongo ir a espiar su casa. Debe de estar llena de misterios —me susurró Rosa.

Esa misma tarde en cuanto doña Justa salió de mi casa, nosotras nos fuimos a tomar un autobús que nos llevara a Coyoacán. Nos apeamos en la plaza de la Catedral y buscamos la dirección que nos dio Alvarito. Dimos varias vueltas a una plazoleta sembrada de árboles frondosos antes de atrevernos a tomar la calle de la casa de doña Justa. Pasamos frente al número indicado por mi hermano. La casa era muy grande, estaba defendida por unas rejas verdes muy altas, tras de las cuales se extendía un jardín atravesado por un camino hecho con losas blancas que conducía a las gradas de piedra que subían a una terraza. En ella había macetones con naranjos enanos y un tresillo de mimbre muy antiguo. Un muro encristalado separaba la casa de la terraza. Una gran puerta de cristales daba acceso al interior de la casa.

No vimos a nadie. El lugar parecía abandonado. ¿Quién regaría los naranjos enanos? La casa tenía un aire sombrío, los macizos de flores parecían coronas fúnebres, las sombras violetas de la tarde la envolvían en un aire amenazador. Sabíamos que Magdalena no se encontraba dentro y su ausencia nos produjo miedo. Recordamos a Loreto con el rostro bañado en sangre, deshecho a puñetazos, recargada sobre un árbol. Nos miramos asustadas. Aquella casa parecía deshabitada, a pesar de que los caminillos de alcatraces estaban rigurosamente cuidados. Del jardín venían perfumes mezclados: heliotropos, geranios, violetas, tierra

húmeda, que se confundían en el aire de la tarde con el vapor que se levantaba de las profundidades del jardín. Nos alejamos para volver a pasar desde la acera de enfrente. La calle era estrecha y las aceras angostas. No pasaban coches. De regreso a nuestra casa no mencionamos la excursión.

Unos días después volvimos a rondar la casa de doña Justa que parecía no haberse dado cuenta de nuestro espionaje. Al atardecer pasamos por la acera de enfrente y descubrimos a doña Justa sentada en un diván de mimbre, fumando. A su lado se hallaba un viejo cuya calvicie brillaba entre los naranjos enanos. Nos detuvimos unos instantes a observar a la pareja y nos alejamos de prisa a la plazoleta sembrada de fresnos. Una vez con mis padres, el recuerdo de mi hermanita Magdalena se volvió insoportable. Rosa puso su disco favorito: *Love Letters in the Sand* de Pat Boone.

Debíamos acostumbrarnos a la pérdida de mi hermanita. También en la cocina Marta y Loreto escucharon la música con pena. Unos días más tarde, las dos desaparecieron de la casa. Su ausencia repentina nos dejó anonadados. Alguien maligno nos acechaba. Mi padre fue a la policía a dar parte de su desaparición.

Los policías otra vez no pudieron hacer nada. Un silencio sepulcral cayó sobre la casa. Nadie tenía apetito y por las noches no dormíamos. Las camas se llenaron de arena hirviente y las almohadas de piedras.

—Tengo miedo. No podemos vivir sin Marta y sin Loreto... —nos decíamos en la noche.

La cocina permanecía callada, nadie deseaba frecuentarla. Al volver de la escuela y no encontrarlas sentíamos vértigo, era como enfrentarse al vacío.

—¿Y sus criadas, señor? —preguntó doña Justa.

—Están de vacaciones. Vuelven dentro de unos días.

Mi madre no quería comentar el hecho, como no comentaba la desaparición de Magdalena.

—Yo creía que se habían ido por miedo al hombre que las amenazaba —contestó doña Justa.

La señora sabía todo, adivinaba nuestros pensamientos, nos observaba

con sus ojos enormes después y no podíamos tragar bocado.

Dos semanas después recibimos carta de Marta y Loreto desde El Paso, Texas. Las dos habían huido “al otro lado” por miedo al hombre que las amenazaba y que las había emplazado a abandonar la capital en secreto. Estaban preocupadas y prometían dejar a sus sobrinos que eran dueños de una tienda de licores en cuanto “el aire se aclarara en la ciudad”.

—¡Nos abandonaron!... ¡Qué increíble! —exclamó mi madre.



La sensación de que la gente se apartaba de nosotros para dejarnos solos era angustiada. Sólo doña Justa llegaba con la puntualidad de un castigo inmerecido. A mis tías les pareció “rarísimo” lo que hicieron las muchachas, pero continuaron felices buscando “jóvenes formales” para casarlos con sus hijas y con nosotras. No entendían que nosotros habíamos cruzado una barrera que nos separaba de la gente dichosa, no entendían que sobre nosotros había caído una maldición. Tal vez porque no les dijimos nunca nada. Pasaron las posadas, las navidades y el Año Nuevo y nosotros seguíamos esperando a Magdalena, a Marta y a Loreto.

Doña Justa llegó acompañada de una desconocida alta y gorda que dijo necesitar mucho el trabajo.

—Señora, la casa es muy ingrata, mientras vuelven sus muchachas tome a esta mujer para que la ayude —insistió doña Justa.

La desconocida se llamaba Hermelinda. Permaneció de pie viéndonos comer. Su presencia inmóvil era insoportable. Evitábamos mirar su traje viejo de percal, sus zapatos rotos y sus manos usadas. Pero también era insoportable que aquella intrusa ocupara el lugar de Marta y Loreto.

—Hermelinda trabajó durante muchos años en la casa de Cuca, una amiga mía. Cuca se fue de México y esta pobre se quedó sin trabajo — insistió doña Justa.

Comimos y Hermelinda se precipitó a ir a la cocina a lavar los platos. A las seis de la tarde, cuando doña Justa se fue dejó instalada a Hermelinda. Nos sentíamos incómodos delante de aquella testigo a la que nada nos unía.

Hermelinda era servicial: se precipitaba a contestar el teléfono,

apuntaba los recados y corría a recibir al cartero. Pero no fue ella la que me entregó la carta sin firma que me hizo enmudecer de sorpresa. “Señorita, si quiere usted saber con quién está Magdalena, pase al oscurecer por la calle de Santo Domingo número 14. No diga a nadie lo que le confío. Una amiga.”

¿Quién me había escrito esa carta extraña? Le confié el secreto a Rosa.

—¡Esto es un anónimo! —exclamó alarmada.

Decidió ir a esa calle y guardar el secreto. Conocíamos mal la ciudad, casi nunca íbamos al centro. Un autobús nos dejó en el Zócalo y a pie buscamos la calle de Santo Domingo. Era una calle estrecha, llena de tiendas pequeñas, en cuyas vitrinas se acumulaban ropas baratas, joyas falsas y libros usados. Los números se escondían entre los anuncios. El ruido de los automóviles, los camiones y los transeúntes era atronador. Me detuve incrédula frente a una vitrina minúscula que exhibía un traje de hombre de color mostaza. No fue el traje ni su color lo que me obligó a detenerme, fue doña Justa acodada al mostrador de esa sastrería estrecha como un zaguán. Doña Justa fumaba del cigarrillo de un viejo de cabellos negros y espesos. Seguí de frente.

—¿Viste? —le pregunté a Rosa.

—No, no vi nada...

—El hombre que estaba en la terraza era calvo, pues está ahí dentro con un viejo de pelo negro.

—No es posible. Vamos a regresar.

Rehicimos el camino. Frente a la sastrería Rosa reculó asustada.

—¡Es doña Justa!... se están besando —me dijo casi en secreto.

Nos alejamos de prisa. La gente nos daba empujones porque queríamos avanzar sin detenernos.

—La carta dice que allí está Magdalena. Vamos a regresar —decidió Rosa.

Hicimos marcha atrás, husmeamos a través del escaparate y nos retiramos. ¿Qué podíamos hacer? La tienda vecina a la sastrería era una joyería muy estrecha en la que apenas cabía su propietario. Entramos. Fingimos interés en sus collares de cuentas de vidrio, en sus brazaletes cargados de animalitos, hechos en metal dorado. El viejo dueño nos

seguía con sus ojos saltones muy alertas.

—¿Van a comprar algo o sólo están molestando? —preguntó de mala gana.

—Volveremos, ahora no tenemos dinero —dijo Rosa con la mejor de sus sonrisas.



Nuestra operación no sirvió de nada. En un puesto de libros viejos vimos el título adecuado para nuestra situación: *Crimen y castigo* por F. Dostoievski. Rosa lo compró. Llegamos a la casa con la decisión de volver a la joyería. En la cama hojearnos el libro y empezamos la lectura.

—¡Apaguen esa luz! Son las tres de la mañana. ¿Qué hacen? —gritó mi madre desde su cuarto.

—Estamos estudiando. Doña Justa nos quita la tarde entera.

Crimen y castigo era alucinante. Nunca imaginamos un libro parecido. Era tan verdadero que no era novela.

—¡Vieja repugnante! —repetía Rosa que identificó a la heroína con doña Justa.

—Pobre Raskolnikov... ¿No crees, Rosa, que alguna vez nos puede suceder lo mismo? —le pregunté a mi hermana a las cinco de la mañana.

—Es muy probable...

Por primera vez el homicidio nos pareció normal. Suprimir a un ser malvado era legítimo y la verdadera víctima resultaba el asesino. Nuestra óptica sobre el pecado cambió y nos sentimos dispuestas a ejercer el derecho a matar para salvar a Magdalena. No fuimos a la escuela. Nos instalamos en el Parque España para continuar con la lectura de *Crimen y castigo*. El riesgo de que nos viera alguna de mis tías era muy grande, pero llevábamos de repuesto los libros de la escuela.

A la hora de la comida mirábamos a doña Justa con intención homicida. Ella sintió algo.

—¿Por qué me ven así?

—Es verdad. Parece que tienen fiebre, ¿no se sienten bien? —preguntó mi madre.

—Todo va muy bien. Son los primeros síntomas —afirmé enigmática,

recordando la fiebre de Raskolnikov.

—¿Qué dicen? —preguntó doña Justa.

Guardamos silencio. No queríamos que nos encontraran parecido con Raskolnikov.

—Están muy temblorosas y muy pálidas —insistió mi madre.

Al oscurecer nos encontramos nuevamente en la joyería. El viejo se alegró al vernos. Supimos que se llamaba don Isaac y que había llegado a México después de la guerra europea.

—¿Como los de la sastrería de aquí junto? —preguntó Rosa.

—No. La dueña doña Justa ya estaba aquí cuando yo llegué...

Rosa compró un brazalete cargado de animalitos.

—¡Justa!... Qué nombre tan chistoso —y se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? Es un nombre como cualquier otro. Es una mujer que vale oro. Es viuda, su hijo único se casó con una mujer de malos instintos, que lo ha separado de su madre. Todo lo que gana Justa es para ella y su familia. ¿Comprendes? —explicó don Isaac.

Rosa se sonrojó, balbuceó algo, al ver su desconcierto intervine sin saber lo que iba a decir.

—¿Es viuda? Creíamos que su marido era ese señor que está fumando con ella.

—¡Ah! Eres curiosa. Quieres saber quién es su amigo Rosalitos — exclamó don Isaac mirándome con malicia.

—Nos gusta platicar con usted, don Isaac. ¡Platica usted tan sabroso! ¿Quién es Rosalitos?... —le pregunté, mientras pensaba, “viejo malvado, también tú eres matable. ¿Cómo te atreves a hablar así de Magdalena y de nosotros?”

—¿Rosalitos? Un hombre muy bueno. Trabaja en Gobernación y es amigo de todos nosotros. Justita está bien relacionada. Es una mujer que vale mucho. ¡Mucho! Ella defiende a todos los débiles, por ejemplo a su hermano Timo, al que el fisco le ponía icada mordida!... Y ya ven, el sinvergüenza quiso robarla y ahora se está hundiendo.

Don Isaac se aburría en su tienda. Lo visitamos varias tardes, pero no quiso contestar a nuestras preguntas.

—Son demasiado jóvenes para engañarme —y se echó a reír.

—¿Engañar?...

—Sí, sí, lo saben muy bien. ¡Engañar! —y volvió a reír.

Salimos de su tienda en apariencia muy amigos, pero con la intención de no regresar. Era un viejo zarco. Decía que lo engañábamos, se había denunciado, el que nos engañaba era él.

—¡Idiota! Hay que volver. Algo sabe —dijo Rosa abrazándose a *Crimen y castigo*.

Llevábamos el libro a todas partes por temor de que cayera en manos de Hermelinda. Lo habíamos forrado en papel cartoncillo azul cielo, y Rosa con sus mejores letras de molde le había puesto un título escrito con tinta china: “Historia de las civilizaciones comparadas” por W. J. Hohenstein. Así, nadie se interesaría en abrirlo.

Cuando recibí la carta de la desconocida diciéndome: “No vuelva a la tienda de Isaac, mejor vaya a ver la piquera de Timo. Una amiga”. Nos repetimos que el viejo era peligroso. “La amiga” me daba la dirección de Timo. Hicimos una escapada. La taberna se hallaba en una calle atrás de la iglesia de Santo Domingo. Pasamos varias veces para captar el ambiente del antro. El piso era de lodo apisonado, un mostrador seboso rezumaba alcohol barato. Acodados a él, grupos de borrachos en harapos llevaban cuerdas y correas atadas a la cintura; eran los cargadores del mercado. ¿Sería hermano de Justa aquel hombre de mandilón sucio y cabello rubio alborotado en rizos? No se le parecía. Timo era prognata y se agitaba frente a los cargadores hasta ponerse rojo de ira. ¿Y allí guardaban a mi hermanita? Los clientes guardaban silencio. Una mujer bajita, gorda, de piel muy oscura, labios gruesos y ojos redondos y saltones, llegaba a ayudarlo. Se vestía como todas las criadas y reñía a gritos con los clientes.

Una noche decidimos seguir a la mujer. Nos fuimos tras ella. La mujer caminaba despacio, tenía las piernas cortas y muy gruesas. Se detuvo a esperar un autobús. Nos colocamos en la fila y durante el trayecto procuramos no verla, pero notamos que ella nos miraba mucho con sus ojos redondos de córnea amarillenta. Nos dio miedo. Rosa disimuló asomándose por la ventanilla. Para tener más libertad le cedimos nuestro lugar a una pareja de ancianos. La mujer pareció olvidarnos. En la

avenida Insurgentes vimos que se aprestaba a bajar y nosotros nos preparamos también. Nos apeamos antes que ella, para no despertar sospechas. Nos encontramos en la esquina de Londres y de Insurgentes. No sabíamos hacia dónde iba a dirigir sus pasos. Rosa me ordenó: “¡Camina!”, y echamos a andar al azar. La mujer cruzó la avenida sin hacer caso a los autos que nos insultaban con el claxon. Un poco más allá de la esquina, la mujer se detuvo frente a una casa medio en ruinas, sacó una llave y abrió un portón desvencijado.

—¡Aquí vive! —gritamos triunfantes.

El problema era entrar para saber si allí estaba mi hermanita. Raskolnikov se había citado con la vieja y llevaba un arma. Ahora la mujer estaba sola, Timo cuidaba la piquera, miramos la casa con atención, era siniestra, con sus viejos ladrillos y sus ventanas cerradas y sucias.

—¿Nos abrirá la vieja?

—No estamos armadas...

Desde aquel domingo lluvioso nuestra vida no era feliz. Nos rondaba algo indefinible, todo lo que hacíamos resultaba mal, era como si una presencia invisible desbaratara nuestros planes y revolviere la casa durante nuestra ausencia. Los libros, los papeles, las sábanas, los cubiertos, todo desaparecía. “¿Qué sucede en esta casa?”, preguntaba mi madre exasperada.

—Cuando Magdalena estaba aquí no había pleitos ni desapariciones — se quejó.

—No la nombres. Terminará mal. Hubiera sido mejor verla salir muerta de esta casa.

La gravedad de las palabras de mi padre nos paralizó. Y nosotras que estábamos haciendo las investigaciones para encontrarla, ¿deberíamos continuar o quedarnos quietas? “¡Continuar!”, nos dijimos.

Nuestro trabajo se multiplicó: debíamos vigilar la sastrería, la casa de doña Justa, la taberna, la casa de la mujer que vivía en la calle de Londres y a don Isaac. Varios días vimos salir de la casa de Londres a la mujer acompañada de una joven igual a ella, sólo que en rubio. Eran como la fotografía y el negativo. La joven se vestía de terciopelo y el cabello rizado

lo llevaba peinado en multitud de tirabuzones. Nos preguntamos si sería su hija. La lista de los secuestradores de mi hermanita se alargaba. Raskolnikov había tenido más suerte que nosotras. Una nueva carta me llegó: “Cuidado, Olegaria y su hija saben que las siguen. Una amiga”.

—Olegaria debe ser la morena —dijo Rosa.

Decidimos quedarnos quietas y volver a la escuela. Después tendríamos tiempo para hacerle justicia a mi hermanita a la que ya casi dábamos por muerta. Procurábamos no mirar a doña Justa en la mesa.

—¡Qué raras están las muchachas! Las veo muy pálidas, muy nerviosas.

¿Nerviosas? Nerviosas nos pusimos la noche que volvimos del cine con mi madre y con Alvarito para encontrar la puerta de la casa abierta, las cortinas arrancadas y los clósets abiertos. Hermelinda salió medio dormida del fondo de la casa. No había escuchado nada y el espectáculo la dejó atontada. Nos quedamos perplejos. ¿Para qué ir a la policía? Decidimos no decirle lo ocurrido a doña Justa. Y también renovar nuestras investigaciones.

El domingo por la tarde nos encaminamos a Coyoacán. La avenida de los Insurgentes llena de automóviles con gentes felices nos produjo la sensación de estar “fuera de la fiesta”, como si un destino adverso, cuyo rostro era el de doña Justa, nos hubiera marcado para siempre. Nunca volveríamos a ser como los demás. ¿Por qué debíamos ir a Coyoacán a espiar a aquella mujer que se presentaba todos los días en mi casa y que jamás nos había invitado a la suya? No quisimos decirnos que temíamos que hubiera matado a mi hermanita.

Al bajar del autobús caminamos cabizbajas. Íbamos tristes, como si de pronto hubieran abolido el cielo. Llegamos a la casa de doña Justa cuando la tarde empezaba a cambiar de luz. El aire tenía ráfagas moradas y los fresnos de la plaza reflejaban las primeras sombras. Desde la acera de enfrente contemplamos el jardín y la terraza con los naranjos enanos. Una luz discreta venía del interior de la casa. Distinguimos en el sofá de mimbre a doña Justa y al hombre calvo, que fumaban y bebían, soltando risotadas. Él pellizcaba las piernas de Justa, que se convulsionaba de risa. La sorpresa nos dejó plantadas junto al arbolillo de la acera de enfrente.

—¡Miren a la vieja puta! —exclamó una voz femenina a nuestra espalda.

Nos volvimos para encontrarnos frente a una mujer alta, delgada, de rostro maquillado con la cabeza cubierta con una chalina negra. Temblaba de ira y sus ojos negros se clavaron en los nuestros.

—Ustedes son las hermanas de Magdalena. ¿Verdad?

Tomadas por sorpresa, hicimos un gesto afirmativo, ella nos miró, reflexionó y nos tomó por un brazo. Echamos a andar. Iba silenciosa. En la plazoleta nos colocó junto a un fresno para examinarnos. Observó nuestros trajes blancos de algodón, las zapatillas blancas sin tacón y pareció aprobar nuestras crinolinas. La gente pasaba junto a nosotros comiendo cacahuates. La desconocida no los veía, tenía algo desamparado, que evitaba que le tuviéramos miedo. Un aire pobre y desgraciado la envolvía. El barniz rojo de sus uñas estaba roto y su chalina se resbalaba una y otra vez sobre sus cabellos negros y lisos, que brillaban en el atardecer como pedazos de espejo roto.

—Soy la esposa legítima de Luis María...

Un silencio acogió sus palabras, no sabíamos quién era Luis María.

—Luis María es el que está chacoteando con la vieja puta.

Entendimos que su marido era el viejo calvo. ¿Qué podíamos decirle? La miramos con asombro. Queríamos saber por qué nos había dicho que éramos las hermanas de Magdalena. La vimos enjugarse dos lágrimas pequeñas. Era triste ver llorar a alguien que parecía no tener lugar en el mundo.

—La vieja quiere casarse con él...

—¡Pero si las viejas no se casan!... —interrumpió Rosa.

—¿Ves? ¡Hasta tú, niña, que eres la inocencia, sabes que las viejas no se casan y menos con los maridos de las otras! Y yo, ¿qué voy a hacer? —se detuvo para arreglarse la chalina que continuaba resbalando sobre sus cabellos.

—Yo le di los papeles mexicanos cuando me casé con él. ¡Tanto que trabajé para ayudarlo! Y ahora, ¿qué? Me quiere tirar a la basura por el dinero de esa puta... ¡Qué taruga fui! En ese tiempo lo debía yo haber denunciado con Gobernación y lo hubieran echado de México. Ahora no sé qué voy a hacer...

No dijimos nada. Las dos veíamos las tapas azules de *Historia*

comparada de las civilizaciones. Podíamos prestárselo para que viera que hay casos en que las viejas merecen la muerte. Pero Rosa apretó el volumen contra su pecho y vi que no iba a dárselo.

—Me llamo Raquel. Ustedes son Rosa y Estefanía, ¿no es así? Ustedes nunca han oído hablar de mí, en cambio yo sé todo lo de su hermanita. Ya no anden siguiendo a Olegaria, les va a hacer un mal.

—¿Quién es Olegaria?

—¿Ole? Es la mujer de Timo. Los dos fabrican alcohol malo y lo venden en su piquera. ¡Caray, con un poquitito de justicia que hubiera los dos estarían en la cárcel! Si lo sabré yo.

Raquel nos llevó a una banca vacía, nos compró cacahuates y platicó con nosotras largo rato. Ella sabía que se habían llevado a Magdalena, pero ignoraba adónde.

—En qué nidada cayó su hermanita. No podía ser peor. El Enrique se está haciendo muy rico, es socio de su madre.

—¿Y usted cómo sabe tanto?

—No se crean que sé tanto. Pesca algo de lo que traman cuando Luis María habla con la vieja por teléfono. Yo escucho escondida. ¿Comprenden?

—Yo quisiera saber dónde está Magdalena —le dije.

—Lo voy a investigar. Yo sé cómo hacerlo, Luis María es un cobarde. Vengan a visitarme.

Nos apuntó su dirección en el papel que contenía los cacahuates. De su chalina se desprendía un perfume barato. Parecía muy pobre, en cambio Luis María andaba lujosamente vestido. Raquel comió los cacahuates mirando al suelo. “Estoy fregada”, repitió varias veces. “En Sinaloa bien que lloró para que me casara con él. ¡Tanto que lo ayudaron mis hermanos!...”, dijo con voz ronca. En verdad era un desecho humano, escondida entre las sombras de los árboles mientras que su marido pellizcaba las piernas de doña Justa.

—Nos tenemos que ir. No podemos llegar tarde. Mañana iremos a verla.

—Mañana no. Denme unos días.

Nos acompañó al autobús y se lamentó de la mala suerte de mi

hermanita.

—Más le valiera haberse muerto —suspiró.

Era siniestro que mi padre y Raquel pensaran lo mismo de mi hermanita Magdalena.

No pudimos dormir: el recuerdo de doña Justa en la terraza, el de Raquel, el de Luis María riendo a carcajadas y el de Timo y Ole fabricando alcohol malo, nos convencieron de que Magdalena estaba en un peligro inminente. ¿Cómo conjurarlo? A mis padres no les habíamos confiado nada sobre nuestras investigaciones, el secreto nos pesaba, pero tenía que ser así, los dos hubieran puesto el grito en el cielo y nos hubieran impedido continuar con nuestra tarea.

Delante de doña Justa apenas levantábamos la vista. Nos parecía que “la vieja” conocía nuestro secreto, pues nos miraba con fijeza. Pensamos que don Isaac nos había traicionado. Ahora, después de haber hablado con Raquel, teníamos la certeza de que estaba al corriente de nuestros pasos.

—Tal vez nos está preparando una trampa.

Debíamos actuar con precaución. Raquel vivía en una calle vieja de la colonia Roma. El número de su casa correspondía al de una tienda de comestibles muy pobre, con las alacenas casi vacías, el piso sucio, el mostrador grasiento, detrás del cual se hallaba Luis María en mangas de camisa, el chaleco desabrochado y los dedos cubiertos de anillos. Su presencia inesperada nos alarmó, la ventaja era que el hombre no nos conocía.

—¿La señora Raquel no está? —preguntamos.

—¿Qué quieren? Para ustedes no está. ¡A mí no me van a hacer pendejo, ustedes son las hermanas de Magdalena! —gritó.

No contestamos a su ataque intempestivo. En ese momento la cortina de cretona desteñida que separaba la tienda de la trastienda se levantó y apareció Raquel con los cabellos en desorden. Su marido se volvió a ella como si fuera a golpearla, levantó el brazo y gritó:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, cabrona! —al mismo tiempo que le daba de empujones para llevarla hacia la cortina de cretona.

—¡Señor!... señor, no se ponga usted así! —exclamó Rosa, indignada.

Raquel se puso en jarras.

—¡Padrote! ¡Desgraciado! No me tratabas así delante de mis hermanos. ¿No quieres que les diga que nunca más volverán a ver a Magdalena?...

Un bofetón brutal de Luis María le cerró la boca. El hombre furioso se volvió hacia nosotras:

—¡Fuera de aquí! Y cuidado con decirle nada a Justita. ¡Cuidado! ¿Entendido? Yo tampoco le diré nada.

—¡Canalla! ¡Lo que vas a decirle es que la mate de una vez! —contestó Raquel con una voz terrible.

La magnitud de sus palabras nos dejó en un paraje solitario, donde soplaba el viento homicida de Caín. En un segundo vi a doña Justa con sus ojos aterradores mirando el charco de sangre en el que había caído mi hermanita. Un silencio desconocido reinaba en ese lugar.

—No diremos nada. ¡Se lo juro por Cristo! —escuché decir a Rosa.

Abandonamos la tienda de comestibles. Caminamos por las calles viejas de la colonia Roma. De los automóviles nos miraban con curiosidad. Nadie podía entender nuestra desdicha. El mundo había cambiado, habíamos alcanzado sus confines: la tienda de Luis María, la taberna de Timo, la sastrería de doña Justa y la joyería de don Isaac terminaban en la palabra “crimen”. Rosa llevaba bajo el brazo *Crimen y castigo*. Pero ¿quién iba a castigar a aquellos asesinos?

Una impresión de irrealidad nos hacía ver los muros de las casas separados para mostrar al mundo sus miserias invisibles, sus víctimas y sus verdugos. El sol caía blanco como una espada sobre aquellos muros llenos de pecados.

—¡Ah!, si yo los pudiera matar... —dije a voces.

La calle no se inmutó, continuó destartalada, con el sol blanco partiendo sus paredes.

—¿Qué les sucede? Parecen dos viejas cansadas —dijo mi madre.

Doña Justa nos observó complacida y juzgó conveniente tomar el papel de víctima.

—Qué calladas están... si estorbo me voy —dijo ofendida.

Su actitud vigilante nos obligó a quedarnos quietas y a volver al colegio. Abandonamos el cerco tendido a su casa, a su sastrería, a Timo y a Luis

María. Temíamos que el hombre le hubiera contado nuestra presencia en su tienda de comestibles. Raquel se convirtió en una obsesión: “¿Nos estará esperando?” “¿Habrá descubierto algo?” La diaria presencia de doña Justa era un castigo inmerecido, pero no podíamos quejarnos. En la casa estaba prohibido. “Sólo los culpables se quejan. Quieren justificar sus faltas con la letanía de sus miserias”, nos repetían. “Los cristianos no se quejan, soportan sus pesares en silencio.” En la mesa debíamos callar. ¿Desde cuándo no reíamos? Por la ventana del comedor entraba la noche y su frescura. Tuve la impresión de que mi casa se caía a pedazos: los tres hermanos teníamos notas muy bajas, yo debía repetir un semestre...

—No es que yo quiera meterme, pero las muchachas deberían buscarse un trabajito —opinó doña Justa ante nuestro fracaso en los estudios.

—¡Es mejor buscarse un amante! Así nos dará una chamba de taquígrafas —afirmó Rosa.

—¿Qué dices? —protestó mi madre escandalizada.

—Digo que antes los hombres les regalaban a sus queridas alhajas, casas, dinero y que ahora les buscan un trabajo —repitió Rosa.

—Tiene razón Rosa. ¿Por qué debemos ser taquígrafas? Es como si todos los hombres estuvieran condenados a ser carteros, aunque fueran cojos —dije enfadada.

—Un amante se puede tener cuando se tiene dinero para ¡comprarlo! —añadió Rosa mirando con fijeza a doña Justa.

—No es que yo quiera opinar, pero siempre pensé que las educaban mal, con tantas pretensiones de idiomas y... de bueno, de todo lo que enseñan en la universidad —contestó doña Justa fingiendo no entender la alusión directa de Rosa.

Era costumbre que los lunes llegara doña Justa con bandejas de cartón de La Flor de México en las que figuraban pasteles con la crema marchita. Parecían sobras. “Es lo que le queda de sus encerronas de sábado y domingo con Luis María”, dijo Hermelinda, que seguramente estaba informada por su antigua patrona doña Cuca.

—Perdone, señora, sus pasteles están agrios —dijo Rosa rechazando el pastel.

—Como tú digas. Yo quise hacerles un regalito...

Era apenas lunes y debíamos soportarla hasta el viernes. Los sábados y domingos nos dejaba libres, pero no podíamos ir a nadar o a jugar con mis primas ya que debíamos estudiar las lecciones de la semana.

—¡Malhaya! —jurábamos cuando mis tías se iban disgustadas porque mi madre no nos permitía ir a jugar a sus casas.

Mi tía Remedios, cuya vida estaba cubierta de misterio, según nos había confiado Marta, era la única que lograba convencerla.

—¡Caridad! No sé cómo puedes enfadarte con estas niñas tan poéticas. Me las llevo a mi casa, el día está precioso. ¡Mira qué sol! No es justo que las pobrecitas se queden encerradas en un sábado tan glorioso.

Pero mi madre contestaba: “Sábado glorioso, te lavo, te plancho y te coso...” Mis primas Lucero y Aurelia nos tomaban de la mano y adoptaban una actitud suplicante.

—¡Llévatelas! Pero no van a pasar de año.

La casa de mi tía Remedios era entresolada, blanca y misteriosa. Un patio embaldosado en mármol blanco con una fuente en el centro e hileras de macetones con plantas que subían hasta la terraza de balaustrada de mármol la convertían en un lugar cerrado y sólo abierto al cielo. La terraza cubierta por una marquesina corría a lo largo de la casa. Todas las habitaciones daban a esa terraza. También allí había macetones con flores, alineados como las bailarinas de un ballet clásico. Mi tía Remedios adoraba el teatro.

—¡Qué pena que Magdalena se haya casado! Ella es como yo...

Mi hermanita era su predilecta. Magdalena la visitaba con frecuencia y nos contaba que mi tía le había confiado que en sueños Bécquer le recitaba poemas. A nosotras no nos hacía confidencias. Guardaba un silencio triste. Se diría que se alejaba volando para perderse en un paraíso invisible. A veces era en el salón, donde mi prima Aurelia tocaba el piano y Lucero vestida con su tutú blanco giraba entre los muebles moviendo sus hermosos rizos negros. Seguíamos sus piruetas en los espejos: eran muchas Luceros girando en el salón perfumado. Sí, la casa de mi tía Remedios guardaba un misterio exquisito. Misterio que desconocíamos. Sólo sentíamos que al cruzar el dintel de su casa entrábamos al misterio del blanco silencio. Con mi tía Remedios todo era perfecto. ¡Todo!, menos

su marido. Su llegada provocaba un revuelo cortés, mis primas salían a recibirlo, le besaban la mano y en actitud graciosa esperaban su saludo. Mi tío Bernardo hablaba poco, su reserva nos intimidaba. Sentado a la cabecera de la mesa nos miraba con curiosidad.

—¿Alguna noticia de Magdalena? —el nombre de mi hermanita lo hacía sonreír. Al cabo de unos minutos agregaba: “¡Qué pillá! No nos ha enviado ni una palabra”.

No podíamos confesar que a nosotros tampoco nos había escrito nunca. ¿Y cómo decir que doña Justa nos visitaba todos los días? Nos daba vergüenza. Había algo extraño en sus visitas. Bajábamos los ojos para ocultar el rubor que nos producía mi hermanita y su suegra. Y si mi tía supiera que espiábamos a Justa, a Olegaria, a Timo, a Raquel y a don Isaac ¿continuaría pensando que éramos unas “niñas poéticas”? Al recordar nuestro espionaje se nos iba el apetito. Los métodos los habíamos sacado del cine y de Sherlock Holmes, cuyos libros nos había regalado mi tío Bernardo. Mi tía no sospechó jamás nuestras actividades clandestinas. Dentro del orden de su casa perfecta nuestra conducta resultaba no sólo baja sino criminal.

—Tío, ¿ha oído hablar de un escritor llamado Dostoievski? —preguntó la indiscreta de Rosa.

“¡Que me trague la tierra, ésta ya se echó de cabeza!”, me dije hundiendo la mirada en el puré servido en el plato.

—¿Fedor Dostoievski? Espero que no lo hayan leído.

—¿Leído?... no, nunca —mintió Rosa.

—¿Nunca? Me parece que algo han leído... bueno, qué se va a hacer con las chicas modernas —dijo resignado mi tío Bernardo.

No pude comer. Miré con ira a Rosa. “¿No podrá controlarse?”, me pregunté furiosa.

A la hora de la siesta mi tía nos leyó poemas de San Juan de la Cruz y su voz nos produjo la urgencia de morir para alcanzar la Gloria. Al salir de su casa llevábamos la firme convicción de profesar en un convento. Pero ¿en cuál? “¡En México están perseguidos! Los gobiernos que sufrimos son satánicos. ¿Sabes que los presidentes son masones?”, nos preguntaba mi tía en voz baja.

Ir a misa con mi tía Remedios y con sus hijas era un privilegio. El olor del incienso, el hermoso latín, los monaguillos, el órgano, las campanillas a la hora de la elevación de la misa, nos transportaban a un espacio santo. En esos días el luterano francmasón Juan XXIII ya era papa, pero para fortuna de mi tía y de nosotros todavía no revelaba sus intenciones ni su verdadera identidad. Sólo era gordo, orejón y parecido al diablo. ¡Qué diferencia con Su Santidad Pío XII! Mi padre tenía razón: “No recuerdo que haya habido un papa con tanta panza”, exclamaba disgustado. A pesar de la obesidad del pontífice todavía podíamos confesar, pues no existían los curas de huipil y blue jeans. Me habían dicho que la Iglesia estaba en manos de Lutero. Otros creían que Juan XXIII era el anticristo. ¿Quién iba a decirnos que ese gordo iba a destruir la Iglesia? Yo digo que debería llamarse Lutero II. La desaparición de mi hermanita Magdalena fue un anuncio de lo que pasaría en el mundo. ¡El apocalipsis!, al que todos esperamos con impaciencia.

La conducta de mi hermanita nos afectó tanto porque en aquellos días se acostumbraba obedecer a los padres. Las jovencitas éramos vírgenes, íbamos peinadas y nos cambiábamos de ropa interior todos los días. Bailábamos el rock and roll y usábamos ballerinas. Se consideraba una desdicha padecer acné y era preferible ser alto a ser enano. Los hijos comíamos a la misma hora y respetábamos a los ancianos. Ignorábamos la marihuana, si la gente veía a un soldado con la mirada turbia, se alejaba diciendo: “¡Cuidado!, ese guacho anda mariguano”. Desconocíamos el LSD y no sabíamos que la paz era la panacea de los drogados. Los muchachos se afeitaban. ¿Qué hubiera dicho mi tía Antonia si se le presenta un barbón de pelo largo? Los únicos desfiles eran los del ejército el 16 de septiembre, el de los revolucionarios el 20 de noviembre y el de los obreros el 1 de mayo. En la universidad estudiábamos. En fin, era una vida primitiva y casera. Sólo volviendo a aquellos tiempos prehistóricos podemos entender el impacto que produjo en nosotros la conducta “progre” de mi hermanita Magdalena. Ahora es lo contrario, las familias se enorgullecen de sus desaparecidos. ¡Cómo cambia todo! En aquellos días nuestro secreto era indecible, anormal y nos pesaba como una losa. Una mancha negra había caído sobre mi casa.

Confesar el secreto significaba el fracaso de la educación que nos habían dado mis padres. ¡Qué injusticia! ¿Qué culpa tenían ellos del desconocido Enrique y del capricho de Magdalena? Era mejor callar y que mi tía Remedios continuara pensando que mi hermanita era “una niña encantadora”. Estudiábamos a Raskolnikov. Él llevaba pelos largos y vivía hundido en la miseria y la mugre de una pensión sórdida. Su crimen se justificaba más que la voluntaria desaparición de Magdalena, que ahora nos llevaría al crimen, aunque nos ducháramos todos los días.

—Encantadora. ¿Te das cuenta? ¡Qué sofocón pasé cuando mi tío habló de ella en la mesa! Tengo la impresión de que mi tío lo sabe todo —me dijo Rosa de vuelta de la casa de mi tía Remedios.

—¡Mal rayo me parta! Si mi tío lo sabe ¡no podemos volver! Creerá que vamos a contagiar a sus hijas.

—Pues a mí me transmitió el pensamiento y sabe hasta lo de Justa, Luis María, Timo, Olegaria y Raquel. ¡Todo! Acuérdate de que es juez.

—¡Carajo! —y hundí la cabeza en las almohadas.



Unos timbrazos despertaron a toda la casa. Era doña Justa. ¡Qué sobresalto! Estuvimos seguros de que venía a anunciar la muerte de mi hermanita. Nosotras teníamos la culpa por blasfemas. Bajamos en tromba.

—¿Qué sucede, doña Justa?

—Tengo que hablar con tu papá. ¡Quédese, señora! Y ustedes también —ordenó con gesto trágico.

Mi padre acudió de prisa: “¿Qué ha sucedido?” Doña Justa sacó su pañuelito de seda y se limpió algunas lágrimas. Mis padres perdieron el color. Nunca olvidaré la ola de perfume que la envolvía ni su traje tan entallado. Tampoco olvidaré la actitud hierática que adoptó esa noche. Cuando el impacto de su presencia inesperada hizo suficiente efecto y todos estábamos graves, callados y listos al llanto, exclamó:

—¡Señor! ¡Estoy muy sola! Nadie puede imaginar lo que yo he sufrido. Todos, todos han sido ingratos conmigo. Desde niña tuve mala suerte. ¡Ay, Dios mío! ¡Tú eres testigo de mis sufrimientos! Ya ve usted, ahora

que estoy cansada, mi hijo, mi único hijo, sangre de mi sangre y carne de mi carne me abandona...

Pronunció la fórmula: “Carne de mi carne y sangre de mi sangre” como un conjuro, que nos estremeció a todos, salvo a mi madre. A doña Justa no le pasó inadvertido su gesto y se apresuró a besar la cruz que hizo con los dedos:

—¡Por éstas, señora! ¡Por éstas, que no sé nada de Magdalena! —los sollozos no la dejaron continuar.

—¡Cálmese, señora! ¡Cálmese! —suplicó mi padre.

—No cuento con nadie... mi hermano me ha traicionado. ¡Estoy sola!...

Rosa y yo cruzamos una mirada: “¿Y Luis María?”... “¿Y Rosalitos?”, nos preguntamos. Además a doña Justa le gustaba sufrir, siempre estaba sufriendo. Hablaba de sus sufrimientos como mis tías de nuestros futuros matrimonios. Mis padres ignoraban la existencia de Timo y nos preguntamos adónde quería llegar doña Justa. Hubo un silencio.

—Soy una pobre viuda... una mujer sola no vale nada. ¡Nada! Usted, señora, no lo sabe, pero una casa sin pantalones, es una casa en descampado. Está usted expuesta a cualquier bandido... —dijo llorando.

—No sé qué decirle, señora. Si se siente usted tan sola y en peligro puede venir aquí. La habitación de Magdalena está vacía —tuvo que decir la tonta de mi madre siempre débil a las lágrimas ajenas.

—¡No! Gracias, señora, ya conoce usted el refrán: el muerto y el arrimado a los tres días apestan. Sin embargo aceptaré venir unos días, si usted, señor, está de acuerdo. Necesito que me aconseje y que me ayude...

—¡Naturalmente! Diga en qué puedo servirla.

—Señor, quisiera casarme. No sé qué opinarán ustedes. Hay un hombre muy bueno, sí, muy bueno, de los que ya no hay. Es honrado, trabajador...

—doña Justa hizo una pausa para calcular el efecto de sus palabras.

“¡Hay otro más y no lo hemos visto! ¡Qué increíble!”, nos dijimos Rosa y yo. Doña Justa agregó:

—Es viudo como yo. Vive muy solo y muy triste y me propone casarse conmigo.

“¡Carajo!, tiene tres novios, Rosalitos, Luis María y este pobre viudo... ¿no será don Isaac? ¡Claro! Es él. Nunca nos lo dijo, pero insinuó que

quería ampliar su negocio uniéndolo a la sastrería”, nos dijimos Rosa y yo y sonreímos con satisfacción. No en balde habíamos concertado el cerco de doña Justa con gran orden.

—No quiero dirigirme a mi hermano, es muy anticuado. Me juzgaría muy mal, porque soy viuda. Además tiene hijos y quiere mis favores para ellos. Por eso le pido ayuda a usted. Hoy no quise contestar a la proposición de matrimonio. Le dije: “Mira, Luis María, lo consultaré con el señor...”

“¡Con Luis María!.... ¡Pero si es casado!”, íbamos a decir Rosa y yo. Confusas, escuchamos a mi padre: “Si usted lo quiere y él la quiere no veo inconveniente”. ¿Ningún inconveniente? Mi padre se había vuelto un inmoral.

—La gente es mala. Si mis familiares saben que quiero casarme con Luis María lo impedirán. Y si me caso sin nadie de la familia dirán que me junté con él. Esta molestia se la pido por mi hijo. No quiero que tenga nada que reprocharme. Por eso le pido que sea mi padrino de boda y que Luis María le pida mi mano.

Asombradas escuchamos a mi padre aceptar el papelón: ser el padrino del bígamo Luis María. “¡Válgame Dios!, ¿cómo puede ser tan inconsciente?”

Esa misma semana doña Justa se mudó a nuestra casa. Se instaló en la habitación de Magdalena. Comía con nosotros y por las tardes salía a dar una vuelta con su novio.

—Oye tú, ¿quedé bien? —le preguntaba a Rosa antes de salir.

Luis María la esperaba en la esquina. Asombradas la seguíamos por la casa, fascinadas por sus gestos, sus palabras, sus maquillajes y sus ropas. Ya no la espiábamos. La atendíamos como a una privilegiada. La casa se redujo, no dejaba lugar más que para ella, nosotros nos quedábamos en las esquinas de los cuartos, sin espacio para movernos. Doña Justa se comportaba como la propietaria, daba órdenes en la cocina, regañaba a Hermelinda: “¡India pendeja!” La criada aceptaba sus enojos. Exigía platillos que desconocíamos y era imprescindible el diario caldo de gallina, que al comerlo la hacía sudar copiosamente. Sólo ante mi padre adoptaba un aire sumiso e indefenso: “Lo que usted diga, señor” o “como

usted prefiera, yo soy una ignorante”. Por las noches le enseñaba a Rosa a maquillarse: “Mujer compuesta quita al marido de la otra puerta”, le decía dibujándose los ojos hasta hacérselos enormes. La atormentaban los celos. Temía que su novio la engañara.

—¿Con quién? —le preguntamos para saber si conocía la existencia de Raquel.

—¡Con cualquier sinvergüenza!

Convenció a Rosa de ir a espiar el hotel donde se alojaba Luis María. Por la noche las dos con la cabeza cubierta por un rebozo salían por la puertecilla de atrás y volvían hasta muy tarde. Yo esperaba para abrirles la puerta. ¿Doña Justa ignoraba que Rosa y yo sabíamos que su novio estaba casado? Esas expediciones nocturnas empavorecían a Rosa. Pero ¿cómo negarse a su voluntad imperiosa? Sometidas a su mirada de hipnotizadora aceptábamos sus órdenes sin chistar.

—Mañana a las cinco de la tarde viene Luis María a pedir mi mano — anunció durante la cena.

“¿Y si Luis María nos reconoce? ¿Y si nos denuncia con mis padres? Debe recordar nuestra visita a su tienda vacía”, pensamos Rosa y yo asustadas. En la mesa todos parecían tranquilos. Una vez en la cama no pudimos dormir.

—¿Y si llega Raquel?

—¡Qué bárbara! Qué cosas se te ocurren, nos mata mi papá —contestó Rosa.

—¡Qué día tan largo! A cada instante creíamos que llegaba Raquel. Por la tarde esperamos en la habitación de Magdalena la terminación de la conferencia entre mi padre y Luis María.

—¡Ay, Dios mío!, qué tanto hablan ésos... —se quejó doña Justa.

Cuando al final nos dijeron que podíamos bajar, mi padre anunció:

—Doña Justa se casa.

De reojo vimos a Luis María vestido de gris perla, con una corbata de mariposa y varios anillos de diamantes en los dedos. Nos tendió la mano con naturalidad.

—¿Cómo se llaman? —preguntó solícito.

—Rosa y Estefanía —dijo mi madre.

—Los felicito, ¡qué niñas tan bonitas tienen!

El secreto de Raquel nos pesaba como una piedra al cuello. Miramos con pena a mi padre que mantenía una conversación con el novio, ¡aquel bígamo! ¡No! La vida no era como nos la habían contado. La vida era la nota roja de los periódicos que nos prohibían leer. “¡Qué desastre! ¡Con tal de que no corra sangre!” Miramos a doña Justa vestida de encaje negro, la vimos caer al suelo con el pecho atravesado por varias balas y señalando con mano acusadora a Raquel que sostenía un revólver humeante. Pero sólo la vimos en la imaginación, pues Raquel no llegó nunca y todo hubiera salido bien si a la mañana siguiente no se le hubiera ocurrido a Olegaria llamar por teléfono para insultar a mi madre.

—¿No le da vergüenza hacerla de alcahueta? ¿Cuánto le pagan, sinvergüenza? —gritó Olegaria en el teléfono.

Indignada, mi madre colgó el aparato.

—Doña Justa escuchó por la extensión de la cocina y salió corriendo al vestíbulo con los ojos desorbitados.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! Ya sabía que iban a perseguirme. ¡Infames! ¡Infames! —gritó con voz potente y enronquecida.

Nos miró, giró en redondo y cayó al suelo. Se arrancó los cabellos y pataleó. Lanzó imprecaciones y dio alaridos terribles.

—¡Estúpidas! No se queden viendo, traigan una jarra de agua fría —ordenó furiosa mi madre.

No nos movimos, la escena nos tenía hipnotizadas. Apareció Hermelinda, enorme, poderosa, se tiró al suelo y sujetó con fuerza a doña Justa. Se colocó a horcajadas sobre ella y le dio de bofetadas. Nos ordenó que buscáramos entre las cosas de tocador de doña Justa un frasco con cápsulas amarillas. Rosa subió la escalera y volvió con el frasco en la mano. Hermelinda le abrió la boca y la hizo tragarse varias píldoras. Mi madre huyó a su cuarto y nosotras la seguimos. Era insoportable el rostro amoratado de doña Justa y sus ojos abiertos con una mirada ¡terrible!

—¡Qué horror! Sólo falta que llegue ahora alguna de mis hermanas —dijo mi madre—. Esa pobre mujer está poseída... —agregó.

Era verdad, doña Justa estaba poseída. Un ser extraño había entrado en la casa y la había vuelto hostil y temible. Cuando cesaron los aullidos

de doña Justa pareció que habíamos caído en el pozo sin fondo del infierno. Se diría que un huracán furioso había deshecho las camas y cuarteado las paredes.

—¡Hay que ver con quién cayó Magdalena! —dijo mi padre al mediodía.

—¡Majadera! No me hables de ella. Ahora todos debemos pagar su desobediencia. Estos pobres hijos ¿qué culpa tienen de su estupidez? —gritó mi madre súbitamente furiosa.

Doña Justa dormía en su habitación cubierta por varias mantas que le había echado encima Hermelinda.

Mi padre decidió apresurar la boda. “¿Pueden decirme quién es doña Justa? No sabemos nada de ella. Ni siquiera si realmente es la madre de Enrique. Nunca nos ha invitado a su casa. Tiene que casarse inmediatamente para alejarla de aquí” dijo preocupado.

—¡Qué fatalidad! No cabe duda que los débiles merecen todos los castigos. ¿Por qué no hemos sido más enérgicos con esta mujer? —se preguntó mi madre. Por la mañana doña Justa apareció sonriente. Ya había olvidado el escándalo de la víspera.

—¡Vamos a desayunar, muchachas! —nos dijo cuando entró a nuestro cuarto.

Nadie hizo la menor alusión a lo sucedido, temíamos desencadenar otra escena parecida. La protagonista parecía no recordarlo. ¿Sería posible su olvido?

—Eso es lo de menos. Así nos evita hacer comentarios enojosos —dijo mi madre que no creía en su falta de memoria.

Mi padre llamó a Luis María para fijar la fecha de la boda.

—¡Yo no me caso por la Iglesia! No creo en los curas —anunció el novio.

—Respeto su decisión —aceptó mi padre.

El día de la boda engalanamos la casa con flores blancas. Pusimos en la mesa la mejor cristalería y esperamos vestidos de gala a que doña Justa terminara de adornarse. Bajó de luto riguroso, con una mantilla negra en la cabeza.

—¡No olviden que soy viuda!

Comeríamos en familia, ella pidió que todo fuera “sencillo” y se empeñó en ir al juzgado. “Teme que venga aquí Raquel”, nos dijimos.

Sin la ceremonia religiosa el matrimonio se redujo a presentarse en el juzgado. A las doce del día mi padre “entregó” a la novia y la ceremonia quedó terminada. Doña Justa sostenía emocionada el ramillete de azahares que Rosa le regaló por la mañana.

—¡Boda horrible! —le dije a mi hermana al salir a la calle.

—Son dos vejetes...

En la mesa nos sentamos lejos del novio. “¿En dónde estará Raquel? ¿Por qué no se presentó a impedir la boda?” “Yo soy la esposa legítima”, nos había repetido varias veces. Luis María con los dedos cargados de anillos de brillantes nos lanzaba miradas cómplices que nos inmovilizaban en la silla. ¡Éramos culpables! “Esto es lo que se llama una situación irregular”, me repetí durante la comida.

A las cinco de la tarde los novios se fueron de viaje de bodas. Doña Justa con gesto teatral le lanzó a Rosa el ramo de azahares como augurio de buena fortuna. Subieron a un taxi y desaparecieron.

—¡Al fin solos! —exclamó mi padre con alivio.

Habíamos cumplido con nuestra misión de casar a una viuda con un casado. Subimos a la habitación de Magdalena para borrar las huellas dejadas por doña Justa. Una vez limpia, colocamos sus fotografías tomadas en Acapulco, en la casa, con Paco y con Roberto en Chihuahua.

—¡Retrátate ahora que eres joven y bonita! Yo no lo hice y ahora nadie cree que fui guapa —le había aconsejado mi tía Remedios.

—Pensé que ayudándola a casarse le ablandaríamos el corazón y nos diría algo sobre Magdalena —dijo mi madre contemplando una foto de mi hermanita con los cabellos revueltos y sonriente.

—Yo nunca conté con ella para nada bueno. Sólo pensé que el matrimonio la alejaría de la casa —le contestó mi padre.

La ausencia de doña Justa le devolvió la ligereza a nuestra casa. El aire circulaba radiante y todos tuvimos ganas de reír. Nos propusimos asistir a las clases con regularidad y recuperar el tiempo perdido en las interminables sobremesas. El jardín empezó a reverdecer. Alvarito formó sus soldados en la sala y tuvimos la ilusión de que la vida volvía a ser como antes de la desaparición de Magdalena.

Mis padres se equivocaron. Antes de cuatro días doña Justa se presentó

a la hora de la comida y ocupó su lugar en la mesa.

—Creíamos que se habían ido a Veracruz...

—¡No! ¿Para qué vamos a gastar dinero? Uno está mejor en su casa. Luis María y yo comemos a las doce y media, mientras él echa su siesta yo aprovecho para venir a visitarlos.

¿Por qué debía venir todos los días a mi casa? Era como si algún maleficio la atrajera fatalmente a aquella silla que ocupaba durante cinco horas diarias. ¿O tal vez ejercíamos sobre ella una fascinación involuntaria? Su terquedad era anormal. Nos colocaba contra el muro; o la aceptábamos o sucedía algo... algo que desconocíamos. Su mirada brillante nos obligaba a continuar sentados en la odiosa mesa cubierta de migajones retorcidos por ella.

A las seis de la tarde un flamante coche verde se detuvo frente a las rejas de la casa. Luis María iba al volante, llamó ruidosamente con el claxon.

—¡Ya llegó por mí!

Se pasó la barrita de carmín por los labios y salió de prisa. Luis María nos hizo un saludo con su mano enjoyada y el automóvil se alejó con el escape abierto. Nos miramos exhaustos, doña Justa continuaba gozando de la facultad de quemar el oxígeno para privar a los otros del aire necesario para respirar.

La rutina continuó implacable: llegaba a la una y media de la tarde, a las seis el auto verde venía a buscarla, Luis María hacía signos iluminando la tarde con el brillo de sus diamantes y ambos desaparecían.

—¡Tiene pacto con el demonio!

—Es una bruja de alta potencia.

Tenía poderes para inmovilizarnos y para hacernos cometer actos infames. ¿Acaso no habíamos organizado su boda a sabiendas de que el novio era casado? Habíamos engañado a nuestros padres. Olvidábamos la horrible suerte de Magdalena. Debíamos romper el pacto tácito con la mujer enlutada. De sus trajes negros emanaban olores desconocidos. Las brujas olían a azufre. Doña Justa no despedía ese olor, sino uno especial, que nos quedaba untado a las narices aunque nos bañáramos. La aceptación de sus actos infames nos sumió en el terror: las aceras se

cubrieron de agujeros, las flores en signos maléficos, las noches en oleadas de sombras, en ráfagas ardientes, en multitud de rosas muertas girando en una corriente de aire. El tic-tac del reloj en pasos enemigos, nunca escuchábamos música, sólo las palabras obtusas de Justa. ¿Cómo combatirla? No lo sabíamos. Justa era un enorme pájaro negro instalado en nuestra mesa y en nuestras mentes para espiarnos de día y de noche.

—¡Raquel! ¡Raquel es el remedio! —me dijo Rosa.

Ella podía ir al juzgado y decir: “Soy la esposa legítima” y el poder de Justa se vería reducido a nada! “¡Claro, la bigamia tiene cárcel! ¿Adónde iríamos a parar si las leyes no protegieran a la institución del matrimonio?”, me contestó el maestro Amezcua cuando le pregunté si la bigamia era castigada.

—¿Oíste? El matrimonio es una institución —le dije a Rosa.

—¡La cárcel! Qué manera más limpia de deshacernos de la pájara negra. Sin derramamiento de sangre, sin crimen. Hay que buscar a Raquel.

Encontramos cerrada la tienda de comestibles. Preguntamos por Raquel en la casa de al lado. La mujer que abrió la puerta nos miró con desconfianza. Sólo aceptó darnos su nueva dirección cuando le dijimos que éramos las hermanas de Magdalena.

Raquel vivía en una vecindad sucia de la colonia Doctores. Nunca habíamos ido a ese barrio, sus calles rotas ofrecían un espectáculo de miseria imprevista. ¿Cómo era posible vivir en aquellas casas roídas por la mugre? Bandas de chiquillos jugaban con huesos de chabacano y se acercaron a pedirnos una limosna. La vecindad era un edificio viejo, su entrada daba a un patio de cemento largo, estrecho y oloroso a orines. Sobre él se abrían a ambos lados muchas puertas despintadas. Una nube de niños nos cayó encima: “Un centavito, señorita”, nos pidieron colgándose de nuestras crinolinas.

—¿Saben dónde vive doña Raquel?

—Sí, señorita, en el 14-M, a la derecha casi al fondo.

Las puertas de las accesorias estaban abiertas y en sus dinteles había mujeres gordas, con los cabellos rizados a la permanente, que nos vieron pasar con curiosidad mal disimulada. Todas vestían trajes de percal

floreado y desteñado iguales a los que vendían los aboneros que circulaban en los mercados y que iban de puerta en puerta. Nos detuvimos frente a la puerta abierta del 14-M y llamamos con los nudillos.

—¡Entren! Ella no puede salir —nos gritó una vecina.

Entramos a una habitación oscura y estrecha, con el suelo de duelas pintadas de anilina amarilla. En un sillón de tule estaba sentada una mujer muy flaca en la que no reconocimos a Raquel. La mujer nos miró con sus enormes ojos afiebrados y su rostro enjuto se animó con una sonrisa.

—¡Ah!, son ustedes. Cuánto tiempo sin verlas. ¡Miren lo que me hizo ese canalla!... Me dejó baldada...

—¿Baldada?... ¿No puede caminar? ¡Qué horror!... ¿Cómo lo hizo? —gritó Rosa reculando.

—A fuerza de palizas. En una de ellas me rompió la espina dorsal.

—¡Hay que ir a la policía! Es un criminal.

—¡La policía!, ¡la policía! ¿Cuál policía? La vieja puta le pagó a un médico. ¿Saben lo que le dijo a la policía? Que yo estaba borracha y que me caí de la escalera. ¿Cuál escalera? Ustedes saben que la casa era de un piso, además nunca he bebido. El que se empuja tragos todo el día es él. Ahora andan los dos paseando en un coche nuevo. Me han dicho que es de color verde y que la puta anda muy alhajada. A él también le compró sus anillos de diamantes. Dicen que vive con ella, pero yo soy su esposa legítima...

Rosa y yo enrojecimos de vergüenza, nos sentimos manchadas, hipócritas. ¿Qué diría Raquel si supiera que la “boda” entre su marido y Justa se había arreglado en nuestra casa? Nuestra deslealtad era inmundada. No nos atrevimos a mirarla a la cara cuando las dos dijimos a coro:

—¡Qué pecado!

—Eso digo yo, ¡qué pecado! —repitió Raquel.

Rosa reaccionó con energía, debíamos reparar nuestra falta.

—Si quiere, Raquel, le buscamos un abogado para que los meta a la cárcel.

—¿Un abogado? Eso no sirve por aquí. De paso todavía me manda matar la vieja. ¿No ven que el abogado me vendería por unos centavos? Ya saben que el que tiene más saliva traga más pinole. Sólo mis hermanos pueden vengarme. Ellos pueden hacerle un daño. Sería cosa de que les mandara yo decir lo que me han hecho...

—¡Escríbalos! —la urgió Rosa.

—Eso pienso hacer, porque sé que los dos están esperando mi muerte...

Al decir esto, rodaron por sus mejillas unas lágrimas viejas y amargas. Rosa y yo bajamos la vista. ¡Lo que habíamos hecho era irreparable! Ese mismo día habíamos visto a Justa subir al auto verde y también habíamos visto los dedos enjorjados de Luis María. Éramos cómplices del crimen que había clavado a Raquel en aquel sillón de tule. “Si pudiéramos pedirle consejo a alguien... tal vez a mi tía Remedios...” ¿Para qué habíamos espiado a Justa, a Timo, a Olegaria y a don Isaac? “Para convertirnos en sus cómplices”, nos contestamos asustadas ante la magnitud de nuestra culpa. “Iré a la iglesia a confesar”, me dije a sabiendas de que no tenía valor de hacerlo. “No, lo haremos después de haber matado a doña Justa.” La vi tendida en tierra, de su cuerpo enorme manaba sangre y sus ojos abiertos y terribles como los puso el día en que le dio el ataque, me miraban fijamente. “Y ahora ¿qué hago con el cuerpo?... ésa es la lata de matar, queda el cuerpo y ya no se levanta nunca.” Escuché la voz de Rosa como si viniera de muy lejos.

—Doña Raquel, díganos en qué podemos ayudarla...

—¿Cómo me van a ayudar si ellos tienen a su hermanita en prendas? —contestó secándose las lágrimas con un paliacate.

—¡Carajo!... no sé... habrá algún modo —contestamos las dos.

Raquel era leal, pensaba en Magdalena y en nosotras, en cambio nosotras éramos dos centuriones romanos frente a una mártir cristiana desgarrada por una fiera.

—Váyanse con cuidado. Son muy jovencitas, no saben en la nidada que han caído. Yo quise prevenirlas, hasta les mandé cartas sin firma...

—Sí, recibimos sus anónimos, pero ya ve, no sirvieron de nada.

—Nada sirve contra los malvados. ¡Nada! Ahora tengo miedo de que alguna de aquí le dé el chivatazo a Luis María de que ustedes estuvieron a

verme... Él me deja algunos centavos con una vecina, para que vaya comiendo, sabe que nadie me ve. Si le dan el chivatazo me mata...

Miramos hacia la puerta abierta y recordamos a las mujeres apostadas en las accesorias. Rosa se puso muy pálida. Inspeccioné con la mirada el cuarto maloliente. Un hornillo de petróleo colocado sobre una mesa medio quemada hacía las veces de cocina. Al fondo, una puerta cubierta con la misma cortina de cretona desteñida ocultaba una azotehuela estrecha, de piso de cemento, en el que se encontraba un excusado sin tapadera y un lavadero. Escuché decir a Raquel:

—Es un malagradecido. Yo le ayudé en todo. ¿Qué culpa tengo de que después le haya caído la Secreta? ¡Y todavía di la cara por él! Mis hermanos salieron garantes suyos y nos vinimos a México...

—¿Por qué no lo matan sus hermanos? Es lo único que se puede hacer con un tipo así —dije convencida.

—Sería bueno, pero la vieja tiene muchos amigos en Gobernación y mucho dinero...

—Doña Raquel, a mí todo esto me da mucho miedo —murmuró Rosa.

—También yo tengo miedo. Por las noches se me figura que rompen la aldaba, entran y me estrangulan. ¿Y qué puedo hacer amarrada a esta silla? Ni siquiera gritar. ¿Quién pide auxilio cuando lo agarran por el pescuezo? Luis María ya ha matado. Su primer crimen lo cometió en Santa Anita cuando todavía era muy joven...

La revelación del crimen nos dejó aturdiditas. Recordamos las manos resacas de Luis María y los anillos que llevaba en los dedos nudosos. “¡Es un homicida!”, nos dijimos y creímos descubrirlo en la puerta de la accesoria envuelto en un vaho de sangre.

—¿Doña Justa lo sabe?

Raquel se sobresaltó al oír aquel “doña Justa”. Fijó sus ojos en los nuestros.

—¡Claro que lo sabe! En ese tiempo andaban enredados. Se dejaron de ver cuando él huyó al Norte. ¿Cómo quieren que no les tenga miedo?

“¡Dios mío, si mi padre supiera esto!”, pensé asustada ante la magnitud del hecho y recordé sus palabras: “Hay cosas que es mejor ignorar”. Los secretos de la familia eran banales: a mi tía Antonia la engañaba su

marido y tenía hijos con sus queridas, mi tía Remedios había estado enamorada de un japonés, por eso su marido los odiaba, pero ¡un homicida! era algo que sólo sucedía en los periódicos. Ya de noche abandonamos a Raquel. Cruzamos las calles sin hablar. “Los homicidas se casan, se pasean en coche” y la justicia no existía. “¿No saben que la vieja es prestamista?”, nos preguntó Raquel poco antes de despedirnos de ella. “Prestamista... prestamista”, nos repetimos en el camino. El caso era peor que el de *Crimen y castigo*. Nos temblaron las piernas y sudamos frío.

—Es como la vieja a la que mató Raskolnikov —me dijo Rosa antes de entrar en la casa.

La novela de Dostoievski cobraba cuerpo. El escritor ruso no había inventado al personaje, existían viejas sórdidas. La verdadera vida la contaba él, no mis padres ni mis tías. Ni siquiera mi abuelo. ¿Qué dirían todos si de pronto dijéramos: doña Justa es prestamista y está casada con un homicida que le rompió la columna vertebral a su esposa legítima? Dirían: “Estas chicas leen demasiadas novelas. Hay que quitarles esos libros malsanos”.

Era mejor callar. Nosotras sabíamos más de la vida que mi familia y los maestros. “Estefanía, usted tiene cosas muy importantes en qué pensar. ¿No es así?”, me preguntó el maestro de historia al día siguiente. “Así es, maestro”, le contesté. “¡Pues salga usted de mi clase!” En un pasillo me encontré con Rosa, a ella también la habían echado de su clase. Nos fuimos a la biblioteca a consultar el diccionario. Buscamos la definición de algunas palabras empleadas por Raquel, entre otras la de “puta”.

Sucedió algo inesperado: doña Justa llegó a la casa acompañada de su sobrina María Ema, la hija de Timo y de Olegaria. Antes la había acusado de haberle robado unas alhajas y una mantilla para ir de reina a una corrida de toros. María Ema era tan bajita que apenas nos llegaba al hombro. Llevaba tirabuzones y se vestía de terciopelo color vino. Se maquillaba como su tía y era callada. Nos vio comer sin pronunciar una sola palabra. ¿Por qué eran tan amigas? La suegra de mi hermanita tenía la costumbre de interrogarnos y de no confiarnos nada. Si alguna vez le preguntamos algo, nos miró con desdén y cambió el tema. La presencia de María Ema en nuestra mesa me impedía pensar. De pronto escuché

decir a doña Justa:

—Las ratas hicieron un agujero en la barda del jardín. Lo descubrí el sábado. ¡Creen que se van a pasear entre mis plantas y a robarme la comida! Rompí unas botellas y las metí en el hoyo con carne envenenada. ¡Tragoras! Las encontré hechas pedazos. Mire, señora, ¡yo odio que se metan en mi casa! ¡Eso hay que hacer con las metiches!

Al decir esto, nos miró a Rosa y a mí con ojos iracundos. Sentimos que alguien le había hablado de nuestra visita a Raquel. “Raquel está en peligro”, me dije.

—Se debía castigar el asesinato —exclamó Rosa.

—¿Qué dices? —preguntó doña Justa.

—De los asesinos —le contestó mi hermana.

María Ema recostó la cabeza en el hombro de su tía, la respuesta de Rosa la hizo sonreír, nos miró como si fuéramos unas extravagantes, no pudimos decir nada porque teníamos tanto que decir que la mesa hubiera saltado en trozos.

A partir de ese día llegaban las dos juntas a vernos comer. La sobrina nos mostraba las fotografías iluminadas que le tomaba Luis María. Nos las pasaba con deleite, una a una y esperaba nuestra admiración. En las fotos aparecía en el suelo casi desnuda, echada sobre una piel de tigre, o acostada sobre una mesa larga con una pierna levantada y los tirabuzones colgando en el aire. Nunca habíamos visto fotos tan raras. Había algunas en las que aparecía vestida de hawaiana con una falda de hula-hula.

—¿En dónde te tomaron estas fotos?

—En la sala de mi tía.

La sala de su tía era un cuarto muy moderno, con un ventanal enmarcado en hierro. El cuarto y la ventana desentonaban con la casa de doña Justa tan antigua. María Ema mentía.

—¿Por qué nos dijo que las fotos se las tomaron en la casa de su tía?

—¡Quién sabe! Ese cuarto no corresponde a la casa de Justa.

—No. Aquí hay otro misterio.

Al oscurecer nos encontramos frente a la casa de doña Justa. La vimos apagada y vacía. El jardín estaba seco, habían arrancado los arbustos y los alcatraces. De la terraza habían desaparecido los muebles de mimbre y

los macetones con los naranjos enanos. En la reja un cartón anunciaba: “Se alquila”.

—¡Te lo dije! Hay otro misterio, ¿en dónde vive Justa? Ya le perdimos la pista y después de tanto trabajo...

—¡Ya sé!, vive con Timo.

La casa vieja de la calle de Londres estaba cerrada. Un cartel anunciaba: “Se alquila”. La taberna de Timo había cambiado de dueño. Un hombre moreno, de bigote, atendía a los borrachos. Decidimos recurrir a don Isaac.

—¡Ah!, curiosas, se han tardado mucho en venir a visitarme —exclamó al vernos entrar en su joyería.

Tratamos de llevar la conversación a doña Justa, pero el viejo zorro se hizo el sordo. Hablaba de cosas sin importancia. Oscurecía y perdí la paciencia.

—La casa de doña Justa es muy antigua, ¿verdad?

—Eres una curiosa. Mira, Justita es muy inteligente. No creas que la puedes engañar. Ya ves, Timo tuvo que ceder y ahora se va a asociar con Luis María en el negocio de los licores. Le conviene, abrirá una taberna en Acapulco. Allí hay muchos turistas, María Ema podría conquistarse a alguno. ¡Eso es lo que tú debes hacer! Pero te gusta meter las narices en donde nadie te llama. ¿Sabes lo que has logrado? ¿No lo sabes?, pues que ¡arruinen a tu padre! Te lo digo para que te vayas calmando.

Don Isaac sabía todo desde un principio. ¡Nos había engañado! Nos había puesto trampas. El viejo nos miró con solicitud.

—Cuenten conmigo para encontrar trabajo, tengo muchos amigos en el comercio.

Volvimos a la casa derrotadas. No teníamos ni ganas de cenar ni ganas de dormir.

—Papá, te van a arruinar. Nos lo dijo don Isaac —le confió Rosa.

—¿Quién es don Isaac y de qué hablas?

Confesamos nuestras correrías y nuestros descubrimientos: la joyería, la sastrería, la taberna de Timo, la casa de Timo, ¡todo!, salvo la existencia de Raquel. Mi padre era capaz de matarnos si se enteraba de que habíamos permitido que fuera perjuro en un juzgado.

—No entiendo nada —dijo mi padre preocupado.

Si don Isaac sabía que mi padre iba a arruinarse, es que alguien tramaba una intriga y ese alguien debía ser doña Justa. “¿O no es así?”, preguntó mi padre.

—¡Mañana volveremos a ver a don Isaac! —gritó Rosa.

—¡No grites! —le ordenó mi padre mirando en dirección de la cocina, en donde se hallaba Hermelinda.

—¿Cómo pudimos aceptar a esa mujer? Hay que echarla a la calle y durante mucho tiempo no tener criada —opinó mi padre.

Me levanté de puntillas y abrí la puerta de resortes para encontrarme con Hermelinda que estaba escuchando lo que se decía en el comedor.

Nos quedamos quietos. Un temor nuevo barrió el comedor y congeló la comida en los platos. ¿Quién era doña Justa y por qué quería destruirnos? Recordamos los días que pasó en la casa. Permanecía quieta, fumando y observándonos. Se diría que caía en letargos extraños, sus ojos estaban al acecho de algo que la perseguía y la obligaba a permanecer en estado de alerta, lista a saltar sobre su enemigo invisible.

—¿No será Luis María el que quiere arruinarte?

—Ese hombre no tiene nada que ver. ¡Está encantado paseando en coche nuevo! Es ella. La tengo bien estudiada. ¡Es el mal! Ningún gesto, ninguna palabra, ningún acto suyo es gratuito o inocente. Todos están provocados por una decisión perversa. Ignoro de dónde salió, ni por qué viene aquí todos los días a sabiendas de que su presencia no es grata. Sólo alguien muy perverso puede ser tan descarado. ¿Sabes cómo vive? Alguno de ustedes ha entrado a su casa? ¡Es mala! Y no sabemos qué quiere de nosotros.

Rosa y yo vimos a mi padre desarmado frente a la voluntad destructora de doña Justa. Tuvimos el impulso de protegerlo, pero ¿cómo? Doña Justa parecía inmune a las balas y al cuchillo. ¿Por qué había escogido a mi padre como blanco de su odio?

—Hay que alejarse de ella, una persona que provoca el odio es indeseable y peligrosa —agregó mi padre.

Por la mañana mi madre se armó de valor para echar a Hermelinda de la casa. La mujer se resistió con violencia y antes de irse nos amenazó:

—¡Muertos de hambre! Ya verán lo que les pasa —y se fue dando un portazo.

Nos sentimos libres, habíamos dado el primer paso para deshacernos de doña Justa.

—¿Y Hermelinda? —preguntó María Ema a la hora de comer.

—¡La eché! —contestó mi madre con dureza.

—Hizo usted muy bien. ¡India mugrosa! —afirmó doña Justa.

Por debajo de la mesa la tía y la sobrina se daban pataditas, mientras que sus rostros maquillados permanecían indiferentes. ¿Por quién nos toman estas dos mujeres?, me pregunté furiosa: “Más tarde, cuando se vayan habrá que ventilar la casa, como todos los días”, agregué. ¿Íbamos a seguir así hasta el final de los tiempos?

—¡Re Dios! —juramos Rosa y yo.



Fue entonces cuando se les ocurrió a mis tías la boda de mi prima Hortensita. Llegaron en grupo a anunciar el acontecimiento. Venían muy contentas, formaron un coro en la sala, mi tía Hortensia sacó su cesta de labores y se puso a bordar. Explicaron que ella y mi tía Leticia que fue modelo de sombreros en Chicago “porque tenía muy buenos ángulos” irían al Paso, Texas, a comprar el ajuar de la novia y los trajes de las damas de honor, que seríamos las seis primas grandes. La boda se haría en la Sagrada Familia, para que cupieran los invitados y la familia que vendría completa desde Chihuahua. Íbamos a estar todos reunidos; había llegado el momento de deshacerse de las hijas. “¡Qué inconscientes!”, pensé. Hortensita escuchaba los preparativos sin alterarse. Aceptaba el hecho como si no fuera ella la que fuera a casarse. Conocíamos a Gustavo, su novio que no era un “empleaducho”, como había pronosticado mi tía Antonia. Era ingeniero y muy rico. ¡Pobre Hortensita!, su madre y mis tías querían endulzarle la píldora.

—No te cases. Es terrible —le dijo Rosa.

—Pero si no me caso, ¿qué hago? —le preguntó Hortensita.

—Oye, Caridad, tus hijas dicen muchas tonterías. ¿Por qué no ha de casarse mi hija? —preguntó mi tía Hortensia suspendiendo su bordado.

—No hagas caso. Echan de menos a Magdalena.

—Todas las muchachas tienen la ilusión de casarse, estas chicas son muy pueriles —opinó mi tía Antonia.

No dijimos lo que pensábamos ni lo que sabíamos, pues hubiéramos tenido que divulgar el secreto de mi hermanita Magdalena. No éramos pueriles, ya quisieran mis tías tener nuestra experiencia. Si pudieran sospechar hasta dónde nos habían llevado nuestras investigaciones sabrían que éramos más sabias que ellas ocupadas sólo en organizar matrimonios y fiestas.

—¡Prepárense a pescar algún muchacho guapo en la boda de Hortensita! —nos recomendó mi tía Leticia al despedirse.

Las pobres tías sólo pensaban en el matrimonio.

Sí, la fatalidad nos había caído encima, esta vez llegó en la forma de un citatorio para mi madre de Conciliación y Arbitraje. Así supimos de la existencia de ese organismo encargado de proteger los derechos de los trabajadores. Lo malo era que funcionaba de acuerdo con los intereses personales de sus dirigentes, que eran miembros del gobierno. Si el patrón demandado carecía de conexiones políticas o de una fuerte suma de dinero para dar la “mordida”, se le imponían multas enormes e incluso, en nuestro caso, se le podía embargar la casa. Hermelinda estaba asesorada por un gran “coyote”.

—¿Podrás afirmar que ella abandonó el trabajo? —preguntó mi padre cuando mi madre salió temprano acompañada de Alvarito rumbo a Conciliación y Arbitraje.

—¡Claro que podré! No voy a permitir que la Justa esa te quite la casa. Rosa y yo no fuimos al colegio. Volvimos a faltar. Casi era mejor darse de baja. “¿Saben que están batiendo el récord de ausencias?”, nos preguntó un maestro. “¿Saben que les faltan pocas para quedar excluidas este año de la universidad?” “¡Claro que lo sabemos, maestros!... pero” y no pudimos decir más. Era asfixiante callar. Me pregunto quién podría estudiar en ese remolino sin fondo que se tragaba la casa poco a poco. Todo se deshacía, se desaparecía, salvo la presencia continua y omnipotente de doña Justa.

Preparamos la comida para que todo estuviera listo a la llegada de mi

madre y de Alvarito. Mientras ordenábamos la casa planeamos el crimen perfecto. Recordamos las películas de crímenes que habíamos visto. “¿La tina llena de ácido?”, dije pensando en la conveniencia de hacer desaparecer el cuerpo que tanto me preocupaba y que era lo único que me separaba del asesinato de doña Justa. “¡No! Es una mole. ¿Quién la mete en la tina?” “Es verdad, dicen que los muertos pesan más que los vivos. ¡Imagina lo que pesará esta gigante!”, contesté. “¡Romperle los frenos de su coche!”, dijo Rosa.

—Es una buena solución. Pero el viejo está siempre al volante, además necesitamos una carretera con precipicios y ellos nunca salen de México.

Nos quedaba lo más limpio, lo más americano: la pistola. Teníamos que cazar a Justa y a Luis María una noche, cuando entraran a su casa, tirar el arma y echar a correr. Para ello necesitábamos dos cosas: una pistola y la nueva dirección de doña Justa.

La repentina llegada de Paco y de Roberto nos sorprendió en el momento decisivo de nuestra deliberación. Llegaron ruidosos, metidos en sus suéteres americanos. Venían de Chihuahua para asistir a la boda de Hortensita:

—¿Qué pasa? ¿No nos abrazan? —preguntaron riendo.

Recorrieron el vestíbulo, la sala, el comedor, gritando: “¡Tía!, ¡tía!”

—Salió —dijimos sin atrevernos a decir que había ido a Conciliación y Arbitraje, que sonaba tan mal como ir al boxeo.

Los muchachos se dejaron caer en dos sillones y nos contemplaron sorprendidos.

—¡Andan tristonas! Les falta Magdalena. ¿Quién iba a decirnos que se casaría sin avisarnos? —exclamó Roberto.

—Cambió de idea, iba para estrella de cine —agregó Paco.

—¡Caray!, cómo se enfadaba si el héroe de la película le daba una bofetada a la heroína. ¡Pobre de su marido!, debe de ser un campeón de boxeo —y al decir esto Roberto se echó a reír coreado por Paco.

Sus caras morenas y despreocupadas y sus dientes blancos nos contagiaron la risa.

—El marido de Hortensia va más asegurado. ¡Qué famosa Magdalena! No me permitía decir: “Beethoven es un gigante” porque ella prefería a

Mozart. Pues ahora lo repito: ¡Beethoven es un gigante! —gritó Roberto sacudido por la risa.

—¿Y cuando se enfadó porque dijiste que la mejor novela del mundo era *Lo que el viento se llevó*?

—¡Ah!, pero qué tal cuando la llevamos a ver la película en El Paso, decidió ser Scarlet... ¡caramba, lástima que se casó tan jovencilla!

—¿Y cómo es su marido? Me lo imagino como un Tyrone Power.

—¿Qué te pasa? Dirás un Elvis Presley.

—¡Pónganle un poco de Frankenstein! —dijo Rosa.

Los primos se rieron a carcajadas.

—De acuerdo. ¿Y si lo mezclamos con Drácula?

—¡Mejor! —exclamé entusiasmada.

—¡Caramba! Pues es elegantón el tipo, va bien con la güera. ¿Y mi tía cómo la lleva con el satánico marido? —preguntó Roberto sin dejar de reír.

—Así, así...

No podíamos decirles la verdad, que apenas conocíamos al tipo, que mi madre nunca lo había visto y que ignorábamos el paradero de mi hermanita Magdalena.

Mis primos encendieron cigarrillos.

—¿Ya tienen permiso de fumar?

—¡No!, no lo digas, pero aquí en confianza...

Al irse prometieron venir a buscarnos para ir al cine, a la función de las siete de la noche, así ya se habría ido doña Justa. Ésta llegó, apenas se habían marchado los muchachos.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está tu mamá?

—Salió... —le dije conduciéndola al comedor, en donde Rosa se apresuraba a poner la mesa.

“Tuvimos suerte, los muchachos se fueron antes de que llegara Justa. Hubiera sido una vergüenza”, nos dijimos. Justa no entraba en el cuadro familiar, sus ojos tan maquillados hacían mal efecto. La llegada de mi padre interrumpió el interrogatorio al que se preparaba someternos doña Justa.

—¿No van a comer? Yo gracias a Dios llevo una vida muy tranquila —

dijo.

Vimos entrar a mi madre acompañada de Alvarito y de Hermelinda. Nos quedamos sin habla. Doña Justa escondió una sonrisa de triunfo. En adelante Hermelinda iba a espiar nuestros pasos y a vigilar nuestras palabras con toda inmunidad. Mi madre le había suplicado que volviera a su trabajo para salvar la casa de un remate de Conciliación y Arbitraje. Hermelinda se quedaría todo el tiempo que deseara y nosotros debíamos callar.

Sólo fui testigo de la primera etapa del mando de la criada, ya que a la mitad de las fiestas organizadas para la boda de Hortensita, llegó un telegrama que me apresuré a arrebatarse de las manos de Hermelinda.

“Papá, ruégote mandes inmediatamente París una hermana Stop Hotel Royal Stop tengo miedo Stop no avises a nadie viaje Stop besitos Magdalena”.

Su telegrama cayó como una bomba. Hubiéramos querido gritar y reír a voces, pero la presencia de Hermelinda nos impuso prudencia y silencio.

—Irás tú, Estefanía —decidió mi padre.

La víspera de la boda por la Iglesia de Hortensita abandoné mi casa, nunca pensé que fuera para siempre, y salí rumbo a París a socorrer a mi hermanita Magdalena. En una libreta mis padres apuntaron sus consejos morales y prácticos. Uno muy importante era escribir a lista de correos para impedir que la carta cayera en manos de Hermelinda.

No cerré los ojos durante el viaje. Me dolía no asistir a la boda de Hortensita. Mi traje de dama de honor azul cielo iba en la maleta. ¿Por qué se le ocurrió a Magdalena enviar ese telegrama en el momento de la boda de Hortensita? Me obligó a abandonar la ceremonia religiosa. “No les dije adiós a mis tías.” Las imaginé a todas con sus sombreros con plumas de ave del paraíso... ¡El paraíso! El avión volaba muy cerca del cielo límpido sin una nube. Tuve la impresión de que había muerto y de que con mi equipaje de pecados a costas me dirigía a la presencia de Dios. ¡Mis pecados! Eso era más temible que los microbios que asustaban a mi tía Antonia. “¡Suban!”, ordenaba mi tía cuando le mostrábamos los “abrigo del cine”. En su automóvil cabíamos las seis primas grandes. Extendíamos los abrigos sobre las butacas del cine, antes de instalarnos a ver la película. “¡Cierren los ojos!”, ordenaba mi tía cuando llegaba la hora del beso. Obedecíamos. Mi tía tenía horror al pecado. Nunca supe en qué consistía el pecado. “¿Qué dirán mis tías cuando sepan que viajo sola?”, me pregunté. “Mi tío Bernardo va a juzgar muy mal a mi padre.” ¡Era un fastidio! Mi tío era muy estricto, cuando pregunté: “¿Para qué sirve el ombligo?”, mi tío se alarmó: “¿No te han dicho tus padres que las partes del cuerpo no se nombran? ¿No te han dicho que sólo tenemos cabeza, cuello, cuerpo, brazos, manos, piernas y pies?”, me preguntó irritado. Mi tío Bernardo era libre pensador y jamás pisaba una iglesia.

“Sí, sí, ya lo sé, me lo han dicho muchas veces”, le contesté confusa. “¡Muy bien! Es que tus padres son muy olvidadizos”, terminó mi tío. En el avión podía decir “ombligo”, pero no tuve ganas de romper la reglas de la casa, ni de ofender a mi familia. “No hagan mucho caso de Bernardo”, repetía mi tía Remedios. Se estaba abanicando en una hamaca, pues ese día nos hallábamos en Acapulco y mi pregunta provocó que viera los ombligos de mis primas y el mío, pues todas llevábamos bikinis. Mi tía Remedios vestía un traje de encaje blanco. El traje de novia de Hortensita también era blanco y tenía encajes. “¡Va a estar preciosa!”, me dije sintiéndome muy triste por no asistir a la gran fiesta familiar. Imaginé el frontón y las canchas de tenis iluminadas por reflectores, las mesas puestas y las orquestas para el gran baile que daba esa noche mi tía Antonia para festejar a Hortensita. “¡Qué lección para Antonia! Nunca hay que ser impertinentes con las jóvenes, pues no sabe uno quién será su marido”, había dicho mi tía Leticia. Gustavo era ingeniero y su familia era riquísima. Mi tía Remedios preguntó: “¿Quién vendrá después?”, examinando con sus hermosos ojos a las primas grandes. “¡Pobres criaturas! Casarlas en la flor de la juventud. Los pañales, los biberones, cuando ellas apenas acaban de dejarlos”, protestó mi tía Leticia. Ahora estaban muy abajo mis tíos y las lecturas que nos recomendaban, también había dejado a Dostoievski. “Le diré a Magdalena que lo lea.” El último día que pasé reunida con la familia, Rosa afirmó: “Los rusos son geniales” y en seguida calló para que no nos creyeran comunistas. “El pueblo ruso es un pueblo salvaje” afirmó mi tío Alberto, el marido de mi tía Hortensia. ¿Para qué desafiarlo? Él no desafiaba a nadie, sabíamos que en secreto admiraba los “monotes” de Orozco, pero no lo decía en voz alta. Tampoco nosotras decíamos que nos gustaban los rusos y que pensábamos imitar a Raskolnikov. “Mañana mi tío Alberto estará vestido de jacquet para la boda de su hija”... En el cielo se dibujaron las puertas de la iglesia de la Sagrada Familia, en sus gradas mi familia inmóvil se dejaba fotografiar. Había dos huecos que decían “Magdalena... Estefanía”. Y me sentí muy triste. Un señor sentado en la butaca de al lado insistió: “Coma algo, güerita”. Estábamos a dos dedos de la muerte y en vez de recogerse y pensar en su última hora, el señor insistía en que

comiera. “Se quedaron solos Rosa y Alvarito. Hermelinda estará en la cocina observando a mi mamá.” Tenía que volver pronto a la casa acompañada de Magdalena para restablecer el orden familiar. El avión no debía caerse. “¿Será pecado matar a doña Justa?”, reflexioné unos minutos: “No, no es pecado”, me contesté al recordar a Raquel, de la que tampoco me despedí. Era peligroso, podían enterarse del viaje.

Me encontré en un campo aéreo en donde corrían vientos helados: “¿Dónde va Vicente?... adonde va la gente” y seguí a los viajeros. Pasamos la aduana. En las salas de espera no estaba mi hermanita Magdalena. Me senté a esperarla. “¡Es increíble, estoy en Francia!” Quise visualizar México y no supe de qué lado se encontraba, si a la izquierda o a la derecha. Había gentes elegantes que hablaban un francés perfecto. Esperé mucho tiempo y mi hermanita no apareció. Temí ser presa del pánico y me quedé mirando un reloj.

—¿Espera a alguien? —me dijo un hombre inclinándose ante mí y en un francés tan bueno como el de mi abuelo y que por poco no entiendo.

—A mi hermanita Magdalena —le contesté tendiéndole el telegrama arrugado. El hombre opinó que era más prudente dirigirme a su hotel. Muy cortés, me cargó la maleta y me dijo: “Haga el favor de seguirme”. Me acompañó hasta un taxi, le dio la dirección al chofer y me deseó buena estancia en París. Me gustó que me llamara *mademoiselle*, me sonó más elegante que *señorita* o *miss* como me llamaban en El Paso, Texas. Una vez que el taxi echó a andar me invadió una angustia insoportable: “¿Qué hago aquí?”... “¿Y si Magdalena ha desaparecido otra vez?”... “¿Por qué no vino a esperarme?” La idea de encontrarme sola en aquel taxi que corría en una ciudad extraña me produjo un mareo: “¡Estoy perdida. Hubiera sido mejor que se cayera el avión!”, me dije y noté que sudaba frío. Todo era irreal, la bruma, los muros de piedra gris que se atropellaban uno después del otro. Tuve la impresión de que no tenían ventanas, de que había entrado en una prisión gigantesca, en un laberinto helado del que no saldría jamás. ¿Y ése era París? Había gentes que circulaban con bufandas y abrigos, ninguno tenía una cara familiar. “Creo que estoy soñando, esto es una pesadilla.” Recordé la voz de mi padre: “¡Irás tú, Estefanía!” ¿Por qué yo? ¿Por qué no Rosa o Alvarito?

Llamé al chofer.

—¡Señor!.... ¡señor!.... ¿qué fecha es hoy?

—El tres de enero de 1961... —contestó sorprendido.

Era la fecha de mi entrada en París. Hortensita se casaba ¿el tres o el cuatro? “¿Qué día salí de México?” Quise contar las horas al revés y me hice un lío. ¿Por qué no era la misma hora en México que en París? Bajé el vidrio de la portezuela y respiré el aire helado. Cerré los ojos: “¡Que se haga la voluntad de Dios!”, me dije dándome por perdida. El taxi se detuvo en una calle solitaria y curva, frente a una gran puerta de cristales.

—¡Voilà! Hotel Royal, mademoiselle —me dijo el chofer.

Un mozo abrió la portezuela y me ayudó a bajar. Su gesto me intimidó. Todo se volvió complicado: pagar al chofer en dólares, que no aceptó. Vi al mozo tenderle unos billetes que parecían acuarelas. El mozo me condujo a un vestíbulo alfombrado en el que los espejos reflejaron mi silueta y los sillones de seda. Me colocaron frente a un mostrador de caoba brillante para inscribirme. Eran formalidades que nunca había hecho sola, mis papeles, mi pasaporte, mi tubo de labios y mi bonete rodaron al suelo. Dos mozos se inclinaron a recoger lo que yo tiraba. Me arrodillé a recoger las fotos de mis padres y de mis hermanos, que sorprendidos me miraban desde la alfombra roja con plumas azules.

—Conduzca a Mademoiselle a la habitación de Madame Magdalena — escuché decir al administrador.

“Menos mal que mis abuelos nos enseñaron el francés desde niñas”, me dije. Tomamos un elevador amplio, con espejos y un banquillo de terciopelo rojo. La puerta era de hierro forjado, como la puerta de entrada a un jardín. Caminamos por un pasillo alfombrado, se abrió la puerta de una habitación y apareció mi hermanita Magdalena. Al verme dio saltos de alegría y se echó a reír como lo hacía antes. Me contagió la risa y riendo entramos a su cuarto.

—¡Estefanía, no has cambiado nada! ¿Y yo?... ¿he cambiado mucho? — me preguntó ansiosa.

No tuve valor para decirle que había cambiado tanto que si la cruzo en la calle no la hubiera reconocido. Llevaba un pijama de seda color lila muy pálido, se había platinado el cabello rubio y lo llevaba cortado a la

Kim Novak. Estaba muy delgada. Encendió un cigarrillo y se dejó caer en la cama.

—¡Se acabó la pesadilla! He pasado tanto miedo, ¡tanto!, que creí que me iba a volver loca...

—¡De qué tienes tanto miedo?...

—No sé. Creo que de Enrique. Es un tipo sombrío, no sé lo que hace ni quién es... Miente siempre y yo no sé nada...

—Es sastre, como doña Justa. Tienen una sastrería...

—¿Sastre?... ¿Cómo que sastre? —me interrumpió Magdalena.

Le expliqué que a raíz de que mi madre la buscó, doña Justa apareció en la casa y se instaló en la mesa todos los días para vernos comer. Rosa y yo decidimos investigar y llegamos a la sastrería, a don Isaac, a Timo, a su taberna, a Olegaria... Mi hermanita interrumpió entusiasmada.

—¡Qué inteligentes son Rosa y tú! Yo ignoraba lo de la sastrería. Sí, lo que he pensado, deben formar una banda y la sastrería la tienen de *cover*...

—¡Ay, Magdalena!, ¿por qué te casaste?...

Magdalena agachó la cabeza, pareció muy avergonzada. Se casó para desafiar a Justa a la que no conocía. Su hijo le confesó que su madre temía que se casara con ella y para burlarse de los dos, le dijo: “No eres un bebé, puedes hacer lo que te dé la gana”. Enrique, sin decirle nada, organizó la boda con testigos parecidos a Timo. Ella no tomó en serio aquella farsa, pero Enrique la tomó muy en serio, se ofendió mucho con ella y esperó al domingo para venir a sacarla de la casa. Si hubieran estado mis padres, tal vez no se hubiera atrevido. Aunque Magdalena no estaba segura, Enrique gozaba de amarres en el gobierno. Una vez en su casa, Olegaria y Justa le advirtieron que Enrique se había casado con ella y no con la familia y le prohibieron comunicarse con nosotros. Le dejaron de guardiana a la criada Hermelinda, una india gigantona y brutal a la que ella temía y que no le permitía moverse. Poco después se fueron de México. En París, Enrique se anunció como aristócrata mexicano. Compró fotografías antiguas, las enmarcó y dijo que eran de su familia. La más elegante era la de una joven de los años veinte fumando, a la cual declaró su madre. Vivían en hoteles de lujo, Enrique derrochaba dinero

en los bares y en los restaurantes. Se hizo de muchos amigos. Iban regularmente a las carreras de caballos. Organizaba cocktails y flirteaba con todas las señoras. Viajaban por Europa. Hacía apenas dos semanas estaban en Ginebra. Enrique la dejaba en el hotel y por las noches la llevaba a bailar y a cenar con grupos de amigos sudamericanos y europeos. Desde el principio la anunció como la descendiente de un conquistador español, perteneciente a una gran familia mexicana. En Ginebra ocurrieron dos hechos que la decidieron a escaparse: el suicidio de una modelo en Megeve, que antes de morir de una sobredosis de droga escribió en el espejo el nombre de Enrique con su barrita de labios y la conversación que escuchó en el hotel una noche entre Enrique y sus amigos, reunidos en el salón de la suite que ocupaba la pareja. “Pueden hablar”, dijo Enrique. “¿Estás seguro de que la tonta esa duerme?”, preguntó una voz. “Estoy segurísimo, es lo único que le gusta hacer. Y si se despierta, la dormimos” y se echó a reír. Dijo “la dormimos” con una intención cínica en la voz. Después hablaron en voz muy baja, y Magdalena creyó entender que hablaban de tráfico de algo. Las voces sofocadas la hicieron pensar que debía huir. Por la mañana, mientras Enrique andaba en sus asuntos, ella tomó el tren y se vino a París y se escondió en ese hotel. No había vuelto a salir a la calle. No se atrevía a recurrir a los amigos porque no podía decirles que tenía miedo de su marido. Levantaría sospechas, le harían preguntas que ella no podría contestar, porque ignoraba los asuntos turbios en los que Enrique andaba mezclado. La víspera llamó a Piero, un italiano socio de su marido que vivía en Venecia y que en cierta ocasión, cuando Enrique le dio a tomar una pastilla que le provocó un síncope cardiaco, le aconsejó el divorcio. No le dijo a Piero que lo llamaba desde París. El amigo le avisó que Enrique la buscaba y que, al no encontrarla, se había ido a México en su busca. Eran las últimas noticias que tenía de su marido.

La frente abombada de mi hermanita estaba cargada de pensamientos siniestros. Me explicó que la táctica criminal era dejar sola a la víctima. Enrique le había dicho varias veces que mi familia estaba muy aislada, y ella temía por nosotros y por ella misma. Yo le ayudaría a hacer las investigaciones.

—Magdalena, no entiendo nada. ¿Quiénes son esas gentes y qué quieren de nosotros?

—Eso es lo que tú y yo vamos a investigar. ¿Alguien supo que venías?

—La familia. Salí a escondidas de Hermelinda, que está ahora en la casa.

Y le conté cómo nos abandonaron Marta y Loreto y cómo doña Justa nos llevó a Hermelinda.

—¿Hermelinda en mi casa?... a las muchachas las deben haber asustado algunos hombres de mano de Justa. Te digo que creo que forman una banda. ¿De qué?

Traté de recordar a Enrique. ¿Era muy alto? Sí, muy alto, moreno, con el pelo liso peinado hacia atrás.

—¿Te acuerdas de que en la casa nos decían: “el crimen no paga”? Pues estaban equivocados. Lo único que paga es el crimen. ¿Crees en la posesión demoniaca?

—Sí...

—El crimen es algo parecido. Enrique es ateo y blasfemo. Compré libros de horóscopos y estudié su caso. Es un hombre que camina con un hacha al hombro para tomar venganza.

—No es de fiar. Yo preferiría que nos fuéramos a México —le dije con sinceridad.

—¡No! Primero hay que saber quiénes son ellos. Luego borrar huellas, no querrás que se venga en la familia. Tienes demasiado miedo, si quieres regresa tú...

Me quedé hundida en el sillón. El cuadro que me pintó mi hermanita no era para estar tranquila. ¿Qué huellas quería borrar? México era cuatro veces más grande que Francia y era más fácil esconderse.

Vinieron unos días sombríos, cualquier ruido me aterraba, veía entrar al “hombre con el hacha al hombro” y el estómago se me abría en un abismo helado. Hablábamos de noche y dormíamos de día. No salíamos a la calle por precaución. Nos vestíamos y esperábamos a que pasara el pedazo de día que nos quedaba. Por la ventana mirábamos al edificio de piedra gris construido en la acera de enfrente. Abajo, por la acera, se paseaban parejas de policías con ametralladoras en la mano. “Es por la

guerra de Argelia”, me dijo Magdalena. Recordaba México: “Hortensita se casó. ¡Qué ganas de haber estado en su fiesta!”, pensaba con tristeza. A Magdalena también se le antojaba haber estado en la ceremonia y el baile.

—Digan lo que digan mis tías, lo primero que voy a hacer es divorciarme. ¿Tú qué opinas?

—¿Divorciarte?... sería bueno...

Escribí muchas cartas a mis padres y a mis hermanos. Al releerlas, me parecieron delirantes. Les expliqué la vida de Magdalena con Enrique e insistí en que éste tenía amigos en el gobierno, no sabía si de “arriba” o de “abajo”, pero debían ser muy prudentes. Y esperé su respuesta.

Era una lástima que Rosa no estuviera con nosotras. ¡Pensaba tan bien! Con Magdalena era distinto, tenía demasiado miedo y se encerraba en su cuarto. Las noches eran peligrosas y no dormíamos esperando la llegada repentina de Enrique. Mi viaje a París se reducía a conocer las paredes forradas de seda azul del cuarto del hotel y a escuchar las sirenas de la policía que pasaban a cada momento zumbando. “Es por la guerra de Argelia”, me decía Magdalena.

Nos llegó la primera carta de Rosa.

Querida Estefanía:

Recibimos tu telegrama después de la boda de Hortensita. ¡Lástima que no estuvieras! La fiesta fue formidable. Mis tías se enfadaron cuando llegué sola de dama de honor. Un poco más y me suprimen de la corte de Hortensita. Mi mamá pidió disculpas, pero la familia estaba molesta.

“¿Esa niña no pudo esperar un día para irse a París? ¡A París y sola! ¡Qué barbaridad! Si Magdalena está enferma debías haber ido tú”, le dijeron a mi madre. El disgusto pasó cuando salimos en los coches a la iglesia. El traje de Hortensita era divino, todo de encaje blanco. El velo era un sueño, apenas dejaba transparentar la cara. Gustavo iba de jacquet acompañado de su familia pero nadie le hacía caso. La iglesia estaba preciosa y repleta, todos miraban a Hortensita. El altar cubierto de ramos blancos y de cirios imitaba un poco a la Gloria. Las madrinas

de ramo y de lazo fueron las hermanas de Gustavo. La solemnidad hizo llorar a mi tía Hortensia. Es la primera vez que llora la mamá de la novia, siempre lloran las de los novios. ¿Te has fijado? Quisiera darte todos los detalles y no puedo escribir, es difícil. Había nubes de incienso, muchos monaguillos y el *Ave María* de Gounod. En la sacristía se me acercaron Paco y Roberto, apenas empezaban a reírse del sombrero de la mamá de Gustavo, los callaron. La fiesta en los jardines de mi tía Antonia fue magnífica. ¡Qué banquetazo! En la mesa de honor, en la cabecera, estaba mi tía Concepción, que se vino de Chihuahua a pesar de que ya va a cumplir cien años. Tomaron la boda y la fiesta en cine. Además sacaron muchas fotos. Ya les mandaré algunas. Hubo muchos brindis. A las cinco de la tarde se fueron de viaje de luna de miel Hortensita y Gustavo. Nosotros nos quedamos bailando, ni por un momento pensamos en la tragedia que les iba a suceder. Paco y Roberto son campeones de rock and roll. Bueno, tú sabes que las polcas y los vales siempre los bailaron muy bien con Magdalena, su pareja. Lo que sucedió después hizo olvidar el escándalo de Magdalena y el de tu viaje a París. Siquiera ustedes no salieron en los periódicos. Fíjate que al día siguiente muy temprano mis tíos empezaron a llamar por teléfono a mi mamá. Había pasado algo, pero no soltaban prenda. “¡Pues que vaya Bernardo a los periódicos!” decía mi mamá. Al mediodía llegaron Roberto y Paco con el *Últimas Noticias*.

—¡Mira! ¡Mira, güera, lo que hizo esta loca de Hortensita!

Les arrebaté el periódico, Hortensita le prendió fuego a su cuarto de hotel en Taxco. El periódico dice que Gustavo estaba en el bar cuando la novia quiso suicidarse y le prendió fuego a las sábanas, las almohadas y al colchón. Hortensita no dice nada. Está en la casa de su mamá. Mi tío tiene que pagar no sé cuánto dinero. Mis tías y mi mamá están furiosas con los periodistas: “¡Estos pelados, no entienden el pudor!”, dijeron. Hortensita quemó todo porque tenía mucha vergüenza. Cuando quiso apagar el fuego ya era tarde y las puertas estaban ardiendo. Los bomberos la sacaron del baño, en medio del humo. Gustavo está furioso. Paco y Roberto se rieron al oír que

Hortensita había prendido fuego por pudor y los echaron de la sala: “¡Qué falta de delicadeza!” También me echaron a mí, de manera que no puedo contarte más detalles, salvo que mis tías dijeron: “Lo de Magdalena no es nada comparado con esto”. No me negarás que les doy una buena noticia. Aquí corto. Antes de que se me olvide, doña Justa sigue viniendo todos los días. ¡Qué misterio! Mis papás están felices porque estás con Magdalena. ¿Cuándo regresan? Nunca las olvida,

Rosa

Fue mi hermanita Magdalena la primera que empezó a reír, me contagió y ambas rodamos por las camas riendo, al imaginar a Hortensita de incendiaria. —Vamos a la calle, el encierro es malsano —decidió Magdalena.

Ya había oscurecido, hacía mucho frío, Magdalena caminaba de prisa, sin darme tiempo a ver nada en mi primer paseo. Apenas pude ver que en los árboles no quedaba ni una hoja. Mi hermanita se detuvo frente a un escaparate y me acordé de cuando seguíamos a Olegaria.

—¿Qué ves?... son sartenes.

—Quiero ver si ese hombre nos viene siguiendo —me contestó sin dejar de mirar las sartenes.

Sobre el vidrio del escaparate se deslizó la figura de un hombre corpulento con una bufanda amarillenta y gafas gruesas, que pasó con lentitud a nuestra espalda.

—¿Quién es ese tipo? —le pregunté.

—Si lo supiera no me detendría.

El hombre se alejó y nosotras reiniciamos el camino. Doblamos la esquina y Magdalena dijo muy pensativa:

—Puede ser socio de Enrique... le vi tipo de mexicano...

Dimos un rodeo para evitarlo y caminamos un buen rato. Mi hermanita se detuvo frente a un portón negro y oscuro. Lo cruzó sin vacilar. Nos encontramos en su patio embaldosado, donde se acumulaba el frío y en el que distinguí botes de basura y mendigos durmiendo en los rincones. Todo estaba apagado. Magdalena alumbraba con su encendedor de

cigarrillos. Me guió hacia la izquierda en donde empezaba una escalera muy carcomida. “Los misterios de París”, me dije mientras la subíamos. Mi hermanita se detuvo frente a una puerta ancha y baja provista de una mirilla enrejada. Buscó una llave en su bolso, abrió y entramos a unas habitaciones heladas y tenebrosas. En el primer cuartucho descubrí una bañera gigantesca. Tenía el respaldo en forma de concha y las patas en forma de pies de ganso. Era de peltre blanco y estaba desportillada. A la luz del encendedor resultaba repugnante.

—¿Y esta bañera?

—La tenían aquí. La quitaremos.

“La quitaremos” me repetí, mientras visitábamos varios cuartos estrechos con el ciclo raso desgarrado y los muros verdes cubiertos de una mugre muy antigua. El aire era irrespirable, se diría que estaba congelado y que entre el hielo existían bichos peligrosos. Salimos a la escalera, yo temblaba de frío y de asco. Subimos al siguiente piso en donde Magdalena se detuvo frente a otra puerta más endeble a la que abrió con otra llave. Entramos a otros cuartos parecidos, con los muros pintados de color chocolate.

—Viviremos aquí... —anunció Magdalena.

—¿Aquí?... ¿estás loca? —grité dispuesta a echarme a llorar.

—¿Qué dices? Mira esta ventanita tiene vidrios soplados. Los cimientos datan de Henry IV. Las chimeneas son preciosas —dijo dando golpecitos sobre una chimenea color chocolate.

—Es de mármol. La pintaron. Habrá que limpiarla —me explicó.

—Magdalena, esto es antihigiénico. ¿No te das cuenta? ¡Es espantoso!

Imaginé crímenes horribles sucedidos entre aquellos muros y sentí que una mano helada me tocaba el corazón. Mi hermanita se había acostumbrado al crimen. “Lo difícil es dar el primer paso”, nos decían en la casa.

—¡Aquí se han cometido crímenes! —le dije para hacerla reaccionar.

—¡Claro! Eres muy inteligente. ¿Te acuerdas de Marat? Aquí se escondió. ¿Te acuerdas de que Charlotte Corday lo mató en una bañera cuando tomaba un baño de azufre para aliviarse la sarna?

—¿Marat? ¿El revolucionario? ¡Claro que me acuerdo! ¿Lo mató en la

bañera que está abajo? —pregunté asqueada.

—Por desgracia no lo mató aquí. Pero no me negarás que es una coincidencia rara encontrar una bañera en el lugar donde se escondió Marat. ¡Tengo suerte! —me dijo con orgullo.

—¡Marat me repugna! ¡Siempre me repugnó! ¡Qué nombre tan raro y qué carita espantosa la suya! ¿Por qué debemos vivir en un lugar donde se han cometido crímenes? —grité indignada.

—Muy sencillo, porque lo compré. Me costó una bicoca... y lo compré con el dinero que le robé a Enrique.

¿Magdalena era ladrona? Me sentí perdida. Salimos a la calle. “Esa chica se ha vuelto loca” había dicho mi madre. ¡Y era verdad! Las calles se convirtieron en enemigas mías. ¡Qué depresión! Escuché su perorata: “Hay que salvar la arquitectura. ¿Entiendes?” Nos sentamos en un café. “¿Crees en la historia?”

—Pues te diré, si la historia es eso...

—¿Eso? ¿Qué quieres decir?

—Pues crímenes y microbios. ¡Acuérdate de los microbios!

Mi hermanita sacó de su bolso un trozo de chicle de color rosa, se lo metió en la boca y empezó a masticarlo con alegría. Hizo globos enormes que le estallaron en la cara. Me avergonzó, nos miraban de todas las mesas.

—¡No hagas esos globos!

—¿Por qué no? Me gusta hacerlo —y al decir esto infló uno enorme que le estalló cerca de los ojos. Unos pellejitos minúsculos de color de rosa le quedaron adheridos a sus enormes pestañas. Movié la cabeza contrariada, sacó un espejito de su bolso, se contempló un ojo, luego el otro y con esmero se arrancó del borde de los párpados una fila de pestañas pegadas a un hilito negro. Las colocó en un estuche verde y lo guardó en su bolso.

—Son postizas. En el hotel te enseñaré a ponértelas.

La calle estaba llena de muchachos guapos. ¡Lástima que cenamos en el hotel!

—He pensado que la mejor manera de esconderse es saliendo a la calle —decidió al día siguiente.

Magdalena quería investigar la vida de su marido, pero no se le ocurría nada. Yo no conocía París ni las gentes que ellos frecuentaban, de manera que tampoco se me ocurría gran cosa. Estaba en un país extranjero al que no me unía ningún lazo familiar ni amistoso. Las calles me eran ajenas y el río me producía una tristeza suicida. La situación de mi hermanita era desagradable y no quería confesar que la tenía inmovilizada el miedo. Sobre nuestras cabezas planeaban las siluetas de doña Justa y de Enrique.

—¿Estás segura de que son madre e hijo? —le pregunté.

—No estoy segura de nada. Pueden ser socios nada más. Tal vez por eso Justa vigila tanto a mi familia, no debe estar muy segura de él —me contestó pensativa.

Le escribiría a Rosa para que sacara la copia de nacimiento de Enrique y sabríamos quiénes eran sus padres. En París debíamos investigar quiénes eran los amigos del marido de mi hermanita y a qué se dedicaban. Esta idea ponía nerviosa a Magdalena.

—Gilles es el único amigo en el que puedo confiar —me confesó. Lo llamamos por teléfono inútilmente. Rondamos su casa, un edificio antiguo con dos patios y varias escaleras en el que entraba y salía demasiada gente. Magdalena ignoraba en qué piso vivía.

—Lo llamo por teléfono y él viene a visitarme. Yo nunca he venido a su casa —me confesó.

Lo había conocido en un café, a través de una amiga común. Gilles conocía también a Enrique.

—La verdad es que él sabe todo de ti y tú no sabes nada de él —le dije disgustada.

Vagamente, Magdalena sabía que Gilles era artista.

Recorriamos París a pie. La marcha nos hacía olvidar los problemas. El aire en la ciudad era tenso, los policías detenían los automóviles, hacían bajar a sus ocupantes, los cacheaban, abrían las cajuelas y las revisaban a fondo.

—Es por la guerra de Argelia. Buscan terroristas de izquierda o de derecha —me repetía Magdalena.

En los Campos Elíseos nos encontramos con una manifestación

violenta y rápida que gritaba a coro: “¡Sartre a la horca!” El combate entre manifestantes y policías fue corto y violento. Nosotras tomamos una calle transversal y huimos al hotel. En la Place Vendôme me extasié ante las vitrinas llenas de alhajas en vez de admirar debidamente a Napoleón y a la columna hecha con los cañones ganados en la batalla de Austerlitz.

—¿Por qué no buscas a los amigos de Enrique y los interrogas?

—Son gente internacional. Tienen mucho poder social.

—Lo peor es esconder la cabeza entre la arena, como las avestruces. ¡Pide el divorcio y así nos liberamos de él y de sus amigos! —le aconsejé.

—¿Y si nos desaparecen? No es fácil atacar a gente ambiciosa y de poder. Nosotras estamos solas... eso es lo que me quita el sueño.

No podíamos continuar así: visitando monumentos históricos, gastando dinero que no teníamos y solas y angustiadas, paralizadas por el miedo. Había que actuar. Magdalena decidió pedirle consejo a Inge, una amiga que tenía mucha experiencia.

Inge vivía con su marido en un hotel cercano al nuestro. Era una pareja de la edad de mis padres, que nos recibió con afecto y nos obsequió con té y tostadas. Parecían muy importantes, viajaban continuamente, en ese momento volvían de Rusia y habían hablado con Krouchev y visitado el Kremlin. También eran amigos de Mao Tse-tung y conocían China y La Ciudad Prohibida. Ante ellos no dije una palabra.

—Inge, quiero divorciarme y necesito un abogado que no me traicione con Enrique —le pidió Magdalena.

Inge guardó silencio, reflexionó, consultó con su marido y ambos decidieron que la persona ideal era el abogado Billaud.

—Inteligente, discreto, honesto y bien informado. ¡Un hombre excelente!

Por teléfono arreglaron la cita para Magdalena esa misma semana.

—No te asustes, ahora está contigo tu hermanita. Tú no temes nada ¿verdad? —me preguntó Inge.

Dije que no temía nada: “Los cristianos no se quejan” y la lengua se me convirtió en un pedazo de cemento armado. Inge nos recomendó estar en contacto con nuestros padres.

—¿Inge es comunista? —le pregunté a Magdalena una vez que nos

hallamos en la calle.

—Un poco sí y un poco no. En Europa está de moda ser comunista.

En el cuarto mientras Magdalena leía un artículo sobre Natalie Wood me sentí angustiada.

—Magdalena, estamos perdidas, vámonos a México.

—¡No! Hasta que no arregle mi divorcio no me muevo.

La contemplé echada sobre la cama haciendo globos de chicle y leyendo revistas de cine. Simulaba que estaba tranquila, quería olvidar que andábamos huérfanas esperando que algún amigo de Enrique nos matara... ¿Qué demonios hacíamos en París?

El abogado Billaud nos recibió en su despacho amplio, elegante, silencioso, provisto de un gran escritorio Imperio, grandes ventanas blancas, sillones confortables y un pequeño busto de Napoleón Bonaparte, que curiosamente se le parecía. Era un hombre joven, atractivo y elegante. Sus maneras eran cordiales, su voz profunda y su francés impecable. Respiraba seguridad e infundía confianza.

—Quiero divorciarme... pero me da miedo. En la familia nunca ha habido un divorcio —tartamudeó Magdalena.

—¡Será el primero! Inge me habló largamente de usted y de su marido. Presentaremos la demanda y todo irá con suma rapidez.

El discurso del abogado abundó en insinuaciones. Yo hubiera deseado que hablara con más claridad sobre Enrique en vez de perderse en divagaciones que sólo me ponían nerviosa. Magdalena escuchó tensa frases como “El negocio de la rue Spontini es bastante turbio”. O bien: “Sus actividades no son limpias”. Mi hermanita no dijo una palabra, muda, recogida en sí misma escuchaba con atención a su abogado.

—¿Está segura de que desea el divorcio?... —le preguntó mirándola con fijeza, como si dudara de su decisión.

—Sí... ¿Tú qué opinas, Estefanía?

—Su hermana estará más segura divorciada. Ahora, lo prudente es llevar una vida tranquila, no mostrarse en público con amigos, por ejemplo, para no darle a la parte contraria motivo para llevar una acción contra usted —nos dijo a las dos. Nos dio una cita para finales de la semana y nos acompañó hasta la puerta.

—Enrique anda con gente muy importante y yo lo voy a demandar — dijo Magdalena con temor.

En el hotel tuvimos una discusión. Le dije que al salir del despacho del abogado, me pareció ver al hombre de la bufanda amarillenta caminar detrás de nosotras. ¿El abogado sería traidor? ¿Cómo supo ese hombre que estábamos allí? Mi hermanita dio un salto en la cama.

—¡Imposible! Lo hubiera visto. Yo tengo ojos en la espalda. Es decir, soy como uno de esos bichos peligrosos que sienten cuando los miran. Es una cualidad muy mexicana. ¡Nadie nos siguió! Lo hubiera sentido. Yo pienso con la cabeza y siento con el estómago. Y si aquí, algo me dice sí, es sí. El abogado es leal —dijo oprimiéndose la boca del estómago.

No se podía discutir con ella. Su estómago le había dicho que el abogado era leal y los ojos de su espalda que nadie la había seguido. En cambio yo vi con los ojos de la cara al hombre de la bufanda amarillenta. ¿Para qué discutir? Magdalena no quería confesarse que tenía miedo.

Dormíamos mal y teníamos pesadillas. Enrique nos había vuelto sospechosas, nos sentíamos manchadas por algo vergonzoso. El mismo abogado dijo: “El negocio de la rue Spontini es turbio...” Magdalena tenía razón en esconderse, el mundo entero debía conocer los manejos de Enrique. Habíamos roto el ciclo normal de dormir de noche y actuar de día y estábamos pálidas como las lentejas que sembrábamos en vasos de agua y metíamos en el clóset. Los tallos crecían blancuzcos, pero apenas las poníamos a tomar el sol se convertían en plantitas verdes y brillantes. Era la clorofila que se formaba con la luz.

Nuestra clorofila era rosa y necesitábamos del sol y del deporte para volver a ser como éramos antes: frescas y sonrosadas. Mi tío Alberto tenía razón: “Mente sana en cuerpo sano”.

Recibimos una carta de Rosa.

“Querida Estefanía: Vino doña Justa muy violenta. ‘¿Me van a decir dónde esconden a Magdalena? Saben que abandonó el hogar conyugal y eso es un delito. Enrique está en México y si su mujer no vuelve con él en veinticuatro horas presentará una queja en la comisaría’.”

—¡Va a fastidiar a mi papá! —gritó Magdalena.

Al final de la carta, Rosa decía que doña Justa anunció que su hijo ya se

iba de México. Nos pedía que nos cuidáramos mucho y comentaba la descortesía de Enrique de ir a México y no presentarse a saludarlos.

—¿Tú crees que yo tengo la culpa de lo que pasa en mi casa?... ¡Pues tienes razón! —dijo Magdalena.

Caminamos por el Boulevard Saint Germain, lleno de gente que se volvía a vernos pasar. Tal vez porque llevábamos nuestros impermeables forrados de *racoon* con cuello de la misma piel, que mis tías nos compraron en El Paso, Texas. Rosa le había enviado el suyo a Magdalena y le iba muy bien.

—¡Carajo! ¡Estoy aburrida! —dijo mi hermanita dando una patada en el pavimento.

—¡Carajo! Yo también...

—Vamos a consentirnos ya que nadie se ocupa de nosotros —dijo Magdalena.

Mi hermanita entró con paso firme en un restaurante de toldo rojo. Cruzamos la terraza cubierta y escogimos una mesita adosada a la pared. El ambiente era acogedor y me cambió las ideas. Las mesas pequeñas colocadas cerca de los muros tenían manteles a cuadros rojos y blancos, una vela encendida y ramilletes de flores. El olor a cera, a vino y a especias nos reconfortó.

—¿Ves? El mundo también es de color de rosa, como dice mi tía Remedios —suspiró Magdalena.

Miró para todas partes, pues a pesar de sus palabras tranquilizadoras, no lograba impedir el temor que le inspiraban Enrique y sus amigos. Parecía un pájaro asustado golpeándose contra los barrotes de una jaula invisible. Pensé que deseaba la jaula, pues la libertad nos tenía deshechas. Nadie nos pedía cuentas, nadie se preocupaba de nuestra conducta, si nos daba la gana pasar la noche fuera, podíamos hacerlo. El único que preguntaba por nosotras era un conserje del hotel: el señor Gunther, por el que sentíamos un gran respeto. Flotábamos como dos basuras levantadas por el viento. Éramos desdichadas.

—¿Crees que no tengo ganas de volver a mi casa? —me preguntó Magdalena.

Una pareja elegante se instaló en la mesa de enfrente. Levantó su copa

y nos sonrió. Nosotras hicimos lo mismo.

—¡Qué monos son los franceses! ¡Qué cordiales! La señora es guapísima —dijo Magdalena.

La señora era joven y rubia, vestía de negro y llevaba un collar de perlas de doble hilo. En la mano lucía un brillante. Su marido mucho mayor que ella, era moreno y de piel muy tostada. Su amabilidad me dio valor para repetirle a mi hermanita que convenía ir a México, ahora que Enrique se volvía a Europa.

—¡Eso sí que no! Al enemigo hay que exterminarlo. Si no lo haces él te extermina. ¿Crees que voy a hacer lo que hizo el estúpido de Francisco Villa? —me preguntó subiendo mucho la voz.

—¿Qué hizo?...

—Dejó escapar a Carranza a Veracruz y luego ¡claro! Carranza reagrupó fuerzas y le dio en la madre. Debió haberlo perseguido hasta hacerlo picadillo. Villa tiene la culpa de que tengamos gobiernos de bandidos.

Magdalena se exaltó mucho, comió el flan en tres bocados, pagó la cuenta y salimos a la calle. En la esquina nos alcanzó la pareja elegante que había brindado con nosotras.

—Hace mucho frío, podemos llevarlas en coche —dijo el marido.

—Hay muchos argelinos... —agregó la señora.

En unos minutos estuvimos adentro de su automóvil, sentadas en los asientos de atrás.

—Chantal, es muy temprano para llevar a estas jóvenes a dormir. ¿Por qué no las invitas a tomar una copa?

—Es una buena idea...

El automóvil corrió a gran velocidad a lo largo de la orilla del Sena. “Nunca hablen con desconocidos” nos habían repetido en la casa y ya lo habíamos hecho. El auto dio un viraje, subió por una calle empinada cerrada por muros de piedra de algunos palacetes y se detuvo en lo alto, en una especie de explanada cerrada por los muros de las casas. Enfrente se abría un abismo. Chantal descendió del auto. Su marido nos tomó del brazo.

—¡Hemos llegado! —dijo.

Cruzamos la explanada y llegamos a un puentecillo colgante muy

estrecho e inclinado que descendía a la entrada de un edificio moderno situado muy abajo entre las casas de muros altos y sus jardines oscuros. A nuestros pies se abrían los jardines envueltos en neblina. El lugar era misterioso y solitario.

Pasamos el puentecillo hasta alcanzar la entrada del edificio construida directamente sobre el puente. Chantal abrió y entramos a un pasillo de mármol sobre el que se abrían varias puertas a sus lados. Nos detuvimos frente a la puerta del fondo. Chantal la abrió y entramos a un vestíbulo amplio y desamueblado. La pareja hablaba y reía, como si desearan que no nos diéramos cuenta de la extrañeza del lugar. Abrieron una puerta corrediza y pasamos a un salón enorme. Frente a la chimenea se hallaba un diván de grandes dimensiones. En el suelo había una gran profusión de cojines distribuidos cerca de la chimenea apagada. Se veía que alguna vez hubo allí una reunión.

—¡Siéntense! Hagan como si estuvieran en su casa...

Una mirada rápida me dijo que aquel piso estaba deshabitado. La chimenea apagada guardaba carbones semideshechos. En el suelo había vasos polvorientos. Un frío temible se esparcía por toda la habitación.

—Chantal, vamos a hacer un fuego —dijo el hombre.

Observé los ceniceros rebosantes de colillas amarillentas. Chantal se levantó para ir en busca de la leña. Magdalena y yo la seguimos, alcanzamos el vestíbulo, al que daban varias puertas cerradas.

—¡No toquen nada!

No había nada que tocar, excepto las puertas. Chantal abrió una de ellas y entramos a la antecocina con los muros cubiertos de armarios altos hasta el techo. Los abrió con ímpetu, en ellos había trajes elegantes de mujer, abrigos de hombre, uniformes de barrendero, escobas, camisas a cuadros, pantalones de obrero, todo revuelto en un desorden desconcertante.

—¡Bruno!... ¡Bruno!... no encuentro la leña —gritó.

Apareció Bruno con unas brazadas de leña y volvimos al salón. Todo sucedía con un ritmo rápido y desordenado. Chantal se arrodilló frente a la chimenea y unos minutos después un fuego enorme lanzó sus llamaradas sobre los muros de piedra de la chimenea. La casa era

inquietante, el silencio roía sus rincones, estuve segura de que allí no vivía nadie.

Me detuve frente a una mesa redonda en cuyo centro había un tiesto con una azalea seca. Los pétalos reseco como papelillo yacían en círculo sobre la cubierta de mármol de la mesita. Magdalena contempló ese espectáculo sorprendida. Al volver al sofá, pasamos junto a un librero pequeño cubierto de polvo y carente de libros. Inquieto, Bruno nos observó. “Chantal no vive aquí”, me dije al sentarme en el sofá mullido.

Un fuego enorme chisporroteaba en la chimenea, sus llamas no lograron distraerme de la pregunta: “¿Para qué nos han traído aquí?” El nombre de Enrique me vino a la cabeza con la violencia del rayo. “Nunca saldremos de aquí...” “Nadie preguntará por nosotras.” No quise imaginar nuestro final y tampoco pude impedir recordar algunas secuencias siniestras de varias películas. “¡Qué silencio!”, me dije mirando a Chantal con su bello rostro iluminado por el fuego.

—¡Bruno!... ¡el whisky! —ordenó a gritos Chantal.

El hombre reapareció a los pocos instantes, traía las mejillas encendidas y una sonrisa hueca colgaba de sus labios entreabiertos. Traía una botella de whisky en la mano. Recogió los vasos del suelo y nos sirvió en ellos la bebida.

—¡Por las hermanitas! —dijo levantando su vaso y apurándolo de un trago. En Bruno había algo desesperado. “¿Qué le pasará?” me pregunté mirando hacia Chantal que tendida sobre unos cojines cerca de la chimenea bebía su whisky con gesto de disgusto. Las llamas se reflejaban en sus cabellos y en su piel dándole una belleza casi trágica. El crepitar de los leños llenaba de duendes el salón. Decidí beber mi whisky que me supo a insecto. “¡Si me vieran mis tíos, qué escándalo!” Miré la chimenea que parecía la entrada a un lugar magnífico y abandonado. De pronto el diván dio varias vueltas en redondo y volvió a quedarse quieto. “¡Nos van a matar!”

—¡Cuánto traidor! ¡Cuánto cobarde! Estamos perdidos —exclamó Chantal.

—Chantal, no seas pesimista —le advirtió Bruno.

—Estoy de acuerdo con Chantal, ¡cuánto traidor! —exclamó

Magdalena.

—¿Verdad, Madeleine? Escucha, Bruno, ella me da la razón.

—No le creas, es muy joven y está desengañada. Los jóvenes se desconsuelan pronto, iyo sigo firme en mi fe! —contestó Bruno.

—Una cosa es la fe y otra son los traidores —mantuvo Magdalena poniéndose de pie.

No entendí de lo que hablaban. Magdalena se acercó a la chimenea dando un traspiés, cogió un banderín de esquí que estaba colocado allí y lo levantó por encima de su cabeza. Sus movimientos eran tan ondulantes que me pareció que iba a caerse dentro de la hornaza.

—El año pasado aprendí a esquiar en Suiza —exclamó.

—¿Y tu marido dónde pasó ese invierno? —le preguntó Chantal a bocajarro. Magdalena detuvo su entusiasmo, miró a Chantal, después a Bruno, se acercó a mí, perdió un zapato y se dejó caer en el sofá.

—¿Mi marido?... creo que estaba allí o que se fue a Ginebra unos días...

—¿A Ginebra o a Dusseldorf? —preguntó Chantal sonriendo.

Recordé las palabras del abogado: “Apartarse de todo mientras dure la demanda”, las palabras venían envueltas en neblina, no podía pensar con claridad. Nunca saldríamos de esa casa abandonada. Me pareció ver a mi hermanita convertida en un esqueleto polvoriento sentado en el diván. El pavor me impidió hablar.

—¿Qué se debe hacer con los traidores? Tú ¿qué harías, Magdalena? —preguntó Chantal.

—¿A los traidores? ¡Fusilarlos!...

Seguí la mirada de Chantal que iba dirigida hacia la puerta corrediza del vestíbulo y tuve la certeza de que alguien la había cerrado para ocultar la presencia de hombres temibles. Estábamos atrapadas, Magdalena con su vaso de whisky en el suelo y la barbilla apoyada en una mano, pareció absorta, después de haber contestado a la pregunta de Chantal. ¿No se daría cuenta del peligro? Volví la cabeza y comprobé que, en efecto, la puerta corrediza estaba cerrada.

—La puerta está cerrada —dije en voz alta.

—Bruno la cerró al entrar —me contestó Chantal.

—No. Yo la vi abierta.

—Abierta o cerrada ¿qué mas da?

Alguien nos miraba desde atrás. El miedo me impidió volver la cabeza. Podía ser alguien tan aterrador que su sola vista podía provocar mi muerte. Asombrada, vi a Magdalena que continuaba columpiando su pie descalzo. El fuego de la chimenea se extinguió y sus carbones encendidos me parecieron diabólicos. Bruno había tomado la forma de un mono siniestro. “Sabén que Enrique existe”, me repetí y decidí hablar para romper aquel hechizo.

—¡La puerta estaba abierta! —insistí.

Me di vuelta y vi que efectivamente estaba abierta y el vestíbulo iluminado. En ese instante toda la casa quedó a oscuras. Los carbones de la chimenea brillaron rojos en medio de las tinieblas que nos rodeaban. Nadie pronunció una palabra.

—Se quemó un fusible, sería bueno arreglarlo —exclamó Magdalena, que en la casa era la experta en electricidad.

No le contestaron. Poco a poco me adapté a las sombras y distinguí la silueta de Chantal. Bruno había desaparecido como un brujo profesional.

—Se juega el destino de Francia y eso no le importó a tu marido, ¿verdad? —le preguntó Chantal a Magdalena.

—No, no le importó... —contestó Magdalena sin entender la pregunta.

—Sólo le interesaba la ganancia, ¿verdad? —insistió Chantal.

—Sí, creo que sí... —dijo mi hermanita.

—¡Bruno! ¡Bruno!, ven a oír. ¿Sabes, Magdalena, que me gusta tu sinceridad? Pero, dime, ¿tú estabas al corriente?

—Más o menos... —dijo mi hermanita con voz insegura.

—Y ¿en dónde se ha escondido ahora?

—¿Quién?... —preguntó Magdalena.

—¡Tu marido!

—¡Ah!, está en México, pero creo que vuelve en estos días.

—¡Bravo! Mañana les haremos una cena a ti y a tu hermana. Invitaré a hombres de pelo en pecho! No a hombrecillos como los que tú conoces o los que se pasean por París. Jóvenes que están dispuestos a morir. ¿Están de acuerdo?

—¡Claro! ¿La cena será en traje largo o traje de calle? —preguntó

Magdalena súbitamente animada, a pesar de que a través de las sombras me llegó su voz rara, pastosa, como si no vocalizara bien.

—Como tú prefieras, bonita. Pondremos música francesa. ¿Les gusta Piaf?

“Están dispuestos a morir.” A morir ¿por quién?, me pregunté. La conversación era incoherente. Escuché preguntar a Chantal:

—Si van a Suiza, pueden esquiar dos semanas. Podrían visitar a un gran amigo nuestro. ¡Es encantador! Te gustará, Madeleine, estoy segura... ¿Pueden ir este viernes? ¿Tienen sus pasaportes en regla? —preguntó Chantal con voz agitada.

—Sí, muy en regla —le dijo entusiasmada Magdalena.

—¿Este viernes? ¡Oye! Tenemos que ver a ese señor —le dije a mi hermanita para recordarle la cita con el abogado.

Fue inútil. Magdalena no pensaba, actuaba bajo el primer impulso, era como si se hubiera colocado en una pista vertiginosa y nadie pudiera detenerla. Traté de distinguir los ojos de gato de Chantal y me pregunté: “¿Quién es?” Me volví a ver a mi hermanita a la que vagamente distinguía sentada junto a mí. “¿Y si ya se conocieran?”... “¿Y si me estuvieran engañando? ¿Haciéndome una broma?”

—Magdalena, ese viaje debe ser muy caro. Tú no piensas...

—Chantal las invita. Ése no es problema... —dijo la voz de Bruno surgiendo de las sombras.

La luz de la casa se encendió con brutalidad. Chantal brillaba como un ascua, Magdalena columpiaba su pie descalzo. Bruno sonreía satisfecho y el polvo y los huecos del salón se volvieron más peligrosos a plena luz. Yo fui la única que exclamó:

—¡Ya volvió la luz!... ¿Y Chantal viene con nosotras? —agregué recordando el viaje a Suiza al que nos habían condenado.

—Irán solas. Ella tiene muchos asuntos en París —explicó Bruno.

Chantal se levantó con viveza para ir a preparar un café.

—¿Cómo van las relaciones con su marido? —le preguntó Bruno a Magdalena. Ésta frunció el ceño, se volvió a mí:

—¿Cómo van? Tú ¿qué opinas? —me dijo.

—¿Yo?... yo no opino. No lo conozco.

—¡Increíble! De verdad que son encantadoras. ¿Cómo que no conoces al marido de tu hermana? —y Bruno se echó a reír.

En ese momento reapareció Chantal con una bandeja en la que humeaba una cafetera llena y varias tacitas pequeñas.

—Chantal, la hermana no conoce al marido de Madeleine —anunció Bruno.

Bebimos el café. El salón giraba de pronto y luego volvía a quedarse quieto. “¿Qué me pasa?”, me preguntaba, al mismo tiempo que las palabras de Chantal me llegaban absurdas: “Les gustarán los ‘parás’, son guapísimos. ¿Te gustan los militares?” Contesté que me encantaban y que si Magdalena hubiera sido hombre hubiera sido un general mejor que Napoleón.

Fue entonces cuando decidieron llevarnos al hotel. Una capa blanca de escarcha cubría las aceras desiertas. Su blancura me produjo llanto. No pude explicarme la tristeza que me invadió. Nos llevaron al Hotel Royal. Magdalena iba dormida. Chantal la despertó y su marido la ayudó a bajar del auto.

—Bruno vendrá a buscarlas a las ocho de la noche en punto — nos gritó Chantal.

Nos recibió el señor Gunther, que tuvo que llevarnos hasta la puerta de la habitación. “Bebieron... tengan cuidado.” Nuestro cuarto estaba tibio y recogido. Magdalena se desvistió en desorden, dando traspiés, llegó a la cama y cayó dormida bocabajo.

—Los franceses son maravillosos... Qué bonita es Chantal y Bruno es el típico industrial francés —dijo abriendo los ojos y volviendo a dormirse.

“¡Qué aventura!”, pensé y caí en el suelo en vez de alcanzar el colchón. Dormí con un sueño pesado, profundo, como si la inmensidad del mar hubiera caído sobre mí. Escuché que alguien me gritaba al oído, abrí los ojos para encontrarme con el rostro descompuesto de Magdalena:

—¡El lente!... ¡el lente de contacto se me ha ido al cerebro! Van a tener que abrirme la cabeza, ¿dónde hay un médico?...

Pensé en el doctor Ugarte, pero estaba en Chihuahua. Magdalena buscó en su bolso hasta encontrar un carnet de direcciones, buscó un número y lo marcó.

“¡Qué catástrofe! ¡Una operación cerebral!”, me dije.

—Doctor Jacques, soy Magdalena...

La escuché exponer su problema, luego protestar:

—Qué me dice, ¿que la cuenca del ojo no comunica con el cerebro?

¡No!, no estoy borracha...

Oí cuando el doctor colgó el teléfono.

—¿Qué opinas? Me llamó ignorante y me acusó de estar borracha... Y ¿dónde está mi lente?...

El cuarto me daba de vueltas, apenas entendía lo que le pasaba a Magdalena.

La vi correr al baño, se colocó frente al espejo, se abrió el ojo como si fuera a sacárselo. Lo hizo girar, mientras preguntaba: “¿Lo ves... lo ves?”

—¡Aquí está! Míralo, muy arriba...

Se puso la mano cerca del ojo, como si fuera una cazuela, lo hizo girar hasta sacarse lágrimas y cayó un vidrio redondo y pequeñísimo.

—Creo que debemos tomar clases de anatomía....

Apenas recordaba lo que me preocupaba antes de despertar sobresaltada con sus gritos. ¿Qué había soñado? No, no soñé, pensé durante el sueño. ¿Bruno el típico industrial francés? Y ¿por qué tenía esa marca de un navajazo desde la boca a la oreja? Bruno era el asesino enviado por Enrique...

—Magdalena, dormida pensé que Bruno y Chantal son gente sospechosa...

—¿Piensas dormida? —me interrumpió.

—¡Sí! y pienso muy bien. Tengo varios compartimentos en el cerebro: adelante con el que pienso lo que está pasando, otro más atrás, donde analizo lo que pasa, el tercero más atrás todavía, donde imagino lo que va a suceder y el cuarto que está al fondo, donde analizo lo que imagino que va a suceder...

—¡Eso es imposible! Nadie tiene tantos compartimentos en la cabeza, ni siquiera Napoleón que era un genio y dictaba ocho cartas al mismo tiempo.

—Pues yo los tengo. Y pensé que debemos escondernos de Bruno y Chantal. Son gente sospechosa...

—Bueno...

Me lanzó una mirada somnolienta, se arropó y dijo: “El que inventó la cama era un genio”. A los pocos minutos la escuché dormir. Yo la imité.

Nos despertó el teléfono. Era Bruno, quería saber si habíamos dormido bien y recordarnos la cena de esa noche. Magdalena me miró asustada.

—Tienes razón. No son trigo limpio. ¿Por qué nos llamó tan temprano?

—Yo no voy. ¡Hay que huir!

—¿Huir?... ¿Adónde?...

La desvelada nos invitaba a seguir durmiendo, pero era necesario el equipaje y salir en busca de un hotel. La ropa interior de mi hermanita era de seda y encaje, “es ropa de casada”, me dije mientras la sacaba de los cajones de la cómoda. Me probé una bata blanca hecha de encajes y me miré en el espejo. “Te la regalo” escuché decir a mi hermanita. Ordenó el desayuno, estaba pensativa.

—¿Sabes que voy a pedir auxilio? —me dijo y marcó el número de teléfono de Gilles. La escuché hablar con él, ipor fin lo había encontrado! La llegada de Gilles acompañado de su amiga Zita me dejó indiferente. Era un hombre alto, flaco, de ojos azules y sonrisa irónica. Su amiga era bajita, gorda, en vez de traje iba metida en unas mallas negras y calzaba tacón muy alto. Su manera de vestir y la abundancia de sus cabellos negros y sueltos me dejaron atónita. Escuché a Magdalena relatar la aventura de la noche anterior omitiendo muchos detalles. Casi la redujo a que una pareja elegante nos había invitado a cenar. Gilles la escuchaba escéptico.

—Son gente sospechosa, aunque no me crea, Gilles.

El hombre hundido en un sillón preguntó con burla.

—¿Sospechosos porque las invitaron a su casa?

—Sí, Estefanía lo descubrió dormida.

Gilles se volvió a verme con sus ojos de color violeta.

—¡Ah!, durmieron con ellos...

—¡No! Estefanía lo descubrió dormida...

—Eso vuelve el asunto más picante, apenas está usted conociendo París.

Magdalena se puso furiosa.

—Ustedes los franceses son unos depravados. No se trata de eso.

—Pues ¿de qué se trata?

—Ya se lo dije: dos sospechosos nos invitaron a cenar esta noche. Lo demás no se lo digo, lo prometí.

—No veo la gravedad, un matrimonio elegante las invita a cenar hoy en la noche y eso ¿qué significa? ¡Nada! Los sudamericanos son fantásticos. Esa pobre pareja es sospechosa porque Estefanía lo soñó... —Gilles se echó a reír.

Se dirigió a su pareja y le preguntó:

—Zita, tú ¿qué opinas? ¿Crees que sean terroristas?

—Es muy probable —contestó su amiga.

—¿Terroristas?... ¿terroristas de quién? —preguntó Magdalena.

—No lo sabemos, pueden ser de la OAS o del FLN —contestó Gilles con cinismo.

—¡OAS o FLN! No se imaginen tonterías. Los franceses están obsesionados con la cama y con los terroristas —exclamó disgustada Magdalena.

—¡No discuto tonterías! Usted me llamó porque dice estar en un grave peligro. ¿Adónde quiere que la lleve? —preguntó Gilles con sequedad.

—¡Gilles!, les propongo que en vez de ir a esa cena con los terroristas se vengan a la fiesta de los *beatniks*. ¿Qué les parece? —nos preguntó Zita.

—¿Qué cosa son los *beatniks*?

La pareja nos explicó que los *beatniks* era un nuevo grupo norteamericano que estaba cambiando la literatura, la pintura, la poesía y las costumbres. Una especie de surrealistas jóvenes que hacían furor en París.

—¡Hum!, bohemios. *Plus ça change plus c'est la même chose...* —contestó mi hermanita con desprecio.

El teléfono anunció que el señor Bruno pedía permiso para subir a nuestra habitación. Magdalena contestó: “¡Por supuesto, que suba!” Gilles la miró sorprendido y Bruno en persona llamó con los nudillos a la puerta.

—¡Bruno! —gritó Magdalena al verlo, como si su presencia la llenara de alegría.

Bruno vestía un suéter de cuello de tortuga. No traía americana. Con una mano enguantada sostenía el otro guante. Al ver a Zita y a Gilles, la sonrisa que iluminaba su rostro desapareció, para adoptar una expresión de disgusto.

A la luz del día parecía muy viejo, muy derrotado. Magdalena y yo lo miramos con pena. ¡Lo habíamos traicionado! Nos sentimos culpables y él se dio cuenta de nuestro embarazo. Se quedó de pie en medio de la habitación sin saber qué actitud tomar. ¡Carajo!, qué mal me sentí. En la casa nos repetían: “No juzguen a nadie”. Hubiera querido que la tierra me tragara para que Bruno no se diera cuenta de cómo enrojecí en su presencia.

—Bruno te presento a... al novio de Estefanía y su hermana —dijo Magdalena presentándolo con Gilles y con Zita.

¿Cómo se le ocurrió semejante barbaridad? Gilles y Zita no se parecían en nada. Bruno apenas si les tendió la mano.

—¿Se mudan? —preguntó desolado señalando las maletas abiertas.

—No, no, buscábamos unos papeles...

—Siéntate, Bruno —le dije señalando una silla cubierta con trajes. Los quité de un golpe y los arrojé a la cama. En ese momento me sentía más próxima a él que a los amigos de Magdalena.

Bruno se sentó como un autómatas. Era terrible haber desconfiado de él. ¡Parecía tan desamparado! Ni Magdalena ni yo éramos capaces de sostener una conversación con él después de lo que habíamos dicho y sospechado. Yo tenía la culpa. ¿Por qué sospechar de dos personas amables que no nos habían hecho ningún daño? Vi que Gilles y Zita lo observaban con hostilidad y temí que le dijeran algo desagradable.

—Buscábamos los trajes que llevaremos a tu cena —dijo Magdalena que también sintió el peligro de una agresión.

—¡Claro! Lo prometimos o ¿no es así? —dije fingiendo alegría.

—Entonces, ¿no vienen a nuestra fiesta? ¡Eso sí que no lo permito! Si no vienen se acabó la amistad —amenazó Gilles.

—¡Pues se acabó! No me gusta que nadie se me imponga —dijo Magdalena.

—Madeleine... Madeleine, prometiste...

—¡No prometí nada! —interrumpió a Zita.

—Las mujeres son insoportables... son seres irracionales. ¡No volveré a verla, Madeleine! —amenazó Gilles.

—¡Usted es un egoísta! Bruno nos invitó antes.

Bruno triunfante se puso de pie, miró a Gilles casi con hostilidad, se despidió como un vencedor y se dirigió a la puerta. A la luz del día lo vi muy viejo; la cicatriz en su mejilla se había convertido en un surco oscuro y profundo.

“¡Qué bajito está! Anoche era muy alto”, me dije con pena. ¿Qué le había sucedido? Ya me ha ocurrido ver a una persona una vez y al volver a encontrarla, ver que ha cambiado de estatura, de color y de peso. Ignoro a qué se deba. En esa ocasión, al comprobar que Bruno se había hecho tan chiquito, me sentí directamente responsable y sentí una gran pena. Escuché que Gilles y Zita hacían juicios adversos de él.

—¡Es un pobre diablo! Un gigoló barato. No pueden ir a su fiesta...

—De día no luce... pero claro que vamos a su cena.

—Hagan lo que quieran. Les dejo este teléfono por si necesitan auxilio. Yo no iría con los miembros de la OAS ni con los del FLN —exclamó Gilles. Cogió un papel y apuntó el teléfono y la dirección de la casa donde iba a efectuarse la fiesta para los *beatniks*. La pareja se fue casi sin despedirse.

—¡Estoy harta de que me den consejos! Y basta que alguien me diga que no haga tal cosa, para que me empeñe en hacerla. ¿A qué se deberá?

—No lo sé, a mí me pasa lo mismo —le confesé a mi hermanita.

—Mira, en la vida hay que actuar primero y pensar después. De lo contrario te quedas inmovilizada. Imagínate si Cristóbal Colón se hubiera quedado pensando en que podía ahogarse en el mar, ipues no hubiera descubierto América! O si Napoleón se hubiera sentado a pensar que podía perder las batallas, pues tampoco hubiera conquistado Europa. ¡Y esos timoratos quieren asustarnos!

Mi hermanita tenía razón: había que ser vertiginosa, rápida, ir a todas partes, tomar riesgos, conquistar, conocer gente, países, en fin, ser algo así como una heroína de película. ¿Acaso Rosa y yo no habíamos tomado riesgos para descubrir quién era doña Justa?

—Duérmete un rato y no pienses con el último compartimento —

escuché decir a Magdalena.

Tenía que dormir un rato para estar bonita para la fiesta. No deseaba confesármelo a mí misma, pero Bruno y Chantal me daban miedo. ¿Por qué sabían que Magdalena era casada? ¿Por qué salieron del restaurante a detenernos? ¡Cuántos misterios! Estábamos solas y los amigos de Enrique nos acechaban. Gilles no me daba confianza, era él quien le había vendido la casa de Marat a mi hermanita, me dijo Magdalena en ese momento justo.

—¿Por qué no escribiste nunca? —me atreví a preguntarle después de su confidencia acerca de Gilles y aprovechando la semioscuridad del cuarto.

—¿Estás loca? Enrique me lo tenía prohibido. Él recibía su correspondencia no sé dónde. En los hoteles preguntaba si teníamos carta. ¿Te imaginas lo que le hubiera sucedido a mi papá si le dicen: “Hay carta para la señora”?

Me volví a mirar la pared para olvidar el desorden en el que vivíamos. Me quedé dormida. El teléfono nos despertó, era Bruno que venía a buscarnos para ir a la cena.

—¡Eh!, parece que van a una boda en Saint Honoré D’Eylau —nos dijo al vernos aparecer en el *hall* del hotel. También él venía de esmoquin.

En el camino me invadió el miedo.

—Bruno, ¿eres católico? —le pregunté.

—¿Te interesa saberlo?

—No sé, hay tantos ateos... ésos son capaces de todo..

—Sí, por eso son tan eficientes —contestó con una voz tan dura que me sobresaltó.

Me arrepentí de haberle hecho la pregunta que no me contestó. ¿Y si fuera un terrorista como nos dijo el imbécil de Gilles? En el momento en que se abrió la puerta del edificio que daba al puentecillo, le pregunté:

—¿Quiénes son los “parás”?

—Son unos jóvenes que se batan por sus ideales...

Tampoco era clara su respuesta. En el instante en que entramos en el piso tuve la impresión de entrar en un apartamento distinto: había una consola con dos lámparas blancas encendidas, ramilletes de flores y un

banquillo largo forrado de seda azul. La puerta del salón dejaba escapar una música suave y una luz brillante. No reconocimos el salón. Sobre el gran sofá colocado frente a la chimenea había pieles de color miel, un gran fuego crepitaba en el hogar, en la mesita en la que la víspera quedaban sólo los restos de una azalea muerta, había ahora un tiesto con una azalea cubierta de flores blancas. El librerito estaba lleno de libros. En los ángulos del salón había algunos sillones forrados en raso de colores pastel. Al fondo hacia la izquierda, una gran mesa redonda cubierta por un mantel blanco y servida con copas de cristal, vajilla de porcelana y cubiertos de plata esperaba a doce comensales. El aire tibio y perfumado del salón nos envolvió. En el sofá, una señora de cabello corto, mirada triste y ademanes lentos, esperaba. Bruno nos presentó con ella. Se llamaba Lucy. Nos tendió la mano casi sin mirarnos.

—¿Chantal? —preguntamos disimulando la sorpresa producida por aquel cambio en la decoración. “Esto sólo pasa en las películas. ¿Quiénes son estas gentes y por qué hacen esto?”, me pregunté. Chantal apareció con dos copas en la mano, que nos tendió. Estaba preciosa con un traje de gasa corto de color miel. ¡Malhaya, y nosotras íbamos de largo! Fue idea de mi hermanita. Pero Chantal no estaba alegre, algo había cambiado en ella. Bruno junto a la chimenea permaneció cabizbajo. Lucy bebió su martini mirándonos con severidad.

—Bruno, ¿llamaste a los amigos? —preguntó.

Bruno salió al vestíbulo y yo vi que el teléfono se hallaba colocado cerca de la mesa servida. El ambiente era otro, ya no nos era favorable.

—Magdalena, anoche nos engañaste. Olvidaste decirnos que tu hermana es novia de ese muchacho... —se quejó Chantal.

—¿Novia? ¡No! Estefanía no tiene novio... Es decir, sí tiene, pero no es nada serio. ¡Pobre Gilles, es tan insignificante! —contestó enrojeciendo hasta la raíz de sus cabellos platinados.

—También olvidaste decirnos que estaban invitadas a una *cocktail party*.

El rubor atravesó el maquillaje de Magdalena. ¡Me dio pena verla! De pie frente a Chantal, con la copa en la mano, tratando de balbucir alguna disculpa.

Lucy sonreía. Me sentí incómoda. No éramos bienvenidas. ¿Qué había sucedido en esas horas que nos separaban de la víspera? Volvió Bruno, nos miró con sus ojos de perro abandonado y escuchó cabizbajo a Chantal.

—Tampoco nos dijiste que desconfiabas de nosotros. ¡Lástima!...

—¡Chantal! ¿Qué dices? ¿Que desconfío de ustedes? —protestó mi hermanita.

Chantal sonrió, le dio una palmada en la mejilla y aseguró que no importaba.

—Es natural, no nos conoces... —se volvió a Bruno.

—¿Hablaste con ellos?

—Tienen un problema que les impide venir. Piden disculpas, están desolados... —explicó el hombre.

Jugaba una comedia. Estaba arreglado de antemano que sus amigos no asistieran a la cena. ¿Por qué? Me sentí mal, pensé que era una imbécil, yo había arruinado la cena con los invisibles jóvenes. ¡Qué fracaso! Por una vez que iba a conocer a jóvenes franceses. La mirada acusadora de Magdalena me decía a gritos: “¡Estúpida!” Había arruinado una reunión agradable y una amistad importante. “Los ‘parás’ ino vienen!” y me entró un gran mal humor.

—Cenaremos ahora mismo —ordenó Chantal.

Con gesto preocupado nos indicó los lugares que debíamos ocupar en la mesa.

Los siete lugares vacíos de los siete invitados ausentes eran un reproche insoportable. La cena se convirtió en un duelo silencioso. El disgusto reflejado en los ojos translúcidos de Chantal nos impedía probar bocado. Observé sus párpados rubios parecidos a los de las damas del Renacimiento. Me invadió una gran pena por haberla defraudado. ¿Qué esperaba de nosotras la noche anterior? Ya no nos lo diría jamás. Lucy habló de restaurantes a la moda y de los trajes. Chantal habló de sus perfumes favoritos.

—A mí me gusta Femme de Rochas... —dijo Magdalena.

—Es muy pesado para ti. Eres muy joven, deberías usar Diorísimo, está hecho de *muguet* —le aconsejó Chantal.

Ni Bruno ni yo dijimos una sola palabra. El ambiente era melancólico y mi hermanita, a pesar de sus repetidas sonrisas, no logró animarlo. Al terminar esa cena silenciosa, Chantal exclamó:

—¡Bruno! Hay que llevar a estas chicas a su fiesta.

Nos llevaron en auto a la dirección dada por Gilles. El coche se detuvo frente a las ventanas de una casa vieja de la que salían alaridos y una música estridente. Nos bajamos asustadas.

—¡Ojalá que no las metan en algún embrollo! —nos dijo Chantal.

—¿Qué clase de embrollo? —preguntó Magdalena.

—No sé, querida. De terrorismo o de drogas —contestó y el auto arrancó con violencia.

Nos quedamos en la acera sin saber qué hacer. Opiné que lo más prudente era irnos al hotel.

—¡No! Chantal nos quiso asustar —me contestó Magdalena.

Con suavidad se dirigió a una ventana, se puso de puntillas y trató de mirar al interior de la casa ruidosa y semiapagada. La imité. Adentro se movían grupos de desarrapados, que simulaban bailar con aquella música horrible. Parecía que todos estaban borrachos. Nos descubrió un hombre de cabello encrespado y mejillas lívidas, que empezó a hacernos gestos y a invitarnos a entrar. Magdalena y yo salimos huyendo.

Una vez en el hotel nos echamos vestidas en la cama. ¡Qué depresión! Nunca nos habíamos sentido tan mal.

—Hoy es sábado. ¡Sábado glorioso, te lavo, te plancho y te coso! —dijo Magdalena con nostalgia.

Lo mejor que podíamos hacer era meternos en la cama y no volver a salir.

Así evitaríamos los embrollos en los que nos podían meter Gilles y sus amigos.

Nos quedamos en el cuarto escribiendo cartas a la familia. La calle era inmunda, con tantos policías y tantos malvivientes.

Supimos por el mozo que nos trajo la cena a la habitación que había habido un encuentro terrible entre manifestantes y policías. Agregó que había habido varios muertos y que el gobierno prohibía asistir a su entierro.

—¿Quiénes eran los manifestantes? —preguntó Magdalena.

—Los del FLN para protestar contra la bomba que pusieron los de la OAS en la casa de Malraux y que dejó ciega a una niña —contestó el hombre.

Obedecimos al camarero y nos quedamos en la habitación. Las fotos de los periódicos de los policías aplastando a los manifestantes contra las rejas del Metro nos convencieron de que debíamos quedarnos quietas. Por los mismos diarios supimos que fueron millares de personas al entierro a pesar de la prohibición del gobierno. Me pareció escandaloso que sólo llevaran flores rojas a un entierro. “El rojo es el color de los comunistas”, me dijo mi hermanita.

Estaba harta de los comunistas y de los anticomunistas. Tenía nostalgia de mi casa. Me pareció que me llegaba el perfume de la lluvia cayendo sobre el jardín y creí escuchar la voz de mi madre: “¡Se está mojando la ropa!”, al tiempo que cerraba las ventanas. ¡Qué chubascos caían después de las tormentas de polvo! Y qué limpia quedaba la calle. Los charcos se evaporaban con velocidad y su vapor olía a madreSelva. Era necesario volver. “¿Cómo se llamaba la tienda de Insurgentes donde comprábamos los pollos asados?” No pude recordarlo. Era alarmante, la ciudad se me borraba como un sueño. Sólo recordaba mi casa, la lluvia y los truenos terribles. ¡Ah!, y la casa de doña Justa, pero ya no vivía ahí. Cuando regresara sería una extranjera. Vivíamos en el Limbo o más bien en Babia, como nos decían Marta y Loreto cuando tardábamos en levantarnos de la cama.

Nos subieron una carta de México. Era de Rosa.

Querida Estefanía:

Después de la visita de doña Justa, Alvarito y yo quisimos saber si era verdad que Enrique ya se había ido de México. Pero ¿cómo sorprenderlo si no conocíamos la dirección de doña Justa? Se nos ocurrió que Raquel podría decírnoslo. Sin decir nada en la casa la fuimos a buscar. Llegamos en la tarde y su puerta estaba sellada con unos papeles. “Aquí hubo tifus”, me dijo Alvarito. “No fue el tifus”, nos dijeron los mocosos que nos habían seguido en el patio. Una vecina se acercó para decirnos: “¿Qué no saben que la mataron hoy hace ocho

días?” “¿Quién la mató?”, preguntamos. “Pues su asesino pasó a degollarla y nadie, nadie oyó nada. ¡Pobre doña Raquel! Parecía que veía venir su triste fin. Se quedaba agachadita pensando. La encontramos con el pescuezo rebanado en tamaño charcazo de sangre, que corría hasta afuera. Vino la policía y recogió el cuerpo, hicieron las investigaciones y sellaron la puerta. Se llevaron como sospechosa a doña Gloria, la del siete, porque era la que le preparaba la comida. Hasta ayer no la soltaron por falta de pruebas.” Alvarito y yo nos sentimos mal y nos fuimos. ¿Te imaginas la sangre corriendo por debajo de la puerta? Yo creo que fue la heroína de Dostoievski y compañía. El susto nos hizo confesarle todo a mi papá. No pudo creernos y él mismo fue a la vecindad a preguntar por doña Raquel. No sabes en qué estado volvió. Durante varios días no vino a comer para no encontrarse con doña Justa. Alvarito y yo decidimos descubrir dónde vive y fuimos a ver a las madres. Ellas se presentaron en la casa de Coyoacán y dijeron que la querían alquilar y las mandaron con la dueña. ¿Sabes dónde vive? Y luego dicen que el crimen no paga. Las madres supieron que Enrique ya se fue a París y que María Ema se va en estos días. La mandan sus papás porque no quieren que se case con el hijo del dueño de la tienda de abarrotes El puerto de Santander. Quieren algo más elegante. Es que doña Justa y Luis María ahora salen en Sociales. Mi papá dice que la única manera de librarnos de doña Justa es yéndonos a Chihuahua. ¿Qué opinas? Después de lo de Raquel, deben sentirse en un grave peligro, de modo que anden con cuidado. Todas las noches rezamos por Raquel. Ustedes hagan lo mismo. Perdona esta triste carta y recibe todo el cariño de tu hermana,

Rosa

Terminé la lectura y me volví a ver a Magdalena que se había puesto más blanca que una pared.

—¡Hay que tomar aire! ¡Aire! —exclamó Magdalena.

En la calle nos encontramos con Gilles y Zita instalados en la terraza de un café. Iba como de costumbre, con sus mallas negras y sus tacones altos. Me dio vergüenza sentarme a su mesa, pero nos sentíamos tan mal

después de la carta de Rosa, que todo era mejor a estar solas. No quería pensar en Raquel. Ni tampoco en lo que podía sucedernos. Escuché que la pareja discutía con Magdalena.

—¡Ya estuvo bueno de insultar a la Iglesia católica! —dije furiosa.

—Estefanía, no quisimos lastimarte —gimió Zita acariciándome una mano.

—¿Te gustaría que yo insultara tu religión protestante? —le dije.

—No soy protestante, soy judía. ¿Te molesta? Mi padre es muy pobre, huyó de Polonia cuando Hitler —me dijo con voz melancólica. Y agregó—: Es sastre... un pobre sastre...

—¿Sastre? ¡Dios mío! —exclamé recordando a doña Justa.

No todos los sastres podían ser tan pérfidos como doña Justa. Como nunca había conocido a una judía que hubiera huido de Hitler, me hice gran amiga de ella. Quería enterarme de lo que había sido el hitlerismo, pero Zita no recordaba nada, pues cuando sus padres huyeron ella era muy chica. Nuestra amistad la llevó a invitarnos a comer al estudio en el que vivía con Gilles. ¡Qué estudio, bohemia pura! Sólo había sillas de playa y un catre de campaña. En los muros clavados con chinchas carteles de teatro y fotos gigantes de actrices. Gilles y Zita no estaban casados, eso me escandalizaba un poco, los veía beber del mismo vaso, fumar el mismo cigarrillo y darse largos besos en la boca a la mitad de la comida. No se lo dije, pero prefería el amor estilo Hortensita y Gustavo. Gilles era escultor y en medio del estudio tenía una figura de yeso enorme, que carecía de forma y a la que él llamaba: *La Libertad encadenada*. Ante ella temía estallar de risa.

—Oye, ¿crees que Gilles es un artista? —le pregunté a Magdalena.

—Sí, aunque haga porquerías. ¿Crees que no se necesita talento para inventar tamaños disparates? A ver, inventa tú algo parecido —me contestó mi hermanita.

¡Qué carta recibimos de Rosa! Nos sumió en la más negra tristeza.

Querida Estefanía:

¡Qué vida la nuestra desde que se casó Magdalena! Te conté que mi papá no nos creyó lo de Raquel y que él mismo fue a la vecindad para

saber hasta dónde era cierta esa enormidad. Gloria, la vecina de Raquel, le contó el crimen y le dijo que Luis María le dejaba dinero para comer. Hasta ahí todo iba más o menos bien. Pero la otra mañana se presentaron dos señores preguntando por él. Les dije que llegaba a la una y dijeron que lo esperarían. Los hice pasar al salón. ¡Muy correctos! Después me di cuenta de que preguntaban como sin preguntar, por todos nosotros. Cuando llegó mi papá, los dos le saltaron y dijeron: “¡Policía!” al mismo tiempo que le enseñaban unas placas. Mi papá no entendió nada. Hermelinda le avisó a mi mamá: “Ya llegaron los de la Secreta por el señor”. Mi mamá casi se desbarranca por la escalera. En ese momento llegó doña Justa. Negra como una torre, quiso meter su cuchara y los policías le dijeron: “Sospechoso de asesinato”. ¡Así como lo oyes! Según ellos mi papá degolló a Raquel. Dijo que la noche del crimen la pasó aquí en su casa y eso no le sirvió de álibi. Se supo todo, que tú y yo visitamos a Raquel y que ella nos estaba llevando por el mal camino, por eso la mató mi papá. Se lo llevaron a la comisaría para interrogarlo. También nos llevaron a Alvarito y a mí. Confesamos que estuvimos en su casa. Nos hicieron no sé cuántas preguntas y nos dejaron ir. Pero mi papá siguió allí. Al día siguiente doña Justa llegó puntual. “¡Ay, qué horror, el señor acusado de asesinato! Señora, ¿qué no tendría sus dimes y diretes con esa mujer?”, le preguntó a mi mamá. A mi mamá le dio tanta rabia que llamó a sus hermanas. Llegaron todas mis tías acompañadas de sus maridos. Nos echaron del salón después de decirnos: “Hijos desobedientes, libertinos, visitantes, éste es el resultado de la educación comunista que se imparte en México. ¿Cuántas veces se les ha dicho que la discreción es indispensable en la vida de una persona honorable?”

Nos echaron del salón para deliberar con mi mamá. Al día siguiente llegaron con mi papá. Si lo ves no lo reconoces. Barbón, con el traje arrugado, ¡un desmadre! Mis tíos buscaron a sus amigos de “arriba” y juraron que la noche del crimen mi papá había estado jugando al ajedrez con ellos. Ahora la policía tendrá que buscar al verdadero asesino. Doña Justa dijo: “¡Hum!, este crimen no quedó resuelto y la

policía nunca quita el dedo del renglón”.

Mi papá ha cambiado de plan, va a vender la casa en secreto y nos vamos a ir a El Paso, Texas, con Marta y con Loreto. ¡No lo digan! Por supuesto que mi papá no dijo que Luis María le mandaba dinero a Raquel, entonces sí que nadie lo hubiera podido sacar de la comisaría. La vecina Gloria declaró que sólo vio a mi papá el día que fue a preguntar por Raquel. Ya les conté todos los horrores. Cuídense mucho y escriban. Les manda un beso su hermana Rosa.

“P. D.: Un policía le dijo a mi tío Bernardo que hubo una delación contra mi papá. ¿No sospechas algo? Me da miedo escribirlo, de doña Justa. ¡Qué mala es la gente! Basta ver cómo asesinan a tanto animal para comer. Yo me he hecho vegetariana. ¡Pobres vaquitas inocentes, las degüellan como a Raquel!

Rosa

—¡Y tú, idiota, que quieres volver a México! ¿Ves cómo yo tenía razón?
—gritó Magdalena al terminar de leer la carta.

—Tiene razón Rosa. ¡Pobres vaquitas! —le contesté.

El domingo que llegó Zita a invitarnos a cenar en la casa de su amigo el ingeniero Pinsent, me fastidió. No tenía ganas de ver a desconocidos. Magdalena también estaba triste y puso reparos para aceptar la invitación. Zita pareció resignarse, se echó en la cama para conversar con su pereza acostumbrada.

—Ya sabía que no iban a aceptar. No fueron a la fiesta de los *beatniks*, las estuvimos esperando —nos dijo con un tono ligero de reproche. Nunca había comentado nuestra ausencia y nos sentimos culpables. No supimos qué decir.

—¿La fiesta con Bruno estuvo muy elegante? —preguntó displicente.

—Sí, pero se terminó enseguida. Cenamos y nos fuimos —dije.

—¿Y había mucha gente?

—No, nada más nosotras, dos señoras y Bruno...

—¡Ah!, ¿y ahora tienen otra fiesta con ellos?

—¡No! No los hemos vuelto a ver. ¿Crees que por ellos no queremos ir a tu fiesta? ¡Qué tontería! Vamos —le dije a Magdalena.

Mi hermanita había olvidado el incidente de los *beatniks*, pero al ver que le había dolido a Zita, aceptó ir a la cena de su amigo.

El ingeniero Pinsent vivía en una avenida próxima al Arco del Triunfo. En un edificio de lujo. Dos jóvenes de rostro alegre y en mangas de camisa nos abrieron la puerta, besaron a Zita y nos llevaron a un saloncito en el que sólo había un sofá de cuero negro destripado. Nos sentamos y los muchachos desaparecieron. Zita se fue con ellos cerrando la puerta tras ella.

—¡Carambola!, como diría mi tía Leticia. Todos los franceses viven en casas vacías —le dije en voz baja a Magdalena.

—Sí, ¿verdad? ¿Sería una nueva moda?...

Hasta el saloncito cerrado llegaban los timbrazos de varios teléfonos, carreras, pasos y voces sofocadas. Se diría que estaban organizando una mudanza. Tal vez Zita se había equivocado y los dueños se estaban cambiando de casa. Era raro que nos hubieran encerrado en aquel cuarto tan estrecho. Al cabo de una hora de espera nos faltaba aire. Me puse de pie para no caer dormida y de pronto tuve la necesidad de irme de allí. Me dirigí a la puerta.

—¿Te vienes o te quedas? —le pregunté a Magdalena. Podíamos salir de la casa sin que nadie lo notara. Magdalena se puso de pie y ambas salimos al vestíbulo, en donde encontramos a dos jóvenes que cargaban un bulto enorme.

—¡Pinsent! ¡Tus amigas se van! —gritaron.

Nos detuvimos confusas en nuestro camino hacia la puerta de entrada. Al llamado de los muchachos, apareció por el fondo del vestíbulo un hombre alto en mangas de camisa, sonriendo, con los brazos tendidos hacia nosotras. Tendría unos cuarenta años. Nos dio de besos en las mejillas.

—¡Perdonen! Estoy muy ocupado preparando la cena. ¡Hum! Adoro cocinar —dijo besándose las puntas de los dedos.

Detrás de él venía Zita sonriendo.

—¡Pinsent es formidable! —exclamó entusiasmada.

Pinsent y Zita nos tomaron del brazo, colmándonos de elogios, nos llevaron al saloncito, nos rogaron esperar unos minutos y desaparecieron.

Esperamos otra buena hora. Me puse de muy mal humor y volví a salir al vestíbulo donde no encontré a nadie. Entré a un cuarto que daba al vestíbulo y vi a un joven inclinado, que estaba manejando una especie de telégrafo portátil. El joven se sobresaltó al verme.

—Tú, ¿no eres aficionada? ¡Es apasionante! —me dijo saltando a mi lado.

Me tomó del brazo y me llevó nuevamente al saloncito en el que esperaba adormilada Magdalena.

—Espera, voy a llamar a Pinsent, no sé qué lío ha hecho en la cocina —me dijo y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Sacudí a Magdalena para despertarla.

—¡Oye, qué descortesos son los franceses! Nos tienen aquí encerradas hace dos horas. Yo me voy.

—Tienes razón... ¡qué raro! Tal vez hay alguien que no nos quiere ver o al que no quieren que veamos...

—¡Tú y tus historias de misterio!

Íbamos a reñir cuando reapareció Pinsent frotándose las manos y riendo.

—¡La cena está lista!

Nos cogió del brazo, se puso a cantar el aria de una ópera y cruzamos el vestíbulo vacío para internarnos por un pasillo que comunicaba con varias habitaciones desamuebladas en las que pude distinguir, en la penumbra, catres de campaña y periódicos tirados en el suelo. “¡Qué pelados, cómo viven!”, me dije disgustada. Pinsent nos condujo a un comedor con espejos enmarcados en plata, cortinas plateadas, ventanas altas y una mesa gigantesca con cubierta de cristal empotrado en un marco de plata maciza. En contraste con tanta plata, los cubiertos eran de estaño y los platos de porcelana barata. Sobre la mesa se acumulaban botellas de vino y de licores variados. No había ni una sola flor.

Los jóvenes en mangas de camisa acudieron en tropel, arrastrando sillas desiguales para sentarse alrededor de la mesa. Me pareció que tomaban la mesa por asalto. ¡Qué vocerío! Hablaban, gritaban y reían al mismo tiempo. Me pregunté cuál sería el motivo de su regocijo. En medio de tal bullicio no podía distinguir a ninguno de ellos. Me parecían el

mismo, riendo y hablando en mangas de camisa. Nadie se ocupaba de Magdalena ni de mí. Era como si no estuviéramos. Una señora mayor de formas sueltas y abundantes, cabello rizado y traje de color verde depositó unas fuentes enormes de plata sobre el cristal de la mesa. Pinsent la ayudó.

—¡Bravo! ¡La comida! —gritaron con júbilo los jóvenes haciendo ruido con sus tenedores sobre sus platos.

—¡Qué desorden! Es que apenas nos estamos instalando. ¡Muchachos, bajen la voz! No es una cena formal, sino una cena amistosa, para nuestros colaboradores —explicó la señora dirigiéndose a Magdalena y a mí.

Pinsent levantó una copa.

—Todos esperamos que se unan a nuestro grupo.

—¿Quiénes?... ¿Nosotras? —preguntamos al ver que Pinsent levantaba el brazo en dirección nuestra.

No supimos qué decir, sus palabras levantaron una algarabía cuando afirmó:

—¡Claro! Ustedes, las dos bellezas.

Magdalena y yo agradecemos su amabilidad, aunque no había manera de hacerse escuchar en medio de aquel alborozo despertado ante las fuentes rebosantes de pollos asados y patatas al vapor. “¡Qué banquete!”, exclamaban los jóvenes acariciando con los ojos los quesos, los vinos y la fruta expuestos sobre la mesa. La comida fue ruidosa, los jóvenes se chupaban los dedos, hacían buche con el vino y mantenían conversaciones cruzadas.

—Éste es el barrió más caro de la ciudad —escuché decir a la señora.

—No pienso quedarme a vivir aquí —afirmó Pinsent.

—La rubia y el jockey ¿ya saben que te mudaste? —preguntó un joven con aspecto más serio que los demás.

—No. Espero que no. Soy yo el que va a saber muy pronto dónde viven ellos.

Deben tener un escondrijo muy seguro, la casa de la rubia está cerrada —afirmó Pinsent.

Vi que Magdalena prestaba atención a sus palabras. Sin saber por qué

ambas pensamos que hablaban de Chantal y de Bruno. Preferimos guardar silencio y escuchar en medio de la algarabía aquel diálogo que nos pareció de mal agüero. Oí decir a Pinsent:

—No, no te preocupes. He visto un piso cerca del Bois, no tiene ruido y el aire es muy fresco.

—¡Cuidado! Las bestias se vuelven más peligrosas cuando se sienten heridas.

—¿Brindas conmigo? —me preguntó el joven que se hallaba a mi derecha.

Mecánicamente levanté la copa. Estaba molesta, pues el inoportuno me impidió escuchar la respuesta de Pinsent.

—¿Cómo te llamas? —insistió el muchacho.

Le di mi nombre completo y le pregunté el suyo, mientras me llegaba la frase:

“No hay cuidado, la rubia va a actuar muy poco. No le queda mucho tiempo.” Mi compañero contestó:

—Llámame Jack...

—¿Solamente Jack? —le pregunté.

—Espero que no me pidas mis títulos de nobleza —dijo con cierta grosería.

Observé su cabello ensortijado y su rostro pálido coloreado artificialmente por la bebida. No me gustó, tenía algo que discordaba con la aparente alegría de aquel banquete mal servido. “Debemos irnos. No sabemos quiénes son éstos”, me dije preocupada. Los otros hablaban en ese momento de automóviles, de velocidad y de kilometraje. No entendí por qué el kilometraje era importante. Magdalena parecía agobiada ante el vocerío. En el otro extremo de la mesa, Zita hablaba en voz baja con uno de los comensales. Me llamó la atención que no era un joven, con la cabeza inclinada hacia ella la escuchaba con atención, mientras se pasaba la mano entre la cabellera abundante y canosa. En medio de la conversación tumultuosa, escuché varias veces: “la rubia” o “el jockey” y me pregunté si también Zita hablaba de ellos. De pronto un hombre que no participaba en el comelitón entró con gesto rápido y preocupado, le hizo una seña a Pinsent y éste abandonó el comedor llevándose una

botella en la mano. “No me gusta esto”, me dije atemorizada. Magdalena había notado también la salida del dueño de la casa y me miraba interrogadora. Me puse de pie y exclamé con voz teatral dándome un golpe en la frente.

—¡Magdalena! ¡La llamada de México! ¡La olvidamos! ¡La llamada!...

Sin escuchar la baraúnda de protestas indignadas que levantaron mis palabras salimos de prisa de aquella casa que nos pareció más peligrosa que la de Chantal y Bruno. En la puerta, Zita hizo el último esfuerzo por detenernos.

—¡No es justo! ¿Qué va a decir Pinsent?

—Volveremos mañana o pasado, discúlpanos con él...



Una vez en nuestra habitación, nos miramos desconcertadas durante largo rato. Habíamos actuado como dos salvajes empujadas por un miedo súbito e inexplicable. “No me gustaron las alusiones a la rubia y al jockey, no sé si estoy loca, pero me parecía que se referían a Chantal y a Bruno y que las hacían adrede, para que nosotras escucháramos”, me confesó Magdalena.

—Por mi parte es la última invitación que acepto en París —le dije a mi hermanita.

—Y ¿qué harían todos esos hombres en mangas de camisa? —preguntó Magdalena intrigada.

Nos dormimos sin encontrar la respuesta. El martes los diarios anunciaron la captura del grupo de traficantes de armas más poderoso, en el domicilio del ingeniero Pinsent, el domingo por la noche. El grupo actuaba para el FLN. Algunos de sus miembros habían logrado escapar. En la lista de nombres venían dos conocidos, el del ingeniero y el de Zita.

Releímos la noticia varias veces. ¿Cómo pudo Zita llevarnos a esa casa con los traficantes de armas? Recordamos sus súplicas para que no fuéramos a la cena de Chantal. Eran ella y Gilles los que nos dijeron que podían ser terroristas de la OAS o del FLN. Sabían muy bien que no eran de la filial argelina, puesto que ella pertenecía a la organización de Pinsent. Estuvimos seguras de que “la rubia” y “el jockey” eran Chantal y Bruno.

Había que callar. Las palabras *subversivo*, *clandestino*, *subterráneo*, adquirieron una dimensión aterradora. Sí existían grupos que se movían en el “subsuelo”, como ellos decían. Y lo que era peor imataban! Bastaba echar una ojeada a los diarios. Ambos grupos se asesinaban entre sí. Decidimos no movernos del hotel.

—¡Y ese Gilles en vez de ayudarme a arreglar esa casa, me invita a reuniones de contrabandistas! —exclamó Magdalena con rencor.

—Hay que irse de París —le aconsejé.

¿Qué pretendían al invitarnos a aquella cena de conspiradores? Había dos respuestas, saber la dirección de Chantal y de Bruno, o bien, Enrique pertenecía a su grupo y pensaban que podían utilizarnos en alguno de sus negocios “sucios”, como había dicho el abogado. “Deben creer que estamos de acuerdo con Enrique”, concluimos. París estaba organizado en redes invisibles que trabajaban en secreto. Debían ganar mucho dinero a juzgar por la vida de millonario que llevaban Enrique y Pinsent. Los otros, Chantal y Bruno permanecían en el misterio. Magdalena trató de llamarlos por teléfono, fue inútil, el teléfono no contestó.

—Parece que se los tragó la tierra... ¿o estarán en la cárcel como Pinsent y sus amigos? —preguntó mi hermanita pensativa.

Era más prudente continuar en el hotel y no salir a la calle. Por la ventana contemplábamos el cielo bajo, color panza de burro, el edificio de piedra de la acera de enfrente y abajo en la acera a los policías patrullando con ametralladoras en la mano. A veces se nos ocurría que estaban esperando que saliéramos para echarnos el guante.

Cuatro días después del arresto de Pinsent, leímos en los diarios que él y sus amigos habían sido puestos en libertad. Se nos quitó un peso de encima, ya no éramos sospechosas.

Zita vino a visitarnos. No dijimos nada, la sorpresa nos dejó mudas y el silencio era más prudente. Por su parte, Zita no hizo ninguna alusión a lo sucedido. Se tendió en la cama como una odalisca para hablarnos de Gilles:

—El pobre Gilles es un timorato y un débil. La bondad lo convierte en un ser muy vulnerable. En la vida hay que tener más audacia. Yo creo que ha sido muy mimado por las mujeres... tiene un encanto loco. ¿Verdad,

Magdalena?

—Sí, es en verdad muy encantador —le contestó mi hermanita sin ninguna convicción.

“El amor es ciego”, me dije oyéndola hablar de Gilles en esos términos. Ordenamos un té con pasteles y Zita devoró los rellenos de crema al mismo tiempo que se quejaba de ser tan golosa.

—¡No lo puedo impedir! Me encanta comer —dijo suspirando.

Traté de descubrir en sus enormes ojos negros alguna traza de remordimiento por habernos llevado a aquella cena de subversivos, que nos pudo costar la expulsión del país, puesto que éramos extranjeras, pero no descubrí nada. Zita se condujo igual que siempre, como si nada hubiera sucedido. Se mostró apacible, sonriente, tranquila y su amabilidad me asustó. “Cree que no leímos los periódicos”, pensé. Se marchó a la hora de cenar; Gilles la esperaba, iban a una función de teatro muy divertida, nos dijo.

—¿Serán amigos de Enrique? —me preguntó mi hermanita una vez que nos hallamos solas otra vez.

—No lo sé... ¿qué quieres que te diga? Tú me contaste que Enrique vende armas y éstos también. Me preocupa que Bruno y Chantal también lo conocen. Habría que saber a quién se las vende, si a la OAS o al FLN —le dije.

—No creo que la OAS compre muchas armas. No ves que es una organización donde se dice que hay muchos militares —me contestó Magdalena.

—Entonces es evidente que se las vende al FLN y que Pinsent nos tomó por cómplices.

¿Qué podíamos hacer encerradas en el hotel? Poca cosa, bañarnos, vestirnos y miramos en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación. En mi casa sólo existían espejos en el tocador de mi madre y durante el día permanecían cerrados. En París el sol no salía nunca y su luz pálida me ponía melancólica.

—Es el 23 de marzo, ya llegó la primavera y esto sigue a oscuras —me quejé con Magdalena.

Una carta de Rosa me desanimó más de lo que estaba.

Querida Estefanía:

Nada se arregla. La acusación de asesinato que pesa sobre papá tuvo un efecto inesperado: lo llamó el director de la oficina y le dijo muy amablemente que no podían guardarlo en vista del “enojoso asunto” que le había caído encima. Le rogó que no se desanimara, pues cuando todo estuviera aclarado, contaría con su puesto de siempre... ¿Te das cuenta? Mi papá volvió a la casa a las once de la mañana y se encerró en su cuarto. No bajó a comer para no ver a doña Justa. Las madres nos repiten: “Las puertas del infierno no prevalecerán”. Y luego nos recomiendan que les digamos a ustedes que tengan mucho cuidado, pues María Ema y Enrique andan allá. Si a mi papá le han hecho esto del crimen, lo que serán capaces de hacerles a ustedes. Aprendí un proverbio árabe que dice: “Siéntate en la puerta de tu casa a ver pasar el cadáver de tu enemigo”. Para mí eso es muy largo, prefiero la acción directa. Las quiere mucho su hermana,

Rosa

Guardé la carta. Estaba furiosa con Magdalena y su matrimonio. Me bebí media botella de vino y pensé: “Si los amigos de Zita son traficantes de armas como Enrique, pensaron que éramos socias en potencia y nos invitaron. Entonces Enrique ya sabe dónde vivimos”. Se lo dije a Magdalena.

—¡Lógica de martillo! —contestó mi hermanita.

Había que actuar con rapidez, tramitar el divorcio inmediatamente y desaparecer. El abogado se mostró menos amable, tal vez por los plantones que le habíamos dado.

Les mandamos tarjetas postales con lugares históricos a toda la familia, encontramos también tarjetas con las caras de los revolucionarios. Ni siquiera la cara de un asesino mexicano se podía comparar a la de Marat. Me compré una con el retrato de Charlotte Corday y la puse sobre la chimenea.

—¿Por qué tiene a esa histérica? —me preguntaron Zita y Gilles.

—¿Histérica? Era la bisnieta de Corneille y la admiro porque mató al bicho en la bañera —contesté.

Gilles no dijo nada, prefirió dirigirse a Magdalena para continuar con ella una conversación sobre la arquitectura. Al irse cogió a Zita por los hombros y apenas si se despidió de mí.

Tuvimos la suerte de que toda la familia nos contestara. La más cariñosa fue mi tía Remedios que nos prometió: “Las veré en París de camino a China”.

—¡Mi tía Remedios se va a China! —gritó Magdalena.

No era broma de mi tía, tres años más tarde, cuando Lucero y Aurelia se casaron, ella se fue a evangelizar China. Tengo la impresión de que no le fue muy bien, pues estuvo siete años en la cárcel del pueblo. La familia la reclamó a través de las embajadas y del gobierno y volvió a México muy reservada pero con la enorme satisfacción de haber salvado a muchas almas.

Otra carta de Rosa nos volvió a deprimir. En ella anunciaba que mi papá ya no quería ir ni a Chihuahua ni al Paso, Texas, sino mucho más lejos, para librarse de doña Justa, que cada día estaba más poderosa y salía más en el periódico, en las columnas de Sociales. Nos alarmó que compartiera nuestra opinión “lo único que paga es el crimen”. Nos dio la pauta de su desengaño y nos pusimos muy tristes.

—No te preocupes, divorciada, nos iremos con ellos a los Estados Unidos —me consoló mi hermanita.

Inge volvió a París y bastó una llamada suya al abogado para que éste nos recibiera sonriente y amable. En unos minutos mi hermanita firmó todos los papeles del divorcio. “¡No! No los leo. ¿Para qué? Son términos legales que no entiendo”, le dijo al abogado Billaud, que nos dijo con severidad:

—¡Nunca!, ¡nunca!, firmen nada sin antes leerlo con sumo cuidado. En adelante, el divorcio irá sobre ruedas y pronto seríamos libres para irnos a reunir con la familia. Inge nos felicitó. Era mucho mejor promover el divorcio en Francia que en México, donde seguramente Magdalena lo perdería. Para celebrarlo, nos invitaron al cine ese domingo. Íbamos a ver una película de Marilyn Monroe, *The Misfits*, escrita por el marido de la actriz, Arthur Miller, un gran amigo de Inge y de su marido. Nos citamos en la puerta del cine.

A las cuatro nos sorprendió que no hubiera cola en un cine de estreno en los Campos Elíseos y sobre todo en un domingo. No sólo no había cola, sino que las calles estaban desiertas. En la sala éramos casi los únicos espectadores.

—Tuvimos suerte —contestó el marido de Inge.

A la salida, a las once de la noche, no había absolutamente nadie en la avenida. Nos despedimos en el rond-point de los Campos Elíseos y el marido de Inge comentó:

—¡Vaya! Se diría que los parisinos se pusieron de acuerdo para no salir hoy.

No encontramos taxi ni autobús y tuvimos que volver a pie al hotel. La ciudad estaba muy mal alumbrada y la soledad y la oscuridad nos obligaron a apretar el paso. Frente a la Cámara de Diputados, encontramos barreras hechas con ramas de árboles.

—¿Qué carajos pasa? ¿Adónde se han metido todos? —gritó mi hermanita furiosa, mientras nos abríamos paso entre las ramas.

—¡Yo qué sé...!

Nos echamos a correr por el Boulevard Saint Germain, que estaba casi a oscuras. Escondidos en los quicios de las puertas descubrimos a pequeños grupos de individuos siniestros que nos miraban pasar sin moverse. Al llegar a la esquina donde debíamos doblar para alcanzar el hotel, un ruido atronador de fin del mundo avanzó hacia nosotras haciendo cimbrar los cimientos de las casas. Despavoridas llegamos a la puerta del hotel. El señor Gunther nos abrió y entramos al vestíbulo apagado.

—¿Por qué salen en una noche así? ¿No saben que estamos esperando la llegada de los “parás”? Vienen de Argelia y van a tomar París —nos gritó.

—¿Los “parás”? —y nos echamos a reír recordando a Chantal.

“¡Qué imbécil fui! Ahora tendríamos amigos importantes”, me dije contrariada.

—¡Sí!, los “parás”, por eso el gobierno ha echado los tanques a la calle. Ése es el ruido. Vengan conmigo a escuchar las órdenes que están dando por la radio —nos dijo el señor Gunther.

No aceptamos su invitación. En el cuarto, Magdalena me abrazó con júbilo:

—¡Qué bueno! Ahora Enrique se irá de aquí y no volverá nunca. ¡Es un miedoso! ¡Ya gané el divorcio! —y dio saltos de alegría.

Nos sentíamos embriagadas ante la perspectiva de una guerra, no podíamos dormir; de pronto le dije a Magdalena:

—Oye, me parece que Inge y su marido son balines. ¿Cómo que son tan importantes y no sabían nada de la invasión?

—¡Es verdad!... qué cosa más rara... —contestó Magdalena enderezándose en la cama.

El ruido de los tanques había cesado y la calle apagada se quedó muy quieta. Nos levantamos a atisbar por la ventana, todo estaba oscuro, no se escuchaba ningún ruido, ningún tiro.

Por la mañana, Gilles nos telefoneó alarmado. Quería saber si habíamos tenido miedo y prometió venir por la tarde. Magdalena llamó a varias amigas suyas: “Acabo de volver a París...” les mintió. Una de ellas, Renée, nos invitó a comer a su casa.

A la una de la tarde llegamos al palacete de Renée. Un criado de librea nos hizo cruzar un gran vestíbulo del que partía una escalera de piedra blanca abierta como un abanico tendido. Asombrada, crucé con Magdalena varios salones silenciosos. El criado nos dejó en uno de ellos con grandes ventanas sobre una avenida sembrada de árboles en los que brillaban las primeras hojas de un verde tierno y luminoso. Ocupé un sillón pequeño y me dediqué a admirar los candiles de cristal, los espejos, la gran chimenea de mármol, el reloj de bronce rodeado de angelitos pequeños, las vitrinas en las que reposaban figuritas de Sèvres y de Meissen. Los muebles pequeños estaban distribuidos en estrados. El salón estaba entonado en verdes muy claros. Los cortinajes corridos eran de seda muy pesada. Me sentí cohibida ante aquel lujo palaciego. Iba a preguntarle a Magdalena: “¿Dónde conociste a Renée?”, cuando ella misma apareció en el salón. Venía riendo, con los cabellos cortos y oscuros en desorden. Tomó a mi hermanita por el talle e hizo una ronda con ella por todo el salón.

—¿Y tu marido? ¿Sabes que Ida lo encontró en el bar del Plaza hace dos

días? Parece que está muy triste. No te preocupes. ¡Está de moda abandonar a los maridos! Aunque el tuyo, según Ida, está desolado.

—Desolado.... —repitió Magdalena enrojeciendo visiblemente.

El mismo criado de librea entró para anunciar a las *mademoiselles* Ida y Nancy. Dos jóvenes elegantes entraron y se dirigieron a besar a Renée en ambas mejillas. Al ver a Magdalena se echaron a reír.

—¿Tú aquí? ¿Puedes decirnos dónde estabas? —dijeron ambas.

—Fuera de París... mi hermana Estefanía.

Ida y Nancy murmuraron algunas palabras de bienvenida. Me sentí cohibida. Ida se movía con displicencia, calzaba botas de charol negras y llevaba un traje gris de lana ligera. El maquillaje le agrandaba los ojos y le empalidecía la boca. Supe que su padre era miembro de la OTAN. Nancy iba de azul marino, tacón alto y una chalina blanca enredada al cuello. Era muy alta y su mirada azul era directa. Su padre era un diplomático danés y su madre una millonaria norteamericana. Fumaba con desenvoltura.

—¿Cuándo llegaste de Nueva York? —le preguntó Renée.

—Hace cuatro días. Por cierto que ayer me encontré a tu marido en el bar del Plaza —le dijo a Magdalena.

—¿Te vas a divorciar? —le preguntó Ida.

—No lo sé...

—Ve con cuidado. Aquí no hay con quien flirtear. Como no lleguen los “parás” nos quedaremos solteronas —le advirtió Renée riendo.

—No creo que lleguen esos superhombres. Tendremos que seguir bailando con las amibas que viven en París —contestó Ida moviendo impetuosa su pie calzado con la bota.

—¡Qué dices! Los “parás” llegan hoy o mañana —interrumpió Renée.

—¡Tiene suerte tu hermana! Nosotras tuvimos que cargar con los maricas de metro y medio que viven en París. ¡Qué bailes horribles! Pero estoy segura de que los “parás” no vendrán a rescatarnos —insistió Ida.

La entrada del padre de Renée me sumió en el colmo de la confusión. Me puse de pie y olvidé mi nombre, ante aquel señor alto, risueño y que era coronel de Spahis.

—Vamos a poner a Charlot en L'Ile D'yeu —exclamó mitad en serio,

mitad en broma.

—¿Quién es Charlot? —preguntó Magdalena.

Su pregunta fue acogida por un coro de risas y de exclamaciones.

—¡Cómo! ¿No sabes quién es Charlot? Es De Gaulle. Él provocó esta guerra estúpida, que se ha convertido en guerra racial. Antes de que él nos engañara la mayoría de los argelinos estaba con nosotros. ¿No sabes que hay miles de Harkis a los que están asesinando? —le dijo el coronel.

—No, señor coronel, no sé nada —contestó Magdalena.

Ida contempló al padre de Renée con desafío y encendió un cigarrillo. Su amiga Nancy, posesionada del sillón hizo lo mismo.

Durante la comida se entabló un duelo entre Ida, Nancy y el padre de Renée. Renée hizo bromas acerca del llamamiento de un ministro durante la noche para que el pueblo acudiera a defender París contra sus agresores y repartió armas.

—Se dio cuenta de que éramos nosotros los que habíamos acudido a su llamado y suspendió el reparto de armas —dijo el coronel riendo.

—¡A pie! ¡A caballo! ¡En bicicleta! Todos al campo aéreo a combatir a esos traidores, pidió el ministro —repitió Renée ahogada por la risa.

—Y los “parás” no llegaron —dijo Magdalena, que temía que dijera que habíamos pasado parte de la noche con Inge y su marido, amigos de Krouchev y de Mao Tse-tung. Qué diría aquel grupo elegante si lo supiera.

—No, no llegaron. Parece que los americanos se opusieron a su desembarco en París —contestó Nancy con suficiencia.

—Los norteamericanos son demócratas convencidos —afirmó Ida con voz pedante.

—No lo sé. En este caso los franceses somos los culpables. Nosotros con Lafayette llevamos la democracia a los Estados Unidos. En fin, espero que los “parás” lleguen hoy o mañana —dijo el coronel mirando con curiosidad a las dos amigas de su hija, que permanecieron impasibles, fumando y comiendo con desgano. Y que además parecían poseer secretos de Estado. Las dos muchachas volvieron la comida desagradable. El entusiasmo del coronel era aparente, en el fondo se sabía derrotado y la descortesía de Nancy y de Ida pareció sorprenderle.

—¡No!, no creo que vengan, señor coronel —le contestó Nancy que lo

miraba con ojos escépticos.

—Francia es una pieza más en el tablero internacional y me temo que el viento de la democracia sopla sobre el mundo entero —afirmó Ida con frialdad.

—¡El viento de la democracia! Querida, hace muchos años que ese viento sopla. En 1917 Inglaterra era aliada de Rusia y cuando el zar abdicó, el ministro inglés Lloyd George le envió un telegrama de felicitación al revolucionario Kerensky en estos términos: “El verdadero objetivo de esta guerra se ha cumplido: acabar con la autocracia y establecer un régimen revolucionario en Rusia”. ¡Una vergüenza y una deslealtad! Sin el enorme esfuerzo ruso, sin los millones de rusos muertos, Inglaterra y Francia hubiéramos perdido esa guerra. ¿No sabes, querida, que fue Rusia la que llevó todo el peso de esa guerra terrible? Y en el nombre de la democracia Inglaterra la estaba traicionando y la traicionó hasta el final.

—¡Señor coronel, Lloyd George tenía razón! Era necesario acabar con la esclavitud en Rusia —interrumpió Nancy muy exaltada.

—Querida, los rusos autócratas liberaron a los siervos antes que ustedes los demócratas norteamericanos liberaran a los negros —le contestó el padre de Renée.

—Eso habrá que comprobarlo —dijo Nancy enrojeciendo.

—¿También vas a comprobar que esta última guerra la hubiéramos perdido sin el enorme sacrificio ruso? ¿Ignoras que murieron veinte millones de rusos en el nombre de la democracia inglesa y norteamericana? —le preguntó el coronel a Nancy.

Me sentí incómoda. ¿Cómo se atrevían Ida y Nancy a contrariar al padre de Renée que nos invitaba a su mesa? Traté de no escuchar la conversación. Preferí mirar los muros de seda del comedor, la chimenea, los cristales de la mesa y los rostros de los comensales. Ida y Nancy aplastaron sus cigarrillos en los pequeños ceniceros colocados junto a sus platos, ambas en pie de guerra, dispuestas a atacar al coronel. “¡Qué insolentes!”, pensé.

—La historia camina en sentido opuesto al suyo, coronel —afirmó Ida.

—¡No me salgas ahora con el espantapájaros de la historia! Es una

fórmula simplista y marxista. La historia camina sola, la imponen los hombres y la imponen por la fuerza, de acuerdo con sus intereses —gritó Renée exaltándose.

—Lo curioso es que la imponen las democracias para explotar mejor al pueblo —agregó su padre.

Era la primera vez que asistía a una discusión política y me sentí aliviada cuando pasamos al salón fumador a tomar el café y los licores. Renée parecía molesta con sus amigas, levantó su copa de anisette:

—¡Por los “parás”! ¡Porque lleguen pronto y nos liberen de tanto marica!

Todos levantamos la copa. Un pensamiento funesto hizo que mi copa cayera al suelo: “¡Pinsent!”

—La gran explotación empezó con la preponderancia del capitalismo — escuché decir al coronel.

—Me parece un poco fascista su afirmación —le contestó Ida con una sonrisa tensa en los labios.

—¿Fascista? ¡Bah!, esa palabra no significa nada actualmente. ¡Es una etiqueta de algo que ya no existe! Se acabó con la muerte de Mussolini, que entre paréntesis hizo una mezcla del comunismo y del capitalismo — afirmó el coronel echándose a reír.

Ida movió la cabeza con disgusto. Nancy se mordió los labios y Renée guardó silencio. El coronel quiso romper el hielo y nos llevó a su habitación para mostrarnos su uniforme de Spahi que luciría a la llegada de los “parás”. Una capa blanca colocada en una percha lo esperaba. ¡Era magnífica! Fue en ese instante cuando Ida se volvió a Magdalena para decirle con la voz más compungida que encontró:

—Te encuentro decaída. Es natural. Ya me contó Enrique la acusación que pesa sobre tu padre. Créeme que lo siento, debe tratarse de uno de esos errores judiciales ¡tremendos!

Mi hermanita palideció.

—Ya se aclaró todo; en efecto, fue un error ¡estúpido! —contestó iracunda.

—Menos mal que tu marido es un auténtico caballero y que intervino a tiempo —agregó Ida con voz lánguida.

—Su madre le avisó por teléfono la catástrofe. ¡Pobre señora, qué sofocón inesperado! Y para ella, que sólo se ha dedicado a cuidar de su belleza, una mujer tan poco práctica... —terminó Nancy.

—¿Justa? —pregunté abriendo la boca por primera vez y no dije ni una palabra más.

Ida nos había dado una puñalada traperera. Al salir de la casa de Renée no tenía ganas de montar en el Mercedes Benz de Nancy, prefería volver al hotel a pie, pero Magdalena siempre pálida me fulminó con la mirada y subí al automóvil odioso.

—¡Nunca van a llegar los “parás”! El padre de Renée es un retrógrado. Odia la democracia —afirmó Nancy con desdén.

—Querida, ¿no te das cuenta de que añora la Edad Media? Y esas historias sobre Rusia las inventó él de pies a cabeza. ¡Rusia es simplemente abominable!

—¡Hay que destruirla! ¡Qué amenaza!... —le contestó Ida contemplándose en un espejito de mano.

Ida, con sus botas negras, su traje gris y sus ojos carbonizados, tenía algo de serpiente. Se volvió a mí.

—Tú querías que llegaran los “parás” para bailar con ellos. ¿No es así? En el fondo yo también lo deseaba, pero la historia pide otra cosa. Lloyd George tenía razón.

¿Qué me importaba Lloyd George? A mí me importaba lo que aquella víbora había dicho de mi padre. En cuanto a la otra que hablaba de Justa con tanta admiración, ni me volví a mirarla.

—¿Qué le digo a Enrique si me lo encuentro? —gritó Nancy cuando ya nos habíamos bajado de su coche.

—¡Qué no me has visto!... ¡No!, dile lo que quieras —contestó Magdalena.

En el bar del hotel nos esperaba Gilles frente a una copa. Había pasado una noche infernal. Mi hermanita lo escuchó con paciencia, pues quería que la ayudara a arreglar “el tugurio”, quería marcharse de París. Las confidencias de Ida y de Nancy la hicieron sentirse en peligro con la proximidad de Enrique.

—Vaya a Ascona. Es un lugar apacible, allí tengo un gran amigo —le

aconsejó Gilles.

No llegaron los “parás” y el divorcio de Magdalena no iba con la rapidez deseada. En cambio por las noches estallaban bombas de plástico en la ciudad y las noticias de los diarios eran alarmantes. Renée vino a tomar un café con nosotras y se bebió cuatro whiskys.

—Bebo como un cosaco, pero es que estoy esperando que arresten a mi padre —nos confió en voz muy alta.

—Y si lo arrestan ¿qué pasa?

—Lo llevarán a prisión y luego lo juzgará una corte militar.

La contemplé estupefacta. Hablaba con tranquilidad. Nos dijo que había muchos presos en Fresnes, una prisión situada en las afueras de París. Allí estaban algunos amigos del coronel y dos primos de Renée. Muy tarde la acompañamos a tomar un taxi. En el boulevard los policías detenían los automóviles, hacían bajar a sus ocupantes, los ponían con los brazos en alto y los cacheaban. Luego abrían las cajuelas y revisaban con afán. Eran escenas que veía todos los días, pero esa noche por el hecho de ir con Renée, me impresionaron particularmente.

—Buscan armas —dijo Renée con voz despectiva.

Las noches eran peligrosas, estallaban bombas, volaban automóviles de gentes conocidas y los cordones policiacos eran incapaces de evitar las explosiones. Por las mañanas en los muros aparecían carteles pequeños con los nombres y a veces las fotografías de los traidores de la OAS condenados a muerte por la organización. A veces abajo de las fotografías, aparecía la palabra *iejecutado!* Revisábamos los fotos por si había entre ellas alguna persona conocida. El ambiente era tenso, la gente tenía miedo, para nosotras era urgente irnos de París, la confusión favorecía a cualquier malviviente y Magdalena se sentía insegura, Enrique podía enviarnos a cualquiera de sus hombres de mano. En varios días casi no la vi, salía con Gilles y llegaba muy cansada al hotel.

—Mañana nos vamos a Ascona —me anunció una tarde. Se echó en la cama y agregó—: Mi divorcio está en marcha... ¡Qué cansada estoy! Necesitamos una maleta. ¿Quieres ir a comprarla?

Acepté el encargo. Magdalena me dio el dinero y las instrucciones, era la primera vez que salía sola en París. Lástima que en vez de ir a Ascona

no fuéramos a México. En la última carta de Rosa, me contaba que no había encontrado el acta de nacimiento de Enrique, ni la de doña Justa. En el Registro le dijeron que seguramente las fechas eran falsas. Por ese lado no había nada que hacer. Agregaba que mi papá hacía lo necesario para salirse y librarse de doña Justa, que le repetía: “Debe tener cuidado, el caso de esa mujer se puede abrir en cualquier momento”. Hacía unos días que le había escrito para decirle que nos íbamos de París y que esperara la nueva dirección. Caminé de prisa, compré la maleta, el Boulevard estaba lleno de policías que me miraban alertas. “A ver si no creen que soy terrorista por esta maleta”, me dije. Alguien me tocó un hombro. Me volví espantada para encontrarme con la cara sonriente de un hombre muy alto y muy moreno, que me era vagamente conocido.

—¡Estefanía! ¿No me reconoces? ¡Soy Enrique! —exclamó abriendo los brazos.

—Enrique... ¡claro, eres Enrique! ¿Qué haces en París?

—¿Qué hago? ¡Qué pregunta! Vivo aquí —dijo echándose a reír.

—Sí, sí, lo sé...

El marido de mi hermanita me dio miedo. ¿Por qué se aparecía justamente la víspera de nuestra partida de París? Me tomó del brazo y cogió la maleta con gesto amistoso.

—Permíteme, yo te la cargo. ¿Adónde vas? Te acompaño —y echó a andar a mi lado.

No podía llevarlo al hotel. Una niebla espesa me invadió la cabeza. ¿Qué podía decidir? Enrique me llevaba de prisa y hablaba sin parar. Se me ocurrió pedir auxilio a uno de los policías que vigilaban la calle. Pero ¿qué iba a decirle? ¿Qué era mi cuñado el que me acompañaba y que me daba miedo? No entendí nada de lo dicho por Enrique. Me sorprendió su gran estatura y el moreno profundo de su piel. Magdalena no me había mentado, Enrique iba muy elegante con abrigo de pelo de camello, bufanda y guantes. Hasta mí llegaba su perfume.

—Te invito a tomar una copa en mi casa —lo escuché decir.

Me subió a un coche flamante, me sentó a su lado y partió con rumbo desconocido. Parecía eufórico: “¡Es padre andar con la cuñadita! ¿Te gusta Europa?... María Emita me dijo que las encontró a las dos y que no

quisieron saludarla”. Él continuó hablando.

—Yo le dije, no seas mal pensada. Tal vez no te vieron, pero ella insiste en que le negaron el saludo. Cosas de mujeres. ¿Tienes noticias de tu casa? Recibí una carta de mi madre en la que me cuenta la catástrofe que le sucede a tu pobre padre. No te preocupes demasiado, itodo tiene arreglo! Todo, menos *estirar la pata*.

—Sí....

Detuvo el auto en una calle pequeña y silenciosa frente a un edificio elegante. Bajó del coche con presteza diciéndose a sí mismo: “Estos franceses son tan conservadores que firman los contratos de alquiler por cuarenta y noventa años. ¡Imagínate!”

Enrique vivía en un entresuelo. Me hizo pasar al salón con ventanas a la calle. Me ofreció asiento en un canapé cubierto de almohadones de raso verde.

—¡Estás en tu casa!

Se despojó del abrigo, la bufanda y los guantes y se dirigió a una puerta que comunicaba con una habitación de dormir. Lanzó sus prendas sobre la cama y se olvidó de cerrar la puerta.

—¿Brandy?, ¿whisky?, ¿pernod?, ¿vermut?, ¿anís?, ¿cognac? ... — preguntó mostrando las botellas.

—No bebo.

—¡Ah!, es verdad. Lo había olvidado, pero hoy es una ocasión extra, estoy conociendo a mi cuñada, que por cierto es muy bonita y espero que sea tan inteligente como su hermana, mi mujer —dijo sirviendo dos vasos y tendiéndome uno.

—¡Bebe! Tus padres están muy lejos. Te prometo no decirles nada. ¡Soy una tumba!

“¡Una tumba!” me repetí mirando a mi alrededor, un piano ocupaba un rincón, sobre él había una gran cantidad de fotografías enmarcadas en madera dorada. Las había jóvenes y viejas, vestidas a la moda o con trajes antiguos, abanicos de plumas, niños vestidos de marineritos. En el lugar de preferencia, el retrato de una mujer muy guapa, parecida a las estrellas del cine mudo. La mujer estaba casi de espaldas, con un traje escotado hasta la cintura, fumando con una boquilla enormemente larga. Admiré

sus pómulos salientes, su nariz delicada y sus cabellos cortos.

—¿Quién es esa actriz? —le pregunté.

—¿Actriz? ¿Qué dices? Es mi madre —contestó disgustado.

—¿Doña Justa?...

—Sí, doña Justa, como tú la llamas.

—Pero si no se le parece en nada...

—Eso es lo que tú dices. Además el tiempo es traidor. Veremos lo que deja de nosotros.

“Compró los retratos de su familia”, me había dicho Magdalena. Sentí vergüenza por él. ¿A quién trataba de engañar? Se puso de pie de un salto y se acercó a mí.

—¡Qué bruto soy! Dame tu abrigo, me has puesto nervioso. Los recuerdos, ¿sabes? Los recuerdos traicionan...

Forcejamos ligeramente, pero no logró despojarme de mi abrigo.

—¡Ah!, la cuñadita quiere lucirlo, ¡es muy parisino!

—Es del Paso, Texas.

Se echó a reír, se acercó un poco y con la punta de los dedos tocó la manga de mi abrigo.

—¿Sabes fumar? Yo te voy a enseñar —dijo sacando una pitillera de oro del bolsillo de su americana.

Lo miré con frialdad, recordé a su madre, era igual a él, impermeable al sentimiento de rechazo.

—¡Terrible que todas las hermanitas sean tan sexy! ¡Terrible! ¿Qué prefieres, un cigarrillo americano o uno mexicano?

—No fumo.

Enrique se acercó un poco más, lo tenía casi encima, me llegó su aliento pesado de licor.

—Vas a fumar el calumet de la paz —dijo echándose a reír.

—¡Ni que fueras Sitting Bull! —le contesté.

—¡Sitting Bull! Eso es lo que soy y voy a hacer la paz con Pluma Blanca. Fuma, la mariguana hace maravillas, termina las guerras, produce sueños largos, interminables, termina con el tiempo y con la distancia..

—¿Estás loco? La mariguana la fuman los guachos antes de asesinar...

—¡Qué ridícula y qué pequeña burguesa eres! Fuma, te volverás

inteligente —me tomó la barbilla y trató de besarme.

Me puse de pie de un salto.

—¿Qué haces? ¿No te das cuenta que me repugnas? —le dije.

—¡No seas niña! Somos hermanos, ¿o no? Quise darte un besito familiar para después explicarte que tu hermanita es encantadora y yo no puedo vivir sin ella, pero tampoco puedo vivir con ella...

—Muy bien ya no viven juntos.

—¡Déjame terminar! ¡No me interrumpas! Es la única mujer que me gusta en el mundo. ¿Qué te parece? Es insoportable, para que lo sepas de una vez, ¡no la soporto!, pero no quiero dejarla. Puedes decírselo de mi parte. ¡Pobre Magdalena, cree que ignoro que fue a ver a ese abogado! Dile que no firme la demanda de divorcio si no quiere enfadarme de verdad. No me gusta enojarme. Dile que se quede donde está y que no dé ningún paso en falso. Es mejor para ella y para tus papacitos. Ya tu pobre padre tiene bastante con la muerte esa.

—¿Estás amenazando?

—Sí, niña. ¡Qué mordisco me dio tu hermanita en la chequera! Magdalena hace todo en grande. Yo también... —y Enrique se echó a reír.

Lo miré con disgusto.

—No bromeo, Estefanía, casi me arruina tu hermanita, que se vaya con cuidado —y volvió a reír.

—Y ¿por qué tienes tanto dinero? —le pregunté.

—¿Yo?... ¿dinero?, pero si no tengo un quinto, mi casa comercial apenas me da para comer.

—Es verdad, tu sastrería es muy chiquita.

Enrique se puso de pie, me miró con seriedad, mis palabras le cortaron la risa. Había tocado un punto débil.

—¿De qué hablas? ¿Qué quieres decir con “tu sastrería”?

—Bueno, la sastrería de tu mamá...

—Mi madre no tiene ninguna sastrería. ¿Por qué mientes? —me preguntó con una severidad helada.

—No sé... Hermelinda nos dijo...

—Hermelinda, Hermelinda, ¿quién es esa bruja? ¿Por qué inventa esos cuentos? ¡Mira, yo tengo una casa de importación y exportación! Puedes

verificarlo, está en la rue Spontini. No vuelvas a calumniarme ni a mí ni a mi madre si quieres llevarla bien conmigo. ¿Entendido?

El aire del salón se volvió irrespirable. Decidí irme.

—Debe de ser muy tarde...

—Son las nueve de la noche. He perdido mucho tiempo contigo.

Una vez en el coche no nos dirigimos la palabra. Le dije que vivíamos en el hotel Clarigde y se echó a reír a grandes carcajadas.

—Sería mejor que Magdalena no se metiera con los de la OAS ni con los del FLN, se puede llevar un grave disgusto. Díselo de mi parte —me dijo antes de dejarme en los Campos Elíseos.

Apenas se hubo ido me di cuenta de que había dejado la maleta en su casa o en su coche. Tuve ganas de echarme a llorar. La avenida luminosa de los Campos Elíseos me pareció un laberinto del que no podía salir. Las terrazas de sus cafés estaban iluminadas, llenas de gente que conversaba y comía apaciblemente. De los cines entraban y salían espectadores con rostros sorprendidos. Sólo yo caminaba al azar buscando un taxi. Era increíble que en París pudiera ser tan desdichada.

A Magdalena la encontré en el vestíbulo del hotel.

—¿De dónde vienes?... ¿Qué pasó? ¿Y la maleta?

Le expliqué lo sucedido una vez que estuvimos en el cuarto.

—Mañana con maleta o sin maleta nos vamos. ¡Importación y exportación!, como no sea de mujeres. ¿Sabes que hay mucha trata de blancas con África? Lo leí en el periódico.

La frase “trata de blancas” me pareció siniestra. ¿Y por qué no de morenas?

La noche siguiente salimos para Suiza. Me sentí en peligro en el vagón iluminado por un foquito rojo. Los viajeros iban encerrados en sus compartimientos y una sensación extraña se apoderó de mí: ¿Y si sólo viajáramos Magdalena y yo? ¿Y si el tren fuera vacío? No pude dormir.

Llegamos a Ascona a las siete de la mañana. Llovía a cántaros y el amigo de Gilles no se presentó a recibirnos. Un taxi nos llevó a un hotel situado frente al lago enorme, gris y frío. En la administración nos advirtieron que sólo podían guardarnos dos semanas, pues tenían todos los cuartos reservados para el verano. El cuarto tenía ventanas sobre el lago, las camas estaban cubiertas por edredones de pluma, una mecedora con cojines bordados en punto de cruz producía un agradable ambiente casero. Me sentí reconfortada en aquella habitación que vagamente me recordaba a mi casa.

Por la tarde a pesar de la lluvia salimos en busca del amigo de Gilles. Encontramos la biblioteca pequeña de libros de alquiler que él dirigía, pero en su lugar nos recibió una señora vieja, con el cabello teñido de rubio y vestida de colores escandalosos. Nos anunció que el amigo se había marchado a París pues ya no soportaba la monotonía de Ascona. Ella estaba en su lugar.

—Queridas, me llamo Doris.

—¡Vaya plancha! Venir desde París para enterarse de que el amigo está en París —dijo Magdalena muy disgustada.

Doris vivía en un apartamento pequeño situado encima de la biblioteca. Sus muebles eran de madera sin pintar, de las paredes colgaban bordados árabes y peruanos. Sobre las repisas había idolillos de barro, los tapetes eran telas bordadas con estambres gruesos de colores

fuertes. Uno de los muros se hallaba cubierto con fotografías de tres mujeres danzando a la Isadora Duncan. Sus velos y sus cabelleras flotaban al viento.

—Somos mis dos hermanas y yo —nos explicó sirviéndonos el té en unas tacitas de barro.

Doris hablaba sin cesar, su lenguaje era escogido, hacía el elogio de las bellas artes africanas y peruanas. Nuestra presencia le produjo un ansia de saber de la cultura azteca. Ni Magdalena ni yo podíamos ayudarla.

—Mi cuñado no tarda en llegar a Ascona. Viene todos los años. Es un gran científico húngaro, estuvo casado con mi hermana, ella murió y él se volvió a casar. Es natural, ya lo conocerán, se interesa mucho por la América Latina.

En unos momentos, Doris nos puso al corriente de la vida del profesor Novicki y de la juventud de ella y sus hermanas. Fueron alemanas hasta que huyeron de Hitler, para instalarse en Suiza. Su otra hermana fue compañera de Togliatti. Doris repitió varias veces: ¡Togliatti! Era muy charlatana, pero no logramos interesarla en ayudarnos a buscar alojamiento.

Fue una sirvienta del hotel la que nos dio la dirección de un edificio de estudios amueblados en las afueras de Ascona. Magdalena rentó uno el mismo día que lo visitamos.

A Doris le disgustó nuestra decisión.

—¡Los Tres Pinos!... ¡Los Tres Pinos! —repitió varias veces con una mueca de asco.

El edificio se llamaba así, “Los Tres Pinos”, pero no era una razón para rechazarlo. El estudio tenía una cocina amplia, una terraza y un salón con dos camas iguales. Desde la terraza contemplábamos el bosque de eucaliptos y abedules que rodeaba al edificio. Los árboles altos se desdibujaban en la lluvia, un silencio completo reinaba en aquel lugar, el aire llegaba perfumado de bosque. No comprendimos el disgusto de Doris.

—Está lejísimos y es de ellos —nos confió Doris.

Doris tenía la manía de atribuirles a “ellos” todo lo que le disgustaba. Se había inventado ese fantasma y la voz y el gesto le cambiaban al decir

esa palabra. Se opuso a que viviéramos en una propiedad de “ellos” y decidió buscarnos otro alojamiento.

—Si me hubieran dicho que necesitaban un lugar para vivir, yo les hubiera encontrado uno inmediatamente. ¡Pero no dicen nada! —exclamó con disgusto.

Se puso una cinta en el cabello y salimos a la calle. Tomamos el camino que llevaba a Los Tres Pinos. Dejamos Ascona atrás. La tarde era lluviosa y la carretera bordeada de árboles y llanos húmedos se nos hizo eterna.

En una curva, en la parte derecha de la carretera se levantaba un edificio de piedra de construcción ultramoderna. Sus ventanas estaban cubiertas por vidrios verdosos y el jardín que lo rodeaba estaba sembrado de cactus. El vestíbulo era de forma irregular, sus muros de roca pelada y de los recodos de la piedra salían luces anaranjadas.

—Voy a hablar con mi amigo. Esperen —nos ordenó Doris.

Nos sentamos en unas sillas colocadas en un ángulo agudo formado por dos muros. Vi que Magdalena se ponía muy pálida.

—¡Mira! —me dijo señalando a los muros.

Cavados en la piedra había acuarios de agua verdosa en los que nadaban peces de formas horribles, que se pegaban a los vidrios como demonios amenazadores. Los vidrios dejaban en lo alto una abertura de unos diez centímetros y aquellos animales silenciosos podían salirse por una hendidura. Era mejor no verlos, bajamos la vista. Al pie de los muros había fosos pequeños, cubiertos con tapaderas de alambrada y, en el fondo, una multitud de serpientes enroscadas. Nos pusimos de pie de un salto. En el vestíbulo sólo estábamos nosotras y aquellos animales.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Magdalena.

Se abrió la puerta por la que había desaparecido Doris y salió un hombre pálido, de gafas verdes, calvo, parecido a un bicho. Nos miró y volvió a desaparecer. Unos minutos después apareció Doris con las mejillas encendidas, agitando los brazos.

—Queridas, mi amigo me dijo que tal vez las acepte.

—¿Y esos animales?, ¿esas serpientes?, ¿esos peces? —preguntó Magdalena.

—¡Ah!, no se les ocurra meter la mano en los acuarios, los peces son

venenosos. Tampoco traten de acercarse a las serpientes, todas tienen el veneno —nos explicó con naturalidad.

—¿Por qué están aquí?

—Son de mi amigo. Él vivió en África, en Sudamérica, en Australia, en Asia y de esos lugares quiso traer la fauna y la flora para recordar su vida. ¡Romanticismo! —explicó Doris con naturalidad.

—¡Ah!...

—El lugar es un poco caro, pero por tratarse de ustedes que vienen tan bien recomendadas de París, mi amigo les hará un precio especial —nos dijo Doris cuando salimos a la tarde lluviosa.

Nos mudamos a Los Tres Pinos y tratamos de evitar a Doris. Por la noche al pasar frente al hotel de su amigo lo hacíamos por el otro lado de la carretera y siempre de prisa. El viejo raro podía dejar suelto a alguno de sus animales. Paseábamos por las callejuelas para evitar el lago y contemplar los escaparates pequeños en donde vendían prendas escogidas y finísimas. Frente a la vitrina de una boutique, Magdalena dijo decidida:

—¡Ah, no! A mí no me asusta Doris. Mañana paseamos por el lago.

Nos habíamos refugiado bajo el toldo de la tienda, su puerta se abrió de un campanillazo y una señora bajita y gorda nos invitó a pasar.

—¡Entren!, se están mojando ahí afuera.

La señora se llamaba Vicki. Riendo, se empeñó en que éramos húngaras como ella. De su persona se desprendía una enorme tristeza, que yo atribuí a la tarde lluviosa. Imaginé que su vida era una novela y su tienda me pareció estar cargada de secretos. Afuera la lluvia corría en arroyos entre los adoquines. Me sentí atrapada por la humedad.

—Ya va a llegar el buen tiempo —opinó Vicki sonriendo.

Vicki era un personaje fascinante a pesar de su edad y su gordura. Le gustaba reír y contar su vida. Nos ofreció pastelillos, pues también era golosa. Nos dijo que primero fue rusa, luego se fue con Bela Kuhn a Hungría y se hizo húngara, cuando triunfaron los fascistas huyó a Francia y por culpa de Hitler acabó en Suiza.

—Escogí Ascona. Nunca imaginé que ellos se iban a instalar aquí. Están en todas partes, tengan cuidado. Es natural, asistimos a las últimas

convulsiones del capitalismo.

La palabra *convulsiones* nos impresionó. Vicki se transformó en una profetisa antigua sentada en la tienda pequeña, rodeada de sedas y perfumes. Su voz profunda nos hechizó.

Vladimir Illitch Ulianov hizo avanzar la historia mil años. Ya no hay retroceso, gracias a él salimos de las tinieblas en las que vivíamos.

Así supe que Vladimir Illitch Ulianov era el verdadero nombre de Lenin y que Lenin era su nombre de guerra. Y mis tías que cuando hablaban de alguna actriz decían con aire de suficiencia, “ése es su nombre de guerra”, ¿qué dirían si supieran la verdad sobre Lenin? Afuera continuaba lloviendo, el agua corría sobre el vidrio del escaparate y formaba riachuelos que se entrecruzaban entre sí. Vicki nos contó anécdotas de la Revolución y a pesar de que a mí sólo me interesaba la historia de los tres Luises, XIV, XV y XVI, la escuché fascinada.

La vida en Ascona era más lluviosa que en París. En unos días habíamos conocido a dos amigas: a Doris, que tenía el inconveniente del dueño del hotel de las serpientes y a Vicki, la amiga de Lenin y de Bela Kuhn. Con ella pasábamos las tardes, en su tienda minúscula y llena de belleza y de misterios.

En esas tardes largas y lluviosas me di cuenta de que Magdalena era muy desdichada, un secreto pesado la agobiaba, por eso actuaba sin pensar y se robaba las revistas y los chicles del quiosco más bonito de Ascona. Hasta que el dueño le cayó encima, la llamó ladrona!, y quiso llamar a la policía. Pagué su deuda y le supliqué al hombre que la dejara ir. El dueño del quiosco movió la cabeza apenado.

—¿Está enferma? —me preguntó. Y aceptó que nos fuéramos.

¡Qué vergüenza! En adelante para ir al centro de Ascona hacíamos un rodeo para evitar el quiosco. Y si Doris y Vicki se enteraban ¿qué dirían?

El sol salió sin avisarle a nadie, de repente, como una gran esfera de oro glorioso. El lago gris se volvió tornasolado y sus aguas se llenaron de veleros azules con velas blancas. El paseo frente al lago se convirtió en un enorme anfiteatro con terrazas cubiertas de mesitas blancas con parasoles azules y rojos. Las calles se llenaron de árboles que antes no habíamos visto: de laureles con racimos perfumados de flores blancas y

rosas, de magnolias, de acacias, de macizos de hortensias azules y de margaritas blancas, de rosaleta, de lirios, de violetas. La alegría se amparó de las calles. Se iluminaron las casas construidas al borde del agua, sobre las rocas. Nuestra terraza se inundó de un aire intensamente perfumado. Era una fiesta. Nos vestimos de playa pues de un día al otro llegaron cientos de turistas vestidos de blanco. Nunca imaginé que Ascona se iba a convertir en “el corazón del vicio”, como diría mi tía Antonia. ¡Nos encantó el vicio! Era tan elegante, tan limpio, tan alegre. Por las noches el paseo frente al lago se llenaba de farolas, de mujeres elegantes, de hombres vestidos de blanco, de actrices y hasta de una *principessa* alta, de cabello negro, paso majestuoso, vestida con trajes orientales, de brocados espesos y joyas esplendorosas en los brazos y en la cabeza. Se diría un pavo real con la cola extendida a la luz de la luna. Le seguía una corte de señores que fumaban en boquilla. Entre ellos destacaba una muchacha de cabello corto, ojos maquillados, pantalón de pana y camisa a cuadros, con un cigarrillo colgado de una esquina de la boca. ¿Qué hacía ella en aquel cortejo? Más tarde encontramos a la muchacha en la tienda de modas La Colomba. Era vendedora y se llamaba Helga. A Magdalena le tomó un afecto especial y a veces aparecía en la playa “sólo para fumar un cigarrillo”. Nosotras andábamos solas, sin lograr situarnos entre aquella multitud que se bañaba en la playa.

La última carta de Rosa me informó que mi abuelo había ido a México preocupado al enterarse de que mi padre intentaba vender la casa. Al ver a doña Justa y enterarse de la situación, se llevó a Alvarito a Chihuahua para que pudiera estudiar y mis padres y Rosa se quedaron solos en la casa medio vacía. Estaban muy tristes y su tristeza nos llegaba a través de los mares.

La gente inundaba los cafés de moda y paseaba en grupos o en automóviles descubiertos. Teníamos la impresión de que todos se conocían, nosotras éramos las intrusas. En la playa no hablábamos con nadie, nos sentíamos miradas y apenas nos atrevíamos a frecuentar algún café. Casi siempre nos alcanzaba Helga. A veces la acompañaba una amiga suya llamada Tania, de cabellos trenzados sobre la cabeza y pómulos altos que hacían risueños sus ojos almendrados. Tania vivía del

otro lado del lago, en la casa de alguien que no conocíamos. Nos sorprendió cuando dijo:

—No tengo ninguna familia, bueno, excepto Johnny que es como mi hermano.

Al despedirse nos tomaba por la barbilla y nos besaba en la boca.

Fue Helga la que nos presentó con Paul, el hombre más famoso de Ascona. Paul se acercó a la mesa del café con sus cabellos cortos y blancos, su piel dorada y su enorme estatura.

—Quiero conocer a las dos mexicanas —afirmó riendo.

Fue en ese momento cuando empezó nuestra gran vida en Ascona. Paul preparaba una fiesta en su casa a la que nos invitó. Le gustaba reír, al irse cogió a Tania por el cuello y se la llevó diciéndole: “Ven conmigo, mi pequeño eunuco”.

—Le gusta jugar con Tania, la considera un chico —nos explicó Helga.

La gente se dividía en grupos que poseían palacetes a la orilla del lago, playa privada y embarcadero. Los ricos de Dusseldorf se hospedaban en hoteles pequeños y selectos, que gozaban de playas privadas, lanchas de motor y veleros. Eran amigos de los dueños de los palacetes y rara vez se aventuraban en la playa pública. Un grupo de jóvenes recorría el lago en sus lanchas de motor y se mezclaban con grupos pequeños que frecuentaban la playa pública.

Helga nos hizo conocer a varios jóvenes y todos los cafés de Ascona. El deportista más asombroso llegó en su lancha de vapor levantando olas espumosas, frenó, saltó a tierra, miró con sus ojos de lince a Magdalena y la invitó a dar un paseo en el lago. Se llamaba Ric. Mi hermanita pareció hipnotizada por él hasta la tarde en que Helga nos presentó a Johnny. Johnny era lo contrario de Ric, de maneras suaves, paso rápido y maneras felinas. Era mucho mayor que Ric y en sus sienes castañas había algunas canas. Nervioso, se sentó con nosotras en la terraza del hotel Müller, observó a Magdalena y con el dedo índice le aplastó la punta de la nariz y se echó a reír con ella. Esperaba una llamada telefónica de Colonia. Se alejó, volvió al cabo de un rato y volvió a alejarse para hablar por teléfono, esta vez con Bonn. Anunció que se marchaba de Ascona por unos días, miró a mi hermanita, le besó la punta de la nariz y se alejó

corriendo. Tenía una manera peculiar de moverse, se diría que apenas tocaba el suelo. Era diferente de los demás. Magdalena pareció quedarse triste con la desaparición de Johnny.

Nos despedimos de Helga. Era la hora de cenar y nos sentimos perdidas en el mundo. Todos tenían un lugar adonde ir, sólo nosotras vagábamos como dos basuras levantadas por el huracán que barrió mi casa. No tuvimos ganas de encerrarnos en Los Tres Pinos. Escogimos un restaurante escondido en las callejuelas del pueblo, el Vachinni. Magdalena me habló de Ric y de Johnny. “¡Son tan distintos!”, me dijo cuando nos sentamos a la mesa. No pude contestar, un hombre al que habíamos visto varias veces ese día se precipitó a sentarse en nuestra mesa acompañado de un amigo al que nunca habíamos visto. Enfadadas abandonamos el restaurante y salimos en busca de uno más pequeño y escondido, el Verbano, situado en una callejuela silenciosa y escondida. Nos sentimos al abrigo. Empezábamos a comer cuando entraron los dos desconocidos, se acercaron a la mesa, nos tendieron la mano y nos dijeron sus nombres:

—¡Silverstein! —dijo el que habíamos visto en el pueblo.

—¡Schmit! —terminó el otro.

Acercaron dos sillas y tomaron lugar en nuestra mesa. Los dos tenían algo barato en sus modales y en sus ropas. Nos pusimos nerviosas. Era violento tener un altercado con aquellos desconocidos.

—Hagan el favor de levantarse —les ordené con energía.

Se cruzaron miradas y se echaron a reír.

—Esta noche vamos a dormir en su casa —anunció Silverstein con desparpajo.

—¿En dónde? —le pregunté temiendo haber oído mal.

—En tu estudio de Los Tres Pinos. ¿Verdad? —le preguntó a Schmit.

—Sí. ¿No les parece?

—¡No! No nos parece. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Magdalena.

Los hombres se miraron complacidos. Era de noche y el camino a Los Tres Pinos era largo y solitario. Debíamos pasar frente al hotel de las serpientes y de los peces venenosos. “Podemos ir a la casa de Doris... pero ¿nos abrirá?” No terminamos la cena, nos pusimos de pie.

—Iremos en mi automóvil —decidió Schmit.

Magdalena volvió a ocupar su sitio en la mesa. ¿Qué podíamos hacer? Los comensales habían visto a los hombres ocupar sus lugares en nuestra mesa, era tarde para acusarlos.

—¡Vamos! —dijo Silverstein de pie, con voz autoritaria.

De un rincón del restaurante surgió Helga, se acercó, se puso entre los hombres y nosotras y ordenó decidida:

—¡Déjenlas tranquilas si no quieren tener dificultades! Yo las llevaré a su casa.

—Estábamos de broma... —dijeron Silverstein y Schmit.

La noche era cerrada. Caminamos con Helga hasta Los Tres Pinos. La muchacha ignoraba quiénes eran aquellos individuos; no les dio importancia, buscaban una aventura. No estuve de acuerdo con ella, eran demasiado cínicos. Helga aseguró que no había que preocuparse. Al abrigo de la oscuridad que se prestaba a las confidencias, mi hermanita preguntó cuándo volvería Johnny a Ascona.

—En unos días —respondió Helga y me pareció notar cierto despecho en su voz.

—¿Y la *principessa*? —le pregunté. ¡Hubiera deseado tanto conocerla!

—Hace varios días que no la he visto...

Una vez en el estudio le dije a Magdalena:

—¡Lástima que seas casada! Tienes tanto éxito...

—¿Yo? ¿Casada? Mira, el matrimonio con Enrique fue civil y ante la Iglesia no vale. ¡Fui su concubina! Pregúntale a cualquier padre. En segundo lugar me estoy divorciando, de manera que casi no estoy casada. No vuelvas a repetir eso y menos en público.

Estuve de acuerdo, había que esconder el matrimonio secreto de mi hermanita. Pero la presencia de aquellos dos desconocidos me inquietaba, si Magdalena fuera soltera tendría un noviazgo con Johnny que parecía tan poderoso o con Ric y nadie nos molestaría. Helga no les dio importancia a los dos hombres, en cambio yo no podía evitar relacionarlos con Enrique. Me consolé pensando en mi pretendiente de la playa, le haría caso, era el más guapo de Ascona. Se tendía en la playa muy cerca de nosotras y me miraba con fijeza, cada día se acercaba un

poco más, hasta casi rozar sus pies con los míos. Nunca había dicho una palabra, yo me encargaría de establecer el diálogo.

Por la mañana se produjo un gran revuelo cuando surgió en la playa un personaje parecido a Mahatma Gandhi. Era delgado como el hindú, se envolvía en una bata blanca que arrastraba por la arena. No miraba a nadie y la gente le cedía el paso. Tras él iba un hombre pequeñito, vestido como un infante de Goya, con bombachas blancas, escarpines negros, banda azul de seda atada a la cintura y gola de encaje. Sostenía una sombrilla blanca para cubrir la cabeza del Gandhi. El personaje se detuvo, miró en torno suyo, hizo un gesto y cuatro bañeros tendieron con presteza una tienda blanca abierta por los cuatro costados. Colocaron una silla de lona y el personaje se dejó caer en ella con aire resignado. Detrás de él, el hombrecito vestido de infante de Goya se dedicó a echarle aire con un enorme abanico de paja blanca. El espectáculo era impresionante. La playa entera tenía los ojos puestos en él. Al cabo de un rato los bañistas perdieron el interés. Sólo mi hermanita y yo continuamos mirándolo. Nuestra curiosidad molestó a mi pretendiente, me tocó el pie con el suyo y cuando me volví a verlo movió la cabeza disgustado. Iba a decir algo, pero el hombrecito se acercó a nosotras.

—El señor las invita a tomar un refresco. Pueden traer a su hermanito. Aceptamos alegres, invitamos a nuestro vecino, pero éste se rehusó.

—¿Ustedes son los tres hijitos de Marlene Dietrich? —nos preguntó el señor tendiéndonos una mano delgada.

—¿Cómo?... nos confunde —dijo Magdalena en español.

—¡Qué encanto! Si son sudamericanas. No sabía que Marlene hubiera andado en esas tierras inhóspitas. Yo soy boliviano —nos contestó en español.

Nos echamos a reír los tres.

—¡Miren qué cara de fastidio pone su hermanito! —dijo señalando con un gesto a mi pretendiente.

—No es nuestro hermano. Es un chico alemán.

—Seguro que es alemán. Y ustedes también, digo de padres, en América Latina hubo mucha emigración alemana, con eso de la famosa guerra.

—No. Nosotras somos de Chihuahua —le contestamos sorprendidas.

—¿De Chi... qué? —preguntó con un acceso de risa.

Unos minutos después, Tommy, así se llamaba, era nuestro gran amigo. Le ordenó a su criado Alejandrino que le llevara una bandeja con refrescos a mi pretendiente, pero éste se negó a aceptarla. Se tiró al agua y desapareció nadando.

A partir de ese día dejó de echarse a mis pies. Lo encontramos en el pueblo con una joven gordita de cabello negro.

—Alejandrino investigó que tu pretendiente, el “Sigfrido”, es el jardinero de Ascona. Anda con una camarera —me anunció Tommy sacudido por la risa.

—¿Jardinero? ¡Qué poético! —exclamó Magdalena y me lanzó una mirada de duelo por la pérdida.

Por la noche al volver a Los Tres Pinos nos pareció ver entrar en el hotel de las serpientes a Zita. Su figura baja, redonda, metida en mallas negras, el cabello suelto y los tacones altísimos eran inconfundibles. Bajó de un automóvil de lujo, se detuvo unos instantes a hablar con alguien dentro del coche y avanzó columpiándose hasta la puerta del hotel iluminada con luces naranja. Era ella. Nadie se vestía con mallas negras. Las demás mujeres usaban pantalones o faldas, sólo Zita era capaz de lanzarse a la calle vestida de aquella manera estrafalaria, que recortaba su silueta con exactitud. Comprendimos por qué el dueño del hotel nos concedió cuartos y nos consideró “tan bien recomendadas de París”.

—Nos va a llamar —dijimos en el estudio.

Iba a resultar embarazoso presentarnos con ella tan nocturna en la playa luminosa en donde todos iban de blanco. Magdalena estaba invitada por Helmut y sus amigos a ir a nadar en la piscina de su casa. Le encantaban esas fiestas mañaneras, le recordaban la casa de mi tía Antonia. Se puso un traje de tela de Vichy a cuadritos azules y blancos, sus zapatos tenis y bajó corriendo a encontrar a Helmut que la esperaba en su coche abierto.

—¡Prepárate a encontrar a Zita en la playa! —me dijo al despedirse.

En vano busqué a Zita entre los bañistas. “Tiene que estar. Es absurdo venir hasta acá y no nadar.” Me resigné a que apareciera y me tumbé a tomar el sol. Tommy no había ido esa mañana, de manera que me quedé

sola. En vez de Zita llegó Magdalena, había reñido con Helmut y le había dado una bofetada. Mi hermanita estaba asustada de su violencia, pero tras ella llegó Helmut, al que le divirtió su mal carácter. Magdalena y su amigo se correataron por la playa lanzándose puñados de arena. Yo no me sentía tranquila, tenía la sensación de estar en un columpio muy alto y que sus cuerdas podridas podían reventarse en cualquier momento. Yo caería al suelo aplastada...

—No te preocupes. ¡La llamaremos por teléfono! —gritó Magdalena al pasar cerca de mí, durante su combate con Helmut.

Recordé a Zita, a la que había olvidado. Silverstein y Schmit aparecieron en la playa, me echaron un vistazo y desaparecieron. Me sentí protegida por Helmut y sus amigos, todos ellos eran hijos de industriales poderosos y en caso de necesidad podíamos recurrir a ellos. Me dio confianza que hubieran visto a Magdalena en su compañía. Los muchachos nos alejaban del mundo sórdido de París y que parecía seguirnos hasta Ascona.

Por la noche, Magdalena llamó a Zita a su hotel, no la encontró, había salido. Mi hermanita se contrarió mucho, quería tener noticias de Gilles y de Gosselin a quien le había dejado el encargo de arreglar el “tugurio”.

—Le dejé mi nombre y mi teléfono. ¿Oíste? Espero que me llame —dijo antes de dormirse.

Nos llamó Tommy, como todos los días, para anunciarnos que no había dormido, padecía insomnio y no pensaba ir a la playa. Le aconsejamos que fuera y nadara mucho, así recobraría el sueño.

—Vayan ustedes, criaturitas. Hoy no tengo humor...

Esperamos la llamada de Zita inútilmente. Magdalena volvió a insistir en el hotel, pero Zita había salido muy temprano con unos amigos.

—¿Está seguro de que le dio mi recado? —preguntó Magdalena enojada.

El mozo no podía asegurarlo. Tal vez la señorita llegó muy tarde la noche anterior.

—La veremos en la playa —anunció mi hermanita.

No la vimos. Tal vez tenía amigos importantes con casas con playas privadas.

En la playa ocupamos nuestro lugar, vecino al de Tommy, que estaba ausente. A la derecha se instalaban familias con niños que construían torres de arena. Cuando Magdalena se iba a nadar a la casa de Helmut, yo jugaba con los niños.

En un grupo un poco más lejos se instalaba Johnny, acompañado de una pareja de mediana edad y de dos o tres hombres risueños y mundanos que bebían whisky. Helga nos dijo que eran comerciantes, tenían negocios en Nueva York, vendían y compraban sellos antiguos, monedas y diamantes. Johnny pasaba la mayor parte del tiempo en el agua, había tomado un color distinto al de los demás bañistas. Cuando Magdalena no estaba venía a pedirme noticias suyas.

—No debe tardar en llegar... —le contestaba a sabiendas de que mi hermanita se hallaba en la piscina de Helmut.

Las lanchas de motor levantaban oleadas de espuma, dejaban tras ellas estelas blancas, producían cambios suntuosos en el agua y se alejaban. Nos gustaba verlas girar y hacer dibujos acuáticos, ningún pintor podía reproducirlos. Érica, una joven de aspecto modesto, hija de un general muerto durante la Guerra Mundial se acercó a nosotras, se sentó en la arena y dijo:

—Tengo que trabajar. Mi madre y yo no tenemos dinero. ¿Les parece extraño?

—¡No! Nos parece muy normal. ¿Y en qué vas a trabajar?

—Todavía no lo sé...

De una lancha saltó Ric, con los ojos de lince buscando a Magdalena y su cabello dorado en desorden como la crin de un león. Cogió a Magdalena por lo hombros.

—Esta noche cenas conmigo —le ordenó.

—No puedo, debo cenar con Estefanía y con una vieja amiga, Doris.

Ric quiso saber adónde íbamos a cenar, mi hermanita le dio el nombre del restaurante y la hora de la cita y Ric corrió a su lancha y desapareció en el lago. Érica no dijo nada. Continuó hablando de su futuro trabajo. Recordé a Helga: “Pobre Érica, su madre quiere casarla con Ric para salir de sus dificultades. ¿Saben que es riquísimo?” Nosotras no sabíamos nada, excepto que Ric rondaba a Magdalena.

Llegamos al restaurante acompañadas de Doris. La vieja iba vestida con una blusa rosa bordada de estambres de colores, en la cabeza se había atado una especie de rebozo azul con los flecos cayéndole en la espalda. Estaba muy disgustada con nosotras, pues hacía muchos días que no frecuentábamos su librería. La orquesta que tocaba valeses en aquel patio lleno de rosas no la consoló.

—¡Qué manera de perderse de los amigos! ¡Qué ingratitud! Mi cuñado el profesor Novicki está en Ascona y todavía no he podido presentárselo —nos dijo apenas ocupamos una mesa.

—Hemos conocido a mucha gente y se nos han pasado los días, perdone, Doris —le dijimos avergonzadas.

Ordenamos el menú con timidez, pues el disgusto no desaparecía de los viejos ojos de Doris. De pronto recordé a Zita.

—¡Doris, una amiga nuestra se aloja en el hotel de su amigo! —le dije entusiasmada.

—¿Una amiga suya? ¿Qué amiga? —preguntó con severidad.

—Zita, una chica joven muy encantadora. La vimos entrar en el hotel una noche, la hemos llamado varias veces, pero no hemos tenido suerte, siempre ha salido.

—Me imagino que tiene aquí muchos amigos —le dije.

—¿Zita?... ¿Zita?... —preguntó Doris dudando.

—Sí...

En ese momento Ric hizo su entrada espectacular. Vestido de blanco se situó arriba de las escaleras, escrutó las mesas con mirada fosforescente, descubrió a Magdalena y bajó de una sola carrera hasta nosotras.

—Vamos a tomar una copa —le dijo a mi hermanita en voz alta, después de saludarnos con una inclinación de cabeza casi militar.

Doris se puso pálida de ira, quiso decir algo, pero ya Magdalena se había ido. “¡Qué suerte tiene Magdalena!”, me dije soñadora. “¿Por qué les gustará tanto a los hombres?” Johnny se acercaba a ella en la playa para hablarle en voz baja, luego los dos se alejaban nadando mientras que yo esperaba su vuelta. ¿Qué dirían mis tías? Claro que ellas ignoraban que Magdalena estaba divorciándose y que su matrimonio con Enrique era un matrimonio colectivo con toda la familia para esclavizarla...

Escuché a Doris que protestaba.

—¡Magdalena hizo muy mal en irse con ese Ric!

—¿No quiere investigar si Zita está todavía en el hotel de su amigo? —le dije para distraerla.

—¡Zita! No, no voy a hacer ninguna investigación. Es seguro que no está.

Y menos después de esto. ¿No les dije que tuvieran cuidado? Nosotros no llevamos amistad con gente de la calaña de Ric. ¡Es un cínico! Mis consejos no les sirvieron de nada —dijo con amargura.

La viejecilla con su atuendo escandaloso me dio pena. En medio de aquella gente vestida de blanco y dorada por el sol, parecía más extranjera y más sola que yo. Ahora sé que es un error dejarse llevar por el sentimentalismo. Esa noche en vez de dejarme saborear el triunfo visible de Magdalena, Doris se dedicó a demolerme. “Ric era un nuevo rico. Nosotras no debíamos correr tras esa gente dudosa...”

—¿Dudosa? ¿Por qué dudosa?

—Se darán cuenta cuando sea tarde. Invitó a Magdalena para algo malo, vergonzoso, carece de buena reputación. ¿No sabe que hace mercado negro? A esos tipos que ponen el dinero antes que las leyes y la moral hay que aplastarlos ¡y los aplastaremos! Un día se verán metidas en un lío terrible. ¡No cuenten conmigo para que las ayude en esa ocasión! Se lo advertí.

Al despedirme de ella no me quedaba ni pizca de alegría. Ni siquiera se dignó a ayudarme a encontrar a Zita; al contrario, pareció muy molesta cuando le pedí el favor. Al acercarme al hotel donde se hospedaba nuestra amiga, crucé la carretera y eché a correr. Bajé el camino de tierra que llevaba a nuestro edificio y me encontré a mi hermanita sentada en los escalones de piedra que daban a la puerta de cristales de la entrada. Yo tenía el llavín. Una vez en el estudio me contó lo ocurrido. Ric la llevó a un mirador en lo alto de la montaña, desde donde se contemplaba un hermoso paisaje. El lugar era amplio y solitario, había dos automóviles ocupados por parejas que también contemplaban la naturaleza. Ric y Magdalena se acodaron a la baranda de piedra que daba al precipicio, el muchacho le echó un brazo por encima del hombro. En ese momento dos

faros potentes de un automóvil flamante que llegaba se fijaron sobre ellos. Se dieron vuelta disgustados, los cegó la luz y mi hermanita escuchó un grito: “¡Magdalena!” Los faros se apagaron y del automóvil bajó Zita corriendo sobre sus altos tacones. La abrazó y la besó. Ric miró asombrado a aquella mujer vestida con mallas negras, mientras que ella hizo como si no estuviera allí.

—Te vi entrar en tu hotel...

—¿En qué hotel? ¿Estuviste en Lugano? Yo pasé ahí varios días, hoy me vuelvo a París. ¿Quieres algún recado para tu...? —y Zita calló con malicia.

Magdalena, turbada, quiso presentarla con Ric, pero Zita lo dejó con la mano tendida y lo miró con dureza a los ojos. Se produjo una tensión que rompió Ric con un “¡Vámonos!” cortante. Cogió a Magdalena de la mano y la subió a su automóvil. “¿Qué clase de mujer es ésa?... ¿cómo frecuentas tú en París a mujeres de su condición? ¡Nunca lo hubiera imaginado!” Magdalena quiso defender a Zita de las acusaciones implícitas en los reproches de Ric y la escena terminó en un pleito grave. “¡Llévame a mi casa!”, le ordenó Magdalena para no ponerse a llorar de humillación. El “¿Quieres algún recado para tu.” que dijo Zita fue el punto culminante de la discusión. “¿Quién era el tipo?” Magdalena no se atrevió a decir: mi marido. Prefirió la ruptura de una amistad amorosa que comenzaba. Al final de su relato se echó a llorar.

—¡Somos unas idiotas! La mandó Doris —le dije.

—¿Doris? No delires, ¿cómo iba a saber la pobre vieja que iba a ir a esa montaña?... ¡Qué estúpida es Zita! ¿Cómo se le pudo ocurrir que yo quería mandarle algún recado a Enrique?...

—La estúpida eres tú. Lo hizo adrede —le dije furiosa.

—Sí, eso me temo, no tenía por qué ser tan majadera con Ric..

No fuimos a la playa. Deseábamos evitar a los amigos. Por la noche visitamos a Tommy. El edificio en el que vivía se hallaba situado en una plazoleta redonda, en la que no había ninguna otra construcción. En el centro, crecía un árbol gigantesco y bajo sus ramas habían colocado una banca de piedra que parecía esperar a dos amantes. La plazoleta era adoquinada y la alumbraban dos farolas antiguas. Tommy ocupaba el

último piso, tiramos del cordón de seda roja de la campanilla y Alejandrino, vestido de raso rojo, nos abrió la puerta de entrada con gran ceremonia. El apartamento, amueblado con mesitas antiguas, consolas, espejos venecianos, cortinas de encaje blanco, sillones de terciopelo rojo, vitrinas repletas de *bibelots* y joyas antiguas resultaba misterioso y encerrado.

—¡Criatura! ¡Criatura, te dejaste anular por esa arpía! Eres una chiquilla, no debiste aceptar que la conocías. Te lo diré con claridad: ese muchacho pensó que en París andabas con putas! ¡Sí, ni más ni menos, con putas! ¡Qué asco que siempre tiene que haber una hada *Carabosse* cerca de las niñas bonitas! Es una fatalidad. Los cuentos son más sabios que los periódicos, tan aburridos. En cuanto a la vieja, ¡córtenla! Es la cómplice de la otra. Estoy seguro de que te siguió, la vieja le dio la orden. ¿No se levantó la vieja para ir al baño o algo así? —me preguntó.

Traté de hacer memoria. No, Doris no se había movido de su silla.

—Entonces, estaban de acuerdo desde antes —afirmó con una seguridad que nos dejó aplastadas. Tommy no podía calcular la gravedad de sus palabras. No le habíamos dicho nada sobre Enrique ni sus negocios sucios.

Tommy, después de la cena suntuosa, nos regaló bombones y ya tarde nos llevó al Lago Bar, situado en un extremo de la playa, abierto dentro de las rocas mismas. Al entrar tuvimos la sensación de entrar a las catacumbas cristianas. Un pasaje abierto adentro de la roca conducía al bar alumbrado por velas y hachones encendidos, suspendidos en los muros de las rocas. Ocupamos una mesa.

El lugar era muy húmedo y Tommy se dedicó a beber. Nunca había escuchado a un borracho, “se vuelve tonto”, me dije al escuchar sus disparates. Se nos acercó un joven de patillas, cabello negro y gesto adusto.

—Es Gino, mi *fidanzato*. ¿Verdad, Gino, que eres mi novio? —le dijo dándole un beso en la boca.

—¡Qué cosas dices! —y nos echamos a reír.

Gino permaneció en silencio. Tommy le cogió una muñeca.

—Gino es un pagano. Tenemos un pacto, él es mi novio, mi amante,

pero está comprometido con una campesina italiana. Cuando se case no habrá ningún disgusto, porque Gino juega limpio. ¿Ven, niñas?, ésa es la grandeza y la inteligencia de Italia.

Lo miré sin entender. “¿Qué dirían mis tías si nos vieran con dos hombres que se besan en la boca?” Tommy se echó a reír a carcajadas.

—¡Sí, criaturas, sí, soy homosexual! —exclamó.

—¿Joto?...

—¡Me encanta esa palabra mexicana! ¡joto, joto, joto! Sí, eso mismo, soy joto, marica, mariquita, *tapette*, uranista, como quieras llamarme, hijita querida.

Y Tommy volvió a reír con más ganas.

—A mí me da igual —dijo Magdalena.

Salimos del Lago Bar al amanecer. Gino tuvo que llevar a cuestas a Tommy. Nosotros corrimos en mitad de la oscuridad hasta Los Tres Pinos.

En la playa nos sentimos avergonzadas. ¿Qué dirían los amigos de nuestra amistad con Zita? Vimos a Ric dar vueltas vertiginosas en su lancha, detenerse frente a nosotras, saltar a tierra, saludarnos con un movimiento de cabeza y echarse en la arena junto a Érica.

—Tiene razón Tommy. Zita y la vieja arpía nos echaron la sal... —murmuró Magdalena.

Cerca de las duchas públicas vimos a Silverstein y a Schmit duchándose con regocijo, haciendo alardes físicos y mirando de reojo hacia nosotras. “Ahí están esos dos”, me dijo Magdalena jugando con la arena. Por la noche al ir a la fiesta de Paul, a la que yo llamaba “pompeyana”, nos pareció que nos seguían.

La villa de Paul construida sobre el lago era de mármol, sostenida por pilares también de mármol clavados sobre el agua. Sus salones y sus rampas con balaustradas eran suntuosos, por ellos se paseaban los invitados vestidos de blanco. Una multitud de ramos de flores perfumaban al palacete que parecía flotar sobre el lago sombrío. A lo lejos brillaban las luces de los otros palacios ribereños. Algunos colgaban de los acantilados como rebaños de ovejas. El espectáculo era magnífico. La orquesta se encontraba en la terraza más baja, junto al agua, y su música

subía a los salones y a las terrazas donde bailaban las parejas.

Magdalena, vestida con una túnica blanca de organza plisada que le cubría apenas las rodillas, parecía una estatua de plata. El traje lo compramos en La Colomba. El reflejo de la luna llena y de las luces de las terrazas le daban un aire metálico. El cabello platinado le brillaba como un casco. Bailó por primera vez con Johnny, ambos lo hacían con los ojos cerrados. Hacían una hermosa pareja. Johnny expandía algo tierno, triste, poético. No seguían la música, se balanceaban como si fueran a caer dormidos. Ric, que bailaba con Érica, no apartaba la vista de ellos.

Cené con Georg, un joven alto, en la terraza donde se hallaba la orquesta. Le gustaba reír. Me contó que volvía a Alemania a hacer su servicio militar. “¡Se va!”, me dije contrariada. Busqué a Magdalena. “¿En dónde puede estar?”, me pregunté mientras bailaba con Georg. Al amanecer la descubrí bajando de una lancha de motor que acababa de atracar en el desembarcadero. La acompañaba Johnny que saltó primero a tierra, le tendió la mano para ayudarle y la llevó casi por el aire hasta posarla en tierra. Magdalena estaba transfigurada, no me vio, avanzó sonámbula.

—Cuando yo vuelva, tu hermana se habrá casado. ¡Mírala! —me dijo Georg. Magdalena apoyada en una balaustrada contemplaba el final de la noche. Hasta ella llegó Johnny con una copa en la mano de la que ambos bebieron. Se creían solos y al abrigo de todas las miradas.

Al irnos, reapareció Paul, se impuso sobre los jóvenes que querían llevarnos y nos envió en su automóvil a Los Tres Pinos. Johnny nos llenó el auto de flores que cogió de los salones.

El encanto de la fiesta me hizo olvidar a Justa, a Enrique, a Olegaria y a toda su corte. En cambio recordé a Rosa. “Le escribiré mañana, se quedó tan sola”... Magdalena iba pensativa, el final de las fiestas felices produce melancolía, buscaba las huellas de esas horas mágicas que irían purificándose en la memoria a medida que pasara el tiempo.

El lago nos había embellecido, teníamos los cabellos sedosos y la piel dorada. Cuando no íbamos a visitar a Vicki sentada en su santuario de sedas y perfumes y que nos vaticinaba más belleza con el paso de los días, nos sentábamos en el Shiff, un café situado frente al embarcadero. Desde

nuestra mesa, la silueta de la gente que caminaba al borde de la playa se recortaba con nitidez entre el agua y el cielo. Sorprendidas, vimos a Tania y a Johnny caminar muy juntos. Él la llevaba cogida por el cuello y ambos parecían embebidos en una conversación íntima. Recordé a Tania en la fiesta de Paul, acompañada por un grupo de jóvenes. Enrojecí y no quise ver a Magdalena.

—¿De qué hablarán? —preguntó mi hermanita.

—No lo sé... ¿Te acuerdas de que nos dijo que ella no tenía familia? ¿Que sólo contaba con Johnny? ¿Que era casi como su hermano? —le dije.

—Sí, parecen amantes o íntimos amigos —murmuró Magdalena.

Los vimos alejarse. Dos días después volvimos a verlos. Desde lejos los dos parecían muy tristes, muy agobiados, se diría que algo los había vencido. No me parecieron amantes y sin embargo algo íntimo e importante los unía. Se fueron alejando hasta convertirse en dos puntos oscuros recortados por la luz del crepúsculo. Una mano cayó sobre mi hombro, era Doris, que venía acompañada por su cuñado el profesor Novicki y Eva su actual esposa. ¡Qué desastre!

El profesor era un hombre viejo, bajito, de piel oscura y ademanes anticuados. Todo en él era pasado de moda, desde su calzón de baño que llevaba en la mano hecho en lana roja muy gruesa, hasta su mujer, bajita, seria, de traje de percal sin forma, tez muy pálida y uñas recortadas. El profesor sonrió con animación. Ella en cambio permaneció severa. Su francés era pésimo y la risa de Magdalena la disgustó.

—¿Pueden decirnos dónde se esconden? —preguntó Doris enfadada.

—Por el color que les veo, no se esconden del sol. A Eva la fatiga mucho. Tiene el cutis muy delicado, nosotros vamos a la playa muy temprano. ¿Por qué no encontrarnos a las siete y media de la mañana en aquel extremo? —preguntó el profesor señalando el rumbo de la casa de Doris.

Imposible negarse. El profesor nos invitó a dar un paseo a la orilla del lago. Caminábamos despacio para escuchar sus disertaciones, su mujer se detenía frente a las vitrinas de las joyerías para escoger la joya que su marido iba a comprarle al final de la temporada. Él no interrumpía la

conversación, de pronto habló de “la crisis de Hungría”.

—Yo no tomé parte. Mis amigos se equivocaron, cayeron en la provocación occidental —dijo con voz lúgubre.

Durante el tiempo que fuimos amigos escuchamos muchas veces la frase: “Yo no tomé parte. Mis amigos se equivocaron, cayeron en la provocación de Occidente”.

Se diría por el tono de voz, que lo único que lamentaba en su vida era no haber tomado parte “en la crisis de Hungría”. Magdalena y yo sabíamos vagamente la historia de la sublevación húngara, pues en aquel tiempo usábamos todavía calcetines.

Al profesor Novicki lo respetábamos al punto de que aun si nos acostábamos al amanecer, después de alguna fiesta, a las siete y media de la mañana acudíamos a su cita en la playa. El cansancio nos impedía entender sus lecciones. No era fácil engañarlo, sobre todo cuando nos hablaba de México. El profesor quería datos: ¿Cuántos obreros había? ¿Cuál era el salario mínimo? ¿Había derecho a huelga? ¿Se ejercía ese derecho? Contestábamos al azar. ¿Cómo podíamos saber tantas cosas que no nos incumbían? Le interesaban los campesinos y los latifundios. Con paciencia nos explicó la injusticia del sistema de clases en el que vivíamos. Era imposible que dos muchachas sanas e inteligentes como nosotras aceptáramos la explotación de los obreros y de los campesinos. Estuvimos de acuerdo con él, pero cuando nos dijo que en Hungría no quedaba ni un solo rico, me pareció espantoso y se lo dije.

—¡Qué horror! ¡Ni un rico! Entonces ¿cómo viven allí? Sin fiestas, sin trajes, sin veleros, sin coches, sin nada. ¡No, no me gusta!

El profesor se echó a reír.

—Piensen que tampoco hay un solo pobre. Todos viven bien, todos sin excepción. Trabajan y viven con dignidad.

—¡Qué maravilla, ni un solo pobre! Quiero ir a Hungría —exclamó Magdalena.

—¿Y por qué no? Todo es muy posible, muy posible —aseguró el profesor.

No logré imaginar una ciudad en la que no hubiera ni un rico ni un pobre. El profesor nos regaló unos folletos húngaros. Los revisamos con

cuidado. Las gentes parecían vivir en la felicidad de la Edad Media, en medio de campos floridos, bailando rondas, vestidos a la usanza campesina, alegres y sonrientes.

—¡Hay que ir allá! —decidió Magdalena.

En la playa enseñamos los folletos a los amigos, pero no se interesaron. Tommy, al verlos, nos ordenó con voz agria:

—¡Tiren esas basuras! ¡Ahora mismo, traidoras a su clase!

—Tommy, no te pongas así, ¿a qué clase somos traidoras?

—¡A la suya, a la burguesía! Criaturas estúpidas, no me hablen, el primero que llega las cambia de opinión. ¡Veletas!

Tommy estaba furioso, lo acompañaba Antonio, su amigo cubano risueño, que nos había cobrado afecto en los pocos días que llevaba en Ascona, pero al ver los folletos exclamó asustado:

—¡Chico, pero si son castristas! ¡Castristas!

—¡Qué van a ser castristas este par de retardadas mentales! Miren, si no tiran esos folletos ahora mismo, no vienen a cenar a mi casa esta noche. ¡Tírenlos allí! —nos ordenó señalando un pequeño poste clavado en la arena que sostenía un bote de basura.

—¡No los tiramos! —dijo Magdalena.

—¡Te digo, chico, que son castristas! —repitió Antonio.

—¡Pues se acabó! No vengan esta noche ni nunca más. ¡Nunca más!

—¡Chico, chico, no las trates así! Vamos a convencerlas con razones. ¿No ves que las han embaucado? —intervino Antonio.

—Mira, m'hijito, si no tuve hijos fue para que no se mearan en mi cama y ahora no voy a ponerme a educar a estas dos mocosas. ¡No, no, no! Que me dejen tranquilo.

Nos retiramos ofendidas. Fuimos con Johnny que nos recibió sonriendo. Estaba rodeado de sus amigos elegantes. Tenían una mesita pequeña con botellas y vasos, cubeta de hielo envuelta en servilletas y un mozo que los atendía. Johnny sentó a Magdalena junto a él, con gesto displicente puso su mano sobre el hombro de mi hermanita. Le enseñamos los folletos y le dijimos que Tommy nos había echado de su tienda. Johnny examinó las fotografías, entrecerró los ojos y nos dijo:

—El viejo Novicki, ¿verdad? —y abandonó los folletos en la arena. No

contestamos. Johnny le tomó la barbilla a mi hermanita, la miró a los ojos y le preguntó—: ¿A qué hora ves al viejo Novicki si siempre andas donde ando yo?

—A las siete de la mañana en la playa y por las tardes en el café que está junto a la librería. ¡Es muy bueno, un sabio!

—Sí, sí, pero sería mucho mejor que no lo vieras. Mañana, por ejemplo, te quedas dormida. ¿Eh?

—Le avisaré esta tarde, no puedo dejarlo plantado.

—No avises nada. Eres libre de hacer lo que te dé la gana, menos meterte en un lío con ellos. ¿Entendido?

Me sentí aliviada, Magdalena respetaba a Johnny y podría dormir hasta las ocho de la mañana y tomar mi café sin prisas. Descubrí que mi hermanita no respetaba tanto a Johnny pues esa misma tarde fuimos al café a buscar al profesor Novicki. Yo estaba bostezando.

—Profesor, perdone a Estefanía, es tan tonta que se enamoró de un jardinero —dijo Magdalena para disculpar mis bostezos.

—¿Un jardinero? Eso sería magnífico si realmente fuera un jardinero. Sería una señal de una gran salud mental. ¿Pero estamos seguros de que ese joven es en verdad un jardinero o sólo pretende serlo? Ellos son capaces de cualquier cosa. Ascona anda mal, ¡muy mal! ¿El jardinero es alemán?

—Sí, es alemán...

—Entonces es casi seguro que sea un espía. ¿Qué hace un jardinero en Ascona? ¿Trabaja?

—Sí...

—Lo más probable es que sea un espía —nos dijo el profesor mirándonos con seriedad.

—¡Carajo! ¿Hay espías en Ascona? —pregunté.

—De todas las tendencias y de todos los países —aseguró el profesor con aire solemne.

Eva interrumpió la conversación por primera vez interesante con el profesor. Quería hacer el recorrido de las joyerías.

Nos fuimos a Los Tres Pinos. Cenamos solas en la terraza. Los fantasmas de México nos pusieron tristes, pero no había regreso,

debíamos esperar a que mi padre vendiera la casa y se instalara en los Estados Unidos. Magdalena estaba muy deprimida, tal vez porque había desobedecido a Johnny y el canto de la lechuza le pareció de mal augurio.

Por la mañana encontramos al grupo de Johnny hablando de algo que había sucedido la noche anterior. Hablaban en alemán y no pudimos entender gran cosa.

—¡Con tu manía de no comprar los periódicos no nos enteramos de nada! —me reprochó Magdalena.

—¡Y tú con tu manía de robártelos no puedes acercarte a ningún quiosco! Johnny acarició la rodilla de mi hermanita para detener nuestra disputa. Brigitte, una señora muy guapa del grupo nos explicó:

—Hablamos del crimen de anoche. Dos desconocidos mataron a tiros a un hombre en el centro mismo del pueblo. El muerto parece que era contrabandista de armas para los terroristas franceses.

Magdalena perdió el color. “¡Enrique!”, pensé yo, sintiendo que también palidecía. Escuché preguntar a Magdalena:

—¿De qué nacionalidad era el muerto?

—Eso es lo de menos. Son gente que cuenta con todos los pasaportes que desea —afirmó Johnny con simpleza.

—¿Y los asesinos? —pregunté.

—Eran dos, huyeron —respondió Brigitte.

Nos echamos al agua, necesitábamos conferenciar, de alguna manera Enrique debía estar complicado en el asunto. ¿Cómo era posible que no nos hubiéramos dado cuenta que Ascona estaba en ebullición? Circulaban personas que no eran turistas ni aparecían en las playas, debían ser los contrabandistas y los policías. No pudimos continuar la conversación, porque Johnny nos alcanzó en el agua y se alejó nadando con mi hermanita. Siempre que hacían eso, Magdalena desaparecía todo el día. “Voy a tener que comer y cenar sola”, me dije disgustada. “¡Y en un día como éste!” Me quedé en la playa con la esperanza de que volviera Magdalena. No volvió. Contemplé el lago con su oleaje cambiante, sus veleros veloces bajo el sol esplendoroso, sus bañistas. Todos parecían felices, el día mismo era feliz, sólo yo me sentía huérfana y abandonada en una playa elegante. Tommy se había retirado. Sólo me quedaba comer

un sándwich y esperar en el embarcadero a Magdalena. La tarde empezó a caer con luces ardientes, el cielo era una hoguera azul y anaranjada. Los bañistas se retiraron y la piedra blanca del embarcadero empezó a perder su tibieza. Me encontré a Tania que tomaba el último barco para ir al otro lado del lago, donde ella vivía en la casa de algún amigo del que no me confió el nombre.

—¡Johnny es tan bueno! ¡Tiene un corazón de oro y cómo ha sufrido! Tú no tienes idea de lo que es el sufrimiento —me confió mirándome con sus ojos claros almendrados. Tuve la impresión de que deseaba decirme algo más, pero de pronto calló y se mordió las puntas de los dedos. La vi irse en el pequeño barco con un pañuelo atado a la cabeza y tirándome besos apoyada en la barandilla. Su inesperada presencia y su repentina ausencia me dejaron sumida en reflexiones que no pude ordenar. Vi que la noche caía irremediable sobre el agua que reflejaba las últimas luces solares. “Rosa no me hubiera dejado sola.” ¿Adónde iré a cenar? De pronto una mano enorme se apoyó sobre la piedra blanca del embarcadero, me salpicó de agua e inmediatamente apareció la otra mano, el agua se agitó y surgió una cabeza verde provista de unas gafas enormes que parecían los ojos salientes de un insecto. Luego todo el cuerpo verde se incorporó y chorreando agua se izó hasta el muelle y se sentó a mi lado. Vi sus pies en forma de patas de rana. Todo sucedió en unos segundos sin darme tiempo para escapar o pedir auxilio. El hombre de goma verde se quitó las gafas y me preguntó en inglés:

—¿Sola?

—Sí,... Y ¿usted? —contesté disimulando el miedo que me producía.

—¿Yo?... trabajando. ¿Por qué me ve así? ¿No ha oído hablar de los hombres rana? Estuve buceando del otro lado del lago y por la tarde en este lado.

—¿Para qué? —hice la pregunta casi a pesar mío.

—Siempre hay algo que se pierde en el agua —contestó con tono enigmático.

—¡Ah!...

—¿Usted es alemana?

—No...

—¡Qué bonita vista tenemos desde aquí! Mire las casas del otro lado del lago, todos los que viven en ellas son millonarios. ¡Sí, millonarios! — afirmó columpiando los pies de rana.

—Me voy —dije poniéndome de pie.

El hombre me detuvo por un tobillo.

—¿Qué tal comer un sándwich juntos? Me cambio en unos minutos...

—No, gracias, me esperan. Mejor mañana...

—¿Mañana? ¿Aquí a la misma hora?

—Sí, a la misma hora aquí —contesté para deshacerme de él.

Me alejé corriendo. ¿Adónde meterme a esas horas? No tenía valor para volver sola a Los Tres Pinos después de lo que había ocurrido con el contrabandista muerto. Zita me vino a la memoria. ¿Cuántos días hacía que la habíamos visto? “No nos buscó. Alejó a Ric de Magdalena.” Su conducta era extraña. ¿La enviaría Pinsent? Manejaba un automóvil de lujo. Magdalena y yo estábamos perdidas entre tantas tramas incomprensibles. Recordé el Isole Bar, allí siempre había gente a cualquier hora de la noche. Entré descompuesta, la vista de Helga acodada en la barra me tranquilizó.

—¡Qué susto he pasado! —dije pensando en el hombre rana. Y agregué:

—¡Pasan cosas horribles!

—No hagas caso. Todo es ipolítica, política, política! ¿El contrabandista muerto? ¿Y qué? Nosotras estamos vivas. ¿Dónde está Magdalena?

—No lo sé...

—¿Con Johnny?... —preguntó oprimiéndome una mano.

—Creo que sí.

Helga tenía algo inquietante: los ojos demasiado negros, la piel demasiado pálida y los labios maquillados de blanco que apenas eran visibles. Muchas veces Johnny había ido a buscar a Magdalena al Isole Bar o al Shiff y Helga me había acompañado andando hasta Los Tres Pinos. Sentadas en los escalones de entrada contemplábamos la noche, escuchábamos el canto de los grillos y esperábamos el regreso de mi hermanita. La miré inclinada sobre el bar, llevando el compás de la música con su vaso lleno de whisky. ¿Cómo podía vivir sola? Ella se volvió a mirarme y me hizo enrojecer, me revolvió los cabellos y me dijo:

—Come algo, yo te invito.

Cené unas legumbres, pues desde que en México me decidí por el asesinato me hice vegetariana. No estaba contenta a pesar de la bondad de Helga: la aparición del hombre rana me tenía impresionada. No hice comentarios. Ya tarde mi amiga me acompañó hasta Los Tres Pinos, preferí no sentarme en los escalones de piedra a esperar a Magdalena y la invité a subir al estudio. Preparé un café en la cocina. Al volver al salón dormitorio casi dejo caer la bandeja al suelo: echada boca arriba sobre una de las camas, desnuda y en la postura de la *Maja desnuda* de Goya estaba Helga esperándome con una expresión sinuosa en los ojos. La miré incrédula, temí que le hubiera dado un ataque de “histeria”, fue la primera palabra que me vino a la cabeza.

—¿Por qué estás desnuda? —le pregunté sintiendo un vago peligro.

—Tenía calor...

—¡Ah!... ¿no sería mejor que te vistieras? Abriré una ventana, digo, la puerta de la terraza para que entre aire fresco —le dije enrojeciendo.

Escuché reproches familiares: “Estefanía, ¿qué haces con esa impúdica en tu cuarto?” ¿Y si se levantaba y me caía por la espalda? La mujer era peligrosa. Abrí la puerta de cristal de la terraza muy despacio para dar tiempo a que llegara Magdalena. “¡Me deja sola con una desconocida!”... “¿En dónde anda?”, me pregunté con amargura. Abrí la puerta y entró una bocanada de bosque y eucaliptos.

—¡Qué aire delicioso! Dame el café, querida —me dijo Helga.

Le alcancé la taza servida y traté de no verla. No tenía a quien llamar y el ombligo enorme de Helga me tenía hipnotizada. Me pareció que tenía pelos negros y entendí por qué en la familia estaba prohibido pronunciar la palabra ombligo. Desfilaron por mi cabeza los nombres inútiles de los amigos. Era imposible acudir a ninguno por teléfono, si ella estaba allí mirándome. “Tiene las piernas y las rodillas muy gordas, por eso usa siempre pantalones.” Me dije satisfecha de compararlas con las mías, largas y musculadas. El resto del cuerpo no quise que existiera. Bebí el café simulando no darme cuenta de que mi invitada estaba en cueros.

—Dame una tacita más —me pidió con naturalidad.

Le serví la segunda taza sin lograr pronunciar una sola palabra. Miraba

un punto en el vacío.

Las llamadas urgentes de la campanilla de entrada anunciaron la llegada de mi hermanita. En unos segundos apareció.

—¡Estefanía!, ¿por qué no le has dado una pijama a Helga? —me reprochó, al tiempo que se inclinaba a darle un beso en la mejilla a la invitada.

Helga pareció complacida con Magdalena. La miró con ojos adormilados, le tomó la cara entre las manos y le dio un beso en la boca. Mi hermanita se enderezó y se echó hacia atrás.

—No te preocupes, Magdalena, sólo quise refrescarme un poco. ¿Te divertiste con Johnny?

—Sí, la pasé muy bien, lo dejé a las cuatro de la tarde, tenía que ir a Rapallo. Ahora vengo de la casa de Helmut. ¡Es encantador! Perdona, Estefanía, organizamos una fiesta improvisada con toda la banda. Te llamé a todas partes pero eres inencontrable.

—¿Helmut? Es demasiado rico y caprichoso... me han dicho que piensa casarse contigo. Me lo dijo su hermanito, sus padres ya lo saben, creo que te encuentran preciosa —dijo Helga con voz triste.

Sin despegar los ojos de Magdalena, se puso de pie y empezó a recoger sus ropas que había dejado olvidadas en el suelo. Se metió sus pantalones, su camisa a cuadros y sus zapatos sin tacón. No usaba sostén y se vestía muy lentamente.

—¿Te vas a quedar a dormir con nosotras? —le preguntó mi hermanita.

“¡Eso me faltaba, que duerma aquí después del día que he pasado!” Yo sabía que Magdalena y Helmut se habían comprometido en la piscina de su casa y no me oponía al matrimonio a pesar de que mi hermanita era casada, claro que Helmut lo ignoraba, como lo ignoraba todo el pueblo. Pero sí me oponía a que Helga durmiera en la casa.

—No. Me voy. Tengo mucho en qué pensar esta noche. Ya acompañé a Estefanía que llegó asustada al Isole Bar —la escuché decir.

Nos tendió una mano enérgica y se dirigió a la entrada con paso decidido.

—¡Duerman bien, mis ángeles!

Magdalena corrió hasta ella, la detuvo.

—¡Helga, por favor, no le digas a Johnny que pasé la tarde y la noche con Helmut y sus amigos! ¿No vieron los fuegos de artificio que lanzamos desde su casa?

Helga sonrió, se llevó un dedo a los labios y dijo:

—No diré nada. ¡Pobre Johnny!

Cerró la puerta de entrada y esperamos el arrancón del elevador para estar seguras de que se había ido. Magdalena entonces se tiró en la cama a reír.

—¿De qué te ríes? ¿Sabes el día infernal que pasé? Y como corolario esta *Maja desnuda* bebiendo café...

Magdalena continuó riendo.

—¿Por qué no te ríes tú? ¡No hay ninguna tragedia!, la pobre Helga... — y volvió a reír con más ganas.

Apenas pude contarle la aparición del hombre rana. Tenía mucho sueño, disgustada decidí dormir yo también.

Muy temprano nos llamó Alejandrino por teléfono.

—El señor quiere verlas. ¿Pueden venir?

—¿Le sucede algo?...

—Sí, señorina, una tragedia.

Llegamos sin aliento al piso de Tommy. Lo encontramos bañado en lágrimas. Ante su llanto nos quedamos quietas. ¿Qué podíamos decirle? Era muy extraño verlo llorar. Nos indicó con señas que nos sentáramos.

—Gino.. anoche, miren —nos dijo señalando sus vitrinas vacías en las que guardaba sus colecciones preciosas de relojes antiguos, de tabaqueras de oro, de cajas de rapé esmaltadas y de copas del Renacimiento. No quedaba nada. Sobre las tablas forradas de seda quedaban marcas de color más oscuro que volvían más notable la ausencia de los objetos preciosos.

—¿Qué sucedió? —preguntamos sin comprender.

Tommy se limpió las lágrimas. Gino, el bueno de Gino, el pagano, el amigo con el que había hecho el trato del noviazgo, lo había robado ese mismo amanecer. Y eso no era lo peor, le había puesto una mordaza, le había atado las manos y los pies a la espalda, lo había golpeado y luego “riendo como un traidor de teatro” abrió las vitrinas, la caja fuerte, los

cajones de las cómodas y se llevó las colecciones, el dinero y las alhajas que habían pertenecido a la madre de Tommy.

—Es decir, se llevó todo. ¡Todo! —nos dijo Tommy con voz espantada.

—Avisa a la policía. Denúncialo por robo —le dijimos al ver que tenía el rostro amoratado.

—No, criaturitas, no puedo... —lloró Tommy.

—¡Qué país! ¿Por qué no puedes?

—Sería un escándalo tan mayúsculo que me echarían de Suiza... además ése ya cruzó la frontera, me lo dijo. Abajo lo esperaban unos amigos, no sé si se fue a Francia o a Italia, quería casarse.

—¿Entonces la policía se pondría de su parte? —pregunté indignada.

—Sí, m'hijita... ¡ay, nosotros los homosexuales y ustedes las mujeres bonitas siempre estamos en peligro! ¡Y no tenemos defensa! ¡Ninguna defensa! Si a ustedes les pasara algo parecido dirían que ustedes habían provocado al ladrón o al asesino.

Era un drama inesperado. Tommy decía la verdad, ya nos había sucedido lo mismo en México con el matrimonio de mi hermanita y con Marta y con Loreto. No supimos qué decir. El robo era evidente, nadie podía negarlo. ¿Qué importaba que Gino hubiera cruzado la frontera?

—Te lo he dicho mil veces, lo único que paga es el crimen —me repitió Magdalena.

—Es verdad —exclamó Tommy, que se rehízo un poco, tiró de un cordón de seda y apareció Alejandrino con la misma cara compungida con la que nos recibió.

—Trae el desayuno con muchas mermeladas para estos angelitos. ¿Me acompañan a desayunar?

Entró Alejandrino empujando un carrito servido con un desayuno espléndido. Magdalena y yo apenas nos atrevimos a comer las tostadas, las jaleas, las mermeladas y la miel. Era una vergüenza tener apetito delante de Tommy que apenas dio unos sorbitos de café.

—Tenía razón mi padre. ¡No saben cuántos pleitos tuve con él...! ¡Las pagarás, Tommy, las pagarás...! No es ésta la primera vez que me sucede, pero nunca dudé de Gino, parecía tan buenito. Si lo hubieran oído anoche: “¡Aquí quedan dos amigos, si dices una sola palabra te cortarán

la garganta!”, me dijo antes de irse. Es duro que te sucedan estas cosas cuando ya no eres joven —Tommy volvió a llorar.

Magdalena quiso distraerlo y le habló del contrabandista de armas asesinado en el centro mismo del pueblo, dos noches atrás. Tommy la escuchó con atención, ya estaba enterado pero la vehemencia de mi hermanita lo hizo enderezarse en la cama.

—¿Tú crees que Gino tenga algo que ver con el contrabando de armas? A mí me parece que no. Eso es un asunto de la alta mafia y este pobre *contadino* es un ladrón casero... —dijo preocupado.

—¿De la alta mafia?... ¿Era italiano el tipo? —preguntó Magdalena.

—¡No!, parece que era austriaco o alemán, aunque ya sabes que esos tipos siempre llevan papeles falsos. ¡Yo qué sé quién era! Yo te cuento lo mío que, aunque no es tan espectacular, me ha dejado en la calle. ¡Y en estos momentos de peligro! Además tengo miedo, no temo confesarlo. ¿Les parece deshonroso tener miedo? —nos preguntó.

—¿Deshonroso? No, ¿por qué?...

—Se supone que los hombres debemos ser muy valientes —y de pronto se echó a reír.

Decidí contarle a Tommy lo del hombre rana. Tommy se asustó muchísimo.

—¡Ese monstruo debe ser de la Interpol!... Ya me habían llegado rumores... ¡Qué horror! No hay nada más peligroso que la policía. La gente cree que acude a salvarla y en general llegan para matar... Pobres de mis amigos. ¿Ven?, por eso las llamé a ustedes. ¿Con quién más podía desahogarme? Nadie hubiera venido; Ascona se está volviendo peligrosa. De ninguna manera hables con el hombre rana. ¡Que se coma solo su sándwich!

Nos asustamos, echamos de menos a México, tal vez Ascona ni siquiera era tan bonita como parecía. Tommy debía regresar a su país. Él no tenía a una Justa que lo amenazara, así dejaría de andar rodando como una piedra gastada. Se lo dijimos.

—¡A Bolivia! Yo, ¿volver a Bolivia? ¡Criatura! ¿Puedes decirme qué hago yo entre esos indios locos? Pero si organizan una revolución cada dos semanas. ¡Criatura, no sabes lo que dices! ¿Qué hago yo allí?

No supe qué contestar. Él agregó:

—¿Has visto a las indias con esos sombreritos puestos como para ir a Wall Street?, son muy buenos, pero eso no me interesa. A mí me gusta la gente linda, como tú, como Magdalena. ¡Criatura!, qué cosas se te ocurren. ¿Sabes que está a miles de metros de altura? ¿Quieres que me muera? Allí sólo pueden vivir los cóndores y eso si alcanzan carne. No, no, no, a mí desde niño me gustó la civilización. No podría vivir en ningún país de América Latina. Tu México, ¡qué horror!, allí matan a todos. No sé cómo llegan vivos a Europa algunos mexicanos. Te advierto, querida, que llegan ilocos!, con unos miedos y unos temores que sólo padecen ellos.

—¿Nosotras también? —preguntó Magdalena.

—¡Claro que también! ¿Qué hacen aquí dos mocosas sino huir como todos los mexicanos?

—¡Ay!, Tommy, tienes razón. Yo ando escondiéndome... —le confió Magdalena.

—¿Ya ves? ¿Y Estefanía?

—Yo vine a acompañarla. ¡No sabes cómo nos persiguen! Con decirte que a mi familia no la dejan ni comer —le confié y sentí un alivio.

Tommy nos miró con sus ojos enrojecidos por el llanto, movió la cabeza con simpatía, pareció concentrarse. Después de unos minutos nos dijo:

—¡Ya sabía que algo les pasaba! No se preocupen, aquí no las encontrarán nunca. ¿Y quién las persigue? —preguntó con avidez.

—Un criminal —contestó Magdalena.

—¡Me lo temía! México es un país fatal. ¡Fatal! El pobre Antonio no le tiene ninguna simpatía. ¡Qué disgusto se va a llevar cuando vuelva de Florencia! No le gustaba Gino. ¿Saben? Bueno, criaturas, váyanse a la playa, yo voy a dormir un rato. No he dormido con este disgusto. Y ¿cómo iba a dormir atado? Gino era un salvaje, nada de pagano. ¡Un salvaje! —repitió.

En la playa había mal ambiente. Se diría que a todos los había visitado Gino. Los grupos estaban silenciosos y quietos, apenas nos saludaron, los veleros y las lanchas de motor no circulaban por el lago. El sol iluminaba las aguas con reflejos azules y verdes muy intensos, el calor se reflejaba

en las lonas de las tiendas blancas. Extendimos nuestras toallas y nos echamos al sol. Descubrimos a Johnny conversando con un grupo lejano. Observé que Magdalena lo miraba arrobada. Y ¿Helmut? Había decidido casarse con él, pero no era como Johnny que brillaba solo, existía aparte, sus gestos y su voz eran especiales y sus ojos veían muy lejos. Lo vimos avanzar hacia nosotras, se puso en cuclillas junto a mi hermanita. Estaba triste y su aire trágico nos impresionó.

—Anoche decidieron construir un muro alrededor de Berlín para incomunicar a Berlín Este del Berlín Occidental...

—¿Quiénes? —preguntamos a coro mi hermanita y yo.

—¿Quiénes? “¡Ellos!”, por supuesto.

En Ascona aprendimos que “ellos” eran los culpables de todos los males. Movimos la cabeza en señal de condolencia, sin entender cómo se podía construir un muro para dividir una ciudad.

—Ya empezaron a tender las alambradas. ¡No podrá escaparse nadie! Es una tragedia. ¿Saben que las democracias no tienen vergüenza?

Johnny estaba más triste que Tommy. Le hicimos varias preguntas y él dibujó sobre la arena el mapa de Berlín para enseñarnos que era muy factible dividir a la ciudad.

—Es construir una muralla china adentro de una ciudad —concluyó Magdalena.

Johnny la contempló largamente, era evidente que la amaba y que ella se dejaba amar. “¡Qué suerte tiene!”, me dije sintiendo el efluvio amoroso que emanaba de Johnny. El amor es tan invisible como la electricidad y los que están fuera de esa corriente poderosa si se acercan se pueden llevar un choque. Eso me sucedía a mí cuando me hallaba entre Johnny y Magdalena. Noté que ambos habían adquirido el mismo color ambarino. Contemplé las piernas desnudas de los dos: la piel también era la misma, compacta y delicada. Me pareció extraordinario que existiera ese parecido entre los dos. Me avergonzaba mirarlos a la cara, me parecía una intrusión en una intimidad secreta que le estaba prohibida a todos los que no fuéramos ellos. La tensión que se estableció entre Johnny y Magdalena me obligó a dejarlos solos. “Con permiso, voy a nadar un rato” y me tiré al agua, nadé mucho rato. “Ése es el amor”, me dije asombrada.

Era la primera vez que me encontraba frente a ese sentimiento misterioso. “¿Y Hortensita y Gustavo?” No, ellos eran muy distintos, no formaban esa isla tensa, ese círculo mágico que rodeaba a Johnny y a mi hermanita.

A las seis de la tarde nos reunimos con el profesor Novicki en el cafetín vecino a la casa de Doris. También él y Eva hablaron del muro: “Necesario para cerrar el escape hacia la corrupción occidental”.

—El socialismo no puede permitir esa sangría. Era una provocación parecida a la de Hungría. ¡Qué catástrofe provocaron! El espejismo capitalista es muy dañino. Los pueblos son como los niños y hay que educarlos.

Eva asentía con movimientos de cabeza a las palabras de su esposo. Novicki era una autoridad, no cualquiera era miembro de la Academia de Ciencias. Nos tenía deslumbradas. Nunca habíamos hablado con un científico de su talla y él era tan isencillo, tan amable!

—Entiendo. Es para el bien del pueblo —dijimos a coro.

—¡Naturalmente! Al pueblo alemán se le engaña con facilidad y había escogido la huida en vez de la construcción del socialismo, que es el futuro del mundo y la redención del trabajador. ¿Qué dirán las generaciones futuras cuando sepan que hubo que construir ese muro vergonzoso? No podrán creerlo.

El profesor acababa de decir lo mismo que Johnny: “¿Qué dirán las generaciones futuras cuando sepan que hubo que construir ese muro vergonzoso? No podrán creerlo”. Nos confundimos, pero el profesor tenía razón y lo escuchamos con reverencia, como se escuchaba antes a los maestros, que hablaban de una manera muy diferente a como lo hacen ahora estos pelados que se llaman maestros.

Con un gesto nos mostró los cafés, las joyerías, las pastelerías, las tiendas de modas.

—Y ahora piensen en que más de la mitad de los seres humanos se mueren de hambre. Ustedes lo saben, en su país los campesinos viven en la miseria, mientras que sus oligarcas viajan a todo lujo, se cubren de joyas, ejercen la más abyecta corrupción. Pero están condenados por la historia.

—Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja a que se salve un rico —dije.

—Dejemos ahora las supersticiones religiosas. Ahora es la historia la que habla, actúa, y la historia ino perdona!

—Por ejemplo, a nuestro gobierno de explotación, de violencia, expoliador y aventurero —gritó Magdalena.

El profesor Novicki le acarició la cabeza. Magdalena había ganado su aprobación.

Esa noche cenamos con Tommy. Por espíritu de cuerpo latinoamericano, no podíamos dejarlo solo. Nos recibió en un salón con las muñecas vendadas. La mesa que había preparado Alejandrino era magnífica y la comida extraordinaria.

—¡No, no, no! No me hables de ese muro de las lamentaciones que han empezado a construir en Berlín. ¿No te das cuenta de que al final nos van a imponer a todos su muro de las lamentaciones? ¡Qué odio! ¡Qué resentimiento! ¡Ustedes son dos criaturas tercas e imbéciles! —exclamó Tommy abandonando su tenedor en el plato.

—Tommy, no te pongas así, el profesor Novicki nos...

Tommy la interrumpió con violencia.

—¡No me interesa tu profesor Waikiki! Es como todos ellos. ¡Un canalla y un miserable!

“Ellos”, todos hablaban de “ellos”, Novicki, Tommy, Doris, Johnny, Vicki.

—Ellos, ¿quiénes son ellos? —preguntó mi hermanita enfadada.

—¿Cómo que quiénes son ellos? ¡Pues los judíos! Marx, Engels y todo su ejército infernal. Ellos han traído el mal al mundo. ¡Qué líos han armado! El único revolucionario que hizo algo meritorio fue Stalin. ¿No lo saben? ¡Mató a todos ellos, empezando por Trotsky! Valiente fiera —gritó Tommy, agitó la campanilla y apareció Alejandrino.

—Alejandrino, estas niñas me preguntan que quiénes son ellos. ¿Puedes decírselo tú? A mí no me entienden. Están en contra mía.

Alejandrino nos miró con suavidad.

—Señorinas, ellos son los judíos. Ya sé que a ustedes les gustan esas gentes. Pasean con ellas por el lago, van a sus tiendas, a sus casas —

contestó Alejandrino.

—¿Habla usted del profesor y de Doris? Ellos son húngaros, en cuanto a Vicki era rusa —dijo Magdalena con gran dignidad.

—¡Me lo temía! Estas criaturas no distinguen a un judío de un cristiano. Merecen un castigo. No les sirvas ni vino ni postre. ¡Castigadas! Es necesario que aprendan que no están en su Arcadia feliz de matones y matados. ¡Están en Europa! —dictó Tommy.

Alejandrino nos retiró las copas y no nos dio pasteles.

—Son tan pueblerinas... que me dan ivértigo! —dijo Tommy preocupado.

Se produjo un silencio. Yo estaba avergonzada, pero Magdalena me hizo un guiño rápido, como diciendo: “No hagas caso, está loco”.

—¡Pobres niñas!, no tienen ni idea de las cosas horribles que están sucediendo... ¡Alejandrino, trae los pasteles y el vino! Comprendan, mis amores, que la injusticia me subleva... Ascona ¡está terminada! —nos dijo mientras el criado nos servía vino y pasteles.

—Señorinas, escuchen al señor. Hay muchos peligros que no imaginan. No hablen con ningún desconocido. No saben lo que sucede —nos dijo el criado en voz baja.

—Y de lo que hemos hablado aquí, ni una palabra. ¡Ni una sola! —repitió Tommy.

Me impresionaron sus palabras. Muy tarde en la noche de camino a casa fui repasando todo lo que nos habían dicho Tommy y Alejandrino. ¡Tenían razón! Éramos dos pueblerinas. Recordé el “tugurio” que le habían vendido a Magdalena en París. ¿Quería más pruebas? A mis espaldas, mi hermanita recibía cartas de Gilles y de Gosselin, a quien yo no conocía. “Todo va viento en popa”, me aseguraba. ¿Qué haríamos cuando terminara el verano? Se lo pregunté esa noche.

—Me casaré con Helmut y así resuelvo mi problema y se lo resuelvo a todos ustedes. ¡Deberías buscarte algún marido! Ya es hora de que empieces la ronda: matrimonio-divorcio, divorcio-matrimonio.

—¿Y Johnny?...

—Johnny... ¿para qué hablas de él? Johnny es aparte...

A la hora de acostarnos le pregunté:

—¿Crees que Eva, el profesor, Vicki y Doris sean judíos?

—¿Judíos? ¡Yo qué sé! Además me importa imadre!

Mi hermanita se sentó en la cama.

—Estefanía, esta gente está loca. Hitler se murió un poco después de que nacimos tú y yo, y todavía le tienen miedo. El otro, Stalin, un poco después, y le siguen teniendo miedo. A los judíos los mató Hitler, quedarán unos cuantos y también les tienen miedo. Ya quisiera yo ver a estos hombrones judíos y cristianos de enemigos de Enrique. ¡Para eso sí hay que tener valor! ¡Y no nos quejamos tanto...!

Por la mañana encontramos una carta de Rosa en el buzón. Uno de sus párrafos nos deprimió mucho:

Mis tías dicen que encuentran la casa muy rara. ¡Ay, qué triste se ha quedado esto!, nos repiten. Desde que le dieron el alibi a mi papá, lo ven como si de verdad fuera sospechoso. ¡Nadie se limpia nunca de una calumnia! Cuando cae la tarde la casa está tan sola, que los tres, mi papá, mi mamá y yo nos sentimos muy abandonados y en peligro, como si algo se tramara en las sombras. ¡Pídele a Dios que mi abuelo encuentre pronto un comprador para la casa! Así, nos podremos ir de esta ciudad a la que no debimos haber venido nunca, nunca, nunca. ¡Todos nos han dejado caer!...

Magdalena se echó a llorar. Luego se puso de pie muy solemne. — ¡Estefanía, juro que voy a vengar a mis padres! Vamos a averiguar quién es el contrabandista muerto. A lo mejor es Enrique o alguno de sus amigos. También vamos a buscar al hombre rana, él debe saber mucho.

Después de su juramento perdió bríos. Había aprendido que era difícil tomar venganza de un enemigo escurridizo que contaba con tantos cómplices.

Por la tarde nos sentamos en el Shiff. Desde lejos vimos a Tania y a Johnny en una de aquellas conversaciones tuyas íntimas y misteriosas.

—A lo mejor tienen problemas como nosotras —dijo Magdalena.

La pareja nos descubrió desde lejos y vino sonriente a reunirse con nosotras. Mi hermanita no mostró ninguna emoción. La carta de Rosa le había hecho efecto. Era más sensible que yo y además se sentía culpable. Fui yo la que le preguntó a Tania:

—¿Alguien ha reclamado el cuerpo del contrabandista?

—Dicen que una millonaria ginebrina, que se dice su hermana. ¿Entiendes que un hombre tan rico trafique con armas para el FLN?

—No, no lo entiendo. Y los asesinos ¿quiénes son? —pregunté sin mirarla. —Dos desconocidos. Los testigos dicen que eran morenos y que huyeron en un automóvil muy elegante. ¿Sabes que le dispararon cuando salía del despacho de Hemm? Los amigos estamos asombrados, aunque conociendo al loco de Hemm todo es posible... ya ha estado en la cárcel —afirmó Tania con naturalidad.

—¿Hemm? ¿El que nos llevaba en su lancha?

Sí, se trataba del frívolo de Hemm, siempre dispuesto a todas las locuras, a todas las fiestas, a cualquier excentricidad. Era un poco el bufón del grupo. Acostumbraba celebrar el final de las fiestas en su despacho, un lujoso local provisto de sillones, de un bar bien surtido y de música. Hemm amaba hacer reír a sus invitados.

“Colonizaremos una isla desierta para no pagar impuestos. Será la isla más elegante del mundo, se prohibirá la entrada a todos los que no sepan bailar y tengan menos de quince millones de dólares de capital. La bautizaremos La Isla Imperial. ¿Qué les parece Santa Helena?”

Al terminar de exponer su proyecto al que cada día le agregaba una nueva cláusula, todos aplaudimos.

—Está detenido, lo están interrogando. La señora Richter está aterrada, como todos nosotros...

—¿Y a ella por qué la van a interrogar? —pregunté asombrada.

—¡Oh! Hay otro problema muy gordo y quieren conectar los dos. ¿Comprendes? —me explicó Tania mordiéndose las uñas con nerviosismo.

Johnny le retiró la mano de la boca y se la colocó sobre la mesa. Tania se quedó quieta. Le conté que la antevíspera había visto al hombre rana.

—Entonces, es verdad que hay hombres rana en Ascona. Y ¿qué buscan?

—No lo sé...

Tania se precipitó a decirle a Johnny que no eran rumores lo de los hombres rana, que yo misma había visto a uno de ellos.

—Buscarán cadáveres o las armas que se perdieron para ver su

procedencia —afirmó Johnny con frialdad.

—¡Es espantoso que te anden cazando! Espantoso, tienes la impresión de que ni bajo tierra estás segura... —exclamó Tania.

Lo dijo con tal convicción que se diría que la andaban cazando o que alguna vez lo habían hecho. La miramos sorprendidas y ella enrojeció con violencia.

—Ustedes no conocen la vida. No estaban en Europa cuando llegaron los americanos y los ingleses persiguiéndonos con sus perros policías. Yo era una niña... ¡qué horror! Nos escondíamos en las ruinas, comíamos tierra, temblando de...

—No hables así —la interrumpió Johnny.

Nervioso, se levantó de la mesa y anunció que debía hacer una llamada urgente.

Se alejó con rapidez, parecía disgustado con Tania.

—Hice mal en recordar el pasado. Johnny tiene razón —dijo ella y bebió su whisky de un trago.

—Debo ir a Rapallo. Volveré en una semana —anunció Johnny cuando se unió nuevamente a nosotras tres.

Nos quedamos solas en el café. Los vimos alejarse dejando tras de sí una estela profunda de melancolía. Parecían dos desdichados, ambos respiraban desgracia, tal vez por eso Johnny era tan encantador.

—He pensado que es mejor evitar al hombre rana. No sabemos de qué lío se trata.

Por primera vez Magdalena reculaba ante el peligro, le sucedía lo que a mí que sin Johnny se sentía perdida. Me pregunté desorientada: ¿Qué vamos a hacer en estos ocho días? Y agregué: “¿Por qué viaja tanto si está de vacaciones?”

Una sombra de sospecha me asaltó y quise irme de Ascona.

—¿Y si volvemos a París? —le pregunté a mi hermanita.

—¡No! Gilles y Gosselin dicen que hay que esperar.

¡Esperar, siempre esperar! Volvimos a Los Tres Pinos. Magdalena se echó en la cama, estaba preocupada. De noche regresamos al pueblo a cenar, no habíamos comido en todo el día. Al acercarnos al hotel de las serpientes por el otro lado de la carretera, vimos que el edificio siempre

apagado tenía algunas ventanas iluminadas, la luz salía turbia a través de sus vidrios verdosos.

—Hay luz, mira, sale un grupito —me sopló Magdalena al oído, mientras retrocedía algunos pasos en la curva de la carretera para no tener que toparnos con ellos cuando el camino se volvía recto como una flecha. En el grupo distinguí los colores de uno de los atuendos de Doris y la silueta baja y redonda de Vicki.

El grupito se alejó de prisa, dieron vuelta en la curva y escuchamos el ruido de un motor de coche que arrancaba. “Se fueron en auto”, dijo Magdalena. Retrocedimos un buen trecho, no queríamos que el viejo dueño del hotel nos viera y pensara que estábamos fisgando. ¿Por qué tenía luz? Seguramente había huéspedes. Nos pareció que alguien nos observaba, pero ¿desde dónde? Al cabo de un rato rehicimos el camino al pueblo. La caminata nos abrió el apetito.

—Alguien nos sigue —dijo Magdalena deteniéndose en seco.

—¡Camina y no te vuelvas! —le ordené a pesar de la corriente helada que me atravesó la espina dorsal.

La noche era alta, las copas de los árboles se dibujaban medio desechas, algún grillo cantaba a nuestro paso y alguien continuaba siguiéndonos. Sus pisadas cautas y apagadas venían detrás de nosotras. Entramos a Ascona por las callejuelas traseras, buscamos un restaurante barato y ocupamos una mesa. Apenas lo habíamos hecho, se sentó junto a nosotras un desconocido.

—¡Hey! —me dijo dándome un golpecito en el hombro.

Reconocí los ojos del hombre rana. Iba en mangas de camisa, con un suéter blanco amarrado al cuello. Tenía el cabello casi al rape y una sonrisa demasiado amable para ser verdadera. Su piel era muy pálida, se diría que la tenía llena de humedad.

—Mi hermana —le dije señalando a Magdalena.

Lo imaginé. Las vi hoy...

—¿En dónde? —se precipitó a preguntar Magdalena.

—En un café, hablando con una pareja. No parecían muy contentas.

El hombre tan aparatoso cuando aparecía vestido de rana, era insignificante. No entendí el miedo que me produjo en el embarcadero y

menos aún el que me seguía produciendo en aquel cafetín oscuro. Adoptó una postura familiar, tendió la mano por encima de la mesa y dijo a guisa de presentación: “¡Joe!”. Le contestamos: “Estefanía y Magdalena”. Decidió que debíamos compartir una pizza para tres y una botella de vino. ¿Estaba muy solo o quería interrogarnos? Se lanzó a hablar de Tommy y del profesor Novicki.

—¿Los conoce? —preguntó mi hermanita.

—Bastante, en cierta manera. Tipos curiosos. Muy curiosos. ¿Y qué hacen dos chicas tan bonitas con dos viejos como ellos? —preguntó divertido.

—Son amigos nuestros. No tiene nada de particular —contestó Magdalena.

—¡Oh!, no diga que no tiene nada de particular, porque los dos son muy particulares. Justamente, ¡muy particulares! —y se ríó con malicia.

—Cuestión de opiniones, con nosotras son muy amables.

—¡Seguro que son amables! —afirmó Joe volviendo a reír.

Era difícil hablar con él, no sabíamos si actuaba de buena o de mala fe.

—¿Les gusta Ascona? ¿Por qué vinieron justamente aquí?... ¿Algún amigo? A mí no me gusta, es un lugar conflictivo, triste, lleno de enemigos políticos, quiero decir nazis y comunistas.

—Vaya tontería, eso de los nazis es un lugar común. Hitler se murió casi al mismo tiempo que yo nací y Stalin un poco después —le contestó desafiante Magdalena.

—Ok, aceptemos que es un lugar común, pero no me negará que Ascona está llena de nazis y de comunistas.

—¿Comunistas? ¿No sabe que está de moda ser comunista? Además son personas como usted y como yo.

—Como usted, tal vez. Como yo, ¡no! —le contestó riendo.

El hombre rana insistía en sostener la plática y lo mejor que podíamos hacer era comer de prisa e irnos. Hablaba de todo menos de lo que debía interesarle, el contrabandista muerto y las armas extraviadas. Nos preguntó dónde nos alojábamos y tuve la seguridad de que ya lo sabía, pues cuando dijimos, en Los Tres Pinos, afirmó: “Bonito lugar, muy limpio, pero un poco retirado para dos chicas solas como ustedes”.

—¿Y usted dónde se aloja? ¿En el hotel de la carretera? —le preguntó Magdalena, que sin duda recordó a Tommy diciendo: “Ése es de la Interpol”.

—¡No! Está completo. Aunque tiene el aspecto de estar casi vacío. No me juzgaron digno de guardarme entre sus peces y sus serpientes —y volvió a reír esta vez a carcajadas. Nos contagió la risa. Cuando dejamos de reír, se diría que empezaba una cierta confianza entre los tres. Se inclinó y señaló hacia el lago.

—¿Ven aquella casa apagada? ¿Aquella en lo alto de la roca del otro lado del lago? —nos preguntó señalando un palacete en medio de dos casas magníficamente iluminadas.

—Sí, la vemos...

—¿Son amigas de su dueño?...

—No...

—Pues mejor para ustedes, porque desapareció. Se dice que lo mataron...

Magdalena preguntó:

—¿Cuál es la casa?... ¿esa blanca?... ¡Estefanía! ¡Es la casa de Paul!...

—Sí, la casa de mármol blanco. El dueño desapareció al amanecer —dijo el hombre rana.

—¿Por qué?... ¿Quién lo mató o lo raptó? No es posible —afirmó Magdalena.

—¡Ah!, si lo supiera. ¿Quién lo mató y por qué? Se piensa que son motivos políticos. Aunque era muy rico y el dinero siempre es un motivo poderoso para el crimen. Era un alemán que se refugió aquí, dividía su tiempo entre Ascona y Zúrich... también pudo ser un suicidio. Pero, ¿en dónde está el cuerpo? Ascona está llena de sospechosos, los que viven aquí y los que vienen de visita no son gente común. ¡No, no me gusta Ascona! ¿Se imaginan a un hombre como él, que vive solo, rodeado de perros y de criados y que desaparece sólo para dejar un poco de sangre en su estudio? ¡Cuando van detrás de ti, siempre te atrapan! ¡No hay escapatoria!

—¿Y cómo entraron? —pregunté al ver palidecer a Magdalena con la frase “¡No hay escapatoria!”, que también a mí me hizo pensar en

Enrique. El hombre me miró con sus ojos casi líquidos.

—Hay mil maneras de entrar en esa casa, una de ellas es por el agua. Cualquier mujer puede introducirse por una de sus terrazas —y el hombre se quedó mirando la casa lejana y apagada.

“Cualquier mujer puede introducirse por una de sus terrazas.” ¿Qué quiso decir con eso? Sentí que nos acusaba del crimen de Paul... era increíble que Paul al que habíamos visto hacia sólo dos días hubiera desaparecido. Una sensación de extrañeza me invadió. ¿Quién podía desearle un mal a aquel viejo mundano y encantador? La presencia del hombre rana tan próxima me incomodó; no podíamos expresarnos con libertad en su presencia, ni dejarnos llevar por el peso brutal que nos había caído encima. ¿Y el cuerpo? El cuerpo que tanto me preocupaba cuando Rosa y yo queríamos suprimir a doña Justa, ¿dónde estaba? Turbada me puse de pie, pero Magdalena me tiró del brazo.

—Espera a que termine mi café —me ordenó.

—¡Bravo! —exclamó Joe.

—¿Y por qué una mujer iba a matar a Paul? No supe que tuviera ninguna enemiga, todas lo queríamos mucho —aseguró Magdalena.

Joe movió la cabeza con lentitud.

—¿Enemigas? Tenía dos enemigas importantes: su fortuna y su política. Su caso no era fácil.

—Pues busque a su fortuna y a su política —respondió Magdalena.

—Eso es lo que se está haciendo. Pero primero hay que encontrar su cuerpo.

—¿Por eso estuvo usted buceando? —le preguntó Magdalena.

—No, empecé a bucear antes de su desaparición... ¿conocen bien la casa? Yo anduve muy cerca de ella, vi sus terrazas a flor del agua —nos preguntó mirándonos con indiferencia.

—Sí, la conocemos, pero no muy bien. Esas terrazas sí las visitamos.

—¿Y son amigas de sus amigos?

—De algunos. Amistades superficiales, más bien conocidos, si piensa usted en que somos extranjeras y ésta es nuestra primera visita a Ascona, se dará cuenta de que no podíamos ser muy íntimas, contestó mi hermanita con impaciencia y haciendo ademán de irse.

Me puse de pie para despedirme. Magdalena me imitó.

—Después de lo que nos ha dicho es mejor recogerse temprano. Este pueblo no es nada seguro. El otro día también mataron a un hombre en pleno centro —dijo Magdalena al despedirse.

Salimos de prisa. Nos dirigimos al Isole Bar, no queríamos estar solas.

—¿Oíste? Acusaba a una mujer.

—Es obvio que fue él. Llegó nadando, se metió, mató a Paul y lo tiró en el lago. Le debe haber puesto un peso, para que su cadáver no flote —aseguró Magdalena.

Encontramos a Helmut y a sus amigos en el Isole Bar acompañado de sus amigos tostados por el sol. Era muy joven, su padre era un industrial conocido. Magdalena cayó sobre ellos como una tromba. La recibieron a besos. A mí me monopolizó Helga, que parecía haber olvidado que la víspera se hallaba en cueros en el estudio. Me llevó a la barra y empezó a beber. ¡Cómo bebía! Observaba a mi hermanita que bailaba en la pista con Helmut. Hacían buena pareja, él era muy alto, llevaba un suéter rojo y sus ojos azules y su cabello rubio lo convertían en un héroe de novela. Magdalena con su traje blanco a rayitas rojas, cinturón rojo y cuello de piqué blanco, parecía una prolongación suya.

—Ya sé lo que está pensando, que su hermanita va muy bien con Helmut —me dijo un joven bajito, moreno, llamado Tarsicio y al que habíamos conocido en la casa de Tommy. ¡Lo había olvidado! Recordé que su ambición era ser periodista. En la casa de Tommy había estado contando anécdotas de todos los turistas y los habitantes de Ascona. Ahora escoltaba a Helga y comentaba lo que sucedía en la pista. Abordé el tema de Paul. Los dos me miraron con disgusto. ¿Cómo podía yo hablar de ese tema? ¿Y cómo me había enterado?

—¿Por qué lo mataron? —pregunté.

—Lo mataron o desapareció... no se puede afirmar algo tan rotundamente.

—Pero ¿por qué? —insistí.

—¡Política!, ¡política!, ¡política! —me contestaron al mismo tiempo.

Ambos cambiaron de tema, como si el crimen de Paul les resultara insoportable o les produjera miedo. Hablaron de Magdalena: “Hacen

buena pareja”. “¿Quién está más enamorado de los dos?” Helga contestó decidida: “¡Helmut!” Yo continuaba recordando a Paul. ¿Por qué decían que no lo habían matado si encontraron sangre en su estudio? Opté por callar. Al amanecer Helmut nos llevó a Los Tres Pinos en su automóvil. No dijo nada sobre Paul. Nosotras también callamos. El hotel de las serpientes estaba apagado.

Hacía unos días que dormíamos intranquilas y esa noche Magdalena habló a gritos en sueños, se debatió como si se defendiera de un enemigo. El crimen de Paul nos había aterrado. ¿Por qué nadie quería hablar sobre eso?

Recibimos una carta de Rosa, al final de ella nos decía: “Mi papá está siempre temeroso de que Enrique las encuentre. Por eso insiste en que se acerquen a ese profesor Novicki y a su esposa, que parecen personas excelentes...”

—¿Ya ves? Mañana iremos a verlo a las siete de la mañana —dijo Magdalena que acababa de quejarse: “¡Estefanía, qué pesadilla tuve! Ya me da miedo dormir”. ¿Y qué pensaba, que cerca del profesor iba a olvidar lo que le había sucedido a Paul?

Durante dos días Magdalena me dejó vagabundear sola por Ascona, mientras ella se fue a nadar a la casa de Helmut. No pudimos llegar a visitar al profesor, nos quedamos dormidas hasta tarde. En la noche nos encontrábamos en el Isole Bar. Las tardes se me hacían eternas y decidí ir a visitar a Doris. ¿Cómo pude pensar que su piso era bonito? Lo encontré lleno de polvo, con los ídolos y los cachorros peruanos respirando tierra en medio del calor. Ella me abrió la puerta de mala gana. También ella estaba sucia y los estambres de su blusa bordada, desteñidos y apelmazados. Su actitud era hostil.

—¿Qué haces por aquí?

—Nada. Quise visitarla, hace tiempo que quería hacerlo...

—¡Ah!, quieres venir. ¿Para qué?

—A saludarla..., ¿cómo está el profesor?

—¡Muy bien! Pero te advierto que no le gusta nada lo que han hecho. ¿Andar con indeseables? Se les advirtió que no debían mezclarse con cualquiera y lo primero que hicieron fue mezclarse con todos.

Estábamos en medio del salón y Doris no me ofrecía asiento. Estuve segura de que tenía visitas a las que no quería que viera, pues a cada instante se volvía hacia la puerta entreabierta que comunicaba con su habitación de dormir.

—Es que son jóvenes...

—¡No! No todos son jóvenes, hay algunos agentes secretos de la policía. ¡Y han hecho perfectamente mal en aceptar invitaciones tuyas! Perdona, hacía una siesta —y me condujo a la puerta.

Me encontré en la calle desconcertada y ofendida. Decidí ir a buscar a Vicki, era más amable y el encanto de su tienda tenía un efecto pacificador. En el camino hice el recuento de los amigos y no encontré a ninguno que pudiera pertenecer a la policía. Me animó el campanillazo de la puerta pero en la tienda no estaba Vicki. Una desconocida me salió al paso.

—Vicki está de vacaciones desde hace ya tres semanas. Volverá en unos días.

“Hace ya tres semanas”, iba yo a decir: “Imposible, hace cuatro o cinco días que la vimos salir del hotel de las serpientes”, pero preferí callar ante la mentira descarada de aquella desconocida. Tenía razón Joe, el hombre rana, Ascona era un lugar peligroso.

Salí descontenta. “Iré a buscar al profesor Novicki, a estas horas debe estar en el café con Eva.” Tuve suerte, allí estaba con su eterna camisa gris de manga muy corta.

—Estefanía, estoy disgustado con Doris por la manera como te recibió esta tarde, pero la fraternización de ustedes con ese Joe, bueno, se hacía llamar ¡Joe! —repitió con amargura.

—Era un hombre rana... —dije.

—Que fuera hombre rana sólo implica que era un agente de importancia. ¡Lo que las habrá hecho reír! No, no se puede uno mezclar con desconocidos. ¡Y Magdalena! ¿En qué pensaba Magdalena la noche que cenaron con él?

—En Paul. Nos contó que lo mataron —confesé.

—¿A Paul? ¿Qué Paul? ¿Te refieres al nazi que desapareció? ¿Y cómo se atreve ese individuo a decir que lo mataron? ¿Y si se fue de viaje? ¿Lo

sabes tú? ¿Eres amiga de él?

—Sí, éramos amigas...

El profesor cambió el tema y me dio consejos para evitar encuentros desagradables.

—Finge que no hablas ningún idioma conocido, ni siquiera el tuyo si te hablan en español. Si el importuno te sigue, toma un autobús y si él lo toma, bájate de improviso, cruza la calle y toma el que vaya en sentido contrario. Él se bajará en la próxima parada y te habrá perdido la pista. Ningún intruso se acercará a regalarte mil francos, sino a sacarte ventajas.

El profesor me hizo reír, al despedirme prometí estar con Magdalena a las siete y media de la mañana en la playa. Lo encontramos armado de una cámara de fotografía. Sonrió con malicia.

—Hoy es el día de la vanidad —nos dijo.

Eva y él nos llevaron a una playa escondida, en la que crecían juncos altos y la tierra rojiza se hallaba inundada por las aguas del lago. Nos tomaron varias fotos entre los juncos.

—¡Vestidas! Las fotos en traje de baño no dan la verdadera calidad de las personas. Semidesnudas, adoptan actitudes falsas —nos explicó.

Nadamos con ellos un rato. El agua estaba fría y Eva no resistió su rigor. Se envolvió en una bata y huyó con su marido a la casa de Doris, donde la esperaba un desayuno especial. ¿Cómo una mujer gorda podía ser tan delicada?

A partir de la desaparición de Paul todo se precipitó, era como si todos hubiéramos perdido la medida de las cosas o la alegría. Yo le di una bofetada a Magdalena. ¿Cómo podía contarle a Rosa sus desmanes? Casi no me atrevo a escribirlo. Sabía que por las mañanas nadaba con el profesor y con Eva, de ahí se iba a la casa de Helmut a seguir nadando en su piscina. Iba a los bares con Johnny, que estaba de regreso en Ascona. Tampoco ignoraba su amistad con Manfred, un piloto callado y cortés, que paseaba solitario por el pueblo. Pero nunca sospeché que se había comprometido con los tres al mismo tiempo y que a los tres los engañaba. Sospeché algo cuando vi que llevaba tres anillos en su bolso y que se los cambiaba con rapidez cuando encontrábamos a alguno de los tres

muchachos. Digo anillos para no decir alianzas.

—¿De dónde sacas tantos anillos?

—Me los he comprado...

—¡Qué despilfarro!... ¡Qué manías tienes! Júrame que no los has robado en una joyería, como te robabas las revistas y los chicles: robar alhajas son palabras mayores —le dije preocupada.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué mente tienes!

Su enojo me reconfortó y contenta la vi irse a la piscina de Helmut. Yo me fui a la playa, inundada de sol y de sombrillas abiertas como grandes flores de colores. El día era esplendoroso, pero no nos hacía olvidar a Paul y a su misterio.

Me encontré con Tarsicio, que ya me había confiado que su vocación era escribir. Sentado en la playa con un cuaderno en la mano, sacaba notas. No me parecía el mejor método, ni tampoco le veía el tipo de Dostoievski. Además hablaba de cosas sin importancia y se cerraba en banda al escuchar el nombre: Paul. De pronto lo escuché decir:

—Su hermana es el tipo ideal para ser heroína de novela.

Se puso a jugar con la arena ante mi silencio acusador.

—No entiendo... —le contesté al cabo de un rato.

—¡Sí, ideal! La tengo muy estudiada. ¿Cómo puede andar con tres hombres a la vez y que ninguno de ellos sospeche nada? ¡Qué talento! — exclamó sin abandonar el juego de la arena.

—No entiendo...

—Mi pobre Estefanía, su hermanita entra en las mañanas al hotel de Johnny. ¿No me comprende?

—No... Magdalena va a ver al profesor por las mañanas...

—¿Al profesor Novicki? ¡Se equivoca, Estefanía! Va a ver a Johnny, es su amante y el pobre anda loco por ella. Lo siento por su hermanita. Veamos, ¿quién es Johnny? Nadie lo sabe, ni conoce a su familia. Es rico, sí, sus amigos y él son buenos comerciantes y lo estiman. Paul, por ejemplo, lo quería bien, pero... un hombre de su edad se enamora y se vuelve violento, no es un niño como los otros dos: Helmut con el que su hermanita se ríe, o Manfred con el que cena en un café viejo de la ciudad. ¿Ve? ¡Tres novios! ¡Tres! —exclamó triunfante Tarsicio.

—¿Y usted por qué la espía? ¿Quién le paga para perseguirla? —le pregunté pensando en Enrique.

—¿A mí? ¡Nadie! No diga tonterías. Simplemente la he observado como a un sujeto literario.

—Le prohíbo que la llame objeto literario y que repita que es amante de Johnny. Ésas son palabras mayores. ¿Sabe lo que significa amante? —le pregunté con severidad.

Tarsicio se echó a reír. Como todos los europeos era un cínico pedante.

—Estefanía, lo sé mejor que usted, no se enfade, su hermanita se llama ¡Magdalena!, estaba predestinada. Uno responde al nombre que lleva. Es una cortesana desde antes de nacer. Es su destino y usted debe aceptarlo.

—¿Una cortesana?

La palabra me hizo enrojecer. ¿Cómo se les ocurrió a mis padres llamarla así? Se prestaba a equívocos, como el que ocurría en ese momento. La interpretación de Tarsicio era inaceptable, mis padres nunca la hubieran bautizado Magdalena si ese nombre indicara malas tendencias. ¡Los acusaba de complicidad y se burlaba de mí, que apenas podía dormir pensando en la tristeza caída sobre nuestra casa abandonada! Me puse de pie y me alejé.

—Si quiere escribir y tiene esa cabeza tan truculenta ¿por qué no escribe sobre los crímenes que se cometen aquí? Investigue quién mató a Paul y quién mató al contrabandista; déjeme tranquila —le dije furiosa.

—Estefanía, ¿cómo voy a escribir sobre esos crímenes? Esos son misterios y nadie puede decir nada, ¿no se da cuenta?

—Sí, me doy cuenta de que tiene miedo. En cambio no tiene miedo de nosotras.

—Estefanía, su hermanita tiene razón, es admirable: ama y la aman. Pregúntele a Johnny, la considera la criatura más inocente y adorable que ha conocido, sólo que ignora los otros dos noviazgos. Los tres novios lo ignoran. ¡Qué talento! ¡La verdadera mujer moderna, joven, bella y libre! Haga lo que hace Magdalena.

—Además es usted un chismoso que ha hecho la encuesta entre ellos.

Me fui a un lugar apartado de la playa a esperar a Magdalena. Con tristeza me di cuenta de que había algo de verdad en lo dicho por

Tarsicio. Era sospechosa la repentina necesidad de Magdalena de ir a visitar todas las mañanas al profesor Novicki. “No vengas, te da pereza...”, me decía antes de salir corriendo. Cuando estábamos con Helmut y sus amigos, Johnny de preferencia no nos saludaba. “¡Qué raro!” Alguna vez pasé con Helga delante del café en el que mi hermanita se reunía de noche con Manfred y Helga me alejó diciendo: “¡No es Magdalena, la ves en todas partes!”. ¡Mi hermanita era una tramposa! Iba por muy mal camino. ¿Qué podía decirles a mis padres? ¿Y a las madres? Más valía no pensar. ¿Y Magdalena confesaría sus pecados? La vi buscándome en la playa. Venía sonriente, con su bikini azul, descalza, arrastrando su bolso blanco de playa. ¿Será posible que sea una sinvergüenza? Sonreía delante de cada grupo que cruzaba y todos le contestaban con signos alegres y amistosos. ¡Qué vergüenza! Su color era magnífico, parecía una estatuita de oro pálido. ¡Oro! ¡Vaya cínica! Al no descubrirme en el lugar habitual se asustó. Empezó a buscarme con ojos aterrados. “¡Anda, bandida, para que aprendas!”, pensé y no salí a su encuentro. Me descubrió, se echó a reír y vino corriendo.

—¿Por qué te escondiste? —me preguntó contenta.

—¿De dónde sacaste ese anillo? Dicen que eres amante de Johnny y novia de Helmut y de Manfred. ¡Es una vergüenza! Debe de ser verdad por lo de los tres anillos.

Mi hermanita levantó los hombros con suficiencia.

—¿Has ido a confesar?

—Sí, nueve aves marías, cuatro padres nuestros y la promesa de quedarme con un solo. —me contestó mirando el lago.

—¿Lo has cumplido?

—No; ¿sabes que estoy comprometida en secreto con Johnny? Mira, este anillo me lo dio él. Nos vamos a casar...

—¿Otra vez en secreto? ¿Como con Enrique? Tú no entiendes, acabarás muy mal. Eres casada. ¿No te parece bastante con lo que has hecho? ¿Y los otros dos?...

—También estoy comprometida con ellos. En cuanto a ser amante de Johnny no le veo nada de malo. ¡Estoy muy enamorada de él! Si no lo veo... me mato. Johnny es tan dulce, tan bueno, tan discreto. Tú has visto

que no me habla en público, es decir cuando estoy con amigos, para evitar chismes y comentarios, bueno tú sabes. ¡Qué distinto del horrible Enrique! Ya me echaste la sal hablando de él.

—Voy a escribir a la casa. Ya no quiero estar contigo...

—¿Por qué? ¿Dime qué te he hecho? Los tres son muy buenos, ¿qué te han hecho? Si pudiera casarme con los tres no tendría ni un minuto de miedo, siempre estaría acompañada —dijo contemplando el lago con sus ojos que cada día se le ponían más verdes.

—¿Sabes que dicen que te llamas Magdalena porque eres una cortesana?

—¡Eso es muy profundo! Me has quitado un peso de encima. Nuestro Señor le dijo a la Magdalena: “Mucho te será perdonado porque has amado mucho” —contestó pensativa.

—Además ¡eres adúltera! ¿Te imaginas el disgusto de mis padres?

—Mira, no estoy casada por la Iglesia. Ya lo hemos discutido. Mis padres saben mucho, pero Nuestro Señor Jesucristo sabía más que ellos. Eso no me lo vas a negar. Acuérdate lo que les dijo a los que querían matar a pedradas a la adúltera: “¡Que arroje la primera piedra el que esté libre de toda mancha!” ¿Te crees superior a Cristo? Cuando me hice amante de Johnny me molestaba la palabra a-dúl-te-ra, pero me acordé de que Nuestro Señor estaba sentado haciendo dibujitos sobre la tierra con una varita, cuando se acercó el grupo que apedreaba a la adúltera y los maldijo. ¡Los maldijo!

—¿Qué quieres decir? ¿Qué Nuestro Señor me maldijo a mí?

—¡Exactamente!

Y ¡paf! le di una bofetada que resonó en toda la playa. Magdalena se quedó inmóvil. Johnny se acercó a nosotras, se puso en cuclillas junto a mi hermanita y le acarició la piel dorada de uno de sus muslos con la punta de los dedos.

—¿Problemas, querida? —preguntó con ojos amorosos.

—Muchos problemas —contesté yo avergonzada.

—Estefanía se enfadó porque me niego a escribirles a mis padres —dijo Magdalena poniendo cara de santa. Y parecía una santa. El sol le caía sobre la cabeza y sus cabellos cortados a la Kim Novak tomaban el brillo

de una aureola. Johnny me miró sonriendo.

—Yo tengo la culpa. La cito muy temprano para ir en bicicleta alrededor del lago... —me dijo con inocencia. Le creí. Los embusteros eran Tarsicio y mi hermanita que había aceptado ser su amante. Vi que Johnny acariciaba la rodilla de Magdalena.

—No me toques. Te lo tengo prohibido —exclamó ella mirando hacia todas partes.

“¿Tendrá miedo de Helmut o de Manfred?”, me pregunté desconcertada.

Johnny agachó la cabeza y pidió perdón. Nunca presencié una escena semejante. “Se escuda en Jesucristo para hacer sus tropelías. Lástima que no se fue al convento cuando tuvo aquella crisis mística”, me dije. Su amigo, en cuclillas junto a ella, parecía muy manso, muy dulce. Tarsicio había dicho: “Usted no sabe quién es. No tiene familia...”

—¡Prométeme que hoy por la noche les escribes a tus padres!

—Prometido, Johnny.

¿Prometido? Esa misma tarde cuando nos separamos del profesor Novicki se fue con Helmut a una fiesta en su casa. No quise hacer mal tercio, me quedé sola. Di varias vueltas por las callejuelas, tenía ganas de llorar. Vicki continuaba de vacaciones. A esa hora no podía interrumpir a Helga en su trabajo en La Colomba. Ya había oscurecido cuando quise ir a buscar a Tommy. Llegué a la plazoleta redonda, subí a su edificio solitario, alcancé la puerta de su piso y tiré del cordón de seda rojo. Nadie contestó. De adentro de la casa no venía ningún ruido. ¿Tommy había salido con Alejandrino? Volví a la plaza y desde allí vi que todas las persianas de su piso estaban cuidadosamente cerradas. “¡Qué raro!”, pensé. Di algunas vueltas delante del edificio esperando a que alguien llegara. Una voz que venía de la oscuridad me llamó, me acerqué al árbol para ver quién me llamaba, era el jardinero, mi pretendiente al que le pusimos “Sigfrido”. Vi relampaguear sus dientes blancos. No me tendió la mano.

—Su amigo dejó Ascona hace varios días —me dijo con voz monótona.

—¿Cuándo?...

El joven dudó en darme la respuesta, me miró con intensidad, sus ojos

violeta centellearon con la escasa luz de la farola y contestó decidido.

—Al día siguiente de la desaparición del señor Paul...

—¡Ah!... Paul... pobrecito, hace ya varios días de eso y no aparece. Yo creo que lo mataron...

—No diga que lo mataron. No se ha encontrado su cuerpo —me contestó con energía.

—Alguien me dijo que encontraron sangre en su estudio. Tommy se debe haber asustado. Temería que le hicieran lo mismo, un crimen, un rapto.

—¿De quiénes tenía temor Tommy? —me preguntó con severidad.

—De ellos, de los mismos que desaparecieron a Paul, bueno imagino que son, serán los mismos.

—Es mejor para usted que no le diga a nadie que anduvo preguntando por Tommy y por Paul. Podría tener dificultades. Ahora se está haciendo la investigación y no todos los habitantes de Ascona tienen la conciencia tranquila. Por eso le digo que es mejor que calle —me dijo con voz suave y baja.

Le di las gracias por el consejo, pero no tenía ganas de alejarme de allí.

—¿Paul y Tommy se conocían? —pregunté.

—Sí, eran viejos amigos... —me contestó como a pesar suyo.

—Tommy nunca me dijo que era amigo de Paul, es más, Paul no lo invitaba a sus fiestas... —dije recordando a los dos amigos. Y, en ese instante, me vino a la cabeza Novicki: “¿Jardinero?, ¿alemán?, ¿espía!” En efecto, ¿qué hacía allí ese muchacho al que no volví a ver desde los primeros días de la playa? Dos amigos de Gino quedaron en Ascona para degollar a Tommy si hablaba. “Fue Gino el que mató a Paul, Tommy le debe haber confiado el robo...” Levanté la vista y me encontré con el hermoso rostro de “Sigfrido” que tomado al imprevisto se veía muy acongojado. ¿Qué haría allí? ¿Esperar la vuelta de Tommy? Se lo pregunté.

—¿Yo? Pasaba por aquí y me senté en esta banca a pensar... es un lugar hermoso y solitario. En lugares así se hallan las respuestas para lo que en apariencia carece de ellas, de respuestas, ¿me explico? Aquí se puede leer la noche... —me dijo con voz queda.

Se quedó en la banca. Me volví varias veces para ver si me seguía. No, “Sigfrido” permaneció bajo el árbol y yo me fui a buscar a Magdalena. No quise volver sola a Los Tres Pinos. Entré en el Isole Bar. Me encontré a Helga y a Tarsicio que me rodearon solícitos.

—¿Y Magdalena? —me preguntaron.

—No sé, por ahí anda.

El bar no estaba tan concurrido como las noches anteriores, la gente empezaba a abandonar Ascona, corrían los días primeros de septiembre y se esperaban nuevos grupos de turistas, los que no soportan el gran calor de agosto. Nosotros, los antiguos, comentábamos a los nuevos. Entró Ric como un bolido luminoso acompañado de Érica, los dos se marchaban al día siguiente y venían a decir adiós. Cambiamos direcciones. Di la del hotel Royal en París. Nadie dijo una palabra sobre Paul. Érica quiso decir algo, pero los demás la miraron con reprobación. ¡Todos se iban! El profesor partía en dos días y la tarde siguiente debíamos tomar el té con él, con Eva y con Doris. La amiga de Lenin y de Bela Kuhn, Vicki, continuaba ausente. “Doris estará triste”, debía esperar un año para ver a su antiguo cuñado y recordar los tiempos en que ella y sus hermanas bailaban cubiertas de velos. Recordé que odiaba Los Tres Pinos, ¿por qué? Se lo pregunté a Helga y a Tarsicio, ambos reflexionaron antes de contestar.

—¡Manías de vieja! —dijo finalmente Helga.

—¡No, no, no! ¡Atención! Ahora recuerdo que Los Tres Pinos era una sociedad secreta dentro de la Iglesia católica dedicada a terminar con la democracia, el modernismo y la francmasonería dentro de la Iglesia. Creo que se llamó la Cofradía del Pino, eran integristas y si no fuera por la memoria de esta vieja terca, nadie la recordaría —nos dijo Tarsicio.

—Ésa no puede ser la razón para su odio a ese edificio —le dije asombrada.

—Estefanía, usted no conoce a los fanáticos. Es una especie que no se extingue y la vieja Doris pertenece a esa raza de fanáticos.

—Apúntelo para su novela... —le dije.

Lo sucedido en los últimos días me hizo olvidar el rencor que sentía por Tarsicio y cené con él y con Helga. Ambos estaban tristes, se quedaban en

Ascona todo el año, mientras que los demás nos íbamos. Nos pasamos al bar, en donde estaba un hombre muy alto bebiendo whisky. Tarsicio se colocó junto a él y trató de hacerse el notable. Helga también adoptó una postura interesante. A un gesto del hombre, ambos se precipitaron a presentármelo. Creí entender que era escritor y por cortesía le pregunté:

—¿Ha publicado usted algún libro?

—¡Estefanía! Es Eric María Remarque, el autor de *Sin novedad en el frente*, —me gritaron Helga y Tarsicio.

El escritor me dio la espalda y continuó bebiendo su whisky.

—Está casado con Paulette Goddard —me dijeron en voz alta.

Recordé a mis tías preguntándose: “¿Y qué se habrá hecho Paulette Goddard? ¡Se casó con Chaplin!” Ahora podía sacarlas de su error. Se acercó una mujer mayor con pendientes de oro y cabello negro y suelto. “Es Paulette”, me dijeron en voz baja.

—Las mujeres guapas y famosas son las únicas que envejecen —les dije.

—Todos envejecemos —protestó Tarsicio.

—Es igual, no se nota. ¡En cambio, ellas!... ¡Qué injusticia!

Nos sentamos los tres en una mesa. “Le escribiré a la familia”, me dije y pensé en Magdalena y los tres anillos y los tres novios. “Y es casada.” Menos mal que habíamos guardado secreto el matrimonio vergonzoso de mi hermanita. Era mejor no pensar en eso. Un grupito risueño entró al Isole Bar. En él venía una chica vestida de blanco con unos dientes tan blancos que parecían azules. “Es de las que no deben envejecer”, me dije. Me pareció haberla visto en alguna parte.

—Helga, yo la conozco... —dije.

—¿Conoces a Romy Schneider? —me preguntó Helga.

—¿Qué?... ¡Es Sissi! —grité—. ¡Sissi! ¡He conocido a Sissi! —repetí varias veces.

¡Era increíble que yo, Estefanía, tuviera tanta suerte! “Sissi está hecha con materiales de lujo”, así empezaría mi carta para Rosa. No me di cuenta del momento en que entró Magdalena acompañada de Helmut y sus amigos. Los descubrí cuando ya estaban bailando en la pista. Bailaban muy juntos y los ojos de Helmut habían tomado el color de los relámpagos. Mi hermanita con su blusa y sus pantalones blancos brillaba

como el anillo de oro que llevaba en el anular.

—Tu hermana ni siquiera nos ha visto —me dijo Helga.

—Debo confesar que hace buena pareja con los tres —aseguró Tarsicio.

“¡Con los tres!”, me repetí avergonzada. Me fastidió la visión sublime de Sissi. Magdalena me tiró un beso por encima del hombro de su pareja. Sentí que todos, hasta Rommy Schneider, sabían el deshonor de mi familia. Para disimular le pedí noticias de Tommy a Tarsicio.

—Está muy atareado, le llegaron unos amigos de Venecia. ¡Encantadores! Tiene ahora una fiesta. La vida con dinero es una fiesta. Cuando me haga rico con mis escritos viviré como ellos, de país en país y de fiesta en fiesta. Ahora sólo soy un iobservador! ¡Qué material estoy acumulando, carísima Estefanía! —y se volvió a mirar a Magdalena y a Helmut.

¿Por qué Tarsicio me dijo que estaba Tommy con amigos si se había ido de Ascona? Enrojecí. Tarsicio mentía o tal vez me mintió “Sigfrido”. No, el jardinero me había dicho la verdad, la casa estaba cerrada y apagada, tenía el aire inconfundible de una casa abandonada. Hacía varios días que ni Tommy ni Alejandrino nos habían llamado por teléfono. Tal vez les había ocurrido lo mismo que a Paul y nadie se había enterado. Por eso mentía Tarsicio. Por eso estaba el jardinero vigilando. ¿Acaso el profesor Novicki no había dicho: “jardinero y alemán, ¡espía!” Pero, ¿espía de quién? Miré a Tarsicio, pensé que no sabíamos nada de él. ¿Quién era? “Sea quien sea, miente.”

—¿Y usted ha estado en las fiestas de Tommy con esos amigos venecianos?

—Naturalmente.

—¿Y por qué no fue a la que da esta noche?

—Prefería venir aquí con usted y Magdalena. No me sentí con fuerzas para afrontar a gente tan elegante y hablar de Tiepolo o de Botticelli. ¿Comprende?

Tarsicio se volvió a ver a mi hermanita que continuaba bailando con Helmut. Prefería ese espectáculo al de la fiesta de Tommy, ¡mentía!, no había ninguna fiesta. Me sentí confusa, en ese momento descubrí a Johnny de pie en la orilla de la pista contemplando a mi hermanita. Tenía

los brazos cruzados y una expresión terrible en los ojos. Magdalena abandonó a su pareja y vino corriendo a la mesa para besarme en las mejillas.

—¿Nos vamos? —me preguntó con calma.

—Ya era tiempo —le dije mirando a Johnny que continuaba en la misma actitud y con la misma mirada terrible.

Detrás de Magdalena llegó Helmut.

—Ven a nuestra mesa —me dijo al mismo tiempo que me daba un beso en la frente.

—Estefanía se siente mal. ¡Muy mal! Tengo que llevarla a la casa — anunció Magdalena con voz decidida. Helmut se preocupó.

—La llevaremos en mi coche...

—No, no, no, es injusto. Yo debo acompañarla. Tú no te molestes. Le hará bien caminar. ¿No ves que el whisky se le ha subido? Caminando se le pasa. ¡Vamos, Estefanía, vamos! Sería una lata que llegara mareada a la casa —dijo al tiempo que me tiraba de un brazo.

Me puse de pie y mi hermanita simuló sostenerme. ¡Era una comediente! Fingió no ver a Johnny cuando pasamos junto a él, tan inclinada iba sobre su hermana “borracha”. ¡Qué humillación! Y ahí mismo estaba Sissi, que por fortuna no pareció darse cuenta de nada. Si alguien preguntaba, le dirían: “¡Bah! ¡Una mexicana borracha!”

Helmut se quedó de pie en la puerta del Isole Bar sin saber qué hacer ante la firme decisión de Magdalena. Apenas nos hubimos alejado unos pasos mi hermanita me hizo caminar muy de prisa.

—¿Viste la cara de Johnny? ¡La de un salvaje! Está furioso, qué tonto, él es mi predilecto —me confió sin dejar de apretar el paso.

No quería hablar con ella. Detrás de nosotras corría alguien, me volví y me encontré con el embustero de Tarsicio. Casi sin aliento se emparejó a nosotras. Quería saber el final de la aventura.

—¡Qué bella noche! Cuántas estrellas, el universo es infinito, en noches así me doy cuenta de que somos insectos pequeñísimos, orugas, arrastrándonos sobre esta tierra rugosa. ¡Y tantas pasiones, tanta ira, para nada! ¿No les parece?

—Yo no soy una oruga —contesté de mala manera. Aquel pedante

¿debía hacernos oír sus tonterías durante aquella carrera? Magdalena se animó.

—¡Qué pretenciosa eres! Tarsicio tiene razón, somos orugas. Por eso lo que hacemos es insignificante. Estoy de acuerdo en que seamos orugas pero con conciencia, y a Dios que todo lo ve, todo lo puede y todo lo perdona, no puede importarle con quién baile yo.

—¡Oye!, eso de que todo lo perdona está por ver: ¿y el infierno? —le dije.

—Estefanía, en Florencia vi el círculo que marcaron en la Plaza de la Señoría en el lugar exacto donde quemaron a Savonarola. Hay demasiados savonarolitas. ¿No le parece, Tarsicio?

—¡Sí, demasiados!...

Un Mercedes rojo descapotable frenó junto a nosotros. Era el coche de Johnny. Abrió la portezuela, estiró el cuerpo hacia afuera, como si se fuera a salir del coche, me cogió de un brazo con una fuerza desconocida y de un tirón me subió al auto. Arrancó sin darme tiempo a cerrar la portezuela.

—¿Qué pasa?... hay que recoger a mi hermanita —grité asustada, sintiendo que me iba a salir del auto tan bajo que parecía correr al ras del suelo en un vértigo de ciento cincuenta kilómetros por hora y con la portezuela abierta.

Johnny continuó corriendo. “¡Mi hermanita!” volví a gritar. Johnny estiró el brazo y me colocó la mano sobre la boca unos segundos, hizo un viraje terrible, enfrenó y me vi frente al edificio iluminado de Los Tres Pinos. Johnny había entrado hasta allí por el camino de tierra que bajaba hasta la puerta de entrada. El vestíbulo estaba iluminado. Johnny se volvió a mí y me miró.

—¿Tu hermanita?... la hermanita eres tú, Magdalena es mala, cruel, coqueta, ¡infern! ¿Entiendes, Estefanía? Es infernal, lo que me ha hecho... no podía creerlo, tuve que verlo con mis propios ojos...

Dejó caer la cabeza sobre sus brazos cruzados sobre el volante. Estaba muy abatido. No me atreví a moverme ni a decir una palabra. El lugar era muy solitario, los eucaliptos del bosque se erguían amenazadores, sólo se escuchaba el rumor de sus ramas. Contemplé a Johnny estupefacta. Magdalena se había quedado en el camino con Tarsicio, justo antes de

llegar a la curva en donde se hallaba el hotel de las serpientes. Tarsicio era un desalmado y un embustero, había azuzado a mi hermanita contra mí. Podía hacer desaparecer a Magdalena en aquel hotel.

—Johnny, hay que ir a buscar a mi hermanita...

Johnny no se movió. Opté por guardar silencio. Vi la portezuela abierta, “¡qué bárbaro, me podía haber matado!” Tenía razón Doris, los alemanes eran peligrosos. No sé cuánto tiempo estuvo con la cabeza apoyada sobre los brazos. Me pareció que lloraba. Era increíble verlo así, a él que era un personaje en Bonn. Todos lo miraban, el pobre Paul le daba trato de favor, Ric lo buscaba en la playa, la madre de Érica lo llamaba: “Querido Johnny”. En las fiestas del pobre Paul era la vedette. Las fiestas de Paul, a las que yo llamaba “pompeyanas”, se habían terminado sombríamente. El misterio de su desaparición nos tenía a todos inmovilizados y silenciosos.

—Casi me matas. De verdad que ustedes los Boches son medio salvajes —le dije para romper aquel silencio impresionante.

—¿Quiénes son los Boches? —me preguntó sin levantar la cabeza.

—Los alemanes...

—Yo no soy un Boche y no me hables mal de los alemanes. Tú, ¿qué sabes? Tú que nunca has sufrido, niña mimada. A tu edad yo vivía entre las ruinas, escondiéndome de tus civilizados norteamericanos y de los ingleses, que me buscaban para deportarme. ¿Lo sabías? —dijo levantando la cabeza y mirándome con su mirada terrible en la que quedaban algunas lágrimas.

—No, yo no sé nada...

—Entonces ¿por qué repites los lugares comunes? Entérate de que los periódicos están hechos para ocultar la verdad y llenarles la cabeza de estupideces a las pedantes como tú. Yo soy Boche, como tú los llamas...

Johnny murmuró algunas palabras en ruso, se volvió a contemplar el campo silencioso.

—Sí, de niño fui ruso, caí prisionero de los alemanes... Los demócratas eran nuestros jueces, ellos que perdieron algunos miles de hombres solamente. Sin los millones de rusos muertos nunca hubieran ganado la guerra. ¡Nunca!, y éramos traidores a la patria y merecíamos la muerte.

¿Traidor cuando han matado a tus padres e incendiado tu pueblo?...
¿Traidor a los catorce años? Nos escondíamos en las ruinas, comíamos tierra... Tú no me entiendes, tengo el alma rota, tu hermana me ha engañado, no tiene alma... ¿Y por qué te digo a ti todo esto? —preguntó mirándome con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé, yo no diré nada...

Unos pasos se acercaron por detrás del automóvil, me volví, era mi hermanita. Cerca de ella deslizándose como un bandido venía Tarsicio. Se dirigió a la puerta de entrada del edificio, mientras que Magdalena se acercaba a Johnny.

—¡Johnny! Me dejaste en el camino, ¿por qué? —le dijo apoyándose sobre la portezuela del auto junto al volante.

Él la miró con intensidad. Magdalena me dijo en español: “Vete a la casa y no subas. Espérame”.

Johnny, que daba la espalda a la entrada de la casa, le tomó el rostro entre las manos y le dio un beso largo y profundo. Corrí a la casa, la puerta la había abierto Tarsicio que temblaba de pies a cabeza.

—¡Terrible Magdalena, yo expongo mi vida por ella!...

Afuera mi hermanita hablaba con su amante, la vi forcejear con él riendo; pero él no reía, estaba muy serio. De pronto se soltó de sus manos como si fuera a subir al automóvil, dio la vuelta y, cuando menos lo esperaba Johnny, corrió a la casa, cruzó la puerta y la cerró de golpe. También ella temblaba de emoción. Johnny bajó del auto y corrió a alcanzarla, pero se topó con la puerta cerrada. A través del espeso vidrio irrompible lo vi pálido de ira, golpeando la puerta con los puños.

—¡Magdalena, vente conmigo! —gritaba.

Mi hermanita corrió a los elevadores, nosotros la seguimos. La escena era tan tensa que no lográbamos encontrar el botón del sexto piso. Hasta nosotros llegaban los gritos de Johnny: “¡Magdalena!... ¡Magdalena!” También escuchábamos los timbrazos que daba a todos los estudios del edificio con la esperanza de que algún vecino le abriera. Nadie hizo caso a sus llamados.

En el estudio nos aturdiría el timbre de entrada.

—¡Es él! El alemán... —repetía Tarsicio.

—Has armado un lío idel carajo! —le dije a Magdalena apropiándome de la cólera de Johnny.

—Es cierto, iun lío de todos los carajos! Pero no puedo irme con él ahora mismo a Bonn... va a echar la puerta abajo y me va a matar, me lo dijo...

—Magdalena, usted no conoce a los alemanes. Va a tomar el edificio por asalto. Son maestros en la *Blitzkrieg*, ila guerra relámpago! Si tomaron toda Europa ¿cómo no va a tomar este edificio? ¡Dios mío! —repitió Tarsicio, al mismo tiempo que buscaba la manera de poner barricadas en la puerta.

Me senté en el suelo resignada incluso a que Magdalena se fuera a Bonn con Johnny. Yo regresaría a México, o adonde estuvieran mis padres... “¿Qué hará Enrique si se fuga con Johnny? Me buscará a mí”, me dije, temerosa de enfrentarme a aquel cuñado sombrío. De pronto el timbre cesó de llamar. El silencio nos inquietó. “Va a hacer sabotaje, le va a prender fuego al edificio”, dijo Tarsicio en voz baja. De puntillas se acercó a la terraza que daba al bosque.

—¡Miren! ¡Ahí está! Se sube por las columnas —gritó desahogado.

Johnny había rodeado el edificio y trataba de subir por una columna para alcanzar la primera terraza, después de terraza en terraza llegaría a la nuestra.

Descubrió a Tarsicio y le gritó:

—¡Baja, marica! ¡Baja a que te mate! Los maricas no deben entrar en las habitaciones de las jóvenes. ¡Baja o subo por ti! ¡Te voy a achicharrar como a una rata!

—¿Han oído? Quiere achicharrarme. ¿Dónde están las calderas?

—En los sótanos —contestó Magdalena que sentada en un rincón del estudio parecía muy acongojada.

—¡Terrible! No tenemos defensa. Esto es *La Nuit des Traqués* —repitió Tarsicio haciendo alusión a una película francesa que estaba en cartel en Locarno.

—Magdalena, has armado un escándalo del demonio. Ya verás, nos van a echar de este edificio si es que Johnny no llega antes a estrangularte...

—No me importa; que me estrangule —me contestó con voz lúgubre.

Al cabo de un rato Tarsicio entró de la terraza a reunirse con nosotras. Se sentó en el suelo cerca de Magdalena, estaba pálido, encendió un cigarrillo.

—Ya se va... Si un alemán es capaz de hacer todo lo que ha hecho Johnny, ¿se imaginan lo que sería Europa cuando ellos desfilaban por sus calles? ¡Qué terremoto!

Escuchamos el motor de un coche con el escape abierto derrapando alrededor del edificio. Corrimos a la terraza, era el Mercedes rojo de Johnny que corría como loco dando vueltas al edificio, se metía entre los árboles, salía al pequeño jardín de atrás, giraba y volvía a aparecer.

—Maneja el automóvil como si fuera un caballo. ¡Ah!, era del cuerpo de caballería. ¡Es un salvaje! ¡Qué temeridad la suya, Magdalena!

—Se va a estrellar y tú tendrás la culpa —le dije a mi hermanita.

—¿Otra muerte? Tendremos que ir todos a la policía. La policía no creará la historia de la pasión loca, nos van a mezclar en política. Van a querer relacionar esta muerte con la desaparición de Paul, al que sus enemigos acusan de nazi. ¡Y de aquí no podemos huir! El muerto estará a nuestros pies. ¡Tommy es muy sabio, huyó antes de que esta caldera reventara! No se les ocurra acercarse a su casa, la policía, los enemigos de Paul y los amigos están siempre al acecho, buscando sospechosos, eran muy amigos. ¡Esto nos faltaba en Ascona, como si no tuviéramos ya nazis, comunistas, espías y ahora un suicidio por una pasión loca! ¡Qué novela!

El coche de Johnny continuaba girando como loco. Me asomé a la terraza, el edificio estaba apagado, pero estuve segura de que todos sus habitantes contemplaban la escena. Debido a la excitación, Tarsicio había confesado la huida de Tommy y el crimen de Paul. “Si éste no estuviera aquí, llamaría a Johnny. ¡Qué poco inteligente era Magdalena!” La escuché hablar.

—¡No, Tarsicio, a Paul lo asesinaron! Nadie se desaparece y deja tras de sí una huella de sangre en su estudio. ¿Quién lo mató? —preguntó directamente.

—No lo sabemos... es un misterio, una venganza... Varias personas han huido de Ascona. Tommy, creo que por miedo a la Vicki esa que es una fanática. Debe haberse ido con papeles falsos, estoy seguro y no creo que

vuelva en mucho tiempo. Se dicen tantas cosas, por ejemplo, que era agente doble. Ahora arreglan todo con esa fórmula: “agente doble”. Si salimos vivos de este sitio, no le repita a nadie lo que le he dicho, porque entonces estaríamos muertos los tres. Alrededor del crimen de Paul hay mucha niebla.

—Y ¿en dónde conoció Tommy a Paul?

—Creo que en Berlín, cuando Tommy era muy rico. Parece que primero fue amigo de la mujer de Paul, que dicen era divina. Murió en un bombardeo y parece que odiaba a los aliados. ¡Cuántas desgracias han caído sobre nosotros los europeos! En América ignoran lo que es una guerra, aquí todavía no termina...

—¡Terminó hace años! —saltó Magdalena.

—¿No ve lo que sucede? El muro de Berlín, el contrabando de armas, la guerra de Argelia, en París hay un diluvio de bombas, el contrabandista muerto, Paul asesinado y así seguiremos hasta que nadie quede vivo.

Tarsicio fumó varios cigarrillos, de pronto el coche de Johnny dejó de dar vueltas. Me asomé a la terraza, empezaba a amanecer con la luz azulada de los primeros rayos, descubrí a Johnny apostado detrás de un árbol. Tarsicio no podía salir. Johnny con toda su furia le caería encima. ¿Por qué lo había hecho subir Magdalena? Preparé un café y nos dormimos un rato. Despertamos a la una de la tarde. Tarsicio decidió irse y llamarnos por teléfono desde el pueblo para darnos noticias.

Nos quedamos solas. Magdalena se hallaba hundida en una crisis de melancolía y no decía una palabra. Llevaba puesto el anillo de Johnny, yo tenía la impresión de haber pasado una terrible borrachera. Llamó Tarsicio.

—¡Se fue! Lo vi subir a su Mercedes rojo, llevaba todo su equipaje. Espero que no se nos presente a media noche. Pueden venir. Las espero en el café que está atrás del correo.

Magdalena se arrancó el anillo con ira, para volver a colocárselo con lentitud. Simulé no notar su gesto, respetaba su pena. Tomamos una ducha y en el cafetín encontramos a Tarsicio, que nos informó que todo el pueblo estaba enterado del escándalo nocturno. Había visto a Helmut y a Manfred paseando solos por la playa; ambos iban cabizbajos y solos.

—¡El profesor Novicki! No fuimos a despedirnos de él —grité interrumpiéndolo.

—Vayan a su café, allí está rodeado de sus amigos —nos aconsejó preparándose para acompañarnos.

Encontramos al profesor, tal como nos lo dijo Tarsicio. Estaba con Eva, con Doris y con otros tres desconocidos. Nos recibió con los brazos abiertos.

—¡Magdalena!... ¡querida Magdalena! Ya sabía que vendría. No era posible que me fuera sin verla —y le dio un beso en cada mejilla.

Con mano segura escribió en el carnet de direcciones de Magdalena su dirección en Hungría. Mi hermanita le dio la del Hotel Royal.

—¿Piensan seguir viviendo en hoteles? ¡Malo! Es mejor que vivan en un piso y se dediquen al estudio. Usted, Magdalena, hará una carrera brillante, ¡está tan bien dotada! Sería una lástima desaprovechar ese tesoro. Escríbame, consulte conmigo lo que quiera. ¿Por qué no escribe? Tiene imaginación de poeta...

Los amigos de Novicki miraron con admiración a mi hermanita y asintieron con gestos a las palabras del profesor.

—Son dos camaraditas mexicanas —explicó el profesor con ternura.

Sus amigos nos dieron sus nombres y la mano. Parecían obreros y nos veían con respeto, sobre todo a Magdalena, “que podía llegar a ser un orgullo para las juventudes del Partido”, declaró con solemnidad el profesor. A Magdalena se le llenaron los ojos de lágrimas. No supe si de orgullo o de pena por Johnny. Me era imposible descifrar a la esfinge que era mi hermanita Magdalena. El profesor fijó la vista en Tarsicio, que un poco apartado escuchaba la conversación sin decir una sola palabra.

—¿Este muchacho es un camarada suyo? —preguntó.

—Sí, quiere ser escritor —contesté para darle un poco de relieve.

—¡Bravísimo! ¿Le interesa la literatura social?

—Justamente trato de escribir una novela realista. Es decir, con todo lo que veo a mi alrededor —contestó Tarsicio enrojeciendo.

—Que no es muy agradable. ¿Verdad?

—¿Agradable?... no sé si ése sea el calificativo...

Doris intervino para aclararle al profesor que Tarsicio era de Ascona y

que hasta ese momento ella ignoraba que quisiera escribir.

—Es muy joven. La vocación se puede y debe tener antes que el oficio — la cortó Novicki, sonriéndole al muchacho que había enrojecido con la intervención de Doris.

Nos despedimos con grandes abrazos y algunas lágrimas de mi hermanita.

—¡Valor! ¡Valor! Pronto Eva y yo les daremos una sorpresa —nos aseguró Novicki.

—Sí, sí, una gran sorpresa —repitió Eva cubriéndonos de besos.

Las despedidas son tristes, tanto que había renegado de las conversaciones con el profesor Novicki y ahora resultaba que al alejarme de él me sentía perdida en el mundo. “¡Ojalá que volvamos a verlo!” Tarsicio caminaba a nuestro lado.

—¿El profesor sabe que son amigas de alemanes? —preguntó.

—¡Claro que sí!

—¿También sabe lo de Johnny?

—Creo que sí...

—¡Qué raro que las quieran tanto! Sobre todo la Doris, una fanática tipo Vicki...

—Usted dijo antes que era una “agente doble” —le contesté.

—¿Agente doble? Bueno, yo no lo sé. Es decir, no me consta, yo sabía que era una fanática, ¡ahora dicen tantas cosas!

Antes de dormir, Magdalena se quitó el anillo de Johnny, lo guardó en su bolso y me confió desde su cama:

—¡Qué bueno es el profesor! Llevaba yo el corazón roto y él me calmó. Me voy a hacer comunista...

—¿Comunista?...

Preferí no discutir con ella, estaba muy cansada, el día había sido triste.



La decadencia de Ascona era visible, la hermosa playa empezaba a quedarse desierta, algunas terrazas habían cerrado sus parasoles azules, la *principessa*, con sus alhajas y su cortejo de señoras, desapareció. Una gran melancolía se mezcló a la brisa del lago. Eran mis primeras

vacaciones largas y cada árbol, cada rincón, cada esquina de Ascona había encontrado un lugar profundo en mi memoria. Era doloroso decir adiós a aquel lugar hecho de arena, agua, mimosas y veleros. Un triste presentimiento me decía que esos días gloriosos no iban a volver jamás. Magdalena y yo habíamos llegado a una hermosa bahía de luz a la que debíamos abandonar brutalmente. “¿Por qué teníamos que irnos de allí?” Quizás porque se iban todos. “Se van pero tienen un lugar adonde llegar.” En cambio mi hermanita y yo no teníamos adónde ir ni a nadie que nos esperara. Cada amigo que partía era la pérdida de un precioso tesoro. Recorríamos las callejuelas en silencio. En los cafés algunos desconocidos nos observaban sin interés. El lago permanecía intacto en su oleaje multicolor y los raros veleros que cruzaban sus aguas parecían pájaros extraviados.

—¿Y nosotras debemos regresar a París?

—Sí, espero noticias de Gilles y de Gosselin... aunque después de lo que me hizo Zita, no confío mucho en ellos. ¡No nos buscó!...

La ausencia de Johnny y de sus amigos resultaba insoportable. Esperaba siempre que volviera a buscar a Magdalena. Recordaba sus gestos, sus palabras de la última noche y miraba a mi hermanita con compasión. En realidad ignorábamos la vida de nuestros amigos. Tuve la impresión de que las personas emergían de sus pasados tumultuosos sin una sola huella de sufrimiento, como si salieran de un baño de luz o acabaran de llegar al mundo de otro planeta. Magdalena no hacía comentarios, continuaba yendo a la piscina de Helmut que regresaba a Alemania en dos días.

—¿Qué vas a hacer cuando se haya ido?

—Nada. Manfred se va mañana muy temprano, la despedida es hoy por la noche. Pero él y Helmut vendrán a verme a París...

Yo continuaba con Helga y con Tarsicio, que melancólicos veían cómo se iban quedando solos. Hablaban del futuro: “El año que entra Johnny hará las paces con Magdalena”, o bien, “El año que viene las llevaremos a Locarno”. Esos últimos días carecían de sustancia, era como si ya no fueran días, cruzábamos un tiempo neutro en el que no ocurría nada.

A las siete de la mañana nos llamó por teléfono Tania. La sorpresa fue

grande, pues creíamos que hacía días que se había marchado de Ascona. Nos propuso desayunar juntas en el Shiff. ¡Ojalá que esté Johnny con ella!, pensé.

La encontramos sola, dorada por el sol, con los cabellos trenzados sobre la cabeza y el gesto triste.

—¡Fatal temporada! ¡Fatal! Espero que el año que viene sea mejor. Este año sucedieron cosas horribles —nos dijo cuando ocupamos una mesa en la terraza del café.

—Estoy muy triste... a todos nos fue mal. Miren al pobre Hemm, tuvo que pagar una fianza enorme, sin tener nada que ver en la muerte del contrabandista. El fisco le cayó encima. ¡Lástima, nos fastidieron la Isla Imperial! —dijo sonriendo levemente.

—¡No! El año que entra podemos ir allá, si tengo los quince millones de dólares para hacerme socia —dijo Magdalena.

—¿Piensas casarte con el sobrino de Paul? ¡Pobre Paul! Es casi seguro que lo asesinaron.

—No conozco a su sobrino, además sería peligroso, le pueden hacer lo que le hicieron a su tío.

Tania miró a Magdalena con sus ojos almendrados y le dio un golpecito en la mejilla.

—Magdalena, eres muy inteligente... a su tío lo tenían amenazado de muerte.

—Ahora lo amenazan a él. Vino aquí para descubrir de dónde partían las amenazas. Nadie conocía su parentesco, se mezcló con todo el pueblo, con la gente de la playa, es muy inteligente. Creo que descubrió algo, pero fue inútil. A ustedes las vigiló algunos días... —nos dijo mirándonos con malicia.

—¿A nosotras? ¿Por qué?...

—Dos chicas mexicanas desconocidas, que caen en Ascona cuando las amenazas eran más sórdidas y que lo primero que hacen es ir a visitar a Doris y luego al hotel de ese loco siniestro, eran sospechosas. Podían ser enlaces, no sabíamos quiénes eran. Tú, Estefanía, eras muy amable con él, parece que tuvieron un *flirt* mudo...

—¿Georg? —pregunté enrojeciendo.

—No, el jardinero. En Ascona no contaban con que era su heredero directo. Es una familia muy rica desde hace doscientos años...

—Entonces, Tommy nos engañó, él fue el que nos dijo que era jardinero y hemos sabido que era muy amigo de Paul.

—Tommy supo de ustedes y desconfió en seguida, por eso fue a la playa y buscó un lugar vecino al suyo...

Me invadió un sentimiento grave: “¿Cómo sabía el profesor Novicki que Sigfrido era espía?” Me pregunté asustada. Debíamos irnos de Europa, todo estaba muy revuelto, se diría que habíamos entrado en un libro de detectives.

—¡Lo acusaban de nazi! ¡De nazi! —repitió Tania con rabia. Y nos explicó que Paul nunca le había hecho un daño a nadie. “No le perdonaban sus fiestas. Fue lo único que hizo en su vida ¡fiestas! Era tan generoso”...

Guardó silencio. Nos miraba mucho, como si quisiera leernos el pensamiento. Nosotras estábamos intimidadas. El hecho de que hubieran sospechado de nosotras volvía al revés la imagen radiante que teníamos de Ascona y de los amigos. Ambas estábamos ruborizadas.

—Dime ¿qué le hiciste a Johnny? Me llamó de Bonn, el día que se fue no vino a despedirse de mí.

—Se enfadó conmigo. Lo siento mucho, si lo ves, dile que le tengo un cariño enorme. Pienso escribirle... —dijo Magdalena con la voz cambiada.

—Johnny es muy bueno. Somos amigos desde niños. Puede decirse que pertenecemos a la misma familia. Ha sufrido mucho en la vida y todo lo que le duele a él, también a mí me duele...

“Es rusa”, me dije mirándole los pómulos altos y recordando las palabras de Johnny. Escuché decir a mi hermanita:

—A mí también me duele lo que le duela a Johnny. ¿Puedes decírselo?

El automóvil de los amigos de Tania se detuvo frente al Shiff. La muchacha nos besó con efusión. Parecía enternecida al decirnos adiós. Nos dio cita para el año próximo y nos pidió que le escribiéramos.

—¡Besos, mis amores! ¡Y cuidado! No se dejen envolver por ellos, no caigan en su trampa —nos dijo al subir al automóvil.

Vimos partir el auto y nos quedamos tristes. ¿Quiénes eran “ellos” para

Tania? El recuerdo de Paul se volvió insoportable.

—¡Sigfrido!... ¿quién nos lo hubiera dicho? —le dije a Magdalena.

—Vino a cuidar a su tío... y no pudo impedir que lo mataran —me contestó Magdalena mirándome como si yo fuera “el jardinero” y recordé a Enrique.

En el buzón encontramos una carta de Rosa. La descubrimos en la noche cuando volvíamos de cenar:

Querida Estefanía:

Mi papá se fue a los Estados Unidos hace tres días. Se lo aconsejó un amigo de Chihuahua y se lo llevó en su coche. La Hermelinda no sospechó nada. Doña Justa cree que está en Cuernavaca haciendo un trabajo para mi tío Bernardo. Las madres encontraron un comprador para la casa y mi mamá la va a vender en estos días. Escribe a la casa de las madres, porque nosotras, en cuanto se firme la venta, nos vamos de México. Ellas recogerán los muebles cuando nos hayamos ido. ¡Cuánta complicación por culpa de ese maldito Enrique!...

Ya no había regreso a México. El futuro me pareció confuso y oscuro. ¿Adónde íbamos a vivir? Magdalena también se quedó muy pálida. Cuando se fue a nadar con Helmut yo hice las maletas y al oscurecer fui a buscar a Helga y a Tarsicio. Los encontré en la noche en el Isole Bar, me encontraron muy triste, pero no pude decirles los motivos de mi pena. ¡Eran sórdidos!

—¿Quieres emborracharte? —me preguntó Tarsicio.

Dos días después Magdalena y yo íbamos en el tren de vuelta a París. “¡Tres novios, tres anillos!”, pensé y me pareció una tontería. ¿Así terminaba la temporada más luminosa, agitada, elegante y viciosa de nuestras vidas? Nada podía hacer retroceder al tiempo. Era inútil. El tren iba hacia París a terminar con los días de Ascona. Si pudiera darle vuelta al calendario iríamos al encuentro de las lluvias, los laureles, las mimosas, las magnolias, los veleros y los turistas.

—Estefanía, tengo miedo. Gosselin no me ha escrito. ¿Adónde vamos?

—Al Hotel Royal.

Sentadas en el vagón restaurante veíamos correr el paisaje que implacable nos alejaba de Ascona. No teníamos hambre. La puerta del vagón comedor se abrió para dar paso a Silverstein y a Schmit. Dejé caer el tenedor sobre el plato para contemplar el rostro olvidado de Silverstein que me sonreía. Los dos hombres ocuparon la mesa contigua y nos miraron con fijeza. ¿Era eso lo único que recuperábamos de los días felices pasados en el lago? Era un mal augurio y ahora no estaba Helga para venir en nuestro auxilio.

En el Hotel Royal, el señor Gunther nos dio la misma habitación y nos felicitó por lo hermosas que volvíamos de aquellas vacaciones tan prolongadas.

—Es un buen día para llegar a París. Es jueves, mi día predilecto —dijo Magdalena, que se precipitó a llamar a Gosselin.

El hombre se presentó al oscurecer en el bar del hotel. Era joven, grueso, fumaba pipa y llevaba una gorra a cuadros. Discutió con Magdalena.

—Ya no podrán ver nada. Es de noche. ¿Qué prisa tienen?

Magdalena se puso de pie para terminar con la discusión y echó a andar con rapidez. La seguimos. “Es el arquitecto”, me había repetido mi hermanita varias veces. Tomamos el camino del “tugurio”. Cruzamos el portón oscuro, el patio miserable en el que protestaron algunos mendigos, subimos la escalera y Gosselin empujó la puerta chata de mirilla enrejada. Una ola de pintura fresca nos golpeó el rostro. El arquitecto, ayudado por una lámpara de mano, encontró un foco eléctrico conectado a un larguísimo cordón eléctrico. La luz iluminó unas habitaciones enormes pintadas de blanco, con los techos altísimos sostenidos por vigas oscuras. Una escalerilla en forma de caracol llevaba al piso superior. Tuve que reconocer que Magdalena era muy inteligente. No sólo tenía ojos en la espalda como los bichos peligrosos, sino que veía a través de las cosas horribles la belleza que escondían. Las ventanas de vidrios soplados brillaban multicolores bajo el chorro de luz que Gosselin llevaba en la mano. Los suelos de losetas rojas estaban cubiertos de goterones de pintura blanca, de cuerdas, de utensilios de trabajo, de brochas y de unos rollos enormes de alfombra que esperaban ser colocados.

—Nos mudaremos mañana. He gastado mucho.

—Esperen unos días a que todo esté terminado —protestó Gosselin.

Magdalena comprobó si corría el agua en los baños de mosaicos de florecillas, lavabos y jabones de porcelana. Las ventanas minúsculas de vidrio soplado daban a un tercer patio interior. Sí, el agua corría y también corría en la cocina.

—No hay camas... —protestó Gosselin.

—Mañana compraré dos camas, una parrilla eléctrica mientras nos entregan la estufa y algunas tazas y cubiertos —anunció Magdalena dando saltos de alegría.

No quedaban huellas de Marat, la horrible bañera había desaparecido, era como si una varita mágica hubiera tocado aquel lugar. El piso superior era más misterioso que el primero, para ir de una habitación a otra había que cruzar un pasadizo curvo, parecido a un pasadizo de convento. La última habitación era casi secreta, con una ventana grande que daba al patio enorme de la casa de al lado y una ventana pequeña que

daba al tercer patio interior, estrecho casi como un respiradero. La habitación comunicaba con un baño precioso. Tenía una hermosa chimenea de mármol y estanterías hechas dentro de los propios muros. Un enorme clóset escondía una cocina minúscula. Allí no llegaba ningún ruido, los muros de la casa tenían cerca de un metro de espesor, eran de piedra, me imaginé que íbamos a vivir en plena Edad Media. Los secretos horribles que escondían aquellos muros habían desaparecido.

Abandonamos la casa por la puerta endeble del piso superior, cuya cerradura estaba rota.

—No entiendo su empeño en mudarse enseguida. La luz todavía no está arreglada, falta colocar las alfombras y terminar la pintura del segundo piso —nos dijo Gosselin muy disgustado.

El viernes por la mañana fuimos de compras. Las camas y los demás utensilios nos los entregarían el lunes por la mañana. Es necesario repasar cada minuto de esos días, pues en alguno de ellos se esconde el misterio que fastidió nuestras vidas. Si pudiéramos proyectarlos sobre una pantalla, gritaríamos: “¡Mira, ahí está!” Pero sólo nos queda la memoria de lo que vimos y temo que no baste. Hay cosas que sucedieron fuera de nuestra memoria y no se fotografiaron en ella, pero sucedieron a nuestro lado y una cámara fuera de nosotras las hubiera captado.

El sábado Magdalena llamó a dos amigas suyas Rosario y Rocío, las había conocido a través de Inge. Yo hubiera preferido que llamara a Renée y a Nancy, pero Magdalena era así: olvidadiza y vertiginosa. Había olvidado la guerra de Argelia, Ascona y los amigos que habíamos dejado atrás. Gilles y Zita eran como si nunca hubieran existido. En cuanto a Enrique ni siquiera lo mencionó.

Rosario y Rocío, fugaces amigas, son testigos de algo inusitado. ¿Y los testigos para qué sirven? ¡Para nada! El miedo los aleja y los vuelve mudos. Vestidas con falda, suéter, blusa y mocasines las esperamos a las cuatro de la tarde, cerca de la puerta de entrada del hotel. La calle apacible iluminada por un sol pálido de otoño invitaba a pasear. De pronto se detuvo un automóvil y el individuo que lo conducía bajó para hacernos llamados violentos con gestos furiosos. Salimos para encontrarnos con Silverstein, que nos subió a su automóvil como a dos

títeres. Estaba pálido de ira, echó a andar el automóvil y a decir incoherencias.

—Si piensan que van a burlarse de mí, se equivocan. ¡Par de canallas! De mí no se pueden esconder, las fui a buscar al piso ese que se compraron, no había nadie y vine aquí a buscarlas. No soy un imbécil y si dicen una sola palabra acerca de mí les echo a la policía.

—Señor Silverstein, no sé de qué habla, yo a usted no lo conozco...

—¡Hipócrita! Me has visto muchas veces. ¿No me viste en el tren? ¿Qué perversidad hicieron en Ascona? —dijo tembloroso de ira.

—¿Conoce usted a Enrique? —le pregunté.

—¡Calle!, si no quiere que llame a la policía —contestó rabioso.

Nos bajó de su automóvil.

—¡Fuera! Nunca me han visto. ¿Entendido? —y se alejó en su coche.

—¡Carajo! ¿Quién es Silverstein? ¿Viste qué falta de maneras? —preguntó Magdalena.

—Yo qué sé quién es Silverstein...

Entramos en el hotel preguntándonos qué era lo que no debíamos decir. ¿Por qué fue al piso de Marat? Nadie lo conocía, mi hermanita lo había guardado secreto.

En el vestíbulo nos esperaban Rosario y Rocío, ésta con un clavel colocado entre los rizos negros. Era muy bajita y para hablar se ponía de puntillas. Rosario, su hermana, parecía su hermano, vestida de casimir gris, zapatos bajos y cabello hirsuto. Felices corrieron a besar a mi hermanita.

—¡Preciosidad! ¡Qué alegría! ¿Te habías marchado a México? ¿Qué dice el guapetón de tu marido?

Magdalena les contó atropelladamente lo que acababa de ocurrirnos, pero no les interesó.

—¡No hagas caso! Debe de ser algún chalado.

Desilusionada ante su indiferencia propuse visitar el piso. Lo aceptaron; era preferible a escuchar la historia de Silverstein. Encontramos abierta la puerta del piso y las hermanas se escandalizaron, alguien podía entrar y robar los muebles del baño. Magdalena y yo pensábamos en Silverstein, mientras escuchábamos los gritos de

admiración que lanzaban las hermanas. “¡Es precioso!” “¡Es enorme, vaya lujo para París!” “¡Qué escalera tan original!” “Y eso que está debajo, ¿qué es?”, preguntó Rosario dando una patada a una caja negra colocada debajo de la escalera, en medio de los botes de pintura, brochas, pintura y trapos.

—Utensilios de los albañiles —contesté.

De los muros se desprendían bocanadas de humedad, unas sombras ligeras oscurecían los rincones y preferimos ir a sentarnos a un café.

Ocupamos una mesa casi en el arroyo, pues el café se hallaba repleto. Las dos españolas eran charlatanas y amables, les interesaba la Exposición Soviética que iba a inaugurarse en París esa semana.

—¿Vendréis con nosotras? —nos preguntó Rosario adoptando el aire de un hombre de negocios.

—Me encanta lo soviético. En Ascona conocí a un sabio comunista y pienso ir a Rusia en cuanto me instale aquí —dijo Magdalena recordando al profesor Novicki por primera vez.

“¡Vaya con mi hermanita, ahora se ha hecho comunista!” Iríamos con las hermanas el sábado por la tarde y después cenaríamos juntas. Apareció un hombre joven y elegante y mi hermanita y las dos españolas gritaron al mismo tiempo:

—¡Ignacio!

“Ahora es la hornada de los españoles”, me dije.

—¡Guapísima! ¿Qué haces aquí? Desdichada, no me has llamado ni una sola vez. ¿Desde cuándo estás en París? Yo llegué hace unos días. ¡Mira que eres mala! Olvidarte de mí. ¿Por cierto, recibiste mis cartas de Madrid? Te he enviado varias docenas.

Ignacio hablaba muy de prisa. Él mismo se hacía las preguntas y se daba las respuestas. Sus palabras lo hacían reír y no esperaba a que nadie contestara. Los demás lo aburrían y prefería escucharse a sí mismo. Fumaba en boquilla de oro y se peinaba con esmero. Era muy amigo de las hermanas que lo contemplaban extasiadas.

—¡Oye tú, Rocío!, veo que sigues explotando a tu pobre hermana. ¡Qué suerte tienes en no dar ni golpe! Yo en cambio estoy metido en asuntos aburridísimos. Es espantoso ser rico. ¡Es un asco! No hay nadie más

dichoso que un mendigo. ¡Mira, ese ejemplo! No le preocupa nada, se da la gran vida paseando, pensando en lo que le da la gana. Debe de ser un filósofo o un *Viva la Virgen*.

—¡Pobre, va a acabar mal! —le dije aprovechando un respiro de Ignacio.

—¡Hombre! ¡Qué buen golpe! Va a acabar como empezó. ¿O crees que se empieza de una manera y se termina de otra? ¡Qué va! Esos son cuentos para los bobos norteamericanos. No creas esas historietas. Sirven para que la gente trabaje más. A mí no me toman el pelo. ¡Lee a Marx! Léelo para que te enteres en qué mundo vivimos. Yo no lo he leído, pero como si lo hubiera hecho.

—¡El tío tiene toda la razón! Y a propósito, ¿no pensáis ir a la Exposición Soviética? Yo desde luego no me la pierdo.

Inventó enseguida la necesidad absoluta de ir el lunes al teatro a ver una obra de Tchejov. Se volvió a Rosario y a Rocío y les dijo: “Chicas, a vosotras no os invito porque lo habéis visto todo”.

Dejamos a las hermanas en compañía de Ignacio. No queríamos llegar tarde al hotel. El recuerdo de Silverstein nos preocupaba. Se barruntaba una catástrofe, ¿cómo evitarla? Magdalena estaba preocupada. Al llegar al hotel el señor Gunther nos anunció:

—Las esperan... —e hizo un gesto hacia un rincón del vestíbulo. Sentada en un sillón amplio, estaba Helga.

—¡Helga!... ¿qué haces aquí?

—¡Helga! ¡Qué gusto verte! —y Magdalena corrió a su encuentro.

Su presencia era una compañía inesperada que nos llenó de confianza y de regocijo. Magdalena ordenó que colocaran una cama extra en nuestra habitación.

—Ascona se quedó tan sola, que me sentí perdida. Quise venir a pasar unos días con ustedes —confesó ruborizada.

Con Helga nos sentimos en familia, era alguien en quien podíamos confiar, hacerle confidencias y pedir consejo. Era providencial su presencia. Mientras cenábamos, Magdalena le contó el incidente con Silverstein. Helga escuchó con circunspección y a la pregunta: “¿Quién es Silverstein?”, levantó las cejas y pareció reflexionar unos momentos.

—No lo sé. Es la primera vez que lo vemos en Ascona. Tampoco Schmit había estado antes. Parece que se hospedaban en Lugano. Supe... —y Helga guardó silencio.

—¿Qué supiste? —preguntó ansiosa Magdalena.

Helga guardó silencio, parecía renuente a decirnos lo que sabía. La miramos esperando que nos dijera su secreto.

—Supe... que se decían amigos de tu marido —dijo Helga con rapidez. Mi hermanita palideció, yo me ruboricé. Habían sido vanos nuestros esfuerzos para guardar secreto aquel matrimonio vergonzoso. Imaginé que Johnny, Helmut y Manfred estaban al corriente de la situación de mi hermanita. Ésta dijo temblorosa:

—¿De mi marido?... ¿llamarías marido a un tipo al que apenas conoces?... Además, nunca me casé con él por la Iglesia y me estoy divorciando...

Helga la escuchó con atención, pero con la vista baja. Agregó:

—Los hombres que mataron al contrabandista huyeron primero a Lugano y después a Italia. Eran dos desconocidos. Silverstein y Schmit llegaron la víspera de que lo mataran. La noche de su llegada querían dormir en tu estudio para no dejar huellas de su paso por Ascona o para embrollar las pistas, ¿comprendes?

—No...

—Sí, es muy fácil, querían simular una aventura...

—Y tú, ¿cómo sabes tanto? —le pregunté con desconfianza.

Recordé que la noche en que los dos hombres trataron de meterse en nuestro estudio, fue ella la que nos los quitó de encima. Pero ¿por qué estaba en los dos cafetines? Y ahora se presentaba un rato después de las amenazas de Silverstein. No sabíamos de ella sino que era empleada de la casa de modas La Colomba. Ni siquiera sabíamos su nacionalidad, porque según dijo alguna vez ella no era alemana. Y a esa desconocida mi hermanita le hacía sus confidencias, después de que Silverstein nos había ordenado silencio.

—¿Tanto? Sé lo que sabía todo el mundo en Ascona —contestó Helga con humildad.

—¿Todo el mundo? Y ¿por qué no nos lo dijiste en Ascona? ¿Por qué

nadie nos dijo nada? —pregunté furiosa.

—No lo sé, tal vez teníamos miedo, así somos las gentes. Por eso quise venir a verlas, me pareció que corrían algún peligro...

No creí en su intuición ni en su buena fe. Ignoraba lo que quería o se proponía esa mujer de cabello negro y corto, que de pronto me pareció una enemiga metida en nuestra intimidad.

—Y ¿Johnny supo que yo era casada? —preguntó ansiosa Magdalena.

—Lo oyó decir, pero no lo creyó nunca —afirmó Helga.

En la habitación, para evitar que se pusiera otra vez en cueros, le di a escoger entre dos pijamas. Helga escogió una al azar y no durmió desnuda. Me sentía disgustada; ya Tania nos había dicho en Ascona que sospechaban de nosotras; nos había hecho dudar de la amistad de Tommy y de los demás amigos y ahora Helga venía hasta París a decirnos que conocían nuestro secreto y que nos habían engañado guardando silencio. No era agradable y me dormí disgustada, inquieta al tener a aquella amiga o enemiga tan cerca de nosotras.

Nos despertaron de la conserjería. Gosselin nos esperaba en el vestíbulo. Bajamos intrigadas para saber que el arquitecto venía para llevarnos al mercado de pulgas. Su invitación fue una sorpresa y no pudimos rehusarla. Con aire aburrido nos subió a las tres a su automóvil y nos hizo visitar todos los puestos. No deseábamos comprar nada pero su amabilidad nos obligó a simular interés en los objetos más absurdos. Helga mostraba gran interés en los relojes antiguos. Cada vez que nosotras insinuábamos que ya habíamos visto lo suficiente, él insistía: “¡Compren algo para su casa!”, y volvía a guardar silencio. Era un hombre difícil, con su gorra a cuadros, su pipa en la boca y su gesto adusto imponía no respeto, sino una necesidad de alejarse de él. Magdalena llevaba un diario en el que comentaban las bombas que habían estallado en París la noche anterior; para romper el hielo, quise comentar el hecho con él.

—¡No me interesa! ¡Soy apolítico! ¿Comprende? —me contestó con severidad.

Era evidente que mis palabras lo molestaron y a las cinco de la tarde, cuando nos depositó de vuelta en el hotel, nos sentíamos rendidas y

disgustadas. Él se despidió sin entusiasmo.

—El arquitecto anda metido en política hasta el cuello. Sólo así me explico su respuesta cortante a una pregunta tan simple como la que le hizo Estefanía. “¡Soy apolítico!” ¡Qué hipócrita es la gente! —comentó Magdalena.

—Es verdad. Eres muy inteligente, tuvo miedo de dar su opinión. Debe estar muy señalado, secretamente, en alguno de los bandos que pelean en Francia —dijo pensativa Helga.

Magdalena analizó la conducta de Gosselin: primero retrasó lo más que pudo nuestra vuelta a París tomando tanto tiempo en arreglar el piso. Después, al vernos de vuelta se molestó y se negaba a llevarnos a visitar el piso. Por último desapareció hasta ese domingo, en que vino a llevarnos al mercado a perder todo el día. Su atención era bastante sospechosa.

—Se diría que no deseaba que fuéramos al piso —terminó Magdalena.

—Tienes razón. Parecía que obraba de acuerdo con un plan. No me gustó —afirmó Helga.

Yo no deseaba exponer mis dudas y sospechas delante de ella. En cambio mi hermanita confiaba en Helga como si la conociera de toda la vida.



El lunes por la mañana dejamos el hotel acompañadas de Helga. Nos despedimos del señor Gunther. Con la luz pálida de principios de otoño, el patio de nuestra casa apareció harapiento, sucio, negro y sólo habitado por ratas. Helga hizo un gesto de repulsión. La escalera tenía los muros cubiertos de mugre y de palabras obscenas. El barandal estaba seboso. Magdalena abrió la puerta de la mirilla enrejada y entramos en aquel oasis resplandeciente, oloroso a pintura y a limpio. Helga dio un suspiro de alivio.

En el primer salón encontramos las camas recargadas sobre un muro y los colchones colocados en el suelo, uno encima del otro. Cerca de las dos grandes ventanas que daban al patio de entrada había dos enormes rollos de alfombra todavía no colocada.

—¿Quién abrió para que entraran los de la tienda con las camas y los

colchones? —preguntó mi hermanita.

—El sábado la puerta estaba abierta. ¿No te acuerdas? —le dije.

Subimos la escalera de caracol para mostrarle a Helga la segunda planta. Nos encontramos frente a un viejo silencioso que pintaba un muro y que procuró darnos la espalda alta y flaca. Estaba en mangas de camisa.

—Soy el albañil. Yo abrí la puerta para que entraran los muebles —dijo sin darnos la cara.

Los suelos estaban cubiertos de papelones manchados, de botes de pintura, de cuerdas; decidimos bajar.

Nos sentamos frente a los colchones a contemplar las hermosas ventanas altas y blancas que daban al patio.

—En el alféizar pondremos muchas plantas de sombra —dijo Magdalena.

La caja negra que el sábado yacía bajo la escalera y que había llamado la atención de Rosario estaba colocada en el espacio libre entre los colchones y las ventanas, casi en el centro del salón. El albañil la había dejado allí. Lo llamé para que la quitara.

—¿Que me la lleve? ¿Adónde? Esta caja no es mía. Vino con sus maletas; el viernes, cuando me fui, no estaba aquí.

—¡Súbala!, le será más fácil tener los utensilios a la mano. Será de otro de los albañiles.

—Yo soy el único albañil —contestó.

A regañadientes, el viejo se la echó al hombro.

—Pesa mucho. ¿Qué guarda aquí?... ¿me va a pedir que le suba todo el equipaje? —rezongó, empeñado en que la caja era mía.

Fuimos con Ignacio al teatro a ver la obra de Tchejov. Pensé que el ruso la había escrito pensando en Rosa, en Magdalena y en mí, pues la obra se llamaba *Las tres hermanas*. De ella se desprendía una melancolía que nos dejó transidas. La cena en un restaurante elegante no me consoló del recuerdo de mi familia desperdigada por la voluntad de doña Justa. ¡Ah!, si hubiéramos sido como Raskolnikov, seríamos felices! ¿Para qué servía esa vieja inútil, intrigante y asesina? Habíamos sido unas cobardes. Ignacio habló mucho durante la comida. Lo escuché nombrar a Enrique.

—¿Es amigo tuyo? —le pregunté.

—Amigo íntimo, no. Pero, en fin, es amigo...

En el portón oscuro de la casa le reclamé a Magdalena que aceptara invitaciones de un amigo de su marido. No contestó. En el piso, encendió el foco que pendía del larguísimo cordón eléctrico y el apartamento de Marat apareció en todo su esplendor. Nos dejamos caer sobre las camas hechas y Helga, solícita, fue a la cocina a preparar un café. Fue un instante de gran felicidad. Pero está escrito que la dicha es fugaz y pasajera y que este mundo es un valle de lágrimas, como nos repetían mis tías a la salida de la iglesia. La frase nos parecía dramática e injusta. Helga se echó a los pies de la cama que ocupaba Magdalena para beber su café, la miraba con ojos tiernos. Apenas habíamos dado unos tragos, escuché abrir la puerta endeble del piso superior. El ruido llegó directo por el hueco de la escalera.

—¡Chist! No hablen... —dije.

Helga y Magdalena guardaron silencio, escucharon alertas, sentimos pasos y la sangre se nos fue a los pies.

—Alguien anda arriba...

Imaginé la oscuridad de la escalera sucia que partía del patio donde dormían los mendigos confundidos con las ratas. El portón estaba cerrado. El piso daba a otros dos patios interiores que nos aislaban del mundo. Si gritábamos nadie nos escucharía. Arriba alguien se movía con cautela. Me puse de pie. Mi hermanita estaba muy pálida y Helga parecía un pelele inerte.

—Es un fantasma, voy a buscarlo... —decidí.

—No busques fantasmas porque los encuentras —me aconsejó Magdalena.

Helga permaneció inmóvil como una estatua estúpida. Con doña Justa aprendí que el miedo sólo se vence con el movimiento. Subí la escalera de caracol con el foco eléctrico en la mano. Las aletas de la nariz se me habían puesto frías. Escuché un ruido precipitado y al llegar a la segunda planta vi entreabierta la puerta endeble de entrada.

—¡La puerta está abierta! —grité para hacerme oír del que huía.

Me contestó el más profundo silencio. Entré en la primera habitación

donde por la mañana había visto al albañil. Colocada en el centro se hallaba la enorme caja negra, que me pareció un féretro. Me acerqué y vi que era de lámina reforzada con flejes. Las cerraduras estaban abiertas y la tapa entornada. La levanté y apareció un bulto cubierto con paño azul marino, como la espalda de un muerto con su abrigo puesto.

—¡Suban!... ¡Un muerto!...

Retrocedí hasta la puerta endeble, el rostro enorme de Marat ensangrentado bailaba ante mis ojos. “Es una alucinación”, me dije al ver junto a mí a Helga y a Magdalena.

—¡Allí! —dije avanzando hacia la caja negra.

Miramos la caja como si contuviera el secreto de la vida y de la muerte. Magdalena abrió la puerta que daba a las profundidades del pasillo oscuro y gritó: “¿Quién anda por ahí?” Nadie contestó. El pasillo permaneció impasible, envuelto en sus sombras espesas. Mi hermanita cerró la puerta de golpe, se acercó a la caja y levantó la tapa con violencia.

—¡Vamos a ver qué carajos hay aquí!

Se puso de rodillas, cogió el abrigo azul marino y le dio un tirón violento.

No cubría ningún cadáver. Con el movimiento brusco saltó también un cepillo de dientes, usado, de mango rojo y varias fotografías de un hombre joven de rostro amable. Examinamos con rapidez las fotos y vimos que habían sido tomadas en lugares y épocas distintas.

—¿Qué es esto? —preguntó Magdalena perpleja.

Empezó a sacar papeles, paquetes de cartas dirigidas al nombre de Frascatti, credenciales bajo el nombre de Frascatti, papeles de identidad a nombre de Frascatti, comparamos las fotografías sueltas con las de identidad y era el mismo personaje. Helga nos mostró su pasaporte. Era increíble. Hallamos manuscritos firmados por personajes árabes, cuyos nombres aparecían en los periódicos. Un cartapacio enorme con tapas azules que llevaba escrito “Trece de Mayo”. Más papeles, más fotografías, más documentos.

—¡Miren esto! —exclamé mostrándoles varios cargadores de pistola llenos de balas. Un minuto después encontré la pistola.

—¡Una pistola! —exclamaron Helga y Magdalena asustadas.

Señalé la puerta endeble. La persona que había colocado la caja podía volver, empujarla y matarnos. O simplemente escuchar detrás de sus viejas tablas nuestra conversación. Helga revisaba con método el cartapacio marcado: “Trece de Mayo”. La tez se le había puesto color tierra.

—El movimiento “Trece de Mayo” es el de De Gaulle. Ese día dio el golpe de Estado. Mataron a alguien, te han puesto aquí sus documentos personales y políticos para culparte de complicidad con la OAS ¡Mira, aquí tienes a Frascatti con el uniforme de “pará”! —nos dijo tendiéndonos la fotografía del joven en uniforme militar muy especial. El muchacho sonreía con orgullo, Helga nos miró fijamente, con los ojos que se le habían vuelto enormes.

—¡Voy a llamar a la policía! ¡A mí no me echan este muerto! ¡Vamos a la calle! —decidió Magdalena

Helga la detuvo por un brazo.

—¡No! Hay que reflexionar. Aquí hay demasiados nombres conocidos. Susini, Pérez y el resto. Si vamos a la policía, arrestará a todos, y a nosotras la OAS nos matará por deladoras. ¿No sabes que los terroristas matan? —preguntó Helga.

Nos sentamos en el suelo. ¿Qué podíamos hacer? Continuar revisando. Si en la caja estaba el peligro, en ella debía estar la solución, opinó Helga, que temblorosa continuó con la lectura de los papeles. Yo encontré dos fotos de una mujer rubia muy bella, era Chantal, a la que habíamos olvidado. Se la mostré a Magdalena que se puso más pálida de lo que ya estaba.

—Busca, a ver si encuentras a Bruno... —dijo con voz desmayada.

—¿Quién es Bruno? —preguntó Helga interrumpiendo la lectura de las cartas que tenía en la mano.

—Un amigo del que no sabemos ni siquiera el nombre —contesté.

—Y ¿por qué dices que es un amigo?

—Bueno, por llamarlo de alguna manera, lo conocimos en un café y nos habló de los “parás” —le contesté. Helga volvió a su lectura.

—Mira, son cartas de ellos. ¿Cómo explicar que ustedes las tienen? Si avisamos a la policía, no sólo detendrán a los de la OAS sino a nosotras...

esto es una venganza! —afirmó de pronto.

Magdalena y yo pensábamos en Chantal y en Bruno. ¿Chantal sería la amante de Frascatti y por eso estaba tan triste? Escuchamos a Helga que nos leía líneas de las cartas y que parecían estar en clave, contenían órdenes veladas, explicaciones incomprensibles de lo que ocurría en una organización que parecía secreta. Sí, no cabía duda, se trataba de documentos y papeles pertenecientes a la OAS o a alguno de sus miembros. ¿Cómo era posible que hubieran llegado a nuestra casa? Escuchamos el silencio terrible que nos rodeaba. El aire se había quedado quieto. Mi hermanita cogió un paquete pequeño que decía “Preguntas sobre el ORO”. Tal vez el motivo del crimen había sido el oro de la organización. Helga examinaba las fotos de Frascatti.

—Estuvo en Hungría durante la revuelta. Miren...

La palabra Hungría nos llevó al profesor Novicki. ¿Y si hubiera sido él quien nos hubiera puesto la caja? Nos había prometido una sorpresa...

—¿Y por qué él? Ni siquiera está en París —protestó Magdalena.

Examinamos las fotos de Frascatti en Hungría, el muchacho llevaba una cámara al hombro, se hallaba delante de un edificio semidestruido, en cuya fachada aparecían rotas las siglas del Partido Comunista.

—Podría ser un reportero internacional —aventuró Helga.

La proximidad de la puerta de entrada nos distraía, cogimos algunos montones de documentos, de cartas y de fotos y bajamos a revisarlas en la planta baja. Pero ¿quién podía tener calma para examinar esos papeles? Nos sentíamos desamparadas en aquel piso escondido entre patios.

—Quizás era un agente doble y por eso lo mataron —aventuró Helga afiebrada. Magdalena encontró cartas de personas nobles con sus armas y sus nombres encabezando las páginas. En algunas de ellas se hablaba de España, era evidente que la OAS tenía contacto con los españoles.

—¡Los españoles!... ¿qué Ignacio no viene de Madrid? Lo encontramos el sábado, el mismo día que Silverstein fue a amenazarnos. Después, fue Rosario la primera que hizo notar la caja puesta bajo la escalera —dije.

—Según tú, todos mis amigos pusieron la caja: Novicki, Ignacio, Rosario, Gilles, puesto que es amigo de Gosselin... Oye, Gosselin nos llevó

el domingo al mercado para alejarnos de aquí —dijo Magdalena pensativa.

Helga tomó la palabra.

—Vamos a hacer un resumen. Las fotos del hombre de las credenciales corresponden a las otras fotografías, de manera que se llama Frascatti. Era periodista. Estaba mezclado en política subversiva. Era casado o tenía una amante que le escribía cartas ardientes de amor. Y lo más triste, Frascatti está muerto. Lo asesinaron. Sus asesinos cogieron sus pertenencias y las colocaron en esta caja para deshacerse de las pruebas de su crimen. Y la depositaron ¡aquí!... ¿Por qué aquí? Ése es el misterio —dijo Helga preocupada.

No podíamos razonar. Las palabras giraban como aves de mal agüero, la figura de Chantal se nos aparecía en el suelo, en los muros, ¿por qué nos había invitado aquella noche? Quizás pudimos conocer a Frascatti, si yo no hubiera desconfiado de ella. Tal vez no nos hubiera sucedido lo que nos sucedía ahora si hubiéramos asistido a su cena.

Helga continuó:

—¿Por qué en esta casa? Sólo hay dos respuestas: una, por venganza. Otra, por prisa, el piso estaba en obra, vacío, la abandonaron aquí, para venir a recogerla después. Si lo mataron los de la OAS volverán, pues no desean que los detengan a todos. Si lo mataron los otros, no vendrán y pusieron la caja aquí, con el propósito de hacerte daño. Lo sabremos en unos días y podremos saber si se trata de una venganza...

Magdalena la interrumpió:

—Venganza ¿de quién? ¡No veo quién pueda querer vengarse de mí! ¿Por qué?

Mi hermanita olvidaba a Enrique, o tal vez no se le ocurrió que hubiera participado en aquel asunto tenebroso.

—¿No me contaste que Silverstein fue a amenazarte? —contestó Helga.

—Es verdad. No vendrán a recogerla. Está aquí desde el sábado, la vieron Rosario, Rocío, el albañil y tal vez Gosselin. Ya debían haber venido por ella. Estamos perdidas.

La vi palidecer. Helga se cogió la cabeza entre las manos, ¡era terrible lo que nos sucedía!, teníamos una caja llena de secretos y la vida entera de

un desconocido llamado Frascatti. Helga se puso a llorar amargamente.

—Nos van a matar... nos van a matar... nos están observando, si no llamamos a la policía la llamarán ellos... —nos contagió el llanto, era verdad que estábamos perdidas.

—¿Y si no lo hubieran matado? Puede ocurrir que nos dejaran su documentación para que lo atrape la policía... o para que guardemos esto mientras él se esconde —dije.

—¡No! ¡No!... —sollozó Helga.

—No digas tonterías. Claro que lo mataron y que a nosotras nos van a matar también —me contestó llorando Magdalena.

Las ventanas carecían de cortinas, cualquiera podía disparar sobre nosotras. Era mejor volver arriba. Al recoger los papeles encontré tarjetas de visita con recados manuscritos de algunos jefes árabes.

—Estamos perdidas —repitió Helga al verlas.

Metimos todo dentro de la caja en el orden que recordábamos y dejamos caer la tapa. No la cerramos para que nadie sospechara que la habíamos revisado. Bajamos de puntillas. La dicha había desaparecido, bajábamos a otro tiempo, los muros blancos nos miraban como los muros de un sepulcro. Un frío desconocido nos hacía castañetear los dientes. Flotábamos en un espacio helado. Por las ventanas entraba una luz fría. Debíamos hacer un plan, no podíamos conducirnos como si nada hubiera ocurrido.

—Los terroristas matan a los soplones. Si vamos a la policía nos matan los de la OAS. Si no vamos quedamos de encubridoras tuyas y los otros terroristas, los que pusieron la caja, nos delatan con la policía o nos matan, pues el hecho de encubrir a la OAS ya significa para ellos ser simpatizante de esa organización. ¿Ven cómo no tenemos salida? —repitió Helga.

—Descartado ir a la policía. El que puso la caja tiene que venir a recogerla —decidí.

—¿Y si no vuelve? ¿Si sólo desea entregar sin peligro para él a todos los que aparecen en la caja? Díganme, ¿a quién conocen capaz de tener tantos documentos comprometedores? —preguntó Helga.

—A nadie... es decir, conocemos a mucha gente, pero a nadie que esté

metido en estos líos —le dije. Y recordé a Zita, a Pinsent, a Bruno, a Chantal, a Renée, a Gilles y a Silverstein... ¿Y quiénes eran todos ellos?

—¡Hay que tirar la caja al río! —exclamé.

Era tarde, ya estaba amaneciendo. No podíamos cargarla entre tres, cualquier policía nos marcaría el alto. Llevarla en taxi hasta la orilla despertaría las sospechas del taxista. Era mejor sacar paquetes de papeles y tirarlos al agua poco a poco. Una vez vacía, llevaríamos la caja a un hotel de los alrededores y la olvidaríamos en el cuarto.

—Eso no es factible. Es seguro que nos vigilan. Los terroristas tienen espías. Si dejaron la caja es con algún fin y no van a permitir que nos deshagamos de ella tan fácilmente. Llevamos los paquetes al río y ellos llaman a un policía. Y ¿cómo explicarle estos documentos tan graves?

—¡Helga!, estás empeñada en que nos coja el toro —le grité irritada.

—¡No!, el que dejó esta caja quiere que vayamos a la policía. Él tiene miedo de la OAS... O bien quiere que la guardemos.

La caja negra cambió nuestras vidas. Cuando amaneció ya no éramos las alegres bañistas de Ascona. El pasado del lago, de Johnny, se borró para dar paso a un tiempo incoloro, surgido del fondo de la caja de lámina negra. Se diría que el espíritu aterrador de Marat llegaba destructor a vengarse de nosotras que habíamos violado su escondite. Los muros eran blancos pero debajo de su capa de pintura quedaban las huellas imborrables de varios cientos de años con sus crímenes y sus secretos inviolados. Una quietud temible se taló en el lugar escogido por mi hermanita. No se podía desafiar al pasado. Al desafiarlo, volvía furioso a instalarse en los alféizares de las ventanas y a contemplarnos con cinismo. En unas horas Helga se envejeció de muchos años, Magdalena perdió su gallardía, nos preguntamos si debíamos escondernos o salir. ¡Salir! Escondernos era demostrar miedo a los invisibles personajes que nos vigilaban.

—Si no denunciemos la caja, ellos la van a denunciar —opinó Helga. A las ocho de la mañana escuchamos pasos en el piso superior. Subí para encontrarme con el albañil viejo que con calma se preparaba a su trabajo.

—Tengo la llave —me dijo al contemplar mi sorpresa.

La caja continuaba en medio de la habitación. El viejo fingió no verla.

¿Y si fuera él quien la había introducido en la casa? El hombre no llevaba ropas de albañil. Oculté el temor que me producía su presencia.

—¿Y el arquitecto? —le pregunté.

—Ya terminó su trabajo en esta casa —dijo sin volver la cabeza. La casa no estaba terminada, pero callé.

Abajo decidimos dejar solo al albañil. Era seguro que ya había visto el contenido de la caja. Lo importante era que no sospechara que nosotras también la habíamos revisado. Salimos a la calle y dejamos la puerta apenas entornada. Cualquiera cosa era preferible a permanecer en la casa de Marat y la calle nos pareció un alivio. A la luz del día Helga se había convertido en un ser sin edad. Nos sentamos en un café. Fue un triste lunes aquel. Despeinadas, mudas vagamos por la ciudad con la esperanza de que el asesino de Frascatti regresara a la casa para recoger las pruebas abandonadas en la caja negra. La seguridad de que alguien nos seguía nos obligaba a caminar muy derechas y volver la cabeza con disimulo muchas veces. Nuestro estado de ánimo era sombrío, sentíamos extenderse a nuestro alrededor un ambiente hostil y los rostros de los pasantes eran amenazadores. Cualquiera de ellos podía ser uno de nuestros enemigos ocultos o simplemente el enemigo común que nos acechaba. En los Campos Elíseos un joven se nos apareció para tomarnos dos veces una fotografía.

Se diría un fotógrafo ambulante, pero ¿por qué su insistencia en salirnos al paso? Helga se puso muy nerviosa, noté que empezaba a mirarnos con desconfianza. También nosotras nos preguntábamos el porqué de su presencia en París, aunque era verdad que sin ella hubiéramos enloquecido de miedo. En los quioscos los diarios anunciaban las hazañas de la OAS. La poderosa organización de la que sin saber por qué nos habíamos convertido en enemigas. Era mejor no leer aquellos encabezados. Las fotografías de Chantal que guardaba en mi bolso me recordaban la cena a la que no asistieron los “parás” y el destino incierto de la joven mujer me obsesionaba. “¿Y Bruno, y Bruno, y Bruno?”, me repetía como sonsonete mientras caminábamos. Había que buscarlo, él nos ayudaría a deshacernos de la caja, pero ¿cómo buscarlo en presencia de Helga? Necesitaba consultarlo con Magdalena y eso

resultaba imposible, pues Helga estaba siempre presente. Era noche cerrada cuando cruzamos el patio de la casa de Marat. La puerta continuaba entreabierta, nos precipitamos al piso superior.

—¡Malhaya sea! ¡Aquí está! —gritó Magdalena señalando la caja.

Nadie se había presentado a recogerla. No dormimos, espiando el momento en que llegarían a matarnos. Con la escasa luz nocturna que se filtraba a través de las ventanas desnudas, observé el rostro de Helga que de pronto me pareció demoniaco. ¿Para que había venido a París? Tuve la seguridad de que estaba dentro del complot y noté que también ella escrutaba mi rostro a través de las sombras.

—Es muy extraño lo que les sucede... —dijo con voz hosca.

El estallido de una bomba de plástico en la vecindad de la casa nos sobresaltó. Magdalena encendió el foco eléctrico y quiso revisar nuevamente el contenido de la caja.

—Aquí debemos encontrar la salida para esta situación... —nos aseguró sin convicción.

—Fracatti debe haberse metido entre los comunistas, lo descubrieron y lo mataron —opinó Helga que no cesaba nunca de hacer hipótesis.

—Sólo un Poder Supremo puede salvarnos de esta trampa —dije pensando en el poderosísimo San Miguel Arcángel y a quien me puse a invocar con el pensamiento. Mi hermanita entendió a qué Poder Supremo me refería, pero no quiso decirlo en voz alta delante de Helga. En París entre ciertos medios sociales e intelectuales era ridículo creer en Dios, invocar a los santos o esperar algún milagro. Había que pedirle a san Miguel que nos volviera invisibles e inmunes al odio de los enemigos que nos habían colocado aquella trampa mortal.

Magdalena encontró un atado de cartas con las armas de nobleza de un señor Armaignac. No entendimos su contenido, pero encontramos que repetía dos veces en una misma carta la palabra “Albatros”.

—Debe ser el nombre de una operación militar, como “Barbarroja” en Alemania durante la guerra —pensó Helga.

Recordamos la noche en la que debieron llegar “los parás” que ahora nos producían pánico y volvimos a meter los papeles, las cartas de Armaignac y las fotografías de Frascatti en la caja. Frascatti nos producía

un sentimiento de compasión y de amor. ¿Cómo era posible que alguien se hubiera atrevido a asesinar a aquel joven lleno de vida y con un rostro tan hermoso? Cubrimos todo con el abrigo azul marino. También resultaba incomprensible que el asesino hubiera escogido a dos estudiantes fracasadas extranjeras como testigos de su crimen. ¿Quiénes éramos o que significábamos en París? No éramos nadie y no significábamos absolutamente nada. Éramos dos imbéciles caídas por azar en el extranjero. Se acercaba el amanecer y Helga opinó que debíamos tendernos en las camas un rato. Caí dormida. ¿Por qué Frascatti estuvo en Hungría? Su rostro se colocó sobre el de Ignacio. En sueños decidí: “España, Oro, Albatros. En un barco llamado Albatros, el húngaro o el español que mató a Frascatti se llevó el oro a España”.

Nos despertaron los pasos del albañil. Antes de salir, mi hermanita le dejó sus alhajas atadas en un pañuelo, bajo el pretexto de que no quería cargarlas en la calle. La malicia del viejo se tornó en tierna simpatía.

—¡Fue un buen golpe! El viejo ya no puede sospechar que desconfiamos de él —dijo Magdalena en cuanto salimos a la calle.

—¿Sabes dónde vive o cómo se llama? Te las puede robar. Los terroristas hacen caso omiso de sus simpatías personales, lo único que cuenta para ellos es su causa —aseguró Helga.

Nos echó el gozo al pozo, también yo creí haber logrado un aliado en el viejo albañil.

Caminamos al azar. Yo pensaba en Ignacio, se nos apareció el sábado, el mismo día que Silverstein fue a la casa y luego nos amenazó. El lunes nos llevó al teatro a ver a Tchejov y desde entonces no sabíamos nada de él. Convencí a Magdalena para ir a buscarlo. En un hotel nos informaron que el lunes a media noche salió en su automóvil para España. No dijo la fecha de su regreso. Magdalena se preocupó. Llamó por teléfono a Gilles y a Chantal, pero ninguno de los dos teléfonos contestaron.

—Es raro que no haya vuelto el arquitecto. O es cómplice o revisó la caja y tiene miedo —opinó Helga.

—Tampoco Zita me ha buscado... Albatros, Albatros, tengo que descifrar esa palabra... ¿qué quiere decir con ella el marqués de Armaignac? —murmuró mi hermanita que parecía que hablaba para ella

misma.

Volvimos a la casa muy tarde, la caja continuaba en el mismo lugar. No dormimos. De noche todo se volvía tenebroso, los muros de Marat cobraban resonancias terribles, hacíamos y deshacíamos el rompecabezas que yacía arriba y no lográbamos encontrar la respuesta. Yo revisaba mi memoria, ¡Renée! “¿Sabía Renée que Magdalena había comprado aquel piso? Ella estaba metida con los ‘parás’ y pudo decirles que escondieran aquella caja en el piso de su amiga por unos días...” Mi hermanita negó con la cabeza. “No, Renée ignoraba la existencia del piso.” Estábamos seguras de que alguien muy obvio era el causante de nuestras desdichas, pero no dábamos con la persona. Helga se inclinaba cada vez más a la idea de la venganza y esto nos trastornaba de miedo. Preferíamos creer que habían abandonado la caja por prisa, porque no encontraron otro lugar más apropiado que un piso en construcción. Silverstein nos había ido a buscar para amenazarnos. Pero ¿qué motivos tenía para querer vengarse?

—¡Ya sé! Él creyó que nos quejamos de su insolencia en el cafetín y que lo acusamos de haber pasado esa noche en Lugano adonde huyeron los asesinos del contrabandista... y nosotras ignorábamos ¡todo! —afirmé mirando a Helga con ojos acusadores.

—Tienes razón, por eso debe odiarlas... pero ¿cómo supo de este piso? —dijo Helga preocupada.

—¡Es muy fácil! Nos siguió el jueves o el viernes... —afirmó Magdalena.

La fatiga se nos echó encima, una fatiga que nos impedía razonar y nos hacía sudar frío. La comida perdió su sabor y las calles se convirtieron en túneles terribles. La angustia producida por el miedo era superior a nuestras fuerzas. La noche del jueves al viernes Helga pareció sufrir un ataque de locura. Se echó a llorar a gritos y se negó a dormir en la misma habitación que nosotras.

—¡No me toquen! —gritó y corrió a esconderse en el baño de la planta baja. Avergonzadas, la esperamos hasta que caímos dormidas. Al despertar, Helga y su maleta habían desaparecido. Subí al segundo piso, no encontré al albañil. Bajé a darle las nuevas a mi hermanita y la encontré intensamente pálida.

—¡Mira!, estaba aquí, junto a mi almohada... y el hombre se fue. ¿Verdad? —me dijo mostrándome un pañuelo atado con sus alhajas.

—Sí, se fue y Helga también...

¿Qué podíamos hacer si todos huían ante el peligro? “No saldremos hoy. Creo que es viernes, les dimos toda la semana”, dijo Magdalena resignada a su suerte. Nos negamos a levantarnos. Doña Justa era preferible a los terroristas, pero ¿acaso en el origen de nuestra desdicha no se erguía su figura enorme, negra y amenazadora? Caímos en una somnolencia pesada. Alguien nos sacudió con fuerza.

—¿Estáis dormidas? ¡Habéis dejado la puerta abierta!... ¡Huy! ¡Qué caras tenéis!...

Eran Rosario y Rocío.

Magdalena, febril, las llevó a la planta alta para mostrarles la caja y su contenido. Les pidió ayuda.

—¿Qué es esto?... ¿qué significa? ¿Quién es este hombre?... —gritaron frente a las fotos de Frascatti.

Las explicaciones precipitadas de Magdalena tuvieron el efecto contrario al que buscaba.

—¡Calla!, ¡calla!, no hables así de la OAS. ¿No sabes que son unos asesinos a los que más vale no nombrar? Mira, os veníamos a avisar que hoy no podemos ir a la Exposición Soviética —dijo Rocío disponiéndose a partir.

Las vimos irse, habíamos cometido el error de pedirles ayuda, todavía ignorábamos que el peligro es un platillo que se come a solas. Su partida nos revivió la angustia, desasosegadas salimos a caminar sin rumbo. Era increíble que cruzáramos a tanta gente y que nadie de entre ellos estuviera dispuesto a escucharnos o a darnos un consejo. Pensaba, calculando bien mis palabras y mi manera reposada cuál sería la reacción de, por ejemplo, esa señora vieja que paseaba a su perrito, si me le acercaba para pedirle ayuda: “Señora, hay alguien que nos quiere matar, ¿puede usted ayudarnos?” No, la señora me consideraría una loca, también el señor del portafolio negro y aire importante o los grupos de jóvenes que se acercaban riendo. La ausencia de Helga era una gran pérdida, así como la del albañil. Sus pasos nos despertaban para

anunciarnos que todavía estábamos vivos. No podríamos soportar la soledad de aquel piso marcado. Era necesario encontrar a Bruno o a Chantal para que ellos que amaban a los “parás” nos librarán de la caja. Bruno tenía un automóvil. Recorrimos la orilla del Sena buscando la esquina de la callecita que subía a la explanada. Llegamos hasta el puentecillo esperanzados, lo cruzamos y llamamos al timbre que correspondía al piso del fondo, o al menos eso creímos. A través del vidrio de la puerta de entrada, vimos que se abría una puerta que daba al pasillo y que correspondía a otro apartamento. Salió una señora gruesa y rubia, nos miró con curiosidad y preguntó por el interfón qué deseábamos.

—Visitar a una amiga —contestó Magdalena dándose cuenta de que ignorábamos el apellido de Bruno y de Chantal.

—¿El nombre?... —nos llegó la pregunta deformada por el aparato.

—Es igual... creo que nos equivocamos, creo que vivía donde usted vive... gracias —dijo mi hermanita.

Nos retiramos con calma, haciendo como que buscábamos a nuestro alrededor otro edificio que no podía existir sobre el puentecillo que cruzábamos.

—Los perdimos. A ver si esa vieja no es de la policía —comentó Magdalena disgustada.

Tarde en la noche volvimos a la casa. La puerta estaba abierta como la dejamos y en la segunda planta nos esperaba la caja. Sentimos que alguien escuchaba detrás de la puerta endeble. Magdalena la abrió de golpe para enfrentarse a un desconocido corpulento y rubio que, al verla, reculó en el pasillo oscuro.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó mi hermanita con firmeza.

—Soy el vecino, vivo arriba. Anoche oímos los gritos de la señorita, pensamos que era la bestia amarilla que las estaba molestando. ¡Cuidado con ella! ¿No la han visto? Ya la verán. No hace ruido al caminar, es como todos los de su raza. Vive arriba, se mudó hace unos días. ¡París está perdido! —dijo el hombre apuntando hacia el techo y preparándose a retirarse.

Lo vimos perderse entre las sombras y luego escuchamos sus pasos pesados subiendo la escalera. Era un alivio que existieran vecinos. Y

¿quién era la bestia amarilla? Los muros, las vigas, las ventanas, se nos habían vuelto odiosos. Era estúpido esperar la llegada de los asesinos de Frascatti, ¡no volverían jamás a recoger la caja! Esa Helga nos llenó la cabeza de hipótesis absurdas. El estallido de algunas bombas de plástico alivió nuestra tensión interior. Era como si nosotras estalláramos un poco. Y ¿qué esperaban esos OAS para volar todo? Era injusto que sólo nos tuvieran aterradas a nosotras.

El sábado llamamos a Gilles por teléfono en vano. El timbre sonó desesperadamente hasta que Magdalena decidió renunciar a su respuesta. Fuimos en busca del arquitecto y un vecino nos anunció que estaba en el campo. A medida que caía la tarde nuestra angustia creció. Nos borró el pasado, olvidamos a mis padres, a Johnny, y doña Justa se convirtió en una sombra vaga.

—¡Voy a llamar a Enrique! No soporto más, tiene que ayudarnos —gritó Magdalena.

Salió de la cabina telefónica tranquilizada, había localizado a Enrique en su oficina de la rue Spontini, ¡era un milagro! El abogado Billaud, sus recomendaciones, su divorcio, carecían de importancia frente a la caja negra y el pavor que nos producía. Enrique la citó a las nueve de la noche en Le Petit Pave, un restaurante a la moda.

Llegó jovial, risueño, besó a Magdalena, me besó la frente y ocupó un lugar entre las dos. El restaurante era íntimo, elegante, lleno de gente conocida. Enrique nos encontró mal vestidas, despeinadas y pálidas.

—¡No cuidarse está muy mal! ¡Muy mal! —aseguró mientras pedía una cena copiosa y escogía los vinos con sumo cuidado.

El ambiente acogedor del restaurante, la presencia de los camareros y del *sommelier*, la amabilidad de Enrique y su risa nos llenaron de esperanzas. No era posible que Silverstein fuera amigo suyo. Cenó con apetito y escuchó atento el relato de Magdalena.

—¡Nada de lo que me cuentas es cierto! Me llamaste porque tenías ganas de verme —dijo echándose a reír.

Me dejó estupefacta. Mi hermanita con lágrimas en los ojos le pidió que fuera con nosotras al piso, así vería las pruebas, sabría que no mentíamos y que en verdad nos encontrábamos en peligro.

—No te agites. Te hace daño para los nervios, los tienes muy frágiles. Iremos, iremos a tu piso —dijo condescendiente.

Me excusé y salí a la calle a buscar una revista política, que había visto por la tarde expuesta en los quioscos y cuya portada se refería a la OAS. Volví a la mesa y me dediqué a su lectura. En uno de los artículos sobre esa organización encontré la palabra “Albatros”. Tuve vértigo. Pero eso sólo bastaba para probarle a Enrique que teníamos razón, que no soñábamos. El poder de convicción del marido de mi hermanita era tan fuerte que a mí misma me había hecho dudar de la veracidad de Magdalena y del peligro que encerraba la caja negra. Quizás dudé porque me convenía que todo aquello no hubiera ocurrido nunca o que, si ocurría, carecía de importancia. Hacia la una de la mañana Enrique pagó la cuenta con solemnidad, nos tomó a cada una por un brazo y nos dirigimos al piso de Marat. Al llegar frente al portón, vimos a un vietnamita pequeñísimo, cubierto con un abrigo negro de cuello de piel blanca, paseando frente al edificio. Enrique se detuvo unos instantes.

—Es un policía secreto... ¿no saben que hay muchos indochinos que trabajan para el gobierno contra la OAS? —nos preguntó en voz muy baja.

—¡Ah!, es la bestia amarilla... —dijo Magdalena.

Enrique visitó el piso con sumo interés, pero frente a la caja se echó a reír.

—Es un baúl de soldado francés. Le llaman: una cantina —nos explicó.

Sacamos el abrigo, las fotos, la pistola, los cargadores, los papeles, el cartapacio “Trece de Mayo”, las cartas y Enrique repetía:

—¡Normal!, inormal!, inormal!...

—¿A qué le llamas tú normal? —gritó exasperada Magdalena.

—A esto. No significa nada terrible. Es normal. Papeles de un individuo que seguramente vivió en esta casa antes que tú. Al mudarse los olvidó. ¿Para qué haces tanto drama?

Blandí la revista que acababa de comprar y leí el trozo en el que el periodista hablaba de “Albatros”, busqué con fiebre las cartas donde hablaban de “Albatros” y le leí algún párrafo incoherente.

—¿Normal? —le pregunté indignada.

—Coincidencias. Ustedes son dos pequeñas histéricas, unos papeles, las

fotos de un galán desconocido, una pistola y ya tienen para armar ¡un novelón! Prefiero irme ahora mismo.

—¡Por favor, no nos dejes solas! —gritó Magdalena deteniéndolo.

Enrique aceptó volver a sentarse sobre una de las camas y se puso a fumar con aire aburrido. Se diría nuestra víctima.

—¿No puedes ayudarnos? —preguntó mi hermanita.

—¿Ayudarlas en qué? Aquí no hay nada. Lo mejor que pueden hacer es dormir, miren qué caras tienen.

Recogí los documentos, las fotos, la pistola, el cepillo de dientes, los cargadores y los subí para meterlos en orden dentro de la maleta del soldado francés, los cubrí con el abrigo azul marino y bajé.

—Son las tres de la mañana. ¿No les parece que deberían dormir? —propuso Enrique.

Se tendió vestido sobre una de las camas y le ordenó a Magdalena que durmiera. Fingí dormir, pero la verdad es que la sangre fría de aquel hombre me mantuvo alerta. Mentía como doña Justa. A las siete de la mañana se deslizó hacia la puerta de entrada y salió. Tuve la certeza de que Magdalena había cometido un grave error llamando a su marido en su socorro. Se despertó a las doce del día.

—Enrique se marchó a las siete sin hacer ruido.

Nos quedamos en la casa de Marat que se había convertido en un túnel oscuro. Enrique había querido sembrarnos la duda diciendo que la caja pertenecía al antiguo inquilino. Era mentira, la casa estaba deshabitada hacía mucho tiempo cuando la compró Magdalena y su último inquilino había sido un borracho que albergaba a mendigos por unos cuantos francos. En la cantina había papeles recientes.

—Enrique es un cobarde. Tuvo miedo —afirmó Magdalena.

Fue un domingo hueco, oscuro, inmóvil. Salimos muy tarde a cenar, era increíble la felicidad de la gente comiendo y bebiendo en los cafés y en los restaurantes. Nos sentimos excluidas de la comunidad, el miedo formaba una barrera infranqueable entre nosotras y los demás a los que casi no veíamos, pues las personas se habían convertido en sombras irreales y distorsionadas. Al volver a la casa, ya muy tarde, nos encontramos en la escalera al vietnamita del abrigo negro, con cuello de

pieles blancas. Iba acompañado de un perrito. Nos cedió el paso. Una vez dentro del piso subimos a ver la cantina del soldado francés. Notamos que en la caja faltaban papeles.

—¡Es un policía! Nos van a arrestar por complicidad —dijimos.

No dormimos, teníamos palpitaciones y sudores fríos, la noche pareció eterna. Por la mañana nos llenamos los bolsos de papeles y cartas, documentos y fotos. Salí a comprar periódicos e hicimos varios bultos con los papeles que nos parecieron más comprometedores. Nos fuimos a la calle. Había que recurrir otra vez a Enrique, puesto que no contábamos con nadie. Un taxi nos llevó a la rue Spontini. Entramos a una oficina lujosa. Un mozo reconoció a mi hermanita.

—¿Quiere hablar con el señor?

—No. Quiero ver al señor Uribe.

Uribe era un hombre bajito, calvo y amable. Parecía tener afecto por Magdalena pues la recibió con cordialidad, pero al enterarse del asunto que llevábamos y después de echar una ojeada a algunos papeles, perdió el color y la calma. El caso le pareció gravísimo y nos suplicó que regresáramos a las tres de la tarde, él iba a tratar de arreglar con discreción el problema, con algún amigo suyo del gobierno.

—¡Por favor, no se les ocurra ir a una comisaría!... porque las detienen —nos dijo con gravedad.

La puerta de su despacho se abrió y apareció Enrique con el rostro lívido de ira.

—¡Tomás!... ¡Ah!, estás ocupado, cuando estés libre ven a mi oficina, —dijo y desapareció.

—Gracias, volveremos a las tres —dijo Magdalena precipitándose a recoger todos los papeles.

En la calle nuestros paquetes mal envueltos llamaban la atención de los policías, que nos seguían con la vista durante un largo trecho. Era necesario deshacerse de ellos lo más pronto posible. Nos sentamos en un café, Magdalena me explicó que Uribe siempre había sido amable y bondadoso con ella. ¡Gracias a Dios que se le había ocurrido recurrir a él!

A las tres de la tarde volvimos a la rue Spontini y nos presentamos nuevamente frente a Uribe.

—No pude hacer nada. Lo mejor que pueden hacer es llevar esto a cualquier comisaría y entregarlo. ¡Armaignac complotando! Es increíble. A ver déme alguna de sus cartas, voy a ver si puedo hacer algo por ustedes... —le dijo a Magdalena.

Con la carta de Armaignac en la mano y a medida que la leía, marcó el número de teléfono que deseaba.

—¿Armaignac?... aquí Uribe. Tengo en mis manos una carta muy comprometedor para usted... No, no, la carta está en posesión de la señora Magdalena... ¡Sí, Magdalena!... ¿No la conoce? ¡Muy bien, si no le interesa su carta!...

Mi hermanita palideció escuchando la conversación de aquel hombre. Sentí alivio cuando escuché que el señor Armaignac había colgado el aparato.

—No le interesa el asunto. Vayan a una comisaría y entreguen los papeles —nos ordenó Uribe.

Salimos a la calle deshechas. Lo único que hizo el bueno de Uribe fue denunciarnos con Armaignac. Ahora toda la OAS sabía que Magdalena estaba en posesión de los papeles perdidos y podían matarnos en cualquier esquina. En los quioscos los diarios anunciaban las nuevas bombas de la OAS Las colocaban en las puertas de los traidores y llamaban al timbre de entrada. Al abrir estallaba la bomba. “Alguna vez tuve familia, casa, hermanos, fiestas...”, me dije desalentada caminando por calles desconocidas.

—¡Vamos a ver al abogado! —gritó Magdalena.

En el lujoso salón de espera del abogado Billaud, recordamos que existía otro mundo ordenado, en el que no existían maletas negras, ni enriques, ni vietnamitas, ni frascattis. Sentí vergüenza ante nuestra situación dislocada. Magdalena había olvidado a Johnny, a Helmut, a Manfred y en la luz quieta del salón resultaba rota, fuera de lugar. Contemplamos un ramillete de flores y un cuadro suspendido en el muro con el retrato de Napoleón. También habíamos olvidado al Emperador. La vida era absurda y nos daba un golpe con el que no contábamos. Apareció el abogado sonriendo, con los brazos abiertos. Era un hombre atractivo, de voz melodiosa y ademán cortesano.

—¿Qué sucede, Grandes Duquesas?, las veo muy abatidas.

Nos hizo pasar a su despacho. Sentadas frente a él, descubrí de pronto su parecido con Napoleón. Iba a decirlo, cuando escuché sollozar a mi hermanita. Ahogada por el llanto colocó los paquetes sucios sobre el hermoso escritorio, deshizo uno y mostró la carta de Armaignac al abogado.

—Uribe, el empleado de Enrique se la leyó por teléfono. Le dijo que yo la tenía con otros muchos papeles comprometedores... —explicó en medio de un torrente de lágrimas.

El abogado esperó a que se calmara para enterarse de lo sucedido. Le contamos nuestra llegada de Ascona y el encuentro con la caja y su contenido. Billaud cambió de expresión, se pasó la mano por la frente y se movió nervioso en su sillón.

—Ese hombre, Uribe, las ha entregado. Eso no se hace nunca... déme la carta a ver si yo puedo arreglar este embrollo.

Leyó la carta de prisa y marcó el número de teléfono de Armaignac.

—Aquí Billaud, sí, Billaud... nuestras diferencias políticas las arreglaremos en otra ocasión... Mi cliente la señora Magdalena, al volver de sus vacaciones encontró en su piso una caja con documentos comprometedores. ¡Ah!, no le interesa... entre esos documentos de sus amigos hay una carta suya... sí, ya sé que se la leyeron por teléfono...

Armaignac colgó el aparato y dejó al abogado con la palabra en la boca.

—Vamos a intentarlo otra vez. Es natural, se siente perseguido, se ha colocado fuera de la ley —dijo tranquilo y volvió a marcar el número.

—¿Armaignac?, aquí Billaud. Tengo una oferta, escuche, la caja está en la casa de mi cliente que es completamente ajena a la política. ¿Eh? ¿Lo acepta?...

La conversación se terminó en unos minutos. Armaignac no aceptó la proposición de recoger esa noche la caja con los documentos comprometedores. Billaud le daba su palabra de honor de no alertar a la policía hasta la mañana siguiente. Si recogía la caja, el asunto terminaría allí. Pero Armaignac creyó que se trataba de una trampa para pillarlo con las manos en la masa. Era natural, ¿qué podíamos hacer?

—Les advierto que la OAS está formada por un grupito de exaltados y

que ustedes dos corren un grave peligro. El gobierno es incapaz de protegerlas, está desbordado...

Billaud consideró que era su deber esperar toda la noche, con la esperanza de que Armaignac cambiara de idea. Nosotras no debíamos dormir en el piso de Marat. Prometimos buscar un hotel anodino y comunicarnos con él en cuanto nos hubiéramos instalado. Prometimos también no buscar a nadie, ni comunicarnos con nadie exceptuándolo a él. Su afecto inesperado nos reconfortó. Prometimos prudencia, cogimos nuestros paquetes y salimos con la promesa del abogado de no alertar a la policía hasta la mañana siguiente. Caminamos otra vez sin rumbo. “Total es igual cualquier hotel, lo mismo darán con nosotras... y ese pobre Frascatti...” No lográbamos olvidar al hombre cuyas pertenencias estaban en la caja. Un viento de tragedia nos heló el corazón. Sin darnos cuenta pasamos frente a una embajada en la que Magdalena tenía un gran amigo, llamado Raúl, él podía guardarnos los paquetes de papeles que llevábamos a cuestas. Entramos decididas. Raúl, un joven alto, moreno y elegante salió a recibir a Magdalena.

—¡Querida! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué te trae por aquí? —exclamó abrazándola con efusión.

Magdalena le pidió que le guardara aquellos paquetes con papeles y le explicó vagamente lo que sucedía. Raúl palideció, miró para todas partes.

—¿La OAS? ¡Querida, eso es imposible! Lo único que debes hacer es irte ¡ya! de París. ¡Pero ya! Esa gente mata. ¿No te das cuenta? Toma un avión para Suiza hoy mismo... ¿No me crees? Mira, espérame a las nueve de la noche en el Trocadero. No puedes quedarte aquí —y al decir esto nos acompañó hasta la puerta, besó a mi hermanita y nos dejó partir.

—¡Recuerda, a las nueve! —gritó.

—Estamos perdidas. ¿Viste el miedo que le entró a Raúl? En un hotel nos encuentran en seguida y si huimos no podremos regresar a Francia —dijo Magdalena que caminaba cabizbaja cargando sus paquetes de papeles.

Empezaba a oscurecer, el crepúsculo nos afectó, se acercaba la noche, quisimos llorar, pasamos al lado de dos policías de gesto adusto, con la ametralladora en la mano, que nos miraron con curiosidad.

—¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Vamos a ver a Armaignac! —dijo Magdalena súbitamente exaltada.

Un taxi nos depositó en la lujosa avenida donde vivía Armaignac. Nos bajamos antes para no señalar la casa. Desde lejos vimos que el enorme piso estaba iluminado como para una fiesta. Acodados al balcón que cubría gran parte de la fachada, estaban dos hombres viendo la calle.

Encontramos el gran portón abierto e iluminado. Al cruzarlo, dos árabes nos miraron y desaparecieron para volver a aparecer en la planta alfombrada del piso de Armaignac. Con mano segura Magdalena apoyó el timbre. Abrió la puerta un joven de frente despejada y rasgos nobles. Iba vestido de negro y sus cabellos eran también negros. La blancura de su camisa hacía resaltar su tez bronceada por el sol.

—¿El señor Armaignac? —preguntó Magdalena colándose de prisa para evitar el paso a los dos árabes que esperaban.

El joven nos miró con severidad.

—¿De parte de quién? —preguntó entornando la puerta.

—De la señora Magdalena.

—Un momento —contestó el joven con el rostro súbitamente crispado.

Desapareció para reaparecer al cabo de unos minutos. Nos hizo pasar a un salón enorme amueblado con suma elegancia. Con gesto severo nos indicó un sofá pequeño en el que nos sentamos, él cogió una silla, la colocó frente a nosotras, para apoyar las manos en ella y, de pie, contemplarnos de frente.

—En seguida las recibe —dijo sin moverse, mirándonos con sus hermosos ojos cargados de odio.

—¡Dios mío! Este chico nos odia. ¿Para qué vinimos? Mira cómo nos ve —me dijo Magdalena en español.

Esperamos un rato largo bajo la mirada terrible de aquel joven vestido de negro, de pie, inmóvil frente a nosotras.

—Nadie me ha mirado con ese odio. ¡Y la idea de venir aquí fue mía! —me dijo Magdalena con el rostro descompuesto.

—¿Será éste el que nos va a matar? —le pregunté.

—¡Yo qué sé!... y ese señor no sale...

Nunca imaginamos que los terroristas pudieran ser tan elegantes. Los

imaginábamos sucios, escondidos en lugares sórdidos, planeando crímenes. Pero en aquel salón tan elegante que nos hacía sentir ridículas con los paquetes y nuestros bolsos resbalándose sobre nuestras piernas, no los imaginamos nunca. Se abrió una puerta al fondo del salón para dar paso a un señor de cabello gris, modales elegantes y aire reservado.

—¡Armaignac! ¿Me buscaban? ¿En qué puedo servirles? —nos dijo haciéndonos una ligera reverencia de cabeza y sin darnos la mano.

Magdalena emocionada se presentó y le explicó nuestro caso: el piso estaba en obra y al volver de Ascona encontramos la caja con los documentos comprometedores para la OAS y para un señor Frascatti, al que habían asesinado, Billaud nos dio un plazo para hacerla desaparecer. Una vez terminado, daría parte a la policía. Le rogó que en el nombre de sus amigos recogiera la caja esa misma noche.

—Ya me lo dijo Billaud por teléfono. Ustedes lo saben. Ya le dije que no tengo ningún interés en recoger esa caja y que pueden disponer de ella cuando y como les plazca —nos dijo con voz fría.

Magdalena y yo nos miramos asustadas, habíamos dado un paso en falso mostrándonos al enemigo.

—Pero, señor, hay cartas tuyas...

—No me interesan. Hay cartas mías en muchas partes y no pienso recuperarlas. No significan nada.

Nos quedamos atontadas. Hubo un silencio. El joven continuaba mirándonos con una ira inmutable.

—¡Hágalo por mí! Estoy muerta de miedo. Yo no tengo nada que ver en este asunto. No tengo idea de quién puso esa caja en mi piso —suplicó Magdalena.

—Lo siento. No puedo hacer absolutamente nada. Y ¿por qué tiene usted tanto miedo?

—Porque son papeles de la OAS. Si la policía recoge la caja...

—Lo siento, señora —contestó Armaignac.

—Si viera todo lo que hay allí... ¡es increíble!... la documentación completa de ese pobre Frascatti, recibos de oro...

—Y ¿dinero, señora? ¿Dinero no hay?

—No, no hay dinero, sólo esos papeles que hablan de oro.

El señor Armaignac dio unos pasos, se volvió a nosotras para decirnos:

—Yo no puedo ayudarla, espero que resuelva su problema. Ahora estoy ocupado.

Tuvimos que aceptar marcharnos. El joven nos acompañó a la puerta. ¡Todo ha sido en vano! Me sentí humillada y derrotada.

—¡Qué estúpida soy! El señor cree que le estoy tendiendo una trampa. Se me olvidó lo importante, entregarle al señor Armaignac sus cartas personales —dijo mi hermanita frente a la puerta.

El joven la miró con sorpresa, nos pidió esperar unos segundos, desapareció y reapareció enseguida, para hacernos volver al salón. Ocupamos el mismo lugar y él se colocó frente a nosotras apoyado sobre la sillita dorada. Entró Armaignac.

—Señor Armaignac, olvidé darle sus cartas. Aquí las traigo —dijo Magdalena deshaciendo los paquetes para buscarlas entre los papeles—. ¡Estefanía! busca en tu bolso y en tus paquetes —me ordenó.

El señor Armaignac nos dejaba hacer. A medida que fueron apareciendo sus cartas un tinte ligeramente rosa cubrió sus mejillas pálidas. Encontramos ocho cartas suyas que Magdalena le tendió con solemnidad. Su dueño las recibió con naturalidad y sonrió.

—Gracias, señora. Es un bello gesto. Dígame, señora ¿es usted la persona que estaba con Uribe cuando me llamó?

—Sí, Uribe trabaja para mi marido, estamos separados. Fui a pedirle auxilio, Uribe me aconsejó ir a la comisaría a denunciar el hecho. No quise y me dirigí a mi abogado...

—¿Uribe le aconsejó a usted ir a la comisaría? —preguntó el señor Armaignac enrojeciendo.

—Sí, ¿por qué?...

El señor Armaignac nos hizo pasar a su despacho, nos ofreció asiento alrededor de su escritorio y le ordenó al joven que le buscara el teléfono de Uribe. Después lo marcó.

—¿Uribe?... aquí Armaignac —y le pasó el teléfono con rapidez a mi hermanita, mientras que el joven tomaba el escucha.

—Sí, Uribe, estoy en la casa del señor Armaignac... ¡No, no podía seguir tu consejo de ir a la comisaría!... No, no quiero ir...

La discusión entre Uribe y Magdalena duró unos minutos, el joven escuchaba atento.

—En efecto, le aconsejó que fuera a la comisaría... ahora la amenaza — explicó el joven.

—¡Es increíble! No queda ningún rastro de moral. ¡Uribe! En fin, gracias, señora, gracias. El perfecto Judas. ¡Creíamos que sólo lo movía el esnobismo!

Volvimos al salón, allí mi hermanita le rogó a Armaignac que guardara todos los papeles que llevábamos, pero Armaignac se negó a aceptarlos aduciendo que le eran ajenos. De pronto Armaignac miró a Magdalena a los ojos, dudó, guardó silencio para al final decir:

—Viendo su buena disposición para nosotros, me voy a permitir hacerle una pregunta, ¿cuándo debe ponerse en contacto con su abogado?

—Hoy en la noche. Él actuará mañana después de saberme a salvo.

—Señora, ¿por qué no nos concede veinticuatro horas? Yo podré ponerme en contacto con mis gentes y salvar lo salvable. Debo confesar que han actuado mal, con mucha indisciplina. En estas horas podemos deshacer algunos errores —le pidió a Magdalena con una voz intensa y cargada de emoción.

—Sí, no me cuesta nada. Le llamaré a mi abogado mañana a las nueve de la noche. Él no se moverá hasta que tenga noticias mías. Y, si lo desea, no lo llamo hasta pasado mañana —afirmó mi hermanita.

Armaignac enrojeció, miró a mi hermanita con simpatía iera una arrebatada como él! No era un Uribe que trabajaba para ellos y para Enrique. ¡Por lucro!

—Señora, es una gran pena que los tiempos que corren impidan nuestra amistad. Espero que cuando todo vuelva a su cauce podamos ser amigos para siempre. La felicito por su bello carácter y si en algo puedo servirla alguna vez, no dude en acudir a mí. Soy su más fiel servidor —le dijo besándole la mano.

Nos acompañó hasta la puerta seguido del joven elegante. Nos detuvo unos momentos.

—Señora, no tome usted ningún riesgo, entre nosotros hay algunos exaltados. Van a saber dónde apareció esa caja y no estoy seguro de que

podamos controlarlos en tan pocas horas. Quédese en su escondite, y si nota algo, no dude en recurrir a mí. ¡Apréndase mi teléfono de memoria! —y nos lo repitió varias veces.

El joven de negro nos besó la mano y después de una despedida bastante emocionante, salimos a la calle. Los árabes se quedaron en la puerta.

—¡Hurra! Estamos salvadas. ¡Qué hombre tan encantador! Así eran antes todos los franceses. ¡Lástima que hayan acabado con los caballeros! ¿Quién te pareció más guapo Armaignac o el joven?

—El joven... oye ¿qué, no era español? —le pregunté.

—¡Claro! Le diste al clavo. Yo no podría escoger, Armaignac es la historia de Francia... ¡Nos espera Raúl en el Trocadero! —gritó recordando la cita con su amigo el diplomático.

Sentadas en un café de la Plaza del Trocadero esperamos la llegada de Raúl. Escogimos una mesa apartada. El entusiasmo de mi hermanita se había apagado y ambas callábamos, quizás estábamos cansadas. De pronto se acercó un hombre bajito, calvo y nervioso. Con presteza depositó cerca de mi taza un sobre grande.

—¡Coronel! —le dijo Magdalena.

—No tengo tiempo. Ahí están los billetes de avión para Suiza. Sale a las diez y media de la noche. ¡Váyanse, pero ya! Son órdenes del amigo.

Se alejó con rapidez, se diría que nunca se nos había acercado. Mi hermanita cogió los billetes y se los guardó en su bolso.

—Raúl lo llama coronel, pero no es nada. Es un baquetón amigo suyo. Y ese Raúl está loco, ¿cómo vamos a huir si no hemos hecho nada malo? —comentó Magdalena echándose a reír.

Le recordé que debíamos buscar un hotel escondido para dormir.

Mira, lo más escondido es lo más visible —declaró Magdalena y le ordenó al chofer del taxi que nos llevara al Hotel Royal.

Nos quedamos en la terraza de un café en Saint Germain. La noche estaba fresca, comeríamos un sándwich y luego nos iríamos a dormir. Armaignac nos había quitado un gran peso de encima y nos divertimos viendo pasar a la gente.

Cuando nos fuimos al hotel ya eran las doce de la noche. El señor

Gunther nos inscribió. Mientras hacía esta diligencia, vi el encabezado de su periódico de la noche: “El terrorista de la OAS Frascatti, arrestado hoy”. Se me doblaron las piernas.

—¡Me siento mal!... —y agregué en español: “Mira lo que dice el periódico”.

—¡Me voy a desmayar! —gritó Magdalena.

El señor Gunther nos ayudó a subir a nuestro cuarto.

—Es algo malo que comieron, están muy pálidas...

Nos dejamos caer sobre las camas.

—El señor Armaignac va a creer que lo engañamos... que ya habíamos ido a la policía, que sabíamos que Frascatti estaba vivo... ¡qué horror!...

—Pero si estaba muerto, muerto... alguien lo entregó...

—¡Helga! —gritó Magdalena.

—¡No!, el vietnamita. Enrique dijo que era policía...

—¡Fue Enrique! —dijo mi hermanita.

Nos sentimos en un peligro inminente. El cuarto era inseguro, en la habitación de al lado podían estar los terroristas que iban a degollarnos, a ponernos una bomba o a darnos de tiros. Y si todavía no estaban, llegarían de un momento a otro, puesto que habíamos perdido la amistad de Armaignac. “¡Qué par de miserables, me engañaron!”, debía estar diciendo a esas horas. Pero ¿cómo era la política? “La policía ¿funcionaba con tanta rapidez?” “¿Quién determinaba que se matara a algunos y a otros no?” La idea de que mataran al señor Armaignac nos dejaba paralizadas de horror. ¿Y si nos siguieron desde el despacho del abogado?... Entonces, apenas salimos de la casa de Armaignac, la policía entró a tiros... Después nos debieron seguir hasta el hotel... ¿Y si nos aprehendían por cómplices? Helga hizo bien en huir. Magdalena se echó a llorar. Si Frascatti estaba vivo ¿qué hacían sus pertenencias en nuestra casa? Alguien dio el soplo. Quise pensar, pero sólo logré pensar en todos los conocidos. Ninguno me merecía confianza, además todos nos habían dejado solas. Tenía miedo, hasta nosotras llegaban los pasos de los policías armados de ametralladoras. No escuchamos ninguna bomba.

¡Los habían detenido a todos! Ahora llegarían por nosotras. Abrazada a mi bolso y a los paquetes de papeles me quedé inmóvil. La habitación

estaba hueca como una cáscara dispuesta a resquebrajarse al menor movimiento.

—Van a venir a matarnos. Saben que estamos en el hotel. Hay que irse de aquí... Enrique tiene la obligación de escondernos —gritó de pronto Magdalena, se levantó, cogió su bolso y sus papeles y sin pensarlo se dirigió corriendo a la puerta y huyó hasta el elevador.

La alcancé en la carrera. El señor Gunther se alarmó al vernos y decidió acompañarnos. Llamó a un taxi por teléfono y se fue con nosotras. Magdalena le dio la dirección al taxista. Enrique vivía ahora en un edificio elegante de una avenida también elegante. Magdalena bajó desbocada: “De parte de quién”, preguntó el conserje, mientras el señor Gunther le pedía al chofer que nos esperara. “De su esposa”, contestó mi hermanita a la voz del conserje. Subimos a un cuarto piso y nos enfrentamos a una puerta cerrada. Magdalena llamó con insistencia y pegó el oído a la puerta: “Está aquí...” dijo con alivio. Nadie abrió la puerta, mi hermanita empezó a golpearla primero con los puños y luego con los pies. “¡Enrique, abre por favor!... ¡Nos van a matar!... ¡Abre!”, gritó a grandes voces, pero la puerta permaneció inmóvil. El señor Gunther la tomó por los hombros y la sacó de allí.

—Está aquí, pero no va a abrir —le dijo el señor Gunther.

Subimos al taxi y volvimos al hotel. Una vez a solas en la habitación, me dijo con frialdad.

—¡Fue él! Estoy segura. Al no abrir la puerta me dio la prueba de que está decidido a que nos maten.

Se desvistió y me ordenó dormir. Necesitábamos reposo. Escondimos los bolsos y los paquetes debajo de las mantas y dormimos profundamente. Por la mañana pedimos los periódicos y Magdalena dio la orden de decir que habíamos salido en el caso de que alguien nos llamara por teléfono. En los diarios leímos que Frascatti había sido detenido en Argelia, donde habían hecho una enorme redada de miembros de la OAS.

—Enrique fue a la casa el sábado, ¿verdad? ¡Traidor! —dijo Magdalena.

—Y Uribe nos denunció con la OAS para que nos matara; el golpe perfecto, así mataban dos pájaros de una pedrada —le expliqué.

Magdalena bajó al bar del hotel a hacer una llamada al señor Armaignac. Quería saber si estaba vivo, le repitió que no diría nada al abogado hasta el día siguiente.

—Es muy inteligente, hablamos en clave, pero nos entendimos muy bien —dijo satisfecha.

A las cuatro de la tarde del siguiente día salimos a ver al abogado. La tarde era radiante, los árboles llenos de pájaros llenaban de cantos la calle. Era increíble que en medio de esa hermosura la gente se cazara como fieras. La vista de los policías nos recordó que al azar en el hotel habíamos roto algunos papeles que nos parecieron demasiado peligrosos. De vez en vez dejábamos caer los trozos menudos de los papeles en algunos botes de basura. Desde una cabina pública mi hermanita le avisó a Armaignac que íbamos rumbo al abogado. Lo aceptó y quedaron en no llamarse en mucho tiempo.

El abogado Billaud nos recibió con gesto severo.

—Esperé dos noches, creí que les había sucedido lo peor, aquí está alguien que iba a localizarlas ahora mismo.

Se puso de pie y abrió una puerta por la que entró un hombre bastante mayor que nos miró con detenimiento. Era evidente que Billaud y él ya habían comentado nuestro caso. El hombre mayor se dispuso a acompañarnos a la casa. El abogado nos despidió en la puerta, me retrasé un poco para confiarle en voz baja que le habíamos devuelto sus cartas a Armaignac. Billaud se detuvo en seco, iba a reprochar algo y al final dijo también en voz baja:

—Se salvaron y lo salvaron, no hay pruebas contra él. ¡No lo cuente por favor!

El desconocido nos subió a su automóvil y se dirigió a la casa de Marat. Ya sabía que éramos extranjeras y que ignorábamos la política francesa. No dijimos ni una sola palabra. ¡Qué mala impresión nos hicieron los muros de la casa! Una soledad temible reinaba en las habitaciones. Subimos a la planta superior, nuestro acompañante abrió la puerta y entraron cuatro hombres más, que como él iban de civil. Nadie hubiera sospechado que eran policías. Mi hermanita sin una palabra les señaló la caja.

—Es una cantina de soldado —dijeron a coro.

Levantaron la tapa, movieron el abrigo azul, quedaban pocos papeles, nuestro acompañante nos invitó a colocar adentro de la cantina los papeles que llevábamos y a vaciar nuestros bolsos de mano. Después cerraron la cantina y se fueron con ella.

—Si las amenazan esos asesinos no duden en llamarnos —dijo nuestro acompañante y desapareció.

—*Consummatum est!* —dijo Magdalena con la voz estrangulada por la emoción. Empezaba a oscurecer, las sombras entraban en la casa de Marat. La tragedia había terminado. ¿O bien empezaba? Una desolación completa envolvía a las habitaciones y nos cayó encima como una capa helada. El silencio era inquietante. Nuestra presencia en aquella casa resultaba absurda. Nos miramos.

—¡Carajo!, con razón nos decían: la desobediencia siempre es castigada... ¡chingue!, pero no creía que tanto —exclamó Magdalena asustada.

—Pues sí, tú lo quisiste. Ahora estamos en plena historia de Francia, esto es amenazador, te advierto que no sé si pueda resistirlo —le contesté.

—¡Malhaya! ¡No te vas a rajarse ahora! ¿Además adónde nos vamos? Ni siquiera sabemos dónde están mis papás... ¡y ese abogado no sirve para nada! Puedes decirme, ¿qué ha hecho con mi divorcio?

—¡Tu divorcio!... ¿qué carajos me importa tu divorcio? Mira —le dije señalando la cerradura rota de la puerta endeble.

Hortensia estaría feliz con Gustavo, mis tías estarían organizando fiestas para buscar a jóvenes formales, tenían razón, así evitaban a los enriques y a las justas, que provocaban la catástrofe en la que habíamos caído. Bajamos a la primera planta a rezarle a San Miguel Arcángel, sólo él con su poderosísima espada podía salvarnos de aquel tugurio encalado, que parecía haberse convertido en nuestra tumba anónima. Encontramos los restos del café en las tazas que dejamos junto a las camas deshechas. Los rollos de las alfombras continuaban junto a las ventanas. Todo seguía igual, incompleto, inacabado, en el desorden de aquel lunes lejanísimo en que llegamos felices con Helga. Las maletas continuaban abiertas.

—Te juro que de haber sabido esto, le hubiera coqueteado a Helga para

que no nos dejara solas... —exclamó Magdalena.

—Lo mismo se hubiera ido. Tenía mucho miedo..

—¡No, no me digas! A nosotras nos mata la moral. Mira al Enrique, a ése no le sucede nada malo. Todo le sale a pedir de boca. Él no tiene escrúpulos. ¡Ah, si yo tuviera una hija la educaría para ser Mesalina!... Esto es siniestro, tú tenías razón.

Magdalena sacó su chicle y empezó a mascararlo con rabia. Nunca hizo unos globos más grandes. Para no volver a entrar en aquel piso, decidimos no salir a cenar. Nos quedamos quietas sentadas en las camas. Llamaron a la puerta, de puntillas Magdalena se acercó a la mirilla y me llamó con señas. A través del enrejado y en medio de la semioscuridad distinguimos dos rostros; uno parecía el de una vieja china y el otro el de un hombre de cabello rojizo. Repiquetearon con los dedos.

—Somos vecinos... queremos saber si no se les ofrece algo —dijeron la voz de un hombre y la de una mujer al mismo tiempo.

Magdalena abrió, era preferible enfrentarse a quien fuera a permanecer solas y quietas en aquella casa helada.

—Pasen, hagan el favor y disculpen el desorden —dijo haciendo entrar a la pareja, que miraba hacia todas partes con gran curiosidad. De seguro habían visto a la policía llevarse la cantina y querían noticias. Se presentaron, eran el matrimonio Lefargue. Sonrientes, se acomodaron en la orilla de las camas.

—¡Magnífico! El piso ha quedado maravilloso —comentaron.

—No me gusta nada, es siniestro —contestó Magdalena.

El matrimonio cruzó miradas sorprendidas. Ella llevaba el pelo negrísimo recogido en un moño bajo y él parecía cubrirse la calva con una peluca rojiza, era muy alto. Sonrió con melancolía.

—Se ve que ha sido usted una mimada de la suerte para despreciar este piso magnífico. Nosotros vivimos arriba, en una sola habitación, claro que antes no vivíamos así. Yo era Lefargue, el famoso periodista, pero la guerra, la Liberación... sí, la Liberación me redujo a esto. ¡Lo que yo he visto! Inútilmente, puesto que no puedo escribirlo. Y me felicito de estar vivo, ¿verdad, querida? —dijo el hombre mirando a su mujer.

—¿Y cómo? No, señoritas, no deben desesperar, tienen una casa

preciosa, son muy jóvenes y preciosas también, ¿qué más pueden pedir en la vida? —nos dijo Corinne, su mujer.

Sin darnos tiempo a contestar, su marido intervino:

—Lo único que pueden desear en la vida es no intervenir jamás, ¡jamás! en política. Por escribir de política estoy aquí. La política es un animal venenoso y sólo ataca a la gente débil o la gente honrada.

Mi hermanita y yo nos miramos, ¿qué quería decir Ives? ¿Estaría al corriente de lo que nos sucedía? La repentina amistad que nos ofrecieron los Lefargue nos consoló esa tarde. Con naturalidad nos contaron que habían sido del régimen de Vichy, y por ese motivo Ives pasó una larga temporada en la prisión de Fresnes y estuvo a punto de ser fusilado. Esa misma noche nos invitaron a un restaurante de comida especial, que consistía en arroz entero, raíces y una especie de sopa que recordaba los cuadros de Paul Klee.

—Es magnífica para la salud y para conservarse joven. ¿Qué edad me calculan? —preguntó Lefargue.

Lo miramos con atención, tal vez tendría unos setenta y cinco años, pero no lo dijimos por miedo a equivocarnos. Nos dimos por vencidas.

—¡Cincuenta y ocho años! —exclamó triunfante.

Nos pareció trágico, pero no lo dijimos. Su mujer, que era menor que él, parecía tener su misma edad. Eran dos ancianos flacos, desnutridos y vestidos con dignidad, aunque sus ropas fueran muy antiguas. No nos preguntaron nada acerca de la presencia de la policía en la casa. Eran discretos y comedidos. Sólo perdían la calma cuando se hablaba de la democracia. La palabra misma era para ellos un revulsivo.

Nos quedamos varios días inmovilizadas en el piso, leyendo los diarios que hablaban de la cacería desatada contra la OAS. Las noticias nos deprimían, deseábamos volver a México, pero la familia ya no estaba allí. Nos habíamos perdido.

—¡Ya sé que yo tengo la culpa! No me lo repitas a cada minuto —decía Magdalena a quien el miedo había vuelto insufrible.

Mi hermanita trató de comunicarse inútilmente con Gilles, con Bruno, con Chantal, y hasta con el arquitecto que continuaba en el campo.

—¡Estamos solas! Hay que enfrentarse a la verdad —dijo Magdalena.

Nos perseguía la idea de descubrir quién era el autor de la puesta de la caja negra o de la cantina en nuestro piso. Buscábamos en todas las direcciones al responsable de aquella catástrofe y todos los caminos nos llevaban a cualquiera de los amigos. Todos eran sospechosos, lo único que debíamos hacer era decidimos a escoger a uno de ellos. “Y ¿si hubiera sido el abogado? En las novelas de detectives el menos indicado resultaba el culpable.”

—No, si hubiera sido él, nos habría entregado...

—Pensamos en Ives y Corinne. ¡Imposible! Los dos eran de derechas y no iban a entregar a sus correligionarios. Más bien se dirían dos ángeles guardianes enviados por la Providencia. Qué vanidad, éramos dos pecadoras y pretendíamos que desde el cielo se preocupaban por nosotras. París y Ascona eran corrosivos, no habíamos ido a la iglesia ni una sola vez, aunque mi hermanita aseguraba que había confesado y comulgado en el lago. Los pensamientos graves nos preocupaban y los botes de pintura, las cuerdas y los papelones continuaban esparcidos por el suelo. La campanilla de entrada llamó con energía, nos pusimos de pie de un salto. ¿Quién podía ser a las ocho y media de la mañana? Nos acercamos a la puerta con precaución y desde el muro preguntamos.

—¿Quién es?

—¡El pintor! De aquí llamaron a un pintor para que termine la obra — contestó una voz con acento español.

Y ¿si era el encargado de darnos el bombazo? ¿Uno de los exaltados de los que nos habló el señor Armaignac? El corazón nos latía con fuerza, decidimos callar. La campanilla insistió con energía.

—Me llamo Luis. Me hablaron de este trabajo...

Si iba a matarnos, haría saltar la puerta. Magdalena abrió de golpe. Nos encontramos con un joven alto, fuerte, de cabello negro y mirada maliciosa. Llevaba su traje blanco de albañil.

—¡Ay, madre mía!, qué miedo tenéis —dijo al vernos.

—¿Quién lo llamó? —preguntó Magdalena sonriendo.

El albañil pareció desconcertarse. Mi hermanita lo hizo entrar, continuaba sonriente.

—No soy tonta, nadie lo llamó —le dijo y se echó a reír.

Luis confesó que no lo había llamado nadie, escuchó en el barrio que la casa estaba en obra y fue a ofrecer su trabajo. Sin pedir permiso empezó a recoger los papelones que cubrían el suelo y subió a revisar el segundo piso. Lo esperamos inmóviles.

—Dejar una obra así es una cerdez! ¿Qué os pasa? ¿Os doy miedo? ¡No, hombre, soy madrileño! Lo que os pasa es que estáis muy solas... —y nos miró con sus ojos llenos de malicia.

Procuré ver por la ventana el patio y el muro de enfrente en el que se abrían las dos pequeñas ventanitas del cuarto de Ives y de Corinne. Estaban cerradas con las cortinillas corridas, el matrimonio ya se había ido a su trabajo y en el edificio sólo quedábamos Magdalena, el pintor Luis y yo. El hombre avanzó sonriendo, mientras nosotras retrocedíamos hacia el muro. Queríamos descifrar su sonrisa y su mirada en apariencia juguetona. La escena era muda, de pronto él repitió: “Sí, tenéis mucho miedo. ¿qué os sucede?”

—¡Carajo!, ¿que qué nos sucede? Que usted nos quiere asustar —gritó Magdalena.

El hombre permaneció quieto unos segundos y en seguida se echó a reír a grandes carcajadas, mientras repetía: “¿Carajo?... ¿carajo?...”

—¡Quiere asustarnos! —insistió mi hermanita.

El hombre sacó un cigarrillo, lo encendió, nos miró preocupado, se recargó contra el muro y se quedó un rato mirando las vigas del techo. “Está dudando”, pensé atemorizada. Dudaba ¿de qué? El silencio era peligroso, había que romperlo para impedir que Luis se reafirmara en la intención que lo había traído a la casa. Pero ¿qué podía decirle? Fue Magdalena la que rompió el silencio.

—¡Oiga, madrileño!, deje de querer jugar con nosotras al miedo y ayúdeme a limpiar un poco esta casa —le ordenó con voz aparentemente confiada.

El hombre arrojó el cigarrillo al suelo, lo pisó con ira y decidido empezó a recoger los papelones llenos de gotas de pintura, los botes y las brochas para guardarlas adentro de un clóset abierto atrás de la escalera de caracol.

Magdalena lo ayudaba con energía y trataba de establecer una

conversación normal con él.

—¿Hace mucho tiempo que salió de España? —preguntó Magdalena al pasarle un bulto enorme de papeles.

—Sí, mucho... —contestó con brevedad Luis, que aceptó el bulto con naturalidad. Nos hacía falta una escoba, y mi hermanita decidió que fuera yo a comprarla. Cogí el dinero de mala gana, iba a dejar sola con aquel desconocido! Al salir encontré en el portón a otro hombre de rostro enrojecido marcado con una cicatriz, que podía jurar que era un navajazo. El hombre vestía un viejo pantalón militar, calzaba zapatos rotos que dejaban ver que no llevaba calcetines. El hombre me miró con extrañeza. En la acera de enfrente descubrí un comercio en el que vendían escobas y utensilios para casa. Volví con la escoba y al pasar junto al soldado borracho hice como si no lo viera. Le entregué la escoba a Luis y éste se puso a barrer con energía los suelos levantando nubes de cal, de pintura y de polvo. Se diría que estaba rabioso. De cuando en cuando levantaba la vista, dejaba de barrer y nos miraba con fijeza. Magdalena se puso a recoger los montones de basura formados por la escoba, al mismo tiempo que decía:

—Gracias, Luis, ¡es usted un ángel!... Nadie había venido a echarnos una mano. ¿Quiere un café? —y corrió a la cocina, preparó tres tazas de café, pan con mermelada y jamón y lo trajo al cuarto donde estaban las camas sin hacer. Colocó las tazas en el suelo y lo invitó a ocupar un lugar en la orilla de la cama. Luis ocupó su lugar, bebió el café y comió el jamón y el pan con mermelada. Estaba preocupado, mientras que mi hermanita lo atacaba con preguntas.

—¿Qué hace en París? ¿Por qué no vuelve a España? ¿Tiene familia? ¿Cuánto tiempo hace que no la veía?...

Luis contestó automáticamente, no tenía trabajo, hacía siete años que había salido de España, su familia vivía en Madrid, él había sido legionario en Indochina, ahora le habían ofrecido un trabajo... Al decir esto, levantó la mirada y la fijó en Magdalena, después en mí, que escuchaba silenciosa.

—¿Qué clase de trabajo? —le preguntó mi hermanita sosteniendo su mirada.

El hombre enrojeció, bajó la vista turbado, en la mano guardaba un trozo de pan.

—¿Qué clase de trabajo?... —insistió Magdalena.

—Un trabajo... fácil. Bien pagado, para dos tipos como Gilbert y yo es cuestión de un abrir y cerrar de ojos... Sois muy confiadas y los hombres somos unos bichos. ¡Sí, unos bichos! Le juro que si fuera a echarme a los pies de Jesús del Gran Poder se volvería para darme la espalda por estar aquí, junto a dos santas de vitral...

Se puso de pie con violencia y nos dio la espalda. Lo miramos asombradas. Mi hermanita pareció entender lo que quería decir aquel hombre y le dijo con voz suave.

—¿Le pagaban bien por el trabajo? —ante el silencio del hombre añadió:

—A mí me parece un mal bicho el que le propuso el trabajo, porque debe estar podrido en dinero, en cambio usted y su amigo...

La campanilla de la puerta llamó con energía. Luis saltó a abrir la puerta, el que llamaba era el soldado borracho que había visto en el portón. Luis lo detuvo con energía.

—¡Gilbert, vámonos de aquí! ¡Hala!, vámonos, no hay nada que hacer. Vimos forcejear ligeramente a los dos hombres, la escena era escalofriante, nos pareció que de ella dependían nuestras vidas. Nos quedamos quietas y pálidas. Luis empujó a Gilbert hacia la escalera, volvió a la puerta, nos miró y recogió su gorra blanca que había perdido durante el forcejeo, mientras se inclinaba nos dijo con voz clara:

—¡Tened cuidado! No abráis la puerta a desconocidos... —salió cerrando la puerta tras de sí.

Magdalena dio unos traspiés y se dejó caer en la cama. Yo la seguí. Ambas estábamos seguras de haber escapado a un peligro mortal. La taza de Luis a medio beber yacía en el suelo, reconstruimos sus gestos y sus palabras, nos había dicho claramente que había llegado dispuesto a hacernos un daño por el que le pagaba alguien con mucho dinero.

—Menos mal que subió él primero, imagínate si sube el Gilbert ese, no nos salva nadie... —comentó Magdalena con la voz blanca.

—¿Crees que nos hubiera matado?...

—Sí...

Era la primera vez que sentía que en verdad alguien deseaba la muerte de mi hermanita y la mía. ¡Era un sentimiento extraño, insoportable! ¿No hubiera sido mejor que Luis hiciera su trabajo de una buena vez? ¿Qué fue lo que lo detuvo? Recordamos a San Miguel Arcángel, sólo él gozaba de semejante poder para distraer la mano y la decisión de un asesino. Y yo que había soñado con ser Raskolnikov, me encontraba ahora en el lugar de la vieja Aliona Ivanova, ¿mi hermanita había tomado el lugar de Lizaveta? La náusea le impidió a Luis sacar el hacha que seguramente llevaba escondida bajo su uniforme de albañil. En *Crimen y castigo* había unos albañiles trabajando en el piso de abajo, no, Luis no era Raskolnikov, era uno de aquellos albañiles miserables... y sentí una gran compasión por él. ¡No tuvo valor! ¿Lo hubiera tenido yo frente a doña Justa? Tuve que aceptar que yo sí le hubiera dado con el hacha a aquel ser dañino. No podía culpar a Luis ni a Gilbert de sus intenciones frustradas de asesinarnos. El hombre que los envió buscaría a otro hombre y el hecho de que Luis y Gilbert hubieran huido no significaba que en adelante estuviéramos seguras. ¿Para quién podíamos encarnar a Aliona Ivanova y a Lizaveta? Debíamos descubrirlo. Magdalena ignoraba los planes de Rosa y míos respecto a doña Justa y la aparición de Luis y de Gilbert la dejó anonadada. Pensaba de una manera diferente a la nuestra, quiero decir a la de Rosa y mía. Mi hermanita tenía un espíritu militar, atacaba de frente, prevenía al enemigo, no era partidaria de sorprenderlo en su guarida, con Justa había optado por la retirada, pero no abandonaba la idea del combate con ella y con su hijo, del que todavía no sabíamos si en verdad era su hijo o simplemente un socio. La ira que nos produjo doña Justa yacía escondida en nuestros pechos lista para saltar a la primera ocasión, que cada día se volvía más remota, yo estaba en París y Rosa en alguna parte de los Estados Unidos. Pensé que debíamos volver a México de incógnito, buscarla y llevar a cabo nuestro plan, entonces podríamos vivir tranquilas. Tenía la certeza de que era ella la que había enviado a Luis y a Gilbert. Se lo dije a Magdalena.

—¿Justa?... no lo creo, está muy lejos... —contestó.

—¿A ti te consta? ¿Cómo sabes si no está en París con María Ema?

—A mí no me consta nada, lo único que sé es que nos salvamos de milagro, yo sentí algo raro, por eso me dediqué a platicar con él, quería saber qué clase de hombre era —agregó pensativa—: Creo que cuando dije “carajo” perdió el valor, pues le entró la risa. Un risueño no es peligroso...

Escuché reír a Magdalena. Y recordé que a partir de que doña Justa se instaló en nuestra mesa, toda la familia dejó de reír: “¡Ah!, ella nos hizo peligrosas...”, me dije, sin ganas de reír con mi hermanita. No era el momento, el terror que me produjeron Gilbert y Luis todavía no se disipaba.

La calle estaba en ebullición con manifestaciones y contramanifestaciones en favor y en contra de Argelia francesa. Los combates con la policía eran sangrientos, sus carreras atravesaban el patio y llegaban hasta nosotras. No sabíamos quién se precipitaba a cerrar el portón de madera para evitar que los manifestantes se refugiaran en el edificio. No podían ser ni Corinne ni Ives, pues ambos llegaban de sus trabajos ya muy tarde. Nosotras salíamos a la calle lo menos posible, a hacer las compras de la comida y a echar cartas al correo. La familia no nos contestaba, ¿les habría sucedido algo malo? ¡Y esas monjas que no nos enviaban ni una letra! Durante los viajes al correo me pareció descubrir dos o tres veces a Luis, emboscándose entre los paseantes. Su proximidad nos inquietó. Ya no tenía pretexto para acercarse a la casa, el abogado nos había enviado una agencia que en un semana terminó los muros, la electricidad y colocó las alfombras. Nosotras nos dedicamos a coser a mano las cortinas de muselina blanca para las ventanas. Éramos incapaces de seguir el consejo de mi padre: “Si tienes algún problema examínate a ti misma”. Ver dentro de nosotras significaba enfrentarnos a un torbellino de terror interno que nos paralizaba y nos impedía dormir. Era más saludable vivir al día, establecer una relación íntima entre nosotras, el hilo y la aguja, imaginar que fuera de ellos no existía nada. Apenas así lográbamos olvidar que afuera existía un mundo lleno de amenazas. Un vacío enorme rodeaba la casa de Marat. Queríamos que el vacío fuera infranqueable.

El primero que cruzó ese espacio fue el profesor Novicki acompañado de Eva, su mujer. Llegaron con regalos, unos manteles húngaros

bordados en colores brillantes y algunos libros de marxismo. Mi hermanita dio saltos de alegría. Ellos nos contemplaron preocupados.

—¿Les sucede algo? Las veo muy desmejoradas...

—Sí, muy pálidas y tristes, ison otras! —comentó Eva.

—¡Eva!... somos muy desdichadas. No sabemos lo que nos ocurre ni lo que ocurre en París —dije con ganas de echarme a llorar.

—¡No!, ino!, ino llores! Una compañerita como tú no llora nunca.

—Es natural. Atraviesan el periodo de adaptación a la vida capitalista. Ellas vienen de un país donde el capital no ha alcanzado su pleno desarrollo y la dureza del sistema las lastima, las desorienta. Poco a poco irán reaccionando. ¿Verdad, Magdalena? Quiero verlas armadas para enfrentarse a la lucha desigual con las fieras fascistas. Ante todo serenidad —afirmó el profesor Novicki.

Tenía razón, debíamos armarnos para la lucha contra ellos. Pero ¿dónde y cómo conseguir esas armas? No era nada fácil adquirir una pistola. Me acordé de que en las casas de mis tías guardaban las pistolas en los cajones de las mesitas de noche, para tenerlas a la mano. Por eso mis tíos Bernardo y Alberto podían dormir tranquilos y mis tías se sentían libres para organizar fiestas y dejarnos jugar tenis en sus casas. En París era distinto, teníamos que estar sentadas en aquellos cuartos esperando la llegada de algún Gilbert. Se lo expliqué al profesor.

—¡No! Yo hablo de estar armadas ideológicamente. Lean estos libros, les serán de gran utilidad. Empiecen por éste —dijo mostrándonos uno titulado *El manifiesto comunista*.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Qué armas podía darme aquel librito? Magdalena lo cogió con fervor. Novicki se dirigió a ella.

—Su lectura te hará un gran bien a ti, Magdalena, que tienes tendencia a dispersar tu talento en mil frivolidades. Léelo con atención, lo que no entiendas o de lo que dudes consúltalo conmigo.

Tomamos té con galletas, nos sentimos reconfortadas, era un poco como si mis padres hubieran llegado a visitarnos. Se lo dije y ellos sonrieron.

—Es la gran familia de la camaradería, que no existe en el mundo burgués, donde todo es competencia —me explicó el profesor.

Al día siguiente nos llevarían a visitar a Thorez, que vivía en el campo, ya que no estaba bien de salud. Ellos vendrían a recogerlos. Aceptamos con alegría aunque ignorábamos quién era Thorez. Se lo pregunté y me miraron sorprendidos.

—¿No saben quién es el camarada Thorez? Mejor, todavía no están contaminadas por los prejuicios. Ustedes mismas juzgarán.

Bajamos a acompañarlos hasta el portón.

—¡Miren! Esto es algo que no verán jamás en un país socialista —nos dijo el profesor mostrándonos un bando pegado al muro sucio del zaguán. El bando anunciaba que a partir del último día del mes se fijaría la fecha para que ciertas habitaciones del edificio salieran a remate público.

—Esa pobre gente se irá a la calle, si es que ya no están en la calle. Eso es imposible en Hungría —exclamó Novicki indignado.



Guardé silencio. ¿Qué, acaso esas habitaciones no eran las que había comprado mi hermanita para convertirlas en el piso de Marat? Nos despedimos de Eva y del profesor y subimos corriendo a buscar las actas de compra para comparar los datos con los datos sobre las habitaciones que aparecían en el bando de remate. En efecto, Gilles le había vendido a Magdalena unos cuartos hipotecados varias veces y próximos a salir a remate. Seguramente arrancó el bando para poder vendérselos a mi hermanita o tal vez Magdalena ni siquiera se fijó en el anuncio del remate. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Y el dinero invertido en el piso quién nos lo iba a reponer? Alguien compraría los cuartos como si no hubieran sido renovados, a sabiendas de que ahora se habían convertido en un dúplex de lujo. Buscamos el nombre del notario que había cometido un fraude legalizando la venta de unos cuartos desahuciados. ¡Por eso le habían costado una bicoca a Magdalena!

El notario vivía en un viejo edificio cerca de la Puerta Saint Denis. Su despacho era una ratonera polvorienta llena de legajos de papeles. El viejo nos trató con despotismo, él no era el culpable de que mi hermanita hubiera comprado aquellos cuartos hipotecados, se suponía que pagaría

las hipotecas. La decisión estaba tomada y, o pagábamos las numerosas hipotecas que pesaban sobre ellos, o salían a remate.

—¡La va a comprar usted! —le dije temblando de ira.

El viejo enrojeció y nos rogó que abandonáramos su notaría. ¡No era posible perder el dinero, el esfuerzo y el miedo invertidos en la casa de Marat! No teníamos a quién recurrir. “La ley es la ley”, había dicho el notario.

En la tarde acudimos a ver al abogado; Billaud movió la cabeza y desde su despacho habló con el notario que se mostró intratable.

—¡La engañaron, querida! A menos que pague usted las hipotecas, ese piso pasará a otras manos. ¿Por qué lo compró sin consultármelo? El notario encontrará alguna rendija de la ley para justificarse. Es decir, ya la encontró. Su caso lo veo perdido.

Salimos de su despacho sin esperanzas. Habíamos olvidado al profesor Novicki y su invitación al campo. Cuando le explicáramos lo que nos sucedía, comprendería nuestra situación. ¡Las bestias capitalistas!

—¡Carajo! Te juro que a ese notario me lo echo al plato —le dije a mi hermanita.

Magdalena me detuvo en seco.

—Espera. Tú arreglas siempre las cosas queriéndote echar al plato a medio mundo. Yo creo en la táctica. Mira, voy a llamar a Armaignac, él se puso a mi disposición. A ver si como ronca duerme.

Mi hermanita lo llamó desde una cabina pública y le explicó lo que nos sucedía. El señor Armaignac se indignó con el notario, juzgó que su acción era un abuso incalificable y nos ordenó que fuéramos inmediatamente a la notaría para que aquel infame lo llamara por teléfono.

—No creo que baste con una llamada... —dije escéptica.

El despacho del notario tenía un pasillo sucio con bancas de madera. Un empleado amarillento, con mangas negras puestas como guantes largos sobre las mangas de su camisa, nos sentó allí y nos pidió esperar a que su jefe tuviera un momento libre. Esperamos un buen momento. Harta, me levanté para llamar con los nudillos en los vidrios empolvados de su cubil. El viejo notario levantó la vista y me hizo el gesto: “¡Largo de

aquí!” Abrí su puerta y entré. Me siguió Magdalena que estaba embebida en la lectura de *El manifiesto comunista*.

—Ya me habló su abogado, no deben continuar molestándome...

—Llame usted al señor Armaignac, tiene interés en hablar con usted — dijo mi hermanita al mismo tiempo que marcaba el número de su amigo. El viejo la miró alarmado. “¡Pásame a esa rata!”, le ordenó Armaignac a mi hermanita y ésta le tendió el aparato al viejo que la miraba atónito.

El notario tomó el aparato, lo vimos cambiar de color: ¡qué barbaridad!, él era incapaz de abusar de dos damiselas, se trataba de un error. Él era un hombre honesto y de razón, era ienemigo de la violencia! Nos entregaría las actas de las hipotecas con el sello de pagadas y el acta de venta completamente limpia. ¡Sí, él mismo, de su bolsillo, pagaría las hipotecas! No había cuidado; el piso no saldría jamás a remate.

Le pasó el teléfono a mi hermanita.

—Si esa rata no les entrega ahora mismo las actas de las hipotecas con los sellos de pagadas y el acta de compra limpia, su notaría va a saltar en trozos. ¡Las ratas, el único lenguaje que entienden es el de la fuerza!... —le dijo.

El notario hizo exactamente lo que le pidió Armaignac. Nos rogó con humildad que llamáramos a nuestro poderoso amigo para avisarle que todo se había hecho de acuerdo con lo que había dictado. Nos acompañó hasta la puerta, iba rezongando: “Una bomba de la maldita OAS quemaría mis archivos... yo pagaré la multa, las hipotecas, si pudieran ayudarme en algo...”

En la calle, nos echamos a reír. “¡Equilibrio de fuerzas!”, repetía mi hermanita. “¡Qué miedo tenía la rata! ¡No, pobres ratas! No es justo compararlas con ese asqueroso, de pellejo lívido y dientes amarillos”, protesté. No podíamos decirle al profesor Novicki que un miembro de la OAS nos había salvado el piso. ¿O podíamos? Mejor era callar. Magdalena había hecho una *Blitzkrieg*. Arrancamos el bando y mi hermanita continuó la lectura de *El manifiesto comunista*.

Íbamos a dormirnos cuando la luz se hizo en mi cabeza.

—¡Magdalena!... ¿no te das cuenta de que fue Gilles el que nos puso la caja de Frascatti? Con esa trampa pensó que íbamos a huir y que su robo

pasaría desapercibido. Actuó de acuerdo con el notario y con el arquitecto —le grité entusiasmada ante mi sutileza.

—Es posible. ¿Te acuerdas de Pinsent? Ellos se robaron los documentos de Frascatti. Zita fue a Ascona a espiarme y luego aquí se esfumó. ¡Descartado Silverstein! El notario contrató a Luis...

Estuvimos de acuerdo, el misterio empezaba a aclararse. Sólo así se explicaba el miedo del vejete ante Armaignac.

Por las noches escuchábamos estallar las bombas de plástico y pensábamos en el viejo usurero, pero su notaría nunca saltó. El señor Armaignac cumplió su palabra.

La vida se encargaba de no darnos un día de reposo. El abogado nos avisó que Enrique había rechazado la demanda de divorcio y había acusado a mi hermanita de abandono de hogar. El abogado propuso declarar nulo el matrimonio: Magdalena era menor de edad y para casarse le habían aumentado la edad. En el acta de matrimonio aparecía con más años que en el acta de nacimiento, por ende el matrimonio era fraudulento. Le escribimos a mi abuelito para que nos enviara una copia del acta de nacimiento de Magdalena, que nació en Chihuahua, y esperamos. Era el cuento de nunca acabar. Habíamos resuelto el misterio de la caja negra y ahora aparecía nuevamente Enrique. Intranquilas esperábamos el golpe final.

Por fin una carta de Rosa nos tranquilizó. La familia se hallaba en Quebec. Mi abuelito se había reunido con ellos. Vivían en una casa alquilada en un suburbio de la ciudad. No se despidieron de mis tías para evitar que éstas cometieran alguna indiscreción, pues doña Justa era muy capaz de presentarse a visitarlas. Me dio risa la palabra “visitarlas” y pensé: “¡Pobres tías con la convidada de piedra!” Estaría sentada a la mesa todos los días. ¿A cuál de ellas habrá escogido? Estuve segura de que doña Justa eligió a mi tía Leticia, la independiente de la familia que estaría muy sentida con su hermana predilecta, Caridad, por su repentina desaparición.

—Debe ser un escándalo terrible. A ver si mi tía Antonia no da parte a la policía —me interrumpió Magdalena.

No, mi madre tomó la precaución de dejar escrita una carta a sus

hermanas, que las madres debieron enviar al día siguiente de su partida de México anunciándoles que se iba a Chihuahua y que más tarde les explicaría los motivos de su marcha intempestiva. Rosa y Alvarito estaban felices, iban casi todos los días al cine o a visitar el Château de Frontenac. Mis padres les buscaban escuelas. Mi abuelo estaba feliz hablando en francés y en espera del frío que ya empezaba a llegar. Hacía muchos años que no veía una buena nevada y la idea de ver caer la nieve lo llenaba de alegría. Lo difícil resultaba arreglar los papeles para que mi padre pudiera trabajar allí. “Nos sentimos nuevos cuando nos sentamos solos a la mesa. Es una verdadera dicha.”

La carta nos consoló y nos dio envidia. ¡Qué dichosa era mi hermana Rosa! Si pudiera imaginar lo que nos sucedía a nosotras perdería el optimismo y volvería a pensar en Raskolnikov, como lo hacía yo todos los días. ¿Mis tías nos iban a olvidar? Sería muy triste, ya no sabríamos nada de ellas. Recordé a mi tío Bernardo rechazando diariamente el plato de ensalada que le presentaban: “No soy burrito, no como verde”, era un rito en su mesa. Con cuidado elegía un rabanito y lo masticaba concienzudamente, mirándonos a todos con desafío. Mi tía Remedios contestaba: “La lechuga es buena para el sistema nervioso, si la comieras serías más apacible”. Conocíamos su respuesta de memoria pero mis primas Lucero y Aurelia la escuchaban como si fuera la primera vez que se decía. A veces, Lucero, la más alegre, se echaba a reír, entonces mi tío Bernardo le ordenaba: “¡Modérate, Lucero!” La moderación era la virtud esencial para mi tío Bernardo. Una de las razones por las que odiaba al pueblo ruso era “su desarreglo interior”: “¡Esa Revolución, qué falta de moderación!”, afirmaba sacudiendo la cabeza con disgusto. Cuando mi hermanita “se desbordaba con risas o palabras exageradas” le llamaba la atención: “Muchachita, no te pongas rusa, acuérdate que la moderación es la fuente de la sabiduría”. Mi tío tenía la desdicha de que su hija fuera también una “entusiasta”. Si en las fiestas bailaba más de tres veces con la misma pareja, mi tío avanzaba hasta ella para decirle con una ligera inclinación de cabeza: “¡Modérate, Lucero!” Si aplaudía en el teatro, mi tío se inclinaba para ordenarle: “¡Modérate, Lucero!” Mi prima por moderación se inclinaba cada vez más a la iglesia, cosa bastante

reprobable para mi tío Bernardo que era “librepensador” y si la sorprendía rezando en su casa se incomodaba y le decía: “¡Modérate, Lucero!” Mi prima cometió el error de darle la hora a un conocido que se encontró cerca de su casa y que charló unos minutos con ella. Mi tío la sorprendió y fue ¡una catástrofe! No supimos por qué la llevó con un médico y la castigó duramente, prohibiéndole asistir a varias fiestas familiares. Le levantó el castigo el día de la boda de Hortensita. Dos años después la casó con un pariente suyo de la edad de mi padre. Fue entonces cuando mi tía Remedios, disgustada del mundo y de tener a un yerno mayor que ella, se fue a evangelizar a los chinos. Con él supe que es imposible acertar en lo que piensa un “librepensador”. Por ejemplo, mientras asistía a las lecciones de piano de mis primas y de nosotras, decía: “No se desborden, modérense por favor” aunque la partitura indicara un *allegro* y no un *moderato*. Era muy bueno. Tal vez un “librepensador” es alguien que piensa con moderación. Queridos tíos y tías, ¿cuando volveríamos a verlos? Magdalena y yo nos iríamos directamente a Quebec.

—¡Qué tristeza! Y todo por haberme casado con ese tipo... —suspiró Magdalena.

—¡Oye!, el abuelo no está en Chihuahua, habrá que pedirles tu acta a Roberto y a Paco... —le dije preocupada.

¡Un nuevo obstáculo! ¿Se ocuparían los primos de ir al registro? ¡Quién sabe!, eran tan badulaques. Sólo encontrábamos retrasos y, mientras, Enrique actuaría con la velocidad del rayo.

—¡Querida, te he buscado en todo París! Si no es por tu marido, que cada día está más triste sin ti, ¡nunca hubiera encontrado tu dirección! — exclamó una tarde Ida, al presentarse de improviso en la casa de Marat.

No la habíamos visto desde aquella lejana comida en la casa de Renée. Venía acompañada por un joven que permanecía de pie, envuelto en una gabardina vieja y una sonrisa irónica en los labios. Se le olvidó presentárnoslo. Ida calzaba botas grises, vestía un elegante traje rojo y hablaba con lentitud, a medida que se despojaba de sus guantes también grises.

Ida examinó la casa de una ojeada rápida y se sentó en un taburete

bajo, se abrazó las rodillas y en tono confidencial le dijo a Magdalena.

—Supe la catástrofe que te ocurrió con esa cantina de soldado llena de documentos de la OAS. ¡Qué disgusto! El padre de Nancy se interesó mucho en tu caso. Quiere cenar con ustedes dos —y nos miró con sus ojos terriblemente maquillados y sus labios blancos.

—¿Cómo lo supiste? Y ¿por qué se interesa el padre de Nancy en un asunto que ya está resuelto? —preguntó Magdalena visiblemente molesta.

—¡Querida!, olvidas que trabaja en la OTAN y todo lo que sea militar le concierne. ¿Según tú la OAS es un juguete para los niños elegantes? —contestó Ida con pedantería.

—No lo sé. Es un problema que no nos concierne ni a ti ni a mí. Creo que deben resolverlo los franceses.

—¡Qué fácil es subirse por aquí! Un primer piso nunca es seguro... —comentó el amigo de Ida, que en esos momentos se asomaba a una de las ventanas.

Nos llamamos las tres. El muchacho se acercó a la puerta, levantó la tapa de la mirilla y exclamó:

—¡Ideal para disparar sobre un ojo! —y sonrió con beatitud.

—¡Qué cosas más desagradables dice usted! —le reclamé con enojo.

—¡Perdona, querido! Me había olvidado de ti. Les presento a Heinrich, el mejor periodista alemán. Está empeñado en llevarme a bailar esta noche. ¿Qué puedo hacer para quitármelo de encima? —preguntó abriendo los brazos.

—Ve con él —le aconsejó Magdalena.

Ida se me acercó, se inclinó y me dijo al oído: “Va a querer acostarse conmigo. Di que voy a dormir aquí. Es la única manera de liberarme de él”. Me escandalizó la audacia del periodista, además no era simpático y me dispuse a ayudar a Ida.

—Ve a bailar con él y luego te vienes a dormir aquí —le dije en voz alta.

Ida aceptó con alegría mi proposición, nos pidió las llaves de entrada para no molestarnos teniendo que bajar a abrirle el portón que cerraba alguien a las diez de la noche, y con tranquilidad se guardó el manojito de llaves en su enorme bolso de piel gris. Antes de irse Ida giró sobre sus tacones y anunció con voz triunfante:

—¿No saben? El coronel, el padre de Renée, está en la cárcel de Fresnes.

Salió y desde afuera la escuchamos dar vuelta a la cerradura. Un rato después nos dimos cuenta de que nos había dejado encerradas. En vano esperamos su vuelta. Amaneció, desayunamos y la elegante Ida no había regresado. —Sacaré copias de las llaves y aquí nadie estará tranquilo — dije furiosa.

El encierro era francamente impertinente. A las tres de la tarde tiraron de la campanilla. Vimos a través de la mirilla a su amigo Heinrich.

—¡Abra! Basta de bromas —le dijimos.

El periodista no creyó que Ida no hubiera regresado todavía. Prometió ir a buscarla. Hacia las ocho de la noche se presentó él solo con el manojito de llaves.

—Estaba dormida... ustedes no vuelvan a permitir que las encierren.

¿Sería sincero? Parecía contrito e indignado con la conducta de su amiga Ida. Examinó las cortinas terminadas y se ofreció a colocarlas. Entusiasmado buscó la escalera de mano y se quedó trabajando con nosotras hasta muy tarde. Le gustaba reír, hablaba con ironía y no sabíamos si lo que decía era en serio o en broma.

—Hungria es un país adorable —dijo de pronto.

—¿Hungria? ¿Por qué Hungria? —pregunté.

—Por ese delicado mantel húngaro que está en ese nicho —me dijo mostrando el nicho abierto en el muro, en el que yo había abandonado el regalo de Eva.

A partir de ese día Heinrich vino a visitarnos todos los días a la misma hora. Nos ayudaba a colocar las cortinas, hablaba de política con desgano y se marchaba. Ignorábamos qué lo movía a visitarnos, ni por qué Ida no había vuelto a presentarse. Tampoco sabíamos dónde vivía, ni si realmente era periodista. Colocamos dos cerraduras extras en las dos puertas de entrada al piso. Una mañana vimos entrar a Heinrich a un hotelucho situado en la esquina de la casa. Llevaba bajo el brazo un periódico enrollado. Nos acercamos a mirar a través de las cortinas de la ventana del hotel y lo vimos pedir su llave y subir la escalera rumbo a su habitación. Nos quedamos deshechas. ¿Sería posible que Heinrich viniera

de mala fe? Nunca nos dijo que vivía en la esquina. ¿Quién lo enviaba? Nosotras habíamos creído en su ligera amistad, nos habíamos acostumbrado a su presencia a la caída de la tarde. Heinrich no era del barrio, si vivía en ese hotel era por algún motivo especial. Debíamos cuidarnos de él y de sus palabras suaves. Al atardecer la conversación con él se volvió pedregosa. Heinrich sintió nuestra desconfianza y afirmó sin cambiar de tono de voz.

—Ustedes me tienen miedo.

—¿Miedo?... ¿miedo por qué? —le dije, mientras recordaba a mi pretendiente de Ascona “el jardinero” y las palabras del profesor Novicki: “¿Jardinero y alemán? ¡Espía!” Ahora sólo necesitaba cambiar el oficio de jardinero por el de periodista. Pero ¿espía de quién? Heinrich no parecía ser el sobrino de Armaignac, ni del notario, ni de Pinsent, ni de Chantal...

—Heinrich, no sabemos ni dónde vive... —dijo mi hermanita.

—Vivo aquí, en la esquina, en el hotel —confesó sonriendo y nos dio el número de su cuarto y su teléfono, por si alguna vez lo necesitábamos.

“Es un listo. Sospechó que lo vimos entrar”, me dije. Para evitar que sospechara que le teníamos miedo, lo invitamos a cenar esa noche. Aceptó, pero volvió a insistir en que le teníamos miedo, sobre todo Magdalena.

—¿Yo miedo? ¡Que va! —y mi hermanita se echó a reír.

—Entonces, la invito al cine hoy, después de que terminemos de cenar.

Magdalena aceptó la invitación. Me quedé sola preocupada. Desde que estábamos de vuelta en París era la primera vez que nos separábamos. “Yo no hubiera aceptado, con la cantidad de bombas que ponen”, me repetí mientras la esperaba. ¿Y si Heinrich perteneciera al grupo de los exaltados de los que nos habló Armaignac? “No, es alemán, no tiene nada que ver con la OAS, si fuera español tendría motivos para sospechar de él...” Volvieron a media noche. Heinrich se reía y mi hermanita le discutía con seriedad.

—Estefanía, Magdalena ha pasado el rato peor de su vida. Creía que me tenía miedo, me equivoqué, me tiene pavor —y se echó a reír a carcajadas.

—Usted me llevó a ver una película escalofriante y además decía tantas barbaridades... —se disculpó Magdalena.

—Usted no nació para correr aventuras ni correr riesgos, anda fuera de su medio. Créame, Magdalena, cátese con un buen burgués alemán que la tenga muy protegida —le dijo muy serio.

Tal vez Heinrich decía la verdad y toda la actitud aventurera de Magdalena era una invención, un desafío a sí misma, algo superpuesto a su verdadera personalidad. La familia esperaba tanto de ella que se había lanzado al disparate. Sorprendí en su mirada cierto agradecimiento a Heinrich por lo que le había dicho. Lo mejor que podíamos hacer era reunirnos pronto con la familia.

Venderíamos el piso y nos iríamos a Quebec. ¡Salir de esa maraña de intrigas y vivir sin miedo! ¿Qué más podíamos pedir?

Por la mañana fuimos al correo. Íbamos felices, habíamos tomado la decisión de dejarle el acta de nacimiento de Magdalena al abogado y de irnos a Quebec. En la carta a Paco y a Roberto les dábamos las instrucciones y la dirección de Billaud para que contestaran allí. En una callejuela nos salió al paso Luis, el albañil. Estaba pálido, tenía mal aspecto.

—Hoy viene a su casa ese hombre. ¡Atención! No vale la tierra de sus zapatos —nos dijo mirando al suelo.

Nos quedamos plantadas en la acera. “Ese hombre, ¿no era el que nos quería matar?”

—Vive con una portuguesa, pero vosotras no le digáis nada. Parece que la tía es otro bicho igual a él. Son socios. Nadie está enterado, de manera que os pido atención, mucha atención... —y Luis se retiró de prisa.

No llegamos al correo, nos volvimos a la cama de prisa. El hombre podía entrar durante nuestra ausencia. ¿Sería prudente llamar a Heinrich? No, era mejor callar para no levantar la liebre. Además el hombre podía ser Heinrich, ¿por qué no? Pasó el mediodía, no comimos. Dieron las seis de la tarde y el hombre no había aparecido. ¡Curioso!, a esa hora más o menos se presentaba Heinrich. ¿Sería posible que nos hubiera engañado Luis? No, más bien parecía que él tomaba un grave riesgo. ¿Y si el enemigo fuera el padre de Nancy? ¿Por qué tenía tanto interés en nuestro caso?

—¿Lo conoces? ¿A quién se parece? —le pregunté a mi hermanita.

—No sé... tal vez a alguno de mis tíos, pero más feroz, aunque sonrío más que ellos... —contestó Magdalena.

“Más feroz”, me dije sin lograr imaginarlo. La campanilla de entrada me sacó de mis cavilaciones. Me dirigí a la puerta, levanté la tapa de la mirilla y por segunda vez en mi vida me aterró el rostro de Enrique. Recordé el domingo lluvioso en el que sacó a Magdalena de la casa. ¿A qué venía ahora? Me flaquearon las piernas y apenas pude llegar hasta mi hermanita para decirle al oído:

—Es Enrique...

Magdalena palideció. Nos habíamos equivocado y la certeza de que su marido quería asesinarla la aterró. Un nuevo campanillazo retumbó en los techos altos del piso de Marat. Me quedé inmóvil, vi a Marta y a Loreto suplicándole: “¡No se la lleve, señor!, sus padres no están en México”... ¿Qué podía decirle yo? Un tercer campanillazo me sobresaltó.

—Abre, vamos a ver qué quiere... —dijo mi hermanita con la voz cortada por el miedo.

Era temerario abrirle a aquel tipo, pero obedecí las órdenes de Magdalena. Enrique entró examinando los muros, los suelos alfombrados, las ventanas con las cortinas puestas, la cocina. Sin decir una palabra se dejó caer en el diván y nos miró con curiosidad. Un rato después exclamó:

—¡Todo esto es absurdo! Magdalena, quieres decirme ¿qué significa esto?

—Nada, no significa nada. ¿Viniste a cenar? Te advierto que sólo hay lentejas y tú las detestas...

Enrique miró su reloj.

—No, no tengo tiempo. ¿Arriba ya está arreglado? —preguntó al mismo tiempo que se lanzaba escaleras arriba. Lo dejamos subir solo. Estuvo varios minutos y bajó con expresión de disgusto.

—¡Absurdo! Veo que sigues siendo la misma loca de siempre —le dijo a Magdalena y se echó a reír. En seguida agregó—: Tenía ganas de saber qué hace mi esposa. Veo que todo te sale bien. ¡Te felicito! Una de estas noches saldremos a cenar. ¿Qué te parece? ¿Tienes algún traje elegante? Ya sabes que me gusta que salgas guapa. ¡Guapísima! —y volvió a reír. A

mí no me había dirigido la palabra, era como si no estuviera allí.

—Iremos a cenar, no te preocupes —contestó Magdalena, que no deseaba contradecirlo.

—¿Qué vas a hacer este invierno? ¿Por qué no te vienes conmigo a Suiza? Decídate para que reserve las habitaciones en el hotel.

—¿A Suiza? Ya veremos...

—A propósito, ¿sabes que tu familia ha desaparecido? Mi madre está muy preocupada. Parece, no es seguro, que vendieron la casa y se esfumaron. ¿Ves?, el dicho de hijo de tigre, pintito, se comprueba contigo —y volvió a reír ahora a carcajadas.

—¿Cómo que desapareció mi familia? —exclamó Magdalena fingiendo sorpresa.

—¡Sí, se los tragó la tierra! Tampoco están en Chihuahua. ¡Desaparecidos! es la palabra. Creía que lo sabías —dijo escrutando el rostro de mi hermanita. Magdalena no pestañeó.

—¿Quieres que haga las investigaciones? Tengo muchos amigos y soy capaz de hacerlo por ti, para que veas que no soy rencoroso. Tendré que gastar algunos dólares, pero en fin, vale la pena encontrar a la familia, o ¿no estás de acuerdo?

—Sí, y te lo agradezco mucho...

—Bueno, empezaré a tomar medidas. Y tú, Estefanía, ¿por qué estás tan callada? ¿Ya olvidaste el miedo que tenías? ¡Ese famoso baúl! No se puede contar con ninguna de las dos, son un par de desobedientes. ¿Por qué tuvieron que ir a ver a ese viejo francés? El disgusto todavía no se le pasa a Uribe... —dijo con voz helada.

—¿Y a ti ya se te pasó? —preguntó Magdalena.

—¿A mí? ¡Sí! ¿Qué me importan esos imbéciles? ¡Vaya idiotas! Están casi todos en la cárcel. Es increíble que no entiendan que nadie puede ponerse contra el gobierno... al menos tan abiertamente.

Enrique se puso de pie, le besó la mano a mi hermanita, a mí me dio de golpecitos en la espalda.

—¡Hasta pronto! Y basta de jueguitos de divorcio. ¿Eh? Te puede costar caro, el delito que has cometido lo castiga la ley. No pongas esa cara, me das pena. ¡Les traeré noticias de su casa! ¡Pronto!, más pronto de lo que

se imaginan —anunció casi como una amenaza.

En ese minuto llamó la campanilla de entrada. Era Heinrich, al ver a Enrique se detuvo y enrojeció.

—¿Tu amigo? Preséntamelo —me dijo Enrique.

Hice las presentaciones muy turbada, omití agregar al nombre de Enrique el título de “marido de Magdalena”. Enrique se quedó unos instantes observando la escena. Luego desapareció, no sin antes repetir jovialmente:

—¡A Suiza! ¡A Suiza, Magdalena, y perderás esa palidez que tienes!

La puerta se cerró tras él. Heinrich preguntó si no era indiscreta su presencia.

—No, no se preocupe —contestó mi hermanita distraída.

Hubo unos minutos de silencio y yo dije casi a pesar mío:

—Los va a buscar... los va a encontrar... —y agregué en pensamiento: “¡Dios mío!, ¿por qué no dejas viuda a Magdalena? Te costaría tan poco hacer ese favor”.

Heinrich cenó con nosotras. Estábamos sin ganas de charlar. De pronto Heinrich habló:

—Magdalena, ese hombre es una persona vulgar. Junto a usted desaparece. ¿Cuál es su oficio? —preguntó con un gesto despectivo en la boca.

—Exportador e importador... —contestó mi hermanita con desgano.

—¡Ah!, pues no hace pareja con usted. Ya le dije que usted necesita alguien que la proteja, no que la aterre.

Esa misma noche le escribimos a la familia para avisarle que Enrique se preparaba a buscarlos.

—No vino a matarnos. Vino a avisarnos que va a perseguir a mis padres —dijo Magdalena.

—No te ciegues. A nosotras nos matará en el momento que le convenga. Por eso Uribe nos delató con Armagnac. ¿No lo ves muy claro? Ellos pusieron la caja aquí...

—Entonces, no fueron Gilles, Pinsent, el arquitecto y el notario, nos equivocamos... Déjame pensar, es él o nosotras —y Magdalena corrió a buscar chicle para hacer sus globos enormes que le estallaban en la cara.

Volvíamos al principio: los enemigos eran Enrique y doña Justa. ¿Cómo eliminar a Justa? Estaba demasiado lejos. Rosa y yo dejamos escapar la ocasión. ¿Y cómo eliminar a Enrique? Durante varios días salimos a caminar para hacer planes con libertad, sin temor a que alguien nos escuchara. Hicimos proyectos descabellados: pedirle ayuda al profesor, a Armaignac, a Pinsent... Pero resultaba penoso pedirles que nos ayudaran a eliminar al marido de mi hermanita. El aire de la ciudad se enrarecía, la gente se encontraba nerviosa y nos contagiaba su exaltación. Lo único factible era matarlo nosotras mismas. ¿En dónde? En la casa de Marat... pero nos encontrábamos con el eterno problema del cuerpo. ¿Qué hacíamos con él? Nos preguntábamos una y otra vez cómo habrían desaparecido a Paul. Nadie lo sabía. Para cazarlo en la calle nos faltaba una pistola. ¿Quién podía dárnosla? ¡Nadie!

—Pienso en la cantidad de vidas que se habrán salvado porque no hubo a tiempo un arma adecuada para liquidarlas —dije furiosa.

Estábamos atadas de pies y manos. Había que tomar medidas defensivas: Magdalena no iría a cenar a solas con él, a menos que estuviera armada y dispuesta. Aunque lo más probable era que fuera él quien la matara. Descartado. Magdalena no cenaría con él. El viaje a Suiza era aún más peligroso. Su invitación no tenía más objeto que despachársela sin dejar huellas.

Ives y Corinne bajaban algunas veces ya tarde en la noche. No encendían las luces de la escalera para que nadie notara que nos visitaban. Especialmente el vietnamita del abrigo y el perrito, que se deslizaba por el edificio sin hacer ningún ruido. Cuando de casualidad lo encontrábamos, nos cedía el paso y nos daba los buenos días con suma cortesía. Los Lefargue no lo querían, lo consideraban un intruso.

—¿Y a qué se dedica? —les preguntamos una noche.

—Es empleado de una perfumería. Por eso anda tan cuidado —dijeron con ironía.

Enrique nos engañó. ¿Con qué objeto? “Para dejarnos solas, para impedir que lo llamáramos en caso de necesidad”, me explicó Magdalena. Los Lefargue nos dieron la dirección de la perfumería, estaba a la vuelta de la casa. Corinne le compraba el talco y el agua de colonia. Los Lefargue

eran duchos en investigar a sus vecinos, no confiaban en nadie, se diría que estaban siempre complotando. Imposible engañarlos. Además, no tenía objeto, la pareja de viejos nos tenía afecto.

—Era mi marido... —contestó mi hermanita, cuando le hablaron del hombre elegante que entró a la casa el viernes al oscurecer y salió casi en seguida.

—Traía un automóvil de lujo. Pensamos que no iba a quedarse mucho tiempo porque en el coche se quedó esperándolo un amigo —nos confiaron.

Mi hermanita les pidió que describieran al acompañante de Enrique. Ives tuvo ocasión de observarlo bien, pues el hombre bajó a buscar tabaco en el estanco de la acera de enfrente. Su descripción coincidía con la de Silverstein.

—¿Está seguro de que a pesar de ser un hombre joven tenía el cabello muy canoso? —preguntó Magdalena asustada.

—¡Completamente seguro! Además ya lo habíamos visto por aquí en los días que ustedes se mudaron —contestó Ives sin hacer ninguna mueca ni mover ningún músculo de su rostro.

Ives era impasible. Corinne era más vivaracha, le gustaba ponerse una cinta de color naranja entre sus cabellos negros.

—Perdón, pero su marido no me gusta... lo he visto varias veces en el barrio. Me supongo que vive lejos de aquí.

—Sí, en efecto, no es del barrio —contestó Magdalena con desgano.

—Perdone, Magdalena, que me meta en sus asuntos, pero tanto Corinne como yo pensamos que usted necesita el apoyo de un hombre...

—dijo Ives, que coincidía con Heinrich.

Corinne miró a su marido con ojos interrogantes, luego se volvió a nosotras cuando Ives pareció aprobar lo que iba a decirnos.

—¿Han visto su cueva?... ¿Han visto lo que hay allí? —preguntó en voz muy baja.

—¡No! ¿En qué cueva? —preguntó alarmada mi hermanita.

—En la que les corresponde en el edificio. ¿No la conocen? ¿Nunca han bajado? —preguntó Ives sorprendido.

Ante nuestra ignorancia el matrimonio movió la cabeza con pena.

—Pues tienen que verla y sacar de ahí lo que les han colocado, de lo contrario alguien va a dar el pitazo y les va a caer la policía.

Magdalena y yo nos pusimos lívidas. Cómo, ¿más cosas subversivas? Me puse de pie y le rogué a Ives que me llevara a la cueva inmediatamente. Ives miró a través de las cortinas los dos patios y las ventanas que daban a ellos. Era necesario esperar a que todos se hubieran dormido. Bajaríamos con su linterna sorda. Nos hizo pasar al cuarto del fondo, corrió las cortinas y apagamos la luz de la habitación que daba al primer patio. Así, a oscuras, los vecinos pensarían que ya nos habíamos dormido. Esperamos en silencio un gran rato. Ives volvió a escrutar los patios, las ventanas estaban todas apagadas. “Vamos”, me dijo en voz baja. Me recomendó quitarme los zapatos para no hacer ningún ruido en la escalera. Y también no decir una palabra durante toda la expedición. Bajamos de puntillas, cruzamos el patio donde dormían los mendigos, detrás de la pequeña construcción que ocultaba los depósitos de agua había una puertecilla con un candado puesto. Ives lo quitó y bajamos por unos escalones empinados de piedra hasta las cuevas abovedadas que sostenían al edificio. Estaban divididas por rejas de madera con números que indicaban a qué cuarto pertenecían. En efecto, la nuestra contenía varias cajas de cartón llenas de folletos. Ives cogió uno y volvimos a subir, cerró el candado, cruzamos el patio y llegamos al piso donde nos esperaban Corinne y Magdalena. Los folletos eran unos panfletos trotskistas, que incitaban a la lucha contra el gobierno. Sentí que iba a desmayarme. Magdalena se dejó caer en la cama y exclamó:

—¡Ahora sí que yo ya no puedo más! ¡No, no puedo más!

Corinne leyó y releyó el folleto, miró a Magdalena con compasión. No se podía hacer nada. ¿Quién iba a sacar esas cajas sin llamar la atención de la policía o de los vecinos? Me encontré retorciéndome las manos. Esta vez era mejor huir. ¿Qué carajos eran los trotskistas? Ives nos contestó con calma que eran los partidarios de Trotski, un grupito de extremistas de izquierda que tomaban parte en la guerra de Argelia.

—Pues mira, Estefanía, podemos decir que ya nos chingamos —me dijo en español mi hermanita Magdalena.

Ives y Corinne nos miraban preocupados. Ya debía ser muy tarde, sí, en

efecto, eran casi las tres de la mañana. Ives se quedó pensando arduamente, de pronto se decidió. Él no podía sacar esas cajas, era muy arriesgado, pero acababa de acordarse de un estudiante extranjero que pasaba todos los días con una vieja camioneta para recoger los papeles y periódicos viejos que luego él revendía. Había que esperarlo y pedirle que se llevara aquellas cajas peligrosas. Por un poco de dinero lo haría, pues tenía permiso para circular por la ciudad recogiendo papeles. Ives decidió no dormir. Bajaría primero a quitar el candado de la cueva, luego se iría a su casa y velaría esperando la llegada de la camioneta. En cuanto apareciera en la calle, bajaría a toda velocidad para hablar con el estudiante. Le pagaría algo y estaba casi seguro de que el muchacho se llevaría las cajas.

—Llega más o menos a las cinco de la mañana —nos dijo Ives.

Los besamos con efusión. Les ofrecimos un café, pero no lo aceptaron, ellos no tomaban excitantes. Se quedaron un rato y a las cuatro de la mañana desaparecieron entre las sombras de las escaleras. A la noche siguiente nos darían cuenta de la operación. Mientras, debíamos estar alertas y pensar en el consejo dado a Magdalena.

Dormimos un rato. Por la mañana obligué a Magdalena a escribirle a Helmut. Alguien tenía que llegar a salvarnos. Echaríamos la carta después de saber el resultado de la operación organizada por Ives. Nos daba miedo salir a la calle. Ives y Corinne nos habían revelado que Enrique iba acompañado de Silverstein y que éste se había presentado en la casa, no una sino varias veces. ¿Sería posible que ellos hubieran colocado los documentos de la OAS y los folletos trotskistas? o eran personas diferentes. Preferimos creer que eran ellos mismos. “Mira, nadie puede tener tantos enemigos. No soy nadie”, me dijo mi hermanita.

—Tienes razón, con un enemigo basta —le contesté pensando en Enrique.

A media noche, cuando ya se había marchado Heinrich, arañaron la puerta, eran Ives y Corinne. Entraron como dos gatos, sonriendo.

—Se llevó todo. ¡Todo! No teman, el asunto está arreglado. Buen muchacho, ni siquiera revisó los folletos. No quise engañarlo y le mostré alguno. “Es igual”, me dijo levantando los hombros. Ahora sí acepto una

copa de cognac, es de mala suerte no brindar por un triunfo —nos contó Ives.

Magdalena salió corriendo a la cocina. Volvió con vasos y una botella de cognac. Corinne y su marido bebieron un vasito, y se les encendieron las mejillas; fue Magdalena la que se bebió varios vasos seguidos, hasta caer dormida delante de sus invitados.

—Bien, bien, así pierde la tensión la pobre pequeña —comentaron antes de irse de puntillas por la escalera apagada. Estaban traumatizados y nunca iban a reponerse de la persecución que habían sufrido al terminar la guerra. Durante el tiempo que duró nuestra amistad, las relaciones no cambiaron, bajaban a oscuras, arañaban la puerta, los recibíamos en el último cuarto y hablábamos con ellos en voz muy baja. Tenían un sentido extra que les permitía descubrir a los que se sentían perseguidos como lo habían sido ellos. Su compañía era un espejo en el que nos mirábamos y un bálsamo. Nadie sino ellos podían entendernos. Nunca tuvimos que explicarles nada. Sabíamos que en el piso de arriba, en el cuarto de enfrente vivían nuestros iguales y que podíamos acudir a ellos en caso de emergencia.

Echamos la carta para Helmut y esperamos su respuesta. Magdalena bajaba todas las mañanas al buzón.

—¡Nada! —subía a anunciarme con sorpresa.

¿Sería posible que fuera un rajado el niño Helmut? Prefería no hacer comentarios con mi hermanita.

Los que llegaron esa semana fueron dos señores a los que casi no pudimos reconocer, envueltos en abrigos con cuellos de castor y gorro también de castor. Los miramos incrédulas.

—¡Niñas! ¡Preciosidades! ¿No me abrazan?

—¡Tommy!... ¡Tommy!... —y nos echamos en sus brazos.

Nos volvimos a Alejandrino.

—¡Alejandrino! —y lo besamos muchas veces. Sin sus bombachas estaba irreconocible.

—¡Basta, basta de besos! Ofrézcanme asiento, que subir las escaleras me ha dejado rendido.

Tommy se dejó caer en un sofá, miró en derredor suyo con curiosidad,

luego nos dijo divertido:

—Niñas, su casa parece la de un hombre, más bien la de un asceta —y se echó a reír a grandes carcajadas. Alejandrino lo acompañó en la risa.

—Sí, señorinas, esta casa parece la de un soltero... a ustedes les iría mejor algo más rosa, algo con un poco de encajes, de...

—Tienes razón, no lo habíamos notado —dijimos al mismo tiempo.

—Bueno, ya está hecho. Las niñas se han instalado como dos niños. Basta de reproches y menos ahora que vamos a ser vecinos. Dejamos esa asquerosa Ascona. La dejamos para siempre. Y ustedes dos me hubieran dado por perdido con mucho gusto, ¿verdad?

—Tommy, no digas eso...

—¿Han hecho algo por buscarme? ¡Nada! Los viejos al olvido o al asilo. Es triste pero así piensa la juventud moderna. ¡Qué escalofriante! —se quejó Tommy.

Alejandrino se despojó de su abrigo, guantes, gorro y se dirigió a buscar la cocina.

—No, señorina, no se mueva, yo encontraré lo necesario —me pidió con voz graciosa. Unos minutos después apareció con la bandeja servida. Buscó servilletas y encontró las de Eva. Las colocó en la bandeja y se acercó a ofrecernos el café caliente.

—El señor necesita café constantemente. Tiene la presión muy baja —dijo Tommy.

Cogió su tacita, su servilleta y al observarla nos preguntó indignado:

—Esto es húngaro o checo. ¿Verdad? ¿De dónde lo sacaron? No me digan que pasó por aquí el funesto profesor Waikiki. ¡No, no me lo digan, porque me levanto y me voy ahora mismo! —gritó Tommy.

Alejandrino nos hizo gestos para que calláramos, pero mi hermanita no le hizo ningún caso.

—Tommy, no te pongas así, vinieron hace varias semanas y nos trajeron este regalito...

—Regalito... ¿por qué lo aceptaste? ¿No te he dicho que con esa gente no hay que cruzarse, ni siquiera en la acera? Yo no uso esta porquería. Alejandrino, pon esto donde estaba. Me limpiaré la boca con los dedos. Estas pobres pueblerinas ino entienden! No te preocupes por ellas,

entenderán cuando se rompan las narices. ¡Hablemos de otra cosa! —dijo entregándole la servilleta a su criado que la cogió con gesto compungido.

—¿Y vas a vivir en París? —le pregunté.

—Sí, después de lo que le sucedió a Paul, comprenderán que no tengo ninguna gana de volver a ese agujero. Una agencia recogió mis muebles y los transportó aquí. Alejandrino ha trotado como un caballo de carreras para encontrar un apartamento. Ya lo tenemos, aquí muy cerca, en la rue Bonaparte. Por fortuna es un primer piso... tienen que venir, Alejandrino está terminando de arreglarlo. ¡Dios mío, cuánto pesar, cuánto cambio, cuánta fatiga! Y todo sin saber por qué. ¿Se dan cuenta? Y quieren que me limpie la boca con esa servilleta asquerosa.

—Alejandrino, siéntese y tome usted un café, por favor —le dije al buen hombre que permanecía de pie.

—Si la señorita lo permite, lo tomaré en la cocina —contestó y se encaminó a la cocina.

Era un placer inesperado tenerlos a los dos. Le expliqué a Tommy la angustia que nos produjo su desaparición y la charla que tuve con el “jardinero” abajo de sus ventanas, junto al árbol. Tommy se echó a reír a grandes carcajadas.

—¡El jardinero!... ¡el jardinero...! —repitió ahogado por la risa—. Pero ¿todavía no sabes que es el sobrino de Paul? Gracias a él supe su dirección. Parece que la señorita Magdalena le escribió a Helmut, éste se lo comunicó al “jardinero” y él me llamó por teléfono para que las visitara... ¿Sabes, linda?, me siento un poco solo en esta ciudad. Casi todos mis amigos o han optado por morir o por vivir en Londres. Para mí Londres terminó. Allí sí que me sentiría desgraciado. Te daré un consejo: nunca regreses a un lugar donde has sido muy feliz. ¡Nunca!... ¡Ah!, pero se me olvidaba, el niño Helmut llega la semana que viene, quiere darte una sorpresa. ¡Qué mal gusto! Imagínate si te pesca antes de ir al peinador... Los alemanes tienen costumbres de aldeanos... ¿No les parece?

—¿Y sabes el día justo en que llega? —preguntó Magdalena.

—No, pero lo voy a investigar. ¡Yo odio esa clase de sorpresas! No te preocupes —dijo muy conciliador.

Salimos a comer con él y con Alejandrino. Me preocupaba la venida de Helmut. Cuando le aconsejé a Magdalena escribirle, olvidé que estaba casada. Ahora, según lo que decía Tommy, Helmut venía a pedir su mano, después llegaría la familia, ¿qué íbamos a decirles?

—Es muy buena idea que te cases. ¿Puedes explicarme lo que hacen solas y en París? Sólo deben vivir solas las Amazonas, pero ¿dos pueblerinas que parten el alma? ¡No! Eso se va a corregir en seguida. Ya se lo dije al jardinero... —y Tommy volvió a reír a carcajadas.

Era un consuelo tener a Tommy tan a la mano. Lo visitábamos casi todos los días, aunque para llegar a su casa tomábamos el Metro que nos llevaba al otro extremo de la ciudad y luego volvíamos haciendo varios cambios complicados, para que si algún amigo de Enrique nos seguía no sospechara que íbamos a la vuelta de la casa y nos perdiera la pista. Cuando recuerdo todas esas precauciones me felicito de haber conocido al profesor Novicki, con el que seguimos la amistad a pesar de las protestas de Tommy.

Helmut pasó tres días en París. ¡Qué días! Tuvimos que inventar una treta tras otra para evitar que Ida o Heinrich nos sorprendieran con él. Sobre todo Ida, que esa misma semana se presentó en la casa muy temprano, con el pretexto de planchar un traje que se le había arrugado mucho. Si Ida sospechaba la existencia de Helmut, Enrique nos caería en seguida encima. La noche de la llegada de Helmut, Corinne y su marido espionaron la calle desde su ventana. Al menor peligro, levantarían la cortina de su ventanita que daba al patio. No hubo alarma. Y Helmut y Magdalena pudieron platicar y cogerse de la mano con tranquilidad. Yo, con disimulo observaba la ventanita de Corinne. Alejandrino preparó una gran cena en su casa y trajo los manjares, los vinos y los postres además del servicio, los manteles y las servilletas. Durante la cena me levanté varias veces para ir a espiar por la ventana. Menos mal que Helmut estaba acostumbrado a mis ausencias y que la alegría de estar con Magdalena le impedía notar mi ir y venir constante. Se fue muy tarde. La cita próxima era en la mañana en la casa de Tommy. Decidimos que mientras menos frecuentara nuestra casa, más seguro era el romance. Magdalena bajó a abrirle el portón, después de mirar a la ventana de

Corinne. Apenas subió, se echó a reír y dio saltos de alegría.

—¡Nos vamos a escapar de Enrique! —repitió varias veces.

Ives y Corinne bajaron para abrazar a mi hermanita.

—¡No está mal! ¡Es un chico muy guapo! ¡Felicidades! ¡Qué diferencia con el otro! ¡Bah!, un marido así, no es marido, es un iobstáculo en la vida! —y aceptaron beber una copa de cognac.

El día difícil fue la tarde en la que Helmut muy solemne, de pie, en el salón de Tommy, anunció que quería casarse con mi hermanita y preguntó a quién debía dirigirse.

—A la hermana mayor. Ella tiene plenos poderes sobre su hermanita menor. Está a su cargo. ¿No te das cuenta?... —explicó Tommy al muchacho, que ruborizado me miraba fijamente.

No supe qué decir. Con la precisión de una película, vi la tarde en la que Luis María se presentó en mi casa a pedir la mano de doña Justa. Yo no estaba en la sala y no supe de lo que hablaron él y mi padre. “¡Otra bígama! ¿Qué dirá Rosa? Tanto que criticamos a Luis María y ahora hacemos lo mismo. “Bueno, lo mismo no, pues él estaba casado por la Iglesia con Raquel”... “¿Y si se aparece Enrique y nos mata a todos?”... “¿Qué hacemos?... ¿por qué se nos ocurrió casar a Magdalena?” Miré a Tommy que esperaba atento, claro, él ignoraba lo que había sucedido en la familia. Traté de reponerme del miedo que me había invadido. “¿No seremos unas hipócritas?”, me pregunté acongojada.

—Di algo, niña —me ordenó Tommy sintiéndose incómodo.

“¿De qué color irá vestida Magdalena? Doña Justa iba de negro porque era viuda, ¿pero mi hermanita qué color podía escoger?” “¡No hay color para las bígamas!”, pensé preocupada. Helmut esperaba de pie y Tommy tamborileaba con los dedos sobre el brazo de seda de su sillón.

—¿Yo?... yo digo que sí, ¿por qué no han de casarse? Bueno, si Magdalena no tiene nada que objetar... es decir, si está de acuerdo —contesté sudando frío.

Helmut, con los ojos brillantes de emoción, me dio un beso.

—¡Bravo, valiente! Ven a darme un beso a mí —me ordenó Tommy.

“Me llamó valiente”, me dije poseída por el orgullo. Tommy debía darse cuenta de mi situación. ¡No, no de mi situación! Debía pensar que me

dolía separarme de mi hermanita.

—Hoy mismo les telegrafío a mis padres, ellos vendrán la semana próxima a formalizar el matrimonio. Magdalena, ¿dónde quieres casarte, aquí o en Alemania? —preguntó Helmut.

—¡En Alemania! —gritamos las dos a la vez.

Alejandrino sirvió copas de champagne y brindamos por los novios. Puedo decir que fue un descanso el día que Helmut regresó a su país. ¡Un descanso! Qué manera de hablar. Corrimos a ver al abogado para que de alguna manera arreglara inmediatamente el divorcio. Nos explicó que eso era algo imposible, debíamos esperar el acta de nacimiento de Magdalena para iniciar el trámite de la anulación.

—¿Qué carajos vamos a hacer? Sus papás llegan la semana que entra —me dijo mi hermanita.

—No lo sé... —le dije con el estómago súbitamente frío.

—Hay que llamar por teléfono al imbécil de Roberto y a su compinche Paco para que envíen esa maldita acta de nacimiento —gritó Magdalena.

Con la diferencia de horas era difícil dar con ellos, de día andaban en la calle y aquí era de noche y de noche andaban de juerga. Teníamos que pillarlos a las seis de la mañana.

—¡Roberto!... Sí, soy Magdalena... Déjate de chistes... ¡Mándame mi acta de nacimiento si no quieres que termine en el bote! . Sí, en el mismo bote... ¡Ah!, qué alivio... qué alivio. ¿Estás seguro de que la mandaste anteayer? ¿Seguro, seguro?, o nada más seguro... Dices que segurísimo. Mira si me engañas... —dijo Magdalena en el teléfono y siguió charlando, pidió hablar con Paco, hablaba como si los primos estuvieran en la esquina. Se reía, les preguntó por las últimas películas, pues en París daban vejestorios—. No, no se preocupen por mis papás, están ¡muy bien!

Cuando al final decidió cortar la plática, se quedó triste.

—Oye, y si me caso con Helmut ¿no podré vivir en Chihuahua? ¡Caray, qué lástima, con lo que me divierto con esos dos! No creas, ellos también estaban tristes, no hacían sino preguntarme: “Güera, ¿cuándo te vienes?”...

Todos los días bajábamos dos veces a revisar el buzón. El acta no llegaba.

—¡Malditos, me engañaron! —decía mi hermanita al subir a la casa.

La llegada puntual de Heinrich se convirtió en una tarea pesada. No podíamos negarnos a recibirlo, era necesario actuar como si la vida continuara igual.

Algunas noches se quedó a cenar. Los temas de conversación se agotaban y decidí hablarle de Ida. ¿Era verdad que él se empeñaba en acostarse con ella, y que para impedirlo dijo que vendría a dormir a la casa y con ese motivo se llevó las llaves? Heinrich enrojeció, parecía enfadado.

—¿Eso les dijo?... ¡qué absurdo!

Nos miró largo rato, se diría que deseaba confiarnos algo, pero que no se decidía.

—Sí, eso me dijo a mí al oído —le contesté mirándolo con fijeza.

—Son tonterías inexplicables de esa chica. Es una megalómana. Al salir de aquí, nos despedimos, ella tenía cita con su amigo Gilles, yo me fui a mi hotel. Quise venir a visitarlas, porque me dieron curiosidad... perdonen...

—¿Su amigo Gilles? —preguntó Magdalena asombrada y le preguntó cómo era ese amigo de Ida.

—Creo que es un artista, no estoy seguro si es escultor —contestó Heinrich.

—¡Es increíble! ¡Qué hipócrita! —dijo Magdalena escandalizada.

—Ahora entiendo muchas cosas, muchas... —le dije a mi hermanita.

¿Sería posible que Ida estuviera de acuerdo con Gilles y con el notario para despojarnos del piso? Venía para enterarse de lo que ya sabía, que el señor Armaignac había amenazado al viejo usurero con una bomba si no nos devolvía las hipotecas. Para asustarnos nos amenazaba con su padre y con la OTAN.

—Es una alocada, se ha salido de su casa, vive en un hotelucho aquí cerca —nos dijo Heinrich, que se sentía ofendido por la mentira de Ida.

—¿Una alocada? ¡No lo creo! Más bien es una *listaza* —le dije al periodista.

—No me gustan sus maneras ni sus trampas. Aquí vino hace unas semanas a plancharse un traje —dijo Magdalena frunciendo la nariz en

señal de desprecio.

La hipocresía de Ida nos dio miedo. No debía sospechar la existencia de Helmut, lo primero que haría sería correr a buscar a Enrique. En verdad que la vida era un laberinto endemoniado. ¿Cómo era posible que Ida fuera tan amiga de Enrique y novia de Gilles?

—Habrà que buscar a Zita —le aconsejé a Magdalena cuando nos quedamos solas.

—¡Déjala! Ya aparecerà cuando ella tenga ganas —me contestó Magdalena.

Los padres de Helmut llegaron antes del acta de nacimiento de mi hermanita. Se instalaron en un hotel de la rue de Rivoli y para ir a visitarlos teníamos que hacer un sinfín de recorridos por el Metro. ¡Era una verdadera pesadilla! Frente a los padres del novio de mi hermanita la casada yo me sentía muy insegura. Olvidaba el francés y me dedicaba a recordar a doña Justa, a Luis María y a Raquel. Era increíble que ahora se repitiera el caso, pero éramos nosotras las tramposas. Con gran timidez, nos preguntaron por nuestros padres. Magdalena era más despejada que yo. “Están de viaje, pasan una temporada en los Estados Unidos.” ¡Dios mío, con qué facilidad inventó el paseo familiar!, pensé asustada. ¿Y cuántos hermanos éramos? “Cuatro: tres hermanas y un hermano”, contestó Magdalena, que por una vez no tuvo que decir una mentira. ¿Nosotras? Habíamos venido a Francia a perfeccionar el francés, pues mis abuelos paternos eran franceses. También queríamos llevar cursos de cocina para ser Cordon Bleu. A los padres de Helmut les pareció encantadora nuestra afición culinaria. Ambos se rieron satisfechos. La tarde que tomaron el té en la casa, Corinne faltó a su trabajo para cuidar la calle. Tommy envió a Alejandrino con el servicio de té y con las pastas, las mermeladas y los pastelillos. Alejandrino sirvió impecablemente bien. Yo atisbaba por la ventana la cortina de Corinne. Si se movía estábamos perdidas. No podíamos decirle a aquel matrimonio que subiera a esconderse en uno de los baños. El padre de Helmut era un gigantón muy guapo y la madre una señora gruesa, con los mismos ojos que su hijo. Quiero decir no sólo de color, sino favorables a Magdalena y a mí. No podía evitar sonreír al verme asomarme a la ventana. “Si supieras,

incauta”, pensaba yo, al volver a mi lugar. La imagen de doña Justa se interponía entre los padres de Helmut y yo. Estaba segura de que de un momento a otro iba a aparecer, a sentarse y a no moverse nunca más de la silla.

“¡Qué pesar tengo! Dios mío, que termine pronto este té, le rogaba a Dios.”

Los padres aceptaron que la boda se hiciera en Alemania y fijaron la fecha en seis semanas. “¡Ojalá que pueda venir alguno de tus padres!”, le dijeron a mi hermanita al despedirse. “Voy a cazarlos con telegramas”, contestó ella sonriendo. Es increíble la buena suerte que tienen los embusteros, me dije viendo a mi hermanita. Actuaba con toda tranquilidad y pensé que en esos momentos se había olvidado de Enrique, de sus amenazas, de Silverstein y del pobre Johnny..

—¿Cómo estuve? ¿Normal? ¿No se notaron mis mentiras? —me preguntó apenas habían desaparecido los padres de Helmut.

—¡Muy bien! ¡No se notó absolutamente nada! —le dije dando un largo suspiro de alivio.

—Tenemos seis semanas. ¡Seis! Desde mañana empezaremos a ver los trajes de novia. ¡Qué ilusión, casarse en una catedral gótica! ¿Te imaginas? Nadie de la familia lo ha hecho —y Magdalena empezó a dar saltos de alegría como era su costumbre y a masticar enormes trozos de chicle.

—Mañana no podemos dedicarnos a los trajes de novia. Mañana es la despedida en la casa de Tommy —le recordé.

—¡Qué lata tanta despedida! Cada día que pasa es un peligro mortal para nosotras —se quejó mi hermanita.

Cuando se marchó Alejandrino bajó Corinne.

—¡Buena pareja! Vas a ser muy dichosa —y besó a Magdalena en las mejillas. Todavía nos faltaba el día de mañana. Luego todo iría más fácil. Si el acta llegaba a tiempo, Billaud ya no tenía pretexto para alargar la anulación del matrimonio. ¡Mañana! Decían en mi casa que cada día traía sus pesares y sus alegrías. ¡Qué verdad! Al día siguiente, muy temprano nos llegó María Ema. Nos quedamos de piedra. Ella, al contrario, entró con tranquilidad, revisando la casa con aire de propietaria. Traía un

abrigo de peluche color morado y un bonete de la misma tela simulando un gorro ruso. ¡Carajo, qué mal gusto! El maquillaje iba de acuerdo con el color de su abrigo: ¡cargado! En París se había hecho más bajita. Nos saludó con displicencia.

—Mi tía Justita dice que puedo quedarme aquí unos días —anunció sentándose en el sofá.

—¿Eso dice tu tía Justita? ¿Y en dónde está tu tía? —le preguntó Magdalena con aire inquisitivo.

—¡Ay, tú! Pues ¿adónde ha de estar? En México. Éste es mi segundo viaje a París y como Quique le dijo a mi tía que ya te habías instalado aquí, pues ella me dijo que me viniera contigo, en lugar de andar en los hoteles —contestó con tranquilidad.

—¡Qué bien! Y ¿a qué viniste a París? —le dijo mi hermanita.

—Pues en parte a pasear y despedirme de mi vida de soltera y en parte a comprar mi *trousseau* porque me voy a casar. Creo que también va a venir mi mamá unos días para ayudarme en las compras —dijo mirándonos con sus ojos empastelados de rímel.

Un rayo no me hubiera hecho peor efecto. Sentí que me había caído en el centro de la cabeza y que yo era dos personas, y cada una de ellas quería correr en rumbos opuestos. “¡La culpa la tenemos Rosa y yo! La deberíamos haber liquidado”, me dije pensando en doña Justa. Ya había metido su enorme rabo en el asunto de mi hermanita. “¡Se acabó la boda en la catedral gótica!”, me dije desesperada. No pude decir nada. Lo único que se me ocurrió fue destazar a María Ema y luego con calma meterla en trozos en el horno y salir a tirarlos al río. Me obnubilé. Quise ir a la cocina, pero escuché a Magdalena:

—Óyeme, se me hace que no te vas a quedar en mi casa, aunque lo ordene tu tía Justita. ¿No sabes que Enrique y yo estamos separados? —le dijo con simpleza.

—¡Eso es lo de menos! —contestó María Ema.

—¿Pues vieras que es lo de más? Yo no tengo tratos con tu primo. Se me ocurre que debes irte a vivir a su piso.

—¿Al piso de Quique? ¿No te dije que también va a venir mi mamá?

—¿Olegaria? Pues no tengo ganas de verla. Ni ella a mí. Es mejor que te

vayas con Quique, él te adora y adora a Olegaria. Tú y yo no somos parientes. La situación sería muy... mala. Además, yo no sé nada de ropa de novia. ¿No ves que tu primo me sacó de mi casa? ¡Vete, vete, vete! —le dijo Magdalena sonando los dedos como las bailarinas de flamenco.

María Ema se puso de pie. Le temblaba la boca de ira. Nos miró largo rato y luego dijo:

—No creo que Quique esté de acuerdo contigo. Se lo voy a decir ahora mismo —amenazó.

Mi hermanita la acompañó a la puerta. “Comprende, es como si yo le colocara a tu primo a alguna de mis primas, ¿entiendes? Además, tu mamá y yo nos llevamos a patadas. Adiós, que te diviertas en las tiendas.”

Y mi hermanita cerró la puerta. Por la ventana vimos a María Ema cruzar el patio sucio, y salir a la calle.

—Esto sí que es íéramos pocos y parió la abuela! —gritó Magdalena dejándose caer en el sofá.

¿Qué demonios íbamos a hacer? A las cinco en punto de la tarde teníamos que estar en la casa de Tommy para despedir a los padres de Helmut. Lo mejor era arreglarse de una vez para irse a la calle. Enrique era capaz de llegar acompañado de su prima María Ema y entonces la boda de mi hermanita se iba a la porra. Febriles tomamos una ducha y nos vestimos con trajes de tarde. Nos pusimos las gabardinas forradas de *racoon*, llenamos los bolsos de mano con la crema limpiadora, los cepillos de dientes, la pasta dentífrica, el peine y los tubos de labios y nos fuimos a la calle. Cerramos bien las dos cerraduras nuevas. Eran apenas las doce del día. Teníamos que aguantar icinco horas! en la calle.

—¡Me lleva el tren con la espía esta!

—¡Malhaya sea la hora en que la parió su madre! —contestó Magdalena.

Dirían lo que quisieran en mi familia, pero las palabras estaban hechas para usarlas y en una circunstancia tan trágica, no era cosa de ser ni medida, ni comedida, ni decente. Menos mal que mis tíos no podían vernos ni oírnos.

Y sobre todo, ignorar la boda bígama de mi hermanita. Era el colmo que la idiota de la María Ema viniera a dar la lata con su traje de novia,

cuando nosotras debíamos ocuparnos del de Magdalena. Nos instalamos en un café cerca de la Place Monceau. Debíamos hacer tiempo.

—¡Qué falta de tino! ¿No se da cuenta la idiota de que nosotras estamos muy ocupadas en estos días? ¡Justamente en estos días! —comentó mi hermanita moviendo la cabeza con incredulidad.

—Oye, es que si yo veo a la Olegaria, me reconoce. ¡Tanto que la seguí con Rosa! Y mira, lo que son las cosas, ahora es ella la que nos sigue aquí. Me pregunto, ¿quién andará siguiendo a mis papás en Quebec?

—¡No seas burra! Nadie los sigue. No eches la sal —me dijo Magdalena.

La despedida de los padres de Helmut en la casa de Tommy fue perfecta. Tommy con sus canas, su delgadez y su conocimiento de Ascona, nos daba seriedad. Lo sentimos como de la familia.

—Sí, está muy bien que esta jovencita se case. Lo único que me pregunto es si no es demasiado joven... bueno, aunque pensando en Helmut, me parece que tiene la edad justa —les dijo a los padres del novio.

“¡Caray! ¿Qué Tommy no sabe que mi hermanita es casada?”, me dije y agregué, “se lo voy a preguntar”, para corregirme en seguida: “¡Qué barbaridades se me ocurren!” Cuando se despidieron los padres de Helmut, nos quedamos con Tommy. No teníamos ganas de volver a la casa y de encontrarnos con Enrique o con María Ema esperándonos en la acera. “¡Qué familia de tercos, indiscretos y...” preferí no decirme el calificativo. De la casa de Tommy nos fuimos a un cine. Pues mientras más tarde llegáramos, era más seguro que se hubieran ido los dos primos, que a lo mejor ni siquiera eran primos, pues a nosotras no nos constaba.

En el buzón encontramos el acta de nacimiento de Magdalena. Corrimos a ver al abogado. Debía resolver el divorcio en menos de seis semanas. El abogado nos contestó lo que no esperábamos:

—¿Seis semanas? ¡Imposible! Son muchos trámites, lo menos tendremos que esperar seis meses. ¡Lo menos! —y nos miró muy alegre, pues el plazo le parecía mínimo. Teníamos que llamarle a Inge a Nueva York, para que ella que era tan poderosa le ordenara al abogado Billaud que arreglara el asunto en un poco menos de seis semanas. Mi hermanita la llamó, estaba muy acongojada. “Inge, por favor, llámalo, para mí es

cuestión de vida o muerte.” Inge prometió llamar a Billaud esa misma tarde. Nos dormimos tranquilas. Al día siguiente podíamos entregarnos a la busca del traje de novia. Visitamos varias casas de alta costura. Los modelos eran idivinos! Valía la pena casarse para ponerse uno de aquellos trajes. Magdalena lo quería de satín de seda. Le colocaban la tela junto a la cara y el coro de señoras vestidas de negro, con collares de perlas al cuello se extasiaban:

—¡Qué exquisitez! ¡*Mademoiselle* tiene un cutis de concha nácar! ¡Qué maravilla!

Nos enseñaron todos los diseños, los velos, los azahares. Era un sueño, pero Magdalena no se decidía por ninguno.

—No sé, tú, Estefanía, piensa en la piedra gris de la catedral gótica. Tiene que ser algo que no desentone...

—Pues en gasa, se parece más a la piedra...

—¿Gasa en invierno? ¡Estás loca! Yo digo algo monjil, medieval...

Era una gran idea, mi hermanita tenía que decírsela a las señoras de la alta costura o a los señores, que nos recibían sonrientes. Uno de ellos le sacó un diseño ¡perfecto! Era casi un hábito monjil, de línea “purísima”, como nos dijo el diseñador. Magdalena se decidió por él. ¿Y la cabeza? Un tocado pequeño parecido también a la toca de una monja. Pero de atrás colgaba una lluvia de tul bordado, que llegaría justo hasta la orilla del traje, para evitar pajecillos. Me llegó el turno de escoger mi modelo, debía ser severo y elegante, puesto que yo iba de mamá. “¿Severo?”, preguntó el modisto mirándome con atención. “No, no, nada severo para una jovencita.” Él mismo me escogió un modelo azul agua de manga larga y falda amplia. Un gorrito hecho con cuentas me serviría de sombrero. A mí nunca me habían tomado las medidas, ni había ensayado un traje tantas veces, primero en tarlatana y luego en la seda ligera como la espuma del mar. Mi hermanita se hizo también dos trajes sastre y dos trajes de noche. Durante todo el día recorríamos las tiendas buscando guantes, faldas, blusas, mocasines y bonetes. Volvíamos rendidas a la casa. Los días corrían peligrosamente y el abogado, a pesar de las llamadas urgentes de Inge, no avanzaba en sus trámites. Era desesperante.

—En último caso no me importa. Me caso y luego que Billaud haga lo

necesario para deshacer el lío con Enrique —me confió Magdalena.

—Estás loca. ¿No sabes que el matrimonio es una institución? ¿Adónde llegaría la sociedad? La ley castiga la bigamia, acabarás en el bote —le dije repitiéndole lo que nos había dicho el profesor en la universidad.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué puritana eres y qué miedosa! Nunca se enterará Enrique —me aseguró mi hermanita.

—¿Nunca? Yo creo que ya está enterado. ¿No ves que siempre sabe todo lo que hacemos? —le dije asustada de su temeridad.

—¡Siempre se entera, pero esta vez no! Me late que esta vez me lo voy a madrugar. Y la boda por la iglesia es lo que cuenta —contestó confiada.

Helmut le escribía todos los días. “Es mono ¿verdad?”, comentaba Magdalena después de leer sus cartas para quedarse embebida mirando un punto fijo en el muro. A mí no me llegaba la camisa al cuerpo; mientras la ceremonia no terminara no estaría tranquila, esperando ver a Enrique llegar amenazador a interrumpir la boda de su mujer. “Raquel no llegó porque Justa y Luis María la dejaron baldada, pero éste anda vivo y coleando”, me repetía asustada ante lo que habíamos planeado Magdalena y yo. Menos mal que por la noche teníamos de centinelas a Ives y a Corinne. Pero en el día estábamos desarmadas y al alcance de su mano. Faltaba una semana para que saliéramos rumbo a Alemania y el abogado continuaba impasible, alargando la fecha de la anulación del matrimonio. “Haciendo trámites”, como nos decía. Empecé a desconfiar de él. ¿Y si Enrique lo hubiera buscado para comprarlo? ¡Estábamos perdidas! Por las noches me despertaba sobresaltada, me parecía que desde la oscuridad los muros blancos me hacían muecas. “¡Ah, te crees muy lista, pero estás cogida en la trampa!” Se me ocurrían toda clase de tretas para anular al marido de mi hermanita, pero a la luz del día se convertían en disparates. ¿Por qué de noche las cosas cambiaban de sentido? Lo que de día resultaba una banalidad por la noche se convertía en un peligro irremediable y, al contrario, lo que de noche parecía lógico y factible de día era simplemente una estupidez. Existían dos lógicas, dos verdades, dos situaciones opuestas: una nocturna que impedía conciliar el sueño y otra diurna fácil y casi placentera en donde todo era factible. “No hay que dormirse. El mundo se convierte en peligros atroces e

inminentes”, resolví. Pero al amanecer el sueño me vencía para llevarme a las regiones peligrosas en las que no había escapatoria. ¡Y los sueños! Era peor soñar. Un sueño misterioso me dejó preocupada. Yo me encontraba en una habitación oscura, parecida a la cocina de mi casa, sólo que ésta se hallaba colocada en un cuarto piso. De pronto veía que un rayito de luz azul, como si estuviera proyectado por una cámara cinematográfica, partía de la ventana hasta un muro construido enfrente. La luz era intensa, como si fuera gas neón. Distinguía con claridad que el Soldadito, el gato preferido de Magdalena, se subía a la ventana y me miraba con ojos muy brillantes. “Soldadito, ibájate, te vas a caer!”, le gritaba yo. El Soldadito me volvía a mirar y corría hacia el rayo azul, se paraba en él y como un equilibrista cruzaba el vacío caminando sobre el hilo de luz. Asustada de perderlo, también yo corría para treparme a la ventana y caminar sobre el rayo de luz para alcanzarlo. Todo estaba muy oscuro. Yo caminaba sin miedo, sobre la luz, que de pronto no llevaba al muro sino a una callecita estrecha y adoquinada, en la que acababa de llover. La calle era en curva pronunciada y en la curva se levantaban las rejas altísimas de una mansión. Soldadito corría hacia allí y entraba en la casa, pues la reja estaba abierta ligeramente. Yo entraba tras él y mis pies sintieron la grava roja que pisaba. La casa enorme se levantaba frente a mí. Su entrada imponente se hallaba entreabierta y sobre los escalones de mármol de la terraza minúscula que daba a la puerta de entrada se hallaban don Perfecto y doña Putrefacta. Dos figuras enormes y solemnes, parecidas a las piezas de ajedrez, pero envueltas en capas negras que les llegaban hasta los pies. Doña Putrefacta y Don Perfecto llevaban pelucas blancas y rizadas. Desde su altura me miraban con ironía. El Soldadito se detenía en su carrera junto a ellos y de pronto, cuando yo lo iba a agarrar ante la mirada despectiva de los dos personajes, se introducía en la casa. Yo corrí tras él. Me encontré en un vestíbulo enorme de forma heptagonal, con el piso de mármol a cuadros blancos y negros. El Soldadito se acurrucaba en una esquina y me miraba asustado. De repente don Perfecto y doña Putrefacta se encontraban allí también y la puerta de entrada se había cerrado. Yo empezaba a suplicarles: “Don Perfecto, doña Putrefacta, yo sólo quiero recoger a mi

gatito, es decir el de mi hermanita Magdalena, el muy majadero se vino a esconder aquí”. Los personajes fingían no escucharme, el Soldadito se venía a mi lado, lo levantaba del suelo y estaba temblando, igual que yo, que renovaba la súplica, pues no hallaba la manera de escapar de aquel vestíbulo de mármol blanco y negro. “Salsipuedes” “Salsipuedes”, repetían de cuando en cuando los personajes gigantescos que me miraban desde su altura al repetirme la palabra “¡Salsipuedes!” Me senté en la cama y miré en torno mío, no, no estaba en aquel vestíbulo siniestro e imponente, ni don Perfecto ni doña Putrefacta se hallaban a mi lado. Sin embargo su presencia se hallaba muy cerca. Vi dormir a Magdalena. Soldadito estaba con Rosa en Quebec. Mi hermana en su última carta me daba detalles de la vida del gatito en el extranjero y yo estaba despierta y sudando frío en aquel cuarto enorme de muros fríos. Me convenció de que no saldríamos con bien de la aventura de la boda de Magdalena con Helmut. Estuve preocupada toda la mañana. Mi hermanita se echó a reír cuando le relaté mi sueño y comprendí que el poder de los sueños es intransferible, pues al traducirlos en palabras se disuelve su efluvio misterioso, están fuera de la dimensión del lenguaje hablado.

Por la tarde fuimos a la casa de modas a probarnos los trajes para la boda. En la avenida Matignon, de pronto se detuvo un coche *sport* abierto de color rojo, que piloteaba una mujer elegantemente vestida:

—¡Magdalena!... ¡Estefanía!... —nos gritaron desde el automóvil.

Nos costó trabajo reconocer a aquella morena envuelta en un elegante abrigo de pieles y un sombrero estilo Renacimiento italiano, en fieltro marrón claro con borde de piel. La mujer se reía al ver nuestra confusión. Agitaba la mano y nos llamaba con gestos sorprendidos. Detuvo el coche y volvió a llamarnos por nuestros nombres. Nos acercamos, para descubrir, no sin sorpresa, que la elegante joven era nada menos que Zita.

—¿Zita?... ¡Zita!... ¿eres tú? ¡Es increíble! ¡Qué elegante, qué guapa estás! Le dijimos asombradas a nuestra amiga, que aceptaba los elogios sin dar explicaciones sobre su actual bonanza. Nos invitó a montar en su automóvil y corrimos por la ciudad levantando la admiración de muchos automovilistas, que nos invitaban a bajar para tomar una copa en alguno de los bares abiertos y concurridos a esa hora por las personas elegantes.

Zita nos llevó a un restaurante en el Bosque de Boulogne. Sentadas frente a una mesita redonda, Zita se despojó de sus guantes, los colocó con cuidado sobre el mantel, apoyó la barbilla sobre sus dedos entrelazados y nos miró sonriente.

—Y ¿qué han hecho? Hace tanto tiempo que no nos hemos visto — suspiró.

—¡Nada!... Volvimos de Ascona y hemos andado por aquí, no hemos visto a Gilles, a pesar de que lo hemos llamado muchas veces.

Zita hizo un gesto de disgusto.

—¡Los hombres! Son muy buenos mientras te necesitan. ¿No sabes que anda metido con una “artista”? Bueno, una niña que pretende serlo. ¡Pobre ridícula! Y pobre Gilles... yo sé que a la que quiere es a mí, pero es tan débil que se dejó deslumbrar por esa tonta. Y ¿tu marido sigue jugando a todas las cartas? Se está equivocando... cualquiera puede vengarse, ¿no lo crees? Se toma por demasiado listo, por ambición ha querido dividir a todos y convertirse en la cabeza de un monopolio... — dijo como si hablara para ella misma.

—Sí, es muy ambicioso —dijo Magdalena pensativa.

—Pero tú no estás de acuerdo, ¿verdad? Cuando se hace un trato, se cumple y no se juega con sus socios. ¡Él quiere todo, todo! Y eso no es posible.

—No... —dijo Magdalena, que hubiera deseado preguntarle a Zita qué cosa era “todo”.

Recordé Ascona y pensé en el contrabandista muerto; de alguna manera Enrique debía estar relacionado con aquella muerte. Ya fuera porque él mismo lo hubiera mandado liquidar para librarse de su competencia o, bien, el muerto era socio suyo y los otros lo habían mandado matar. La elegancia de Zita me obligó a guardar silencio, era evidente que ella estaba entre algunos que reprobaban la ambición de Enrique y la conversación la orientaba hacia terrenos peligrosos. “Tal vez quiere que le pasemos su mensaje a Enrique”, me dije mirándola hasta el fondo de los ojos.

—Y ¿a que se dedica Enrique? —pregunté sin darle mucha importancia a mis palabras.

—¡Ya lo sabes!, a la importación y a la exportación... aunque sus actividades molesten a ciertas personas.

—¡Es un idiota! No sabe lo que hace —dijo mi hermanita convencida.

—¡Ah, no! Sabe muy bien lo que hace. Cualquiera imbécil se da cuenta de cuando traiciona. No es un niño de teta. Magdalena, tú lo conoces, sabes que se da cuenta de que juega con fuego. Por eso viaja tanto, se mueve sin cesar para dejar pistas falsas. Ahora no está en París, ¿verdad?

—No lo sé, hace tiempo que no lo veo —contestó Magdalena asustada.

Zita bebió su martini, sonrió y le acarició una mano.

—Todo esto es muy desagradable. ¡Muy desagradable! —afirmó con voz de circunstancias.

—Y ¿tú qué haces? Te encuentro muy elegante... —le dije.

—¿Tú crees? —contestó satisfecha.

Era increíble verla en aquel lugar de escogidos, vestida con ropas finísimas, perfumada con las esencias más caras, con un automóvil de lujo a la puerta. “¿Cómo te hiciste tan rica en tan poco tiempo? o ¿tal vez jugabas antes a la pobre?”, me pregunté asombrada. Recordé a su amigo Pinsent...

—¿Oye, Zita, y el tráfico de armas da mucho dinero? —le pregunté a bocajarro.

Zita pareció muy sorprendida, se puso nerviosa, se miró las manos y sonrió complacida.

—Esas palabras debes olvidarlas. ¿Por qué me haces una pregunta tan extravagante?.

—No lo sé, se me ocurrió de pronto, se dicen tantas cosas sobre... —iba a decir Enrique, pero preferí callar, pues a nuestra amiga le había disgustado mi pregunta.

—No te había visto desde Ascona. Te me perdiste en aquel balcón de la montaña, ¿te acuerdas? —le reprochó Magdalena.

—Perdona, estaba muy ocupada con unos amigos. Después en París no he tenido un momento de reposo. ¡Es terrible! ¿No sabes que me he convertido en una mujer de negocios? —y Zita se echó a reír a grandes carcajadas.

La conversación con ella se había vuelto difícil. Casi era mejor volver a

hablar de Gilles, tema que parecía incomodarla menos que el de Enrique o el de su súbita riqueza. Nos confió el nombre de su rival con desprecio, la niña tonta se llamaba Ida. Magdalena declaró que era muy amiga suya, pero que también ella estaba disgustada con su conducta. Le contó la anécdota de las llaves y Zita la calificó de “¡inadmisible!” No tuve valor para preguntarle si estaba enterada del asunto de la caja negra. Temí que estuviera enterada y que evadiera la respuesta. Ya no me inspiraba confianza, los amigos se habían convertido en terrenos resbaladizos. Magdalena y yo estábamos fuera de su juego, no nos consideraban gente seria, digna de depositarnos su confianza. Era preferible hablar de futilidades, escuchar sus palabras afectuosas y recibir sus sonrisas, mientras nos acariciaba la mano con la mirada medio dormida. Nos depositó en la puerta de la casa, nos besó y prometió venir a vernos en unos cuantos días.

—Si ves a Enrique dile que deje de hacer el idiota. Ya es tiempo de que aclare su juego —le dijo a Magdalena como despedida.

Por su culpa perdimos las pruebas en la casa de modas. Era imposible confesarle que Magdalena iba a ensayar su traje de novia y que yo me probaría el de la “madre” de mi hermanita.

—¡Cuánta complicación! ¿Entendiste algo de lo que nos dijo sobre Enrique? —me preguntó Magdalena.

Le dije lo que pensaba, que Enrique era socio de ellos y de otros grupos a los que intentaba quitarles las ventas o las compras de algo, por ejemplo, armas. Las dos nos quedamos pensativas, icon tal de que no creyeran que estábamos enteradas de sus asuntos! “Hiciste mal en preguntarle si la venta de armas daba mucho dinero. ¿No la ves a ella? Hace unos meses andaba sin un centavo y ahora...”, dijo mi hermanita contrariada. Sí, había hecho mal, pero con esa gente tan complicada perdía el tino, hubiera deseado que hablaran con claridad, me sentiría más segura.

—¡Con claridad! Estás loca. ¿Cómo te va a confesar que ella anda metida en ese negocio? ¡Eso no lo hace nadie! Son negocios clandestinos —aseguró mi hermanita con aire molesto.

En realidad tenía miedo. Lo mejor que nos podía ocurrir era abandonar

París lo más pronto posible. Todos los amigos andaban metidos en complots, en negocios subversivos y en actividades peligrosas. Nosotras no teníamos nada que hacer en ese medio, sino vivir aterrorizadas. “La cuerda se revienta por lo más delgado”, dijo mi hermanita. La llegada de Heinrich nos contrarió. No teníamos nada que decirle. ¡Ay, si hubiéramos podido confiarnos en alguien!

No olvidábamos que Heinrich apareció con Ida, ni que Ida vivía ahora con Gilles y que éste nos había vendido el piso hipotecado, lo que lo convertía en candidato para ser autor de la caja negra. ¿Qué mejor manera de deshacerse de nosotras y recuperar el piso en la subasta? Heinrich se dio cuenta de que su presencia era inoportuna, permaneció unos minutos y desapareció. Cuando se hubo ido tuvimos la seguridad de que también él estaba angustiado y que también él buscaba un confidente. Habíamos hecho mal en despedirlo con tanta frialdad. Pero pronto se castiga el egoísmo, pues a los pocos minutos vimos que la cortinilla de Corinne acababa de ser levantada. “¿Qué pasará?”, nos preguntamos asustadas. La campanilla de la puerta nos dio la respuesta. A través de la rejilla y en medio de la oscuridad del pasillo vimos el rostro de Enrique.

—¡No abras! —me ordenó asustada Magdalena.

La campanilla insistió con fuerza. Después la voz en sordina de Enrique nos llegó a través de la mirilla. “¡Abre, Magdalena!... ¡Abre, tengo algo importante que decirte!”, repitió una y otra vez. No parecía dispuesto a marcharse.

Recordamos la noche en que fuimos a pedirle auxilio y nos dejó en la escalera. Esa noche los diarios anunciaban el arresto de Frascatti, que después, de acuerdo con los diarios, no se llamaba Frascatti, sino que era uno de los nombres que utilizaba en la clandestinidad. Cuando leímos eso, pensamos que por eso había abandonado toda su documentación falsa, los demás documentos en realidad no eran tan importantes, puesto que no iban firmados. Lo único verdaderamente grave eran las cartas de Armaignac y las cartas de Chantal, que iban firmadas con otro nombre. Como yo recogí sus fotos, tampoco era probable que la hubieran identificado como su amante, sólo si era su mujer, Chantal correría

peligro. Las otras cartas, no sabíamos a quiénes pertenecían. En cuanto a “Albatros”, el periódico decía que era el nombre cifrado que usaba la OAS para nombrar a la policía. Sin embargo, sólo el recuerdo de aquellos días atroces volvía a llenarnos de terror y Enrique se había negado a socorrernos. Ahora le había llegado el turno de pedirnos socorro y continuaba pegado a la mirilla llamando a Magdalena.

—¡Ábrele! Después de todo es una falta de caridad y no quiero irme al infierno. Las almas se pierden por menos que esto —me ordenó Magdalena.

Enrique entró lívido, como un huracán, corrió por la habitación, miró a mi hermanita y le ordenó con voz temblorosa:

—¡Magdalena!, coge tus cosas, nos vamos a Suiza.

—¿A Suiza?... ¡No! No voy...

—¿Que no vienes? ¡Eso lo vamos a ver! o coges tus cosas o te vienes tal como estás. Allá te compraré ropa —dijo tomándola por la muñeca con fuerzas.

—Ni con ropa ni sin ropa voy. ¡Eres un traidor! Te abrí porque me diste pena y soy cristiana... —le respondió forcejeando con él.

Me interpuse entre los dos.

—Enrique, deja a Magdalena o doy de gritos. Aquí no estamos en México...

—¡Cállate, imbécil! ¿Qué quieres decir con eso de que aquí no estamos en México? ¡Pendeja! El mundo entero es México, Magdalena es mi mujer! ¿No te has enterado?

Magdalena se soltó de su mano y huyó al fondo de la habitación.

—Pediré auxilio, les diré a los amigos que te la llevaste a Suiza a la fuerza, hoy Zita nos dijo que eras un imbécil...

—¿Quién te dijo eso?... —preguntó Enrique cambiando de tono.

—¡Zita! Ella dice que eres un imbécil, que por ambición te has echado encima a todos tus amigos.

—¡Cállate!... no, no te calles. Dime, ¿qué más te dijo? —preguntó súbitamente interesado.

—Pues eso, que querías dividir a todo el mundo y que te iba a ir mal...

Enrique dio varios paseos por la habitación, se detuvo a verse en un

espejo de los que llaman “Bruja”, que colgaba de un listón de terciopelo verde. Le divirtió contemplarse deformado dentro del espacio redondo y brillante del espejo que reflejaba a la habitación entera en minúsculo, se rió sin ganas y dijo:

—Tal vez Magdalena tiene razón, es mejor no ir a Suiza ahora mismo. Me quedaré a dormir aquí y mañana veremos... —dijo Enrique sentándose en el sofá con aire preocupado.

Por la ventana vimos que la cortinilla de Corinne continuaba levantada. Magdalena y yo no supimos qué decir. Subí a la segunda planta bajo el pretexto de arreglar una cama donde pasara la noche Enrique. Abrí con sigilo la puerta que daba al pasillo y salí en busca de Corinne. Arañé su puerta, Ives me recibió con señas de no hablar y me llevó a la ventana que daba a la calle. Allí estaba Corinne observando un automóvil de lujo en el que esperaba un hombre canoso. “¡Silverstein!”, me dije al verlo. El hombre se asomaba a cada instante para observar el portón, esperando la salida de alguien.

Corinne me dijo en voz muy baja:

—Viene con él... estuvieron hablando un rato.

—Gracias —murmuré y volví corriendo de puntillas hasta la puerta que había dejado entornada. Bajé la escalera de caracol y sorprendí a Enrique discutiendo con mi hermanita, que tenía un gesto decidido y frío.

—Hemos pensado que es mejor que Enrique no duerma aquí —dijo Magdalena.

—Eso lo has pensado tú. Yo sólo necesito ir ahora mismo a hacer algo urgente y volveré enseguida. No tardaré más de dos horas, debo hablar con el bueno de Uribe, él conoce el medio mejor que yo y necesito su consejo.

—¡Tú fíate de Uribe! Es un Judas, ya sé que lo adoras...

Enrique soltó una carcajada sonora.

—¡Rencorosa! No le perdonas al pobre que no haya perdido su pellejo por tus amigos de la OAS. ¡Mira, él no te guarda rencor! Él fue quien me dijo que no te deje sola, que te lleve a Suiza. Y tú, ¿cómo le pagas? Dame la llave del portón para que no te molestes en bajar a abrir.

—¡No te doy la llave! Yo bajaré.

—¡Desconfiada! —le contestó. Se dirigió a la puerta y antes de salir repitió: “¡Dos horas!”

—¡Me va a arruinar la vida otra vez! No sé qué demonios se trae y la pagana seré yo otra vez. ¿Cuántos días faltan para que nos vayamos a Alemania?...

—Cuatro días...

—¿Sabes lo que me dijo? Que gracias a tus palabras había cambiado de idea y que en lugar de irnos a Suiza, nos iríamos a Alemania... ¿qué opinas?

—No opino nada... Ya no quiero oír tus historias y las de ese monstruo... —contesté malhumorada.

—Yo opino que no hay que abrir. Sube y dile a Corinne que si arma un escándalo llame a la policía...

Subí desalentada a cumplir con mi misión. Al volver encontré a Magdalena muy agitada. Había tenido miedo durante mi corta ausencia. Se sentía atrapada en una ratonera. No entendía para qué la necesitaba su marido o ex marido. ¿Se la querría llevar en prendas o simplemente trataba de deshacerse de ella? La presencia de Silverstein en el coche no era nada tranquilizadora. Nos refugiamos en la última habitación, después de haber apagado las luces y esperamos la vuelta de Enrique. Pasaron más de dos horas. “Ya no vino” opinó Magdalena con alivio.

—No sé. No me fío de él —le contesté.

A las cuatro de la mañana todavía no había vuelto. Tampoco a las seis ni a las ocho. Nos había privado de dormir por un capricho. Era un torturador nato.

—Ése se escapó anoche —dijo Magdalena a las diez de la mañana. A las dos de la tarde salimos a comer en un café vecino. Debíamos ir al modisto, pero el cansancio nos hacía dudar. “¡Vamos!”, decidió mi hermanita, si no lo hacíamos, los trajes nunca estarían listos. La prueba nos dejó aniquiladas, creíamos que íbamos a caernos dormidas sobre las operarias que ajustaban, ponían y quitaban alfileres, nos hacían girar y se felicitaban de tener a modelos tan fáciles de vestir. Pero ninguna palabra nos devolvía las ganas de reír, ni el entusiasmo ante la hermosura de los trajes. Pesaba sobre nosotras una losa. No sólo era sueño, sino un

presentimiento certero de algo mal que nos sucedía sin que fuéramos capaces de verlo o de adivinarlo. No quisimos volver a la casa. Decidimos visitar a Tommy. También él venía a Alemania con nosotras, era el padrino de Magdalena. Lo encontramos tumbado en su diván, quejándose de su cansancio moral. Era verdad, Tommy siempre estaba tan cansado que era incapaz de estirar la mano para coger su taza de café. Alejandrino se ocupaba en dársela.

—¡Niñas, niñas! No sé por qué acepté hacer ese viaje a Alemania, estoy imuerto! Y nada de lo que ocurre en este mundo sirve para animarme, el mundo está asqueroso... Aunque de vez en cuando tiene uno algunas compensaciones, como la de hoy. Por una vez que las bombas matan a un canalla... ¡Miren a este sinvergüenza! Sus amigos le hicieron sus cuentas... —y nos tendió un periódico de la tarde que nos hizo palidecer y casi desmayarnos.

En la portada, en una esquina de abajo venía la foto de Enrique recortada en un cuadrado. Junto a ella la fotografía de un coche destrozado. Escuchamos decir a Tommy: “Dos pillastres menos”... y agregó, después de unos minutos, “Le pusieron una bomba en su coche y él y su socio ivolaron! Parece que eran dos pájaros de cuidado”.

Magdalena fingió interesarse en la lectura, pero vi que era incapaz de leer nada. Le arrebaté el periódico para que Tommy no notara su temblor. Tampoco yo pude leer la noticia, las letras saltaban enfrente de mis ojos, sólo pude repetir como una autómatas: “¡Qué barbaridad!... tienes razón, qué mundo terrible”. Era necesario impedir que Tommy sospechara que se trataba del marido de mi hermanita. Él ignoraba que era casada.

—Tommy, nos vamos, la prueba en el modisto nos dejó rendidas —le dije y arrastré a Magdalena fuera de su apartamento perfumado.

Llegamos a la casa dando tumbos. Nos dejamos caer en las camas, de pronto yo me eché a reír y a reír y a reír.

—¡Magdalena!, eres viuda. ¿Te acuerdas de mis tías? ¡Qué razón tenían!

—¿Viuda? ¿Yo, viuda? —repitió incrédula.

Magdalena no se había dado cuenta de la lotería que le había caído

encima. La dignidad que da la viudez la hizo incorporarse en la cama con seriedad.

—Es verdad... ¡soy viuda! —dijo y también ella se echó a reír y a reír y a reír. ¡Era un milagro! Dios la había liberado... La campanilla de la puerta nos cortó la risa. Corrimos a ver a través de la mirilla para encontrarnos con la cara mofletuda de María Ema. Mi hermanita le abrió enseguida.

—¿Ya estás enterada de la tragedia? Vine a buscarte a las tres de la tarde, después de que hablé con mi pobre tía Justita.

—Sí, lo acabo de saber —contestó Magdalena con aire de sufrimiento, imitando los ademanes de viuda de doña Justa.

—Tú no te ocupes de nada. Uribe está arreglando todo... él cenó anoche con el pobre Quique, al salir, cada uno tomó su automóvil, bueno, ya sabes el resto... —dijo María Ema con lágrimas en los ojos.

—Entonces, ¿quién era el otro... quiero decir la otra víctima? —preguntó mi hermanita con los ojos bajos.

—¡El pobre Silverstein!... ¡tan fiel! Siempre tan fiel... Mi tía Justita no desea ningún escándalo, quiere que todo pase inadvertido. Uribe acompañará al pobre Quique y a nosotras dos... Como habrás visto salió con nombre supuesto en los periódicos, gracias a Uribe. No es cosa de que ahora alguien trate de echarle lodo...

—Tienes razón —dijo Magdalena con un hilo de voz.

Nosotras no pudimos leer la noticia, sólo vimos la foto del “pobre Quique”.

—Mi tía Justita quiere que llegues a México vestida de manera adecuada, es decir de riguroso luto, para asistir al sepelio que ella misma va a organizar, con lo mejor de lo mejor. Aquí no te muevas ni digas nada. Yo llevaré mis ropas de luto en un maletín de mano. Haz tú lo mismo, al llegar allá nos cambiamos en el avión. Uribe dice que saldremos en cuatro días...

—Cuatro días... y aquí ¿quién se va a encargar de los negocios del pobre Quique? ¡Eran su vida! —preguntó Magdalena con voz y gesto trágico.

—Uribe y mi tía Justita. Nosotras ya no regresamos a París. Bueno, yo por el momento, me caso, ¿sabes? Volveré con mi marido si mi tía lo asocia... la pobre me lo dijo hoy, pero estaba ¡tan deshecha!...

Con solemnidad me dirigí a la cocina a preparar un café para la prima y la viuda de la víctima. Volví al salón con la bandeja servida.

—¡Qué tragedia!... —dijo María Ema.

Mi hermanita inclinó la cabeza en señal de duelo. María Ema se quedó hasta muy tarde. La acompañamos a su hotel en un taxi, nos besó en las mejillas y nos dijo:

—Gracias, primas.

Volvímos a no dormir. ¿Cómo escapar de Uribe? El hombre iba a poner todo su empeño en meter a Magdalena en el avión. No estaríamos libres hasta que la doliente María Ema y Uribe se hubieran alejado de París con los despojos del “pobre Quique”.

—¡Qué estúpida es Justa! Está clarísimo que fue Uribe el que mandó poner la bomba en el coche de Enrique —me dijo Magdalena.

—El viejo ese es el que maneja todo, también fue él quien nos puso la caja negra, se ve que engañaba al señor Armaignac o a alguno de sus amigos. Te acuerdas que nos preguntó: “¿Y dinero no encontraron?”, creo que fue el peor momento. Seguramente le habían dado dinero para algo y él se lo robó y cogió la caja, le calentó la cabeza al imbécil de Silverstein y lo mandó aquí. Si no es así, el misterio de la caja sigue en pie...

—Es verdad. ¡Qué estúpida soy! Enrique debe haberse asustado cuando le dijiste lo de Zita y fue a consultarlo con él... ¡Pobre estúpido, siempre lo manejó ese viejo! ¿Sabes que lo tenía apantallado con sus elegancias? Según él, era el rey de París. Lo sabía y lo podía todo. por eso lo enredaba y jugaba a todas las barajas, como dijo Zita. Algún día sabremos que Uribe salió antes del restaurante, pero ahora no nos podemos mover. Él llamó a Luis como venganza porque lo llamé desde la casa de Armaignac. ¡Dios mío!, he estado ciega... —dijo mi hermanita golpeándose la cabeza con las manos.

—Y ¿ahora qué? ¿Te vas a ir con ellos en el avión? Te advierto que la vieja no te va a dejar salir nunca —le advertí.

—¡Estás loca! ¿Cómo me voy a dejar llevar al matadero? Hay que inventar algo, ¡pronto! —gritó mi hermanita angustiada.

¿Qué podía ocurrirle a una viuda joven que recibe un choque nervioso tan fuerte? ¡Enfermarse! Era inútil, la sacarían en camilla. ¿Y Helmut? Lo

más urgente era avisarle que por motivos de salud pospusiera la boda unos cuantos días. Corrí a ponerle un telegrama. Decidimos que mi hermanita debía enfermarse poco a poco. Subí a pedirle a Corinne unas pastillas de dormir y Magdalena se tomó dos que la dejaron noqueada. Cuando llegó María Ema de visita, la pasé a su habitación y le dije compungida y a punto de echarme a llorar de miedo:

—¡Mírala! Así está, el choque fue muy fuerte... ella siempre fue muy nerviosa, no logro despertarla... dicen que el sueño es una defensa. Anoche estuvo delirando...

María Ema le tomó el pulso. ¡La bruja sabía tomar el pulso! La miré horrorizada.

—Está muy tenue... tiene la presión muy baja —dijo preocupada.

Durante dos días más, mi hermanita se tragó las pastillas de dormir. María Ema me aconsejó llamar a un doctor para que le diera un tratamiento y estuviera en condiciones de tomar el avión. Estuve de acuerdo. La víspera del viaje, por la tarde, nos subimos a la casa de Corinne y dejamos un papel pegado en la puerta escrito por mí. “Búscame. Estamos en la clínica.” Lo pusimos al oscurecer, a la hora que ella llegaba. Nos latía el corazón con tanta fuerza, que creímos que nos íbamos a morir. La cabeza la tenía llena de ventarrones de aire helado que me ensordecían. ¡Qué angustia! Corinne, desde su ventana, la vio llegar en un automóvil nuevo. Venía acompañada por Uribe. ¡La hipócrita! La vimos bajar muy agitada, con el papel en la mano. Se metió en el coche y tardaron mucho tiempo en irse, seguramente estaban deliberando cómo encontrar la clínica, ya que yo no puse el nombre. Cuando se fueron, Corinne nos dio una taza de una bebida calmante. Estuvimos allí hasta que supimos que el avión había despegado. Llamamos al hotel de María Ema, nos dijeron que se había marchado. En la casa de Uribe nos contestaron lo mismo. Había que actuar con rapidez. ¿Con rapidez? Se nos había olvidado que en su pasaporte mi hermanita aparecía como casada. Fuimos a pedirle auxilio a Billaud para que le consiguiera un pasaporte sin la funesta palabra viuda. El abogado se armó del acta de matrimonio y de la de nacimiento, así como de todos los papeles referentes al divorcio y a la anulación del matrimonio, ya que éste

nunca fue legal, sino fraudulento. Lo cual era un verdadero escándalo. Billaud, con sus maneras elegantes, sus palabras amables y amenazadoras, obtuvo un pasaporte para mi hermanita, que decía simplemente: soltera. ¡Era lo menos que se podía hacer por una criatura que había vivido aterrorizada por un gángster, cuyo recuerdo debía ser borrado de su vida, ya que todavía ni siquiera cumplía los veinte años!

—¡Mi cliente no tiene ni siquiera veinte años! —gritó el abogado varias veces.

—En efecto, todo esto es muy irregular...

Cuando Magdalena se vio con el nuevo pasaporte en la mano, exclamó:

—¡Volví a nacer!

Unos días después salimos rumbo a Alemania acompañadas de Tommy y de Alejandrino, que también se habían comprado camisas, corbatas y botas para la nieve. Los cuatro nos alojamos en el mismo hotel. No aceptamos vivir en la enorme casa de Helmut. El día de la boda, Tommy dirigió a los peinadores, a las manicuristas y al modisto que vino a colocarle el tocado y el velo bordado. Alejandrino atendía a los expertos ofreciéndoles copas de champagne y pastelillos blancos. Al final, radiante de blancura e incrédula ante la inminencia de su boda apareció mi hermanita, ante los ojos admirativos de Tommy.

—¡Algo azul! —gritó Tommy.

Nadie tenía algo azul. Fingió enfadarse para luego sacar del bolsillo de su jacquet un lacito menudo de satín de seda, para que Magdalena se lo prendiera en la enagua ligera que iba abajo del vestido.

—¡Ay!, criatura, si alguna vez hubiera sido yo la novia, te aseguro que no hubiera estado tan bonito como tú... ¡y que nadie diga que no fui guapísimo!

Ahora sólo puedo decir que si la boda de Hortensita fue preciosa y yo me la perdí, la boda de mi hermanita Magdalena está más allá de lo que se puede imaginar. ¡Qué iglesia! De piedra por fuera y por dentro, con tumbas de caballeros con la espada sobre el pecho. ¡Qué tumbas!, así vale la pena que la entierren a una. Me quedé deslumbrada. Nunca había visto nada tan severo ni tan glorioso, puedo decir que mi hermanita que amaba tanto la historia se casó en una catedral más antigua y más histórica que

la casa de Marat, de ingrata memoria. Helmut no era protestante, gracias a Dios. Rosa, en su relación de la boda de Hortensita, me contó que nadie veía a Gustavo. A Helmut sí lo veíamos por guapo, el que no veía a nadie más que a Magdalena era él. ¡Qué gran amor! Mil veces he recordado a esos dos novios, al bosque de cirios, a los padres de Helmut, a su hermanos, a su familia, a los invitados, a Tommy y al incienso que subía en nubes azules hasta la infinidad de las altísimas cúpulas. Confieso que tuve un pensamiento impertinente, recordé a doña Justa haciendo volutas en el comedor de mi casa. Casi me río, nos habíamos escapado de la vieja.

Los incensarios producían tantas nubes que nos envolvieron a todos en una dicha celeste. Me olvidé de derramar alguna lágrima, en cambio Tommy se limpió los ojos varias veces con un exquisito pañuelo de batista. Yo, la verdad, no veía ningún motivo de llanto, la terrible Magdalena entraba a un orden estricto y ya se cuidaría de hacer majaderías. Cuando la abracé en la sacristía me dijo:

—¡Por favor, recuérdame que le escriba hoy mismo al profesor Novicki! Con la pesadilla del famoso difunto, no pude explicarle lo bien que entendí *El manifiesto comunista*. Menos mal que ahora podré dedicarme a los estudios. Tú misma puedes ver la tranquilidad en la que voy a vivir...

No hice ningún comentario. Magdalena tenía ahora muchos secretos que guardar: su boda con Enrique, su viudez y también el profesor Novicki, aunque sé que este último no lo guardó. Mi hermanita gozaba del defecto de olvidar hoy lo que le había sucedido ayer. ¿Por qué no olvidó a Novicki? Entró en su nueva familia con naturalidad y sin memoria, bueno casi sin memoria...

De vuelta a París, la víspera de que tomara el avión para Quebec, Tommy me miró con curiosidad y luego me hizo una pregunta que hizo que la taza de café se me cayera de las manos.

—¿Quieres decirme qué sucedió con el horrible marido de tu hermanita? ¿Dónde lo metieron? Debes saber que estuve postrado pensando en que la boda con Helmut era sólo una quimera que habíamos inventado entre los tres...

“Tommy lo sabía...”